



OBRAS

Plotino C. Rhodakanaty



Edición, prólogo y notas
Carlos Illades

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
Programa Editorial

Plotino C. Rhodakanaty

OBRAS

PLOTINO C. RHODAKANATY

OBRAS

Edición, prólogo y notas
CARLOS ILLADES

Recopilación
MARÍA ESTHER REYES DUARTE



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO, 1998



Diseño de la colección: Ricardo Noriega

Primera edición: 1998

Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.
Coordinación de Humanidades
Programa Editorial

Impreso y hecho en México

ISBN 968-36-6343-5

Prólogo

Carlos Illades

El año de 1861 fue rico en acontecimientos decisivos para la historia nacional: el 11 de enero, Juárez regresó triunfante a la ciudad de México después de su azaroso peregrinar por el país, producto de la guerra civil; en febrero muere Miguel Lerdo de Tejada, desamortizador de la propiedad corporativa y hábil cabeza de las finanzas públicas; después de una elección cuestionada, el 11 de junio Juárez es declarado presidente constitucional; en ese mismo mes, Melchor Ocampo, Santos Degollado y Leandro Valle son asesinados por gavillas conservadoras; en septiembre, un grupo promonárquico ofrece a Maximiliano en Miramar la corona de México; el 31 de octubre, Francia, España e Inglaterra forman la Alianza Tripartita, para obligar al gobierno mexicano a continuar pagando su débito externo y, antes de terminar el año, llega a las costas mexicanas la escuadra española encabezada por el general Juan Prim.

Tantos y tan importantes sucesos han hecho pasar casi inadvertido para los historiadores el arribo a Veracruz, hacia finales de febrero de 1861, de Plotino C. Rhodakanaty, inmigrante griego que por veinticinco años vivió aquí, donde hizo una basta labor política y realizó una apreciable obra intelectual que, por la densidad y variedad de sus objetos de reflexión, lo convirtió en el pensador socialista más importante del México decimonónico, además de difusor de la filosofía racionalista y de la sociología y psicología modernas. Sin embargo, sus textos son todavía poco conocidos o, simplemente, permanecen en el olvido.

Hijo de un médico y escritor griego, y de madre de origen austriaco, Plotino Constantino Rhodakanaty nació en Atenas el 14 de octubre de 1828. Su padre combatió en la guerra de liberación contra los turcos (1821-1829) y murió poco antes de la consecución de la soberanía, reconocida en 1830 en la Conferencia de Londres. Tras esta desgracia, su madre llevó al niño a Austria para que viviera con sus abuelos. En

la Universidad de Viena inició sus estudios de medicina, los cuales continuó en Berlín, ciudad a donde se trasladó su familia en 1848.

Poco antes de ese viaje, Rhodakanaty partió a Budapest y tomó parte en el levantamiento contra Francisco José I, cuyo resultado, en abril de 1849, fue la proclamación de la república encabezada por Luis Kossuth y la abolición del feudalismo. Cuatro meses después, la acción militar antihúngara, lidereada por el zar Nicolás I, canceló brutalmente esta experiencia libertaria: fueron fusilados muchos patriotas, se dividió al país en cinco provincias administradas por Austria, y el alemán fue impuesto como lengua nacional.

En 1850, el joven Rhodakanaty visitó París para conocer personalmente a Pierre-Joseph Proudhon. Vivió en Berlín hasta 1857, para después mudarse definitivamente a la ciudad luz, y profundizar sus estudios de filosofía y aprender varias lenguas, entre ellas el castellano. En 1860 publicó allí un folleto titulado De la Naturaleza y, hacia finales de ese año se trasladó a Barcelona, embarcándose posteriormente hacia México.[1]

Durante su residencia en París supo del decreto del 1 de febrero de 1856, promulgado por el presidente Ignacio Comonfort, el cual favorecía el establecimiento de colonias agrarias en territorio mexicano. El documento ampliaba los derechos de los residentes extranjeros y ensanchaba también las consideraciones con base en las cuales se les otorgaba la naturalización. Los propietarios agrícolas, y ahora también los dueños de minas, podían acceder a la nacionalidad mexicana, bastando tan sólo con que "hagan constar esa circunstancia [la condición de propietarios] ante la autoridad política del lugar de su residencia".[2]

Cuando llegó Rhodakanaty, en nuestro país ya se conocían algunas de las ideas de los socialistas franceses, pero él se encargó de divulgarlas ampliamente y de exponerlas con sistematicidad. Más aún, realizó una síntesis bastante personal de las mismas. Despuntaba, también, el asociacionismo entre los trabajadores y, en la década siguiente, se desarrollaría la prensa obrera, sobre todo en la ciudad de México. El terreno era sin duda propicio para su labor intelectual y organizativa.

[1] José C. Valadés (1984): *El socialismo libertario mexicano (siglo XIX)*, prólogo de Paco Ignacio Taibo II. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa, pp.17-18; John Mason Hart (1980): *El anarquismo y la clase obrera mexicana* (1860-1931). México: Siglo XXI Editores, pp. 29-30.

[2] "Decreto del gobierno [en el que] se declara que los extranjeros residentes en la República pueden adquirir bienes raíces." Manuel Dublán y José María Lozano (1876-1890): *Legislación mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la República*, 19 vols., México, Imprenta de Comercio, VIII, p. 95.

El proyecto de crear una colonia agrícola no se materializó, sin embargo, Rhodakanaty tuvo una rápida acogida en el medio intelectual mexicano. Desconozco la razón de ésta, aunque quizá su estadía en Francia y España le hubiera permitido establecer algunos contactos personales útiles. Lo cierto es que, al poco tiempo de su llegada, la Imprenta de Vicente García Torres, uno de los directores de El Monitor Republicano, publicó la Cartilla Socialista o sea el catecismo elemental de la escuela de Carlos Fourier: el falansterio,[3] y en 1864, la Imprenta de Rivera editó el Neopanteísmo, consideraciones sobre el hombre y la naturaleza.

Armonizar los intereses individuales con los colectivos, la libertad con el orden, y subordinar la disciplina a éste, son algunas de las reflexiones planteadas en la Cartilla Socialista. Apegándose al estilo expositivo de Claude-Henri de Saint-Simon, al construir sus argumentos por medio de sucesivas preguntas y respuestas, a la manera socrática, se interroga sobre el objetivo supremo de la razón humana, a lo que responde sin dudar: la realización de la asociación universal de los pueblos. Afirma que este fin compete también a los individuos y reflexiona sobre los medios para alcanzarla. Aunque la respuesta es vaga en principio, asegura que el vehículo óptimo es la transformación de las instituciones sociales. Sólo un orden basado en la asociación podría acabar con el conflicto que enfrenta a los individuos entre sí, a familias, pueblos y clases unos con otros. La validez de los principios asociativos se verificará experimentalmente, a través de una prueba a escala, de un ejercicio localizado.

Rhodakanaty, siguiendo a Fourier, identificó siete estadios de desarrollo que recorrerían obligadamente todas las sociedades humanas: edenismo, salvajismo, patriarcado, civilización, garantismo y armonía universal. El momento que le tocó vivir correspondía a la civilización; después seguía un periodo de transición denominado socialismo y, más adelante, se llegaría al garantismo. Arribar a esta meta sería inevitable, pues la historia estaba regida por una ley natural e inexorable. La asociación constituiría el medio idóneo para realizar este tránsito.[4]

[3] Incorporada en la quinta sección de este libro.

[4] Véase *Garantismo Humanitario* en la quinta sección.

La doctrina societaria encerraba diversos derechos y deberes que conciliaban el marco jurídico liberal con los principios científicos de la ilustración. Libertad y experiencia son los conceptos angulares de sus tesis. Esta doctrina poseía el derecho de difundirse por todas las vías legales y todos los medios de comunicación posibles. Si bien destaca los derechos individuales, en particular la libertad, marca distancia con el liberalismo. El individuo es libre de asociarse; la asociación es voluntaria y la única forma de persuasión legítima es el convencimiento, por tanto, se contrapone a un orden impuesto externamente a los individuos, más allá de su control, situación que conculca su libertad. El convencimiento se funda en la argumentación racional, la cual muestra su validez experimentalmente. El nuevo orden societario posee así una fundamentación científica de la cual carece la doctrina liberal. Al igual que Fourier, acepta la competencia, pero como él, quiere regularla mediante la armonía de las pasiones; reclaman al liberalismo la ausencia de mecanismos regulatorios en el plano económico y sus excesos disciplinarios en las otras esferas de interacción social.[5]

Si bien el falansterio tenía una base contractual, Rhodakanaty no concordaba con las tesis políticas de Jean Jacques Rousseau. Desde su perspectiva, la propuesta encerrada en El contrato social *uniformaba a sus concurrentes, los volvía homogéneos en lugar de semejantes, sacrificándose con ello el principio fourierista de la armonía de la diferencia. La igualdad formal, sustentadora del pacto, era una abstracción que omitía la desigualdad natural, conduciendo, no a la integración de la sociedad, sino al individualismo y al egoísmo. Por otra parte, la cesión de la soberanía individual a una entidad ajena, el Estado, le parecía la conculcación más absoluta y terrible de la libertad humana. Ni los romanos habían llegado tan lejos, ya que reservaron para sí ciertos derechos no sujetos al arbitraje estatal. La subordinación de la minoría (minorías, se podría agregar) a la voluntad mayoritaria devendría en despotismo.*[6]

El pensador griego consideraba a la Comuna de París (1871) la heredera legítima del movimiento popular del año II de la Revolución Francesa (1793) y de sus tres grandes principios: libertad, igualdad y fraternidad. Para él la revolución futura estaba próxima y tendría un alcance planetario. Había que anteponer la idea de humanidad a la

[5] Charles Fourier (1989). *El nuevo mundo industrial y societario*, prólogo de Michel Butor. México: Fondo de Cultura Económica, p. 52.

[6] Véase "Estudios de filosofía social" en la sección sexta.

de patria. Esto también competía a México, país al que veía lleno de carencias: como el trabajo estaba informe, era preciso organizarlo; como la circulación se encontraba paralizada, resultaba indispensable restablecerla; como la inmigración no se había efectuado, era necesario realizarla; como las contribuciones no bastaban, era deseable suprimirlas; como el dinero se ocultaba, había que abolirlo. Un primer paso consistía en realizar un modelo asociativo en miniatura. Su éxito persuadiría tarde o temprano al resto de la población de la necesidad de adoptarlo, incluidos los pesimistas.[7]

Rhodakanaty celebró entusiasta el aniversario de la batalla del 5 de Mayo, convocó a la revolución social, llamó a redimir de la "esclavitud feudal" a los indígenas mexicanos, a expedir la "ley agraria" que los favoreciera, y a emular el ejemplo de los comuneros franceses. Censuró también las leyes injustas que perjudicaban a los trabajadores y a los pobres en general; denunció la ignorancia de los gobernantes; criticó la asignación del gasto público a obras suntuarias, y el consecuente descuido de las necesidades básicas de la población. Para él, la ignorancia, la embriaguez y la miseria eran las razones que orillaban a los pobres a delinquir. Atender la sanidad, dar asilo a los mendigos, asistir a las mujeres de escasos recursos para evitar que cayeran en la prostitución, crear un "falansterio nacional" en la ciudad capital, implantar instrucción obligatoria, fueron algunas de sus propuestas prácticas.[8]

Fuente importante de estos males radicaba en la fe ciega de "los políticos" –para él, deshonestos por definición; al igual que Saint-Simon, los caracterizaba como una forma particular de parásitos sociales– en las doctrinas de la economía política, que subordinaba la "eterna justicia" a un "cálculo torpe de utilidad" (ganancia). La justicia debería beneficiar a todos y no sólo a unos cuantos. Transformaciones tales como situar al conjunto de la población en el centro de las decisiones públicas, humanizar la economía, reorganizar la propiedad, "solución del Estado en contrato económico" y expedición de la "ley agraria", pasaban forzosamente por la reformulación del pacto social y del entramado institucional que le daba forma.[9]

[7] Véanse "La comuna americana" y "Reinstalación de La Social" en la sección tercera.

[8] Véanse "Discurso cívico pronunciado por el C. Plotino C. Rhodakanaty como secretario que es de una sociedad progresista de esta capital, el día 5 de mayo de 1874", "El Estado es el padrastro del pueblo", "Lo que queremos" y "Estudios trascendentales de filosofía natural aplicados a la sociología" en las secciones segunda, tercera, cuarta y sexta de este volumen.

[9] Véanse "Lo que queremos" y "Estudios de filosofía social" en las secciones quinta y sexta.

La presencia de Rhodakanaty, sus textos y su labor docente en una preparatoria pronto atrajeron la atención de varios jóvenes mexicanos interesados en la filosofía, con quienes intentó crear una escuela de filosofía trascendental. Francisco Zalacosta, Hermenegildo Villavicencio, estudiantes de medicina como en su tiempo lo fuera el propio Rhodakanaty, y Santiago Villanueva (ebanista y escultor que cursaba anatomía en la Escuela de Medicina) se incorporaron al Club Socialista de Estudiantes, formado por el inmigrante griego en la ciudad de México en 1863.[10] *Quizá éste fuera el núcleo primigeneo de La Social pues, en algún momento, habló de "esa asociación santa y regeneradora que hace veinte años trabaja bajo diversas formas por la felicidad universal del género humano".*[11]

Los discípulos de Rhodakanaty participaron en la organización de sociedades de ayuda mutua en la ciudad y el valle de México.[12] *Él, por su parte, continuó enseñando, a la vez que retomó el plan de crear una colonia agrícola. Con ese fin partió a Chalco. De nueva cuenta fracasó su intentona, pero hizo funcionar allí mismo, la Escuela del Rayo y del Socialismo, donde alfabetizaba a niños y peones, además de difundir las ideas socialistas. A sus clases asistía un joven peón de una hacienda cercana a Texcoco, cuya inquietud, decisión, valor y capacidad persuasiva, así como la mala fortuna de enfrentar a un destacamento militar numeroso y mejor armado que sus huestes lo volverían célebre en la región: Julio López.*[13]

La rebelión de López fracasó, no sin antes esparcirse por las zonas aledañas a Chalco. Rhodakanaty, junto con Zalacosta, trató de sumarse al movimiento. Aprehendido en Huamantla, lo amenazaron con la pena de muerte, condonada por el subsecuente destierro del territorio insurrecto. Para 1870 ya se había internado en la "tierra caliente" (estado de Morelos), allí cooperó con las congregaciones evangélicas que comenzaban a extenderse a lo largo del país. Después regresó a la capital de la República.[14]

[10] Valadés (1984: 22-23); Hart (1980: 31).

[11] Véase el artículo "Reinstalación de La Social" incorporado en la quinta sección de este volumen.

[12] Sobre el mutualismo en la ciudad de México puede verse mi libro *Hacia la República del trabajo. La organización artesanal en la ciudad de México, 1853-1876*. México: El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana, 1996.

[13] Valadés (1984: 23, 27-28, 31); Hart (1980: 46).

[14] Véase el texto "Plotino C. Rhodakanaty", incluido en la primera sección de este libro.

La década de 1870 fue de gran actividad para el inmigrante griego. Según José C. Valadés, el 21 de marzo de 1871 formó en la ciudad de México La Social, una organización que buscaba mejorar la situación de las clases desposeídas y transformar el orden social en su beneficio. Vinculada con la Asociación Internacional de Trabajadores, se reorganizó cinco años después. Participaban allí individuos de ambos sexos, porque la sociedad deseable también debería otorgar derechos a las mujeres, y no olvidemos que su presupuesto era la realización de pequeños experimentos societarios.[15]

En lo inmediato, el derecho al divorcio civil, practicándose o no, garantizaría a las mujeres por lo menos el ejercicio de una parte de ellos; rescataría al matrimonio y a la familia del envilecimiento propiciado por una unión obligatoria a perpetuidad, aunque ya no hubiese amor ni respeto entre los cónyuges, y acataría la constitución política del país, para la cual no había contratos indisolubles, permitiendo la revocación de todo tipo de éstos. La emancipación femenina formaba parte de la revolución social.[16]

Rhodakanaty representó a La Social en el Congreso Obrero de 1876 y tuvo una significativa intervención en los debates.[17] *La presencia trabajadora en la sociedad política, uno de los temas más difíciles abordados allí, no tuvo una respuesta definitiva en su obra, donde los argumentos se mueven pendularmente, deslizándose de la doctrina de Fourier hacia la de Proudhon. A veces, cuando habla del falansterio o de cualquier otra institución de un carácter parecido, destaca la necesidad de respetar el orden político vigente, lo cual constituye un prerrequisito para que el experimento cristalice. En otras ocasiones, denuncia a los gobiernos por opresivos y plantea incluso la posibilidad de un pueblo sin gobierno –aquí cabe aclarar que equipara al gobierno con el Estado. Otro tanto ocurre con la propiedad, a veces la reivindica, pretendiendo convertir a todos los individuos en propietarios, y otras tantas la denuncia como una fuente de la desigualdad social que hay que abolir.*[18]

[15] Valadés (1984: 49-50). Véase también "Reinstalación de La Social" en la sección tercera.

[16] Véanse "Reflexiones filosófico-sociales a favor del divorcio" y "La cuestión del divorcio" en la sección tercera.

[17] Sobre este punto pueden verse los textos "Refutación de la impugnación que el señor don Roberto A. Esteva hace al 'Manifiesto del Congreso General de Obreros'", "Programa social", "Programa social: peligros para el porvenir" y "Cuadro de la humanidad y misión del socialismo en el mundo", incorporados en la quinta sección de este volumen.

[18] Véase "Lo que queremos" en la quinta sección.

En ambos casos, pero sobre todo en el primero, sería más justo destacar su simpatía por los cambios graduales y continuos que, más pronto que tarde, conducirán a la revolución social. El mundo futuro debería apropiarse de lo mejor del presente. La posibilidad de la transformación global vendría dada por el éxito de la ingeniería social implícita en el falansterio. Sólo después de este experimento el cuerpo social quedaría persuadido de las bondades de la doctrina socialista y las normas básicas de la convivencia humana se impondrían sin necesidad de coacción. Corregida esta anomalía histórica, la libertad sería la expresión del orden natural. Entonces, y sólo entonces, el Estado, en calidad de mecanismo externo de control, sería superfluo.[19]

Rhodakanaty dirigió El Craneoscopio, periódico frenológico y científico, *que aparecía semanalmente en la ciudad capital, publicándose nueve números entre el 16 de abril y el 10 de junio de 1874. Tres años después tradujo al castellano la* Idea general de la revolución en el siglo XIX *de Proudhon. Por esos tiempos impartió cursos de griego y filosofía en el seminario de la iglesia de Jesús; también colaboró con el orfanatorio cristiano de la misma, situado en el ex convento de San Antonio Abad y dirigido por María Josefina Hooker.*[20]

La traducción al español de las páginas selectas del Libro de Mormón *–realizada por Melitón G. Trejo y Daniel W. Jones, y publicada en 1875– lo dejaron vivamente impresionado y escribió hacia finales de 1878, a nombre de un pequeño grupo de simpatizantes, a la iglesia de Jesucristo de los Santos de los últimos Días (Salt Lake City, Utah) urgiéndola a enviar una misión a la ciudad de México, para formar un círculo religioso y de difusión de las ideas sociales.*[21]

Su entusiasmo ahora era el mismo que en su momento sintió por la iglesia ortodoxa griega o por la iglesia de Jesús ya que para él, la iglesia católica romana había desvirtuado el Evangelio, corrompido la fe y estimulado entre los ministros del culto un comportamiento sexual desviado e hipócrita. Consideraba urgente, siguiendo los principios de la iglesia griega, cancelar el celibato sacerdotal, así como adoptar la austeridad en la práctica religiosa y en la vida diaria preconizada por los mormones. El libre examen de las Sagradas Escrituras, *postulado por los protestantes, era necesario e impostergable. Volver al cristianismo primitivo era la meta. Jesucristo se opuso al despotismo, a la injusticia, a la desigualdad social y a la pobreza. El socialismo significaba la actualización de su mensaje y la posibilidad de restituir el orden natural perdido, desplazado y prostituido por la ambición y el egoísmo de los poderosos. Proceso inevitable porque todas las sociedades humanas tienden de manera innata al progreso y a la perfección. También aceptaba la existencia de la trinidad e, incluso, le parecía propia tanto de las religiones de oriente como de las occidentales, aunque se reconocía con distintos nombres en cada una de ellas.*[22]

Rhodakanaty consideraba a dios como el creador del universo. Más aún, el universo mismo, la substancia única, a la manera del holandés Baruch Spinoza, por quien sentía una gran admiración intelectual. El universo tenía un orden natural, el cual era justo y equilibrado. Había, con Spinoza, que sustituir al dios privado, que no era sino un hombre idealizado, por un dios universal. La humanidad no era su creación, lo que forzosamente supondría un antes y un después, un adentro y un afuera, sino él mismo, corporizado en el mundo sensible, su expresión fenomenológica. Si la humanidad era dios, el progreso no sólo era una ley, sino mucho más que eso, un atributo divino.[23]

Hay poca información sobre los últimos años de Rhodakanaty en México. A mediados de 1880 –después de dividirse el Segundo Congreso Obrero por el apoyo de una fracción a la candidatura presidencial de Trinidad García de la Cadena– retornó a Chalco para tratar de reabrir la Escuela del Rayo y del Socialismo. No tuvo éxito. Los obstáculos interpuestos por el gobierno, los hacendados y el general Tiburcio

[19] Véanse *Cartilla Socialista*, "Programa social": "Programa social: peligros para el porvenir", *Garantismo Humanitario* y "Regeneración social" en la quinta y séptima sección.

[20] Valadés (1984: 117); Jean-Pierre Bastian (1989): *Los disidentes. Sociedades protestantes y revolución en México, 1872-1911*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 65-66. Acerca de esta colaboración pueden verse el "Discurso pronunciado por Plotino C. Rhodakanaty en la noche del día 19 del presente mes, en el que se celebró el aniversario del orfanatorio cristiano de la señora María Josefina Hooker situado en el ex convento de San Antonio Abad" y "Una visita al orfanatorio cristiano de la señora María Josefina Hooker, situado en el ex convento de San Antonio Abad", incorporados en las secciones segunda y tercera de este libro.

[21] La carta viene anexa al artículo de F. Lamond Tullis (1982): "Early Mormon Exploration and Missionary Activities in Mexico", *Brigham Young University Studies*, 22-3 (verano), pp. 309-310.

[22] Véanse "Hierogamía de la iglesia griega y agamía eclesiástica de la romana", "De la influencia del cristianismo sobre la organización social de las naciones", "Regeneración social", "Cúmulo de verdades" y "De la divina revelación de la Biblia, base única de la fe y del deber", incluidos en la séptima sección.

[23] Véase "Médula panteística del sistema filosófico de Spinoza" en la sección sexta.

Montiel, líder de la Liga Agraria de la República Mexicana, resultaron insalvables. Sin vislumbrar una alternativa mejor, regresó a la ciudad capital. Al año siguiente, su discípulo Zalacosta fue asesinado en Querétaro, posiblemente a manos de las tropas federales.[24]

Descorazonado por la situación en Chalco, a la que se sumaba ahora este doloroso acontecimiento, trató de refugiarse en la escritura y en la docencia. Fue entonces cuando realizó una fuerte crítica del positivismo dominante en la Escuela Nacional Preparatoria y propuso cambios en el curriculum escolar. Pronto vio frustrada su intención de incorporar la psicología a éste para, junto con la modernización de los contenidos del curso de lógica, darle un perfil racionalista. Tampoco logró hacerse de una cátedra allí mismo.

En materia filosófica se identificaba con el racionalismo: Descartes, Spinoza, Pascal, Vico, Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Feuerbach, Schopenhauer y Hartmann son constantemente mencionados en sus obras. Leyó a Darwin y compartía el principio de la selección natural. La psicología de Wundt y la lógica de Tiberghien le parecían certeras. Conocía también la obra de Comte, Bain, Littré y Spencer; aunque rechazaba la matriz positivista de todas ellas, le parecía más rica y sutil la del pensador inglés. La ortodoxia de Comte rayaba en el dogmatismo. Del positivismo en general, le repugnaba su creencia ingenua en el conocimiento sensorial –confundiéndolo además con el puramente intelectual–, el peso otorgado a la evidencia inmediata como fuente de verdad, su desconfianza del conocimiento a priori, la imposición de los métodos de las ciencias duras a las ciencias humanas, la negación de las leyes universales, su desprecio por la psicología –vista como una suerte de metafísica–, el fundamento sensualista en que se apoyaba, además de su materialismo vulgar. Su moral era la del utilitarismo inglés y su política desembocaba en la ley del más fuerte y en el autoritarismo hobbesiano.[25]

A La filosofía del inconsciente (1869) del alemán Eduard Von Hartmann le dedicó un ensayo completo. El texto discute las tesis positivistas y materialistas, proponiendo como alternativa el racionalismo de su "escuela pesimista", que asume las ideas panteístas de Spinoza,

[24] Valadés (1984: 140-141,144); Hart (1980): 96-97).

[25] Véanse su "Impugnación del informe dado por el director de la Escuela [Nacional] Preparatoria contra la creación de una nueva cátedra que integra el curso de filosofía", "Otro positivista en la lid", "Racionalismo y positivismo", "Algo más sobre el positivismo", "Estudios de filosofía social" y "Estudios filosóficos" en la tercera y sexta sección de este libro.

vinculándolas con los hallazgos científicos de Lamarck y Darwin. Según muestra Rhodakanaty, el inconsciente hartmanniano es dios que se despliega en la actividad psíquica de los individuos concretos, constituyéndolos como entes diferenciados entre sí, pero, a la vez, como una manifestación del alma universal. Reflejos, instintos –el más importante de ellos es el amor–, sensibilidad, moralidad, gusto estético, imaginación, lenguaje, pensamiento discursivo, religiosidad, entre otros comportamientos, son un producto biológico de aquél. Así, por ejemplo, el inconsciente hace que el lenguaje posea ciertos patrones fisiológicos innatos, los cuales aproximan a unas lenguas con otras, independientemente de su localización espacial. Dentro del inconsciente, la materia se resuelve en espíritu.[26]

Después de haber dejado sus mejores años en México, desplegando su vitalidad e inteligencia ya fuera en la ciudad o en el campo, en la escuela o en la prensa (obrera, protestante o liberal); enseñando lo que sabía; polemizando con los adversarios ideológicos acerca de los temas más variados; usando argumentos insospechados; creando círculos y sociedades de índole diversa; intentando persuadir al prójimo de las virtudes de la doctrina societaria; proponiendo remedios a los males sociales; experimentando siempre; buscando lo imposible, Rhodakanaty estaba exhausto. Con cerca de cincuenta y ocho años a cuestas se embarcó para Europa un día de 1886, sin hacer ruido, discretamente como había llegado. Era el epílogo de la primera época del socialismo mexicano.

* * *

Desde hace varias décadas ha existido interés por editar las obras de los pensadores conservadores y, en mayor medida, las de los intelectuales liberales del siglo XIX. No ha corrido la misma suerte la obra de los socialistas. Salvo los trabajos de Luis Chávez Orozco, que editó los artículos de José María González, Gastón García Cantú –que reunió una pequeña antología de textos de algunos de estos autores– y los esfuerzos editoriales del ya desaparecido Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano, poca atención ha merecido el rescate de estas obras. De tal manera que los artículos y panfletos de Juan de Mata Rivera, Pedro M. Porrez, Francisco Zalacosta, Ricardo Benve-

[26] Véanse sus "Estudios filosóficos" en la sexta sección.

nuto Velatti y Francisco Bañuelos, entre otros, hasta la fecha aguardan su compilación y estudio pormenorizado.[27]

Rhodakanaty fue el pensador mayor de todos ellos. Si de su actividad política destaca su preocupación por discutir las cuestiones sociales en escuelas, círculos y organizaciones de distinta naturaleza y finalidades, de una visión de conjunto de sus textos llama la atención su voluntad de incorporar a su análisis lo que se debatía en Europa, ya fuera el positivismo, la frenología, la teología, la naturaleza de la propiedad, la psicología, el racionalismo, el inconsciente, la asociación o los derechos de la mujer.

La elasticidad de su pensamiento, dada por la capacidad de sumar, mezclar y sintetizar ideas de diferente signo, fue una de sus principales virtudes intelectuales, de la cual quedaron testimonios en la prensa obrera (El Socialista, La Internacional, El Hijo del Trabajo, La Comuna Internacional),[28] en otras publicaciones periódicas (El Combate, El Craneoscopio, La Democracia, El Correo de los Estados), en impresos religiosos (La Verdad) y en folletos: De la Naturaleza, Neopanteísmo, Apuntes biográficos de célebres comunistas franceses (*Imprenta de* El Socialista, *1872*) y Garantismo Humanitario (*Imprenta de* El Socialista, *1876*).[29]

Desafortunadamente varios de estos folletos se han perdido, o se encuentran en bibliotecas privadas de difícil acceso. En algunos casos, sólo quedan síntesis o textos incompletos publicados en la prensa periódica. Del Neopanteísmo se conserva un resumen titulado "Médula panteística del sistema filosófico de Spinoza", impreso por El Socialista en 1885; del Garantismo Humanitario, las dos primeras partes aparecidas en 1877 dentro de la misma publicación.

La compilación que ahora presentamos se realizó dentro del proyecto "Discurso, hegemonía y sociedad civil en México, 1770-1876", financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología y con sede en el Departamento de Filosofía de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. Las facilidades otorgadas por María Guadalupe Landa, jefe del Fondo Reservado de la Hemeroteca Nacional, para copiar los escritos de Rhodakanaty, fueron de gran ayuda. Su cuidadosa y ágil transcripción fue obra de María Esther Reyes a quien, además de su trabajo, agradezco su buena disposición ante mi impaciencia característica. La gentileza de María del Carmen Salinas, investigadora del Colegio Mexiquense, me permitió incorporar los dos textos referentes al municipio.

El libro reúne cuarenta y cuatro artículos, discursos, ensayos y poemas, firmados por Rhodakanaty, además de otro que consigna algunos de sus datos biográficos. Para su edición se modernizaron ortografía y sintaxis cuando se creyó indispensable para facilitar la comprensión; se dejaron los puntos suspensivos colocados por el propio autor; se agregaron entre corchetes las palabras y datos faltantes; y se incluyeron unas cuantas notas básicas. Sus principales objetivos son rescatar los escritos del pensador griego y acercar a un grupo amplio de lectores a su singular, relevante y desconocida obra.

Ciudad de México, abril de 1997.

[27] Luis Chávez Orozco (1935): *Documentos para la prehistoria del socialismo en México. Colección de artículos de José María González (sastre).* México: Secretaría de la Economía Nacional (reimpreso en 1974 en la colección SEP/setentas); Gastón García Cantú (1969): *El socialismo en México en el siglo XIX.* México: Ediciones Era; Plotino C. Rhodakanaty (1976): *Cartilla Socialista.* México: Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano; *El Congreso Obrero de 1876. Antología* (1980): introducción de Arturo Obregón. México: Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano.

[28] En una miscelánea de la Hemeroteca Nacional aparecen juntos los periódicos *La Comuna* y *La Comuna Mexicana*, mas no *La Comuna Internacional*. Del primero se publicaron veinte números entre el 28 de junio y el 20 de septiembre de 1874, y tenía por subtítulo "Periódico bisemanal dedicado a la defensa de los principios radicales y órgano oficial del proletarismo en México". Su lema era: "A cada quien según su capacidad, a cada cual según sus obras". Del segundo, editado por Carlos Larrea, aparecieron veintiocho números entre el 24 de septiembre de 1874 y el 24 de enero de 1875. Su último número llevaba por subtítulo "Semanario dedicado a la defensa de las clases oprimidas y órgano de los indígenas, campesinos y pueblos de la República". Tenía por lema: "La verdad en los principios, la justicia para todos".

[29] Originalmente publicado por la Imprenta de Rivera en 1870 bajo el título de *Humanismo integral*. Valadés (1984: 170).

I

Semblanza

1. Plotino C. Rhodakanaty[1]

He aquí un hombre de tal modo identificado con su idea que hasta sus pequeñeces más insignificantes van encaminadas a su fin, fin levantado, fin que tiene de conquistarle no sólo el nombre simpático de que ya disfruta entre las clases trabajadoras, sino una popularidad que vivirá, una inmortal. Rhodakanaty ha seguido en su vida una escala lógica y juiciosa; ha sido hasta hace poco tiempo un verdadero idealista, un soñador robusto y generoso: los años, la experiencia, el estudio, le han hecho comprender que en la vida real hay que sacrificar mucho para realizar una idea y, aunque con pena, ha sacrificado algo de sus sueños, haciéndose hombre práctico y como práctico más útil a la causa que defiende.

Rhodakanaty es fundador de una sociedad de fines trascendentales, aun cuando algunos de ellos no hayan sido bien comprendidos: La Social, formada por personas de ambos sexos, con el noble fin de difundir entre sí la enseñanza y difundirla en las masas. Esta idea en sus formas sociales viva y crecida, ha dado a Rhodakanaty gran crédito, haciéndole centro de multitud de ciudadanos, que le ven como apóstol, que le consultan como su guía y como su amigo.

Hombre filántropo y de resolución, siempre ha defendido en la tribuna y por la prensa los derechos de la clase proletaria, atacando y venciendo muchas veces a poderosos adversarios, que han impugnado

[1] *El Socialista*, México, 28.X.1877.

sus doctrinas socialistas vertidas en entusiastas y enérgicos artículos; que ha escrito como colaborador en nuestro periódico, en *El Hijo del Trabajo* y en *El Combate*; en este último hace pocos días sostuvo una polémica con *La Voz de México* en la cual llevó ésta la peor parte.

Enemigo acérrimo del fanatismo y de la aristocracia feudal, él ha sido el instaurador de una Escuela Libre en el año de 1863, donde por principio se enseñaba al pueblo los derechos y prerrogativas de su soberanía nacional, y a no respetar en materia de creencia religiosa otra autoridad que le dé la razón y el buen sentido, difundiendo a la vez en aquellas clases, por medio de lecturas públicas, los principios más puros y luminosos de la moral universal. Las doctrinas filosófico-populares que así inculpaba a las masas del pueblo en esta capital le pareció que tenían estrecho espacio y buscándolo más amplio se estableció enseguida en un pueblo del Distrito de Chalco donde fundó en 1868 aquel famoso "Club Socialista" que, difundiendo sus doctrinas humanitarias y de redención para la raza indígena, causó una "revolución agraria" acaudillada por el infortunado Julio López, víctima de la perfidia de los hacendados. Arrestado Rhodakanaty en el pueblo de Huamantla por orden de la autoridad, se le amenazó con la pena de muerte a la cual contestó con estoica serenidad "que la naturaleza había pronunciado contra él, el mismo decreto mucho tiempo antes".

Desde entonces se ha hecho Rhodakanaty entre la raza indígena una potencia que infunde pavor a todos los explotadores del jornalero quien, algún día, tiene que reclamar sus derechos contra los usurpadores de sus terrenos. Desterrado enseguida de aquel distrito, Rhodakanaty tuvo aún la audacia de continuar su propaganda socialista, internándose por la tierra caliente donde cuenta con numerosas sucursales de su sociedad. Sabemos además que por aquellos lugares atacó a varios ricos reprochándoles su egoísmo y tiranía para con los pobres y que formó causa común con las congregaciones evangélicas, para de este modo tener un apoyo moral en el Evangelio y poder estigmatizar un lenguaje áspero y virulento, como lo ha hecho, la conducta de los curas y de los que se dicen ministros de la religión cristiana, pero que unidos a la aristocracia han venido a ser los verdugos de los pueblos y no sus pastores.

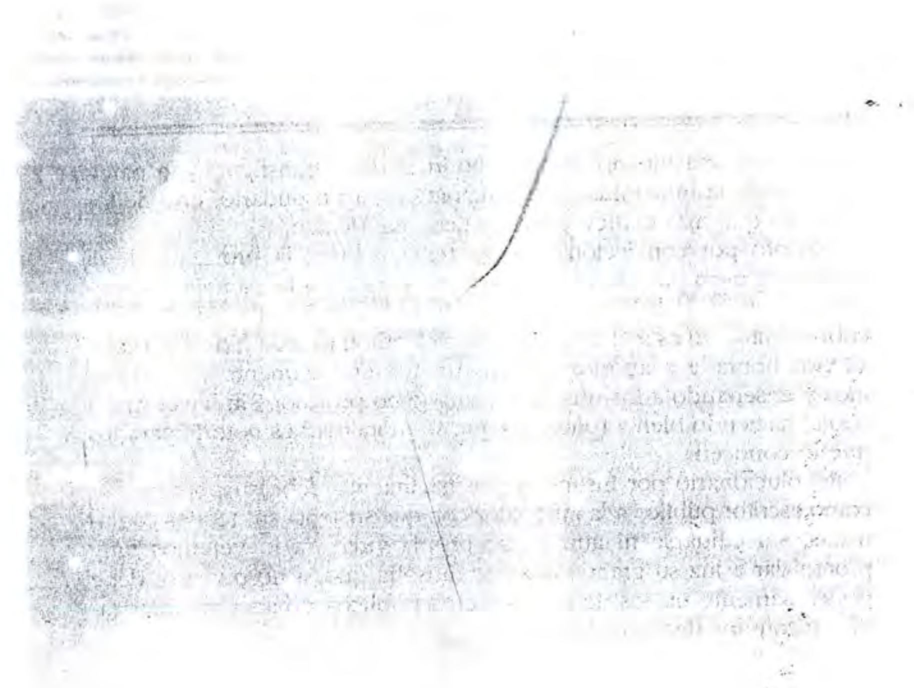
Al advenimiento ruidoso de la Comuna en Francia en 1871, Rhodakanaty aparece como uno de sus tribunos haciéndose solidario de sus doctrinas en México.

También lo hemos visto saludar con febril entusiasmo en uno de sus artículos de *El Combate* a "La comuna americana" como la aurora de la felicidad para el nuevo continente.

Fogoso y apasionado por el bello ideal de la transfiguración palingenésica de la humanidad, Rhodakanaty es, a no dudarlo, uno de los hombres que más grande porvenir tiene en México.

Filósofo por convicción y por sistema, adoptó la profesión de la medicina; pero partidario del progreso se afilió a la escuela homeopática, porque donde quiera que aparece una nueva verdad o descubrimiento, ahí está él. Poseedor de siete idiomas y de filosofía, busca su vida honrada y laboriosamente, curando gratuitamente a los enfermos y enseñando a los que le ocupan como profesor, sin hacer mal a nadie, haciendo bien a todos, porque su moralidad es notoria para los que lo conocen.

Revolucionario por instinto y por nacimiento debe su popularidad como escritor público a la intrepidez con que sustenta sus teorías comunistas, sin cuidarse ni aun de su propia vida. Ya lo veremos muy pronto dar a luz su grande obra de filosofía que, a no dudarlo, debe poderosamente en los acontecimientos públicos y hacer cambiar radicalmente los destinos de México.



II

Discursos

2. Discurso cívico pronunciado por el C. Plotino C. Rhodakanaty como secretario que es de una sociedad progresista de esta capital, el día 5 de mayo de 1874[1]

> *Poeta canta a tu país: allí están tres cadenas de amor, allí el mundo de tus pensamientos.*
>
> Goethe

EL SER UNIVERSAL, ese Dios omnipotente que rige los destinos de las naciones y les demarca el sendero por donde deben caminar a su elevación y engrandecimiento, no pudiendo soportar más la infantación de la tiranía y el despotismo militar que, rebosando en la mísera Europa, se desbordaba cual torrente impetuoso sobre la joven América, quiso poner el hasta aquí al cesarismo napoleónico entronizado en Francia, fulgurando sobre la antigua patria de Moctezuma el radiante sol del 5 de Mayo.

¡Salve mil veces privilegiado mes de mayo, salve mil veces, pues has sido destinado por el cielo para librar a la humanidad del yugo de los bárbaros! En este mes felicísimo fue cuando Alejandro Magno venció cerca del Gránico a los generales del rey de Persia. El 24 de este mes, Troya fue tomada por los griegos, después de un sitio de diez años, y Timoleón derrotó a los cartagineses en Sicilia. En el mismo mes y creo que aun en la misma fecha del día 5, los españoles reportaron una

[1] *El Craneoscopio. Periódico frenológico y científico*, México, 5.V.1874 (suplemento al número 4).

solemne victoria en la ciudad de Zaragoza, y finalmente los mexicanos animados por el sagrado fuego del patriotismo, pusieron en vergonzosa fuga a las huestes hasta entonces invencibles de Napoleón III.

¡Alentaos amigos a la libertad! La independencia de México se ha vuelto a reconquistar en este fausto día que hoy celebramos. La virgen de Anáhuac recobra su primitiva dignidad, y la humanidad reconocida esparcirá las flores de la inmortalidad sobre el sepulcro de sus héroes, cantando entusiasmada sus proezas, su valor.

Hidalgo y Zaragoza son las dos figuras prominentes de la independencia de México.

El primero, acaudillando desde el humilde e histórico pueblo de Dolores una revolución, difícil ejemplo, opone a los esfuerzos de los tiranos la energía y la dignidad de un pueblo cansado de tolerar crímenes, que reclama sus derechos santos, sepultados en la hecatombe de tantas ilustres víctimas durante tres centurias y le hace libre e independiente.

El segundo, siguiendo las huellas de su ilustre antecesor y maestro modelo, animado del mismo espíritu, poseído del entusiasmo ardiente de la libertad acomete intrépido y denodado sobre los primeros soldados del mundo y obtiene la victoria sobre el enemigo con un ejército cívico e indisciplinado formado por los ciudadanos que preciándose de hombres libres se arrojaron al combate por la defensa de sus inalienables derechos, para conservar incólume e ilesa la independencia de la patria.

La naturaleza, el soberano, el pueblo rey, triunfaron valerosamente de aquellos enemigos viles y asalariados, vendidos a los inicuos caprichos de un tirano, que se deleitaba en decapitar con la fuerza brutal de sus bayonetas las libertades públicas de las naciones, mas a pesar de su importante rabia, su formidable ejército fue vencido y humillado por el de los republicanos y hombres libres pues como decía Napoleón I "contra los pueblos no hay soldados".

Pero el derecho de la fuerza, el derecho de conquista, la ley del más fuerte contra el débil han acabado ya, y hoy sólo el buen sentido de la razón impera y se enseñorea sobre el mundo, que debe ser gobernado por la equidad y la justicia de la ley derivada del sano criterio de la naturaleza. Un espantoso cataclismo físico ha roído de la luz de la Tierra a la infame generación de los gigantes, y otro nuevo cataclismo moral no menos temible, hará también desaparecer de las sociedades modernas a los hombres de la fuerza que serán batidos y aniquilados esforzadamente por los hombres del derecho, sin más armas que la inteligencia, ni otra égida que la libertad.

La culta civilización ha transformado los antiguos continentes del viejo mundo, impelida por la ley eterna del progreso.

Las naciones se suceden como los hombres y nada hay estable en la naturaleza porque todo marcha hacia la perfección.

¡Esforzaos hijos del pensamiento, combatid por la idea y vuestro premio será la aureola de la inmortalidad, que habréis conquistado para las generaciones del porvenir!

El grande hombre que muere lega a su patria, y a la posteridad, un nombre inmortal y el fruto material de sus trabajos.

La grande nación que se extingue sobre la Tierra se transfigura en una estrella para brillar en la historia. Ejemplos, Grecia y Roma: estudiad la influencia transcendental de las doctrinas de sus sabios y conquistadores, también un asilo para la filosofía y una tribuna para la elocuencia.

Entonces la humanidad reivindicada vendrá a ser la reina regeneradora teniendo la gracia de la infancia en su poesía, el vigor de la juventud en su razón, y la sabiduría y experiencia en su vejez.

Todas las formas que ha revestido sucesivamente el pensamiento humano, renacerán inmortales y perfectas al soplo de su genio inmortal y todos los rasgos que ha bosquejado el arte de las naciones se reunirán y formarán la imagen completa de Dios.

La independencia de las naciones, por lo tanto, es providencial, porque tiene su fin y su modelo en el vasto plan de la naturaleza universal.

Y he aquí por lo que los patrióticos tienen que agruparse hoy a celebrar este fausto día de los acontecimientos más grandes de su historia.

Hidalgo proclamó la independencia de México. Zaragoza viene y la realiza en su época.

El mundo marcha en el sentido de su vocación hacia la perfección futura. Las razas se confunden.

Estamos ya en el siglo XIX. y el espíritu cosmopolita funde en el crisol de la alta filosofía todas las ideas, derrumbando a la vez al soplo de su divino genio las murallas y barreras cuyo contenido forman lo que hoy se llama patria; es decir, en grosero y limitado pedazo de tierra en que el hombre ubica las más caras afecciones de su ser.

No, la humanidad no tiene más patria que toda la tierra, fecundada por el alma sol.

Cosmopolitas por naturaleza, somos ciudadanos de todos los países, contemporáneos de todas las edades, las acciones más grandes y heroicas de todos los hombres nos pertenecen; pero ahí donde surge la idea regeneradora, ahí donde se plantean los más altos problemas de la democracia, ahí donde brota y se establece la libertad en todo y para todo, ahí nos filiamos inmediatamente, reconociéndola sistemáticamente como patria adoptiva donde se resumen y localizan los sacrosantos derechos de la humanidad.

El cosmopolitismo humanitario que hoy la moderna civilización proclama por todo el mundo es hijo legítimo de la idea griega brillando en todo su esplendor, como el modelo más perfecto de su bello ideal y que puede relegarse a la esfera de las utopías porque es eminentemente sensata y de consiguiente realizable, puesto que está basada sólidamente sobre el orden general de las cosas, no como son aún, pero sí como serán mañana, y por lo tanto la misión del legislador sobre la Tierra no debe ser el limitarse a lo presente, sino trabajar y elaborar de común acuerdo con los ciudadanos los destinos futuros de la sociedad humana.

Las razas actuales tienen que legar a las futuras sus principios, sus ideas y sus instituciones sociales y religiosas, para que a su vez sean modificadas bajo la influencia plástica de la civilización siempre creciente del porvenir y he aquí la suma importancia que hay de que la filosofía regenere al mundo por medio de la razón, elevando al hombre, si es posible, hasta el apogeo de la virtud. "Las clases llamadas superiores, dice un insigne escritor, recogerán de las llamadas inferiores lo que han sembrado; los romanos habían sembrado el embrutecimiento en sus esclavos, recogieron la muerte." Esto mismo podemos aplicar respecto a las generaciones futuras, que deben reemplazarnos en nuestro planeta.

Nosotros al morir legamos a nuestros descendientes un germen material de desarrollo, en cuya delicada sensibilidad va envuelta por decirlo así, la idea, el sino de su felicidad o su desgracia, y por tanto, el hombre que no tema en consideración estos principios es un criminal a quien el egoísmo lo hace acreedor a la excomunión social del género.

La gran familia que puebla la tierra está formada por la coordinación de los dos sexos, y consiguiente, ambos deben ser comprendidos genéricamente en esa gran regeneración que hará cambiar de faz el aspecto físico y moral de nuestro globo.

Aquí tenemos desde luego el gran problema social de la rehabilitación y emancipación de la mujer. Ésta, como parte integrante de la misma especie del hombre, está dotada como él de las mismas facultades físicas y morales, y así es que al regenerarse la sociedad debe necesariamente abarcar en su transformación a ese ser desgraciado, llevando sobre él un rayo de luz acerca del ejercicio pleno de sus verdaderos derechos, a fin de depurar hasta en último grado de perfección material la exquisita sensibilidad con que la naturaleza ha dotado a esa cara mitad del linaje humano y tierna compañera del hombre, cuya voluntad tiene aprisionada por el incentivo del placer.

Pero esta gran enunciación de rehabilitación femenina, así como todas las demás reformas sociales, hijas del pensamiento y de la idea, deben tener por base la razón pura, exenta de todo fanatismo religioso y preocupaciones sociales y aun domésticas, cuyos males se derivan todos de la impostura y el error en que yacen los hombres sumergidos por la tiranía, sostenida por la ignorancia que, por desgracia, hace siglos es el único patrimonio de las masas de los pueblos, dignos por cierto de una suerte mejor. Pero sin embargo, como la ley de progresión resplandece en toda su suntuosidad en la vida general del globo, creemos, a no dudarlo, que ella transfigurará radicalmente a la humanidad.

Actualmente el mundo entero se halla agitado de un fermento de ideas y de sistemas de cuya crisis saldrá radiante el divino genio de la unidad absoluta, que consolidará sobre las ruinas del antiguo mundo, de la gran república universal.

Y hoy, celebrando entusiastas la idea de la unidad social bajo la forma de la libertad, nos unimos a México, que es un interesante fragmento de la gran patria humana, para cantar sus glorias e inmortalizar a sus héroes.

3. Discurso pronunciado por Plotino C. Rhodakanaty en la noche del día 19 del presente mes en que se celebró el aniversario del orfanatorio cristiano de la señora María Josefina Hooker situado en el exconvento de San Antonio Abad[2]

Y he visto un ángel que mora en este respetable plantel, y lo he contemplado estático con admiración, porque es el genio tutelar de la ciencia y de la virtud.

El autor

Un genio extraño y misterioso ejerce sobre mi razón y mis sentidos una influencia divina y celestial, y mi alma extasiada ante su bella imagen ve en sí personificada la virtud y la ciencia, porque es el símbolo perfecto de la alianza y la solidaridad cristiana de todos los pueblos de la Tierra, unidos por los suaves vínculos de la fraternidad universal.

Qué grato y satisfactorio debe sernos el ver aquí reunidos en esta noche a tantos seres huérfanos y desamparados del mundo a quienes el espíritu evangélico ha dado hospitalidad e imparte los conocimientos útiles de la vida en este respetable recinto, digno de merecer todos los elogios que justamente se tributan a la fundadora de tan sublime institución.

Cuando el hacedor supremo de los mundos los lanzó a millares en la tangente de sus órbitas con las leyes del movimiento, los mundos todos a la voz divina de su autor estremeciéndose de placer, comenzaron su carrera de gravitación por el espacio hacia un centro vivificador, perfeccionando por grados su naturaleza.

Así también cuando el Evangelio, que es el libro de la vida, ha sometido a su benéfica influencia las tiernas inteligencias de estas niñas, verdaderos astros de la sociedad, va preparando para México los ricos elementos intelectuales y morales de un brillante porvenir, que deben elaborar su futura felicidad bajo la sombra de nuevas instituciones sociales basadas, sobre todo, en la idea justa, racional y cristiana de la emancipación de la mujer.

[2] *El Combate*, México, 2 i VII 1877.

Así como el sol matutino del invierno disipa las espesas nieblas de la Tierra, así también la luz fulgente y vivificadora de la antorcha evangélica, encendida por una mano providencial, debe disipar la ignorancia que ofusca la luz de la verdad, a tantas almas sedientas de ciencia y de saber, que aspiran a tener un punto de apoyo para emanciparse de la esclavitud y de la onerosa explotación que hace gravitar sobre ellas una sociedad injusta, venal y corrompida.

¡Aliento almas vírgenes, un poco de paciencia, un paso más por el sendero del progreso que el porvenir es vuestro y os pertenece, cual aparece que os aprestan los ángeles allá en el cielo, para la futura felicidad de vuestro ser por el sendero transitorio de la vida!

Ya veo este sitio, donde se guarece a la inocencia huérfana, ostentar un brillante y espléndido porvenir para la república; ya miro idealmente a la mujer educada en este sitio de su sexo, ser amparado y abyecto, saborear los goces de su emancipación ejerciendo las profesiones, practicando las artes, desempeñando cuidadosa y con esmerado afán los cargos públicos; ya la oigo gozosa perorar en la tribuna de los parlamentos, ya la miro pasmado de placer defendiendo, con su elocuente raciocinio, los sagrados derechos de la humanidad, y con su voz argentina y graciosa hacer triunfar la santa causa de los pueblos contra la fuerza bruta de la tiranía, poner el hasta aquí a los tiranos y salvar a la sociedad...

Sí, esa sublime idea en cuya contemplación derramo mi alma por las regiones misteriosas del porvenir abrazando la escena histórica de los siglos y de los tiempos más remotos del mundo, me autoriza para augurar esa metamorfosis social, porque creo y tengo fe en la ley eterna del progreso, que es la providencia divina, extendiéndose vigilante sobre todas las cosas humanas, para mejorar la condición de los hombres y así regenerar a la humanidad.

¡Qué admirable concierto, qué unidad de acción en todas las obras de la naturaleza! Todo, y aquello mismo que nos parece más imposible y que consideramos heterogéneo, concurre a la finalidad de los altos designios de ese ser misterioso e incomprensible para quien la vida es el movimiento, y su santa palabra el cumplimiento de su divina voluntad. Se movió en su propia esencia y de ella brotó toda una creación, pensó y el hombre se hizo a su propia imagen y semejanza, quiso y se encarnó en Jesucristo para redimir al hombre hechura de sus manos. Y Alejandro Magno domina al mundo, y Franklin juega con el rayo, Galileo descubre el movimiento de la Tierra, y Newton las

leyes de la atracción universal, porque el hombre es el dios de la tierra, así como Dios es el hombre del cielo.

Y viene enseguida La Social emancipando a la mujer por medio de la ciencia, para demostrar prácticamente a las naciones su genealogía evangélica y la realización de las doctrinas que deben traer el reino de Cristo, y su justicia sobre la tierra para transformar el mundo en un Edén de dicha y felicidad humanitaria, cuyo desenlace está reservado definitivamente allá en las altas regiones del Empíreo.

Sí, queridas niñas, hermanas de los ángeles, vosotras estáis llamadas por el estudio a ser las que revindiquéis a vuestro sexo ultrajado por la injusta sociedad en que vivimos, mirad que las futuras generaciones están en expectación desde el seno de Dios, donde yacen en germen, esperando que les labréis desde esta época su felicidad, para cuando plugue a la providencia hacerlas aparecer sobre este teatro de la vida humana, ya regenerada por las saludables y benéficas doctrinas del Evangelio, cuyas aguas límpidas y transparentes bebéis en la cristiana y moral educación que aquí se os imparte gratuitamente para vuestra felicidad temporal y eterna, y para que México pueda elevarse a un sumo grado de apogeo marchando por el sendero progresista a la vanguardia de la moderna civilización.

Y vosotras, sabias y modestas profesoras de la orfandad, vosotras las que alimentáis de verdad y de ciencia a las niñas y jóvenes de este seminario evangélico, no olvidéis que lleváis su corazón en vuestras manos, velad siempre por ellas, no queráis encadenar nunca su voluntad con las ligaduras de la férula escolástica: tened presente que la fuerza obliga, que la razón manda, y que sólo el amor es el que obedece libremente y con la conciencia de los seres racionales, emanaciones directas de la divinidad.

Loor eterno y grande veneración debemos de tributar justamente a la digna fundadora de esta santa institución, señora María Josefina Hooker, verdadera heroína de la caridad cristiana, a quien su celo y noble entusiasmo han conducido intrépidamente a esta república, abandonando patria y familia, que son las dos afecciones más caras de la vida, por cumplir con los sagrados deberes que la fe le impone, llenando así su vocación a que la ha destinado el cielo.

Miremos también con gratitud y ternura a la estimable señorita Rosa Betancourt, coadyuvando con sus esfuerzos y continua vigilancia a la marcha, orden y desarrollo de este piadoso plantel, en que se cifra el porvenir de tantas niñas huérfanas y desamparadas del mundo, pero

protegidas por Dios y la maternal providencia de estas almas elegidas para la caridad. ¿Y podremos pasar en silencio los afanes con que se esfuerza la inteligente profesora de este colegio, la señorita Guadalupe Solares, por impartir una sólida y moral instrucción a sus discípulas en los diversos ramos de enseñanza a que se dedica con perseverancia infatigable? ¡Oh, de ninguna manera dejaríamos de tributar un justo elogio a sus labores didácticas que tanto la recomiendan!

No terminaré este desaliñado discurso sin dejar de hacer un merecido elogio de las niñas Victoriana Becker y Florencia Tamayo, su compañera, que igualmente comparten las tareas de su citada profesora, con un esmero y paciencia que recomiendan bastante su carácter sociable y afectuoso, como prendas preciosas de su educación cristiana y evangélica.

Sí, queridas niñas, imitad la abnegación y desinterés de vuestras protectoras y maestras, imitad la virtud y aplicación de esas condiscípulas, vuestros dechados de modestia para vuestra conducta, poned vuestras almas tiernas e inocentes bajo la protección de Dios que es el solo padre de las luces.

Vuestros corazones han nacido para amar, rodeadlos de ternura y de sabiduría.

Fortificad vuestra fe en la oración.

Ejercitad vuestra vida en la práctica de la virtud.

Cultivad la moral y Dios descenderá, no lo dudéis, en medio de vosotras a pasearse en el paraíso de vuestra felicidad, donde los ángeles os aguardan con la aureola de la felicidad que el ser eterno tiene reservada para las almas virtuosas.

Recordemos siempre con júbilo y santa alegría el acto solemne del aniversario de este gran instituto, y quiera el cielo que el año venidero podamos celebrarlo bajo mejores auspicios, porque en la enseñanza y aplicación práctica de sus doctrinas se hallan vinculadas todas las esperanzas de la sociedad y el porvenir más brillante y consolador para México.

4. Reunión fraternal del año nuevo. Discurso pronunciado por Plotino C. Rhodakanaty en el banquete del día 1 de enero de 1878[3]

> *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán bastos.*
>
> Evangelio

Hermanos socialistas:

Un año y nueve meses hace hoy que La Social renació a la vida pública, correspondiendo a una necesidad que las clases pobres y desheredadas sentían ya de tener un órgano en qué emitir sus ideas, difundir sus principios, expresar sus quejas, manifestar sus aspiraciones y demandas, basadas todas en las leyes de la eterna justicia.

Su fundador, pobre y desheredado de todo patrimonio, pero lleno de esperanzas para el porvenir, tuvo el indecible placer de verse muy pronto rodeado de buenos amigos y cooperadores en su grande empresa cuando el día 7 de abril de 1876 se reinstaló solemnemente La Social en el salón de la Sociedad Artístico-Industrial, y ha tenido la gloria, desde esa fecha memorable, de haber sido su asociación la primera que, comprendiendo en su verdadera acepción el socialismo, lo ha predicado con fervor y entusiasmo ante el público, llevando sus ideas regeneradoras hasta el seno mismo de otras sociedades, debatiendo sus teorías grandes y sublimes en el Congreso Obrero[4] e infiltrando sus doctrinas en las masas del pueblo, cooperando así a la emancipación de la gran familia obrera, y a preparar esa formidable y colosal crisis económico-social que debe bien pronto estallar en la República, haciendo cambiar de faz radical y definitivamente los destinos de México, pese a los gobiernos estúpidos e impotentes, y pese a las clases egoístas y opresoras de la sociedad.

Sentimos orgullo y satisfacción porque hace veinte años trabajamos por plantear y desarrollar las doctrinas y principios del socialismo de cuya aplicación depende, a no dudarlo, la felicidad futura de México

[3] *El Hijo del Trabajo*, México, 20.I.1878.

[4] Realizado en la ciudad de México en 1876.

y el bienestar de sus habitantes; y hoy ya su germen se ha encarnado, por decirlo así, en la conciencia popular, cuyo instinto fino y delicado saborea de antemano los placeres y goces de su rehabilitación social.

Pero, aunque poseídos de tan sublime entusiasmo por la santa causa de la humanidad y de la eterna justicia de los pueblos, no por eso dejamos de conocer los grandes e invencibles obstáculos que deben oponerse a nuestra marcha, no tampoco los formidables y numerosos enemigos que tenemos que combatir para alcanzar el triunfo de nuestras ideas y principios sociocráticos. Los gobiernos rutinarios, que acatan siempre la autoridad y la costumbre, son los primeros que se alarman de cualquiera innovación o reforma que no cuadre a su sistema de inamovilidad y de *statu quo*. Los explotadores y los usureros que trafican con el hombre y sus intereses, y que roban y esquilman al pueblo, prevalidos de su miseria, verán también en La Social una palanca poderosa que levantará a los pobres y desheredados, para elevarlos a un sumo grado de apogeo en el orden social. También los cobardes y pobres de espíritu vendrán a ser nuestros enemigos porque desconfiando del buen éxito de la empresa, el miedo los hará formar causa común con los poderosos, que los alimentan con las migajas de sus opíparas mesas para poder servirse de ellos, cual de entes mecánicos sin dignidad y sin conciencia, de su abyección y envilecimiento. Mas no importa, lucharemos con la fe de nuestros principios y con la justicia de nuestras convicciones, erguida la frente con orgullo ante el enemigo, porque nuestra causa es santa y sublime, y el amor que germina en nuestros corazones para el bien de los pobres nos hace despreciar la vida y no temer la muerte cuando nos inmolamos generosamente en aras de la humanidad.

Nada importa morir cuando nos hallamos agobiados por la miseria y los padecimientos, cuando la vida no es para el pobre más que la muerte de toda felicidad posible y una carga pesada y onerosa; cuando las enfermedades nos abruman y la sociedad nos desprecia por nuestros vestidos rotos y harapientos. Nada importa morir cuando han muerto en nosotros casi todas las afecciones y sentimientos del corazón; cuando las ilusiones y nuestras más bellas esperanzas se nos han disipado cual fantasma etéreo y vaporoso, y cuando hasta nuestras ideas parecen extinguirse una tras otra en nuestro cerebro. Nada importa morir, en fin, cuando nuestra alma no es ya aquella idea eterna de Dios irradiando o reflectándose en un organismo viviente y

activo, sino únicamente la ceniza fría e inerte del fuego que vivió en nosotros.

Pero no hermanos sociócratas, los héroes y los hombres de corazón generoso que sacrifican su vida material por la santa causa de la humanidad nunca mueren, porque el genio de la virtud y de la gloria los circunda con la aureola de una doble inmortalidad. Sí, la inmortalidad es una idea innata en el hombre y un culto para el género humano. Todo prueba en nuestra especie el deseo de sobrevivir a sí mismo y de dejar su recuerdo en la memoria de la posteridad. Las pirámides, los mausoleos, las estatuas, los monumentos y los epitafios nos muestran la pasión que la obligan a buscar los medios de prolongar su existencia más allá de la tumba. No es indiferente al juicio de la posteridad, y esta feliz quimera, si así podemos nombrarla, con relación a la vida real es la que produce el entusiasmo del genio, el valor bélico, la grandeza de alma, el talento y tantos otros efectos benéficos y saludables para el orden social, y la única que puede garantizar al hombre que la memoria de su nombre no será jamás borrada de la superficie de la Tierra.

De este modo la esperanza humana, teniendo por brújula la inmortalidad, por timonel la justicia, se lanzó impertérrita y denodadamente al través de ese inmenso piélago de la confusión caótica del siglo en que vivimos, para restablecer el orden natural de las cosas y nivelar la sociedad, que ya parece hundirse, minada por el pauperismo y la miseria, el agio y la prostitución, el monopolio y la desconfianza pública, el robo y la inseguridad general, cuyos elementos, todos de destrucción y aniquilamiento, acusan ya su total ruina y exterminio, hallándose en vísperas de una disolución definitiva. La sociedad moderna se descompone ya. El viejo mundo, el mundo de la esclavitud, del feudalismo y del régimen proletario, atacado hace más de dieciocho siglos por la doctrina socialista de Libertad, Igualdad y Fraternidad, que proclamó Cristo sobre la Tierra, ese mundo cruje, tiembla, se hunde, titubea y vacila, no bastando ya para sostenerlo sus puntales frágiles, apolillados y carcomidos por el progreso de las luces y por el torrente impetuoso de la ilustración universal, que se desborda sobre las masas de los pueblos.

Al contemplar en este tiempo esa agitación febril de la humanidad, ese fermento general de ideas y choque de intereses encontrados que tanto afectan hoy a todas las naciones del globo, no podemos menos de convenir en que las sociedades civilizadas han llegado ya a una de

esas grandes épocas de palingenesia social, en que una ley invencible impone una transformación fundamental en su constitución, ley necesaria o providencial, júzguese de un modo u otro, pero seguramente irresistible e incapaz de evitar.

En el día es tan imposible el impedir la revolución social y económica de México, y por consiguiente el mundo entero, por el espíritu de solidaridad que la anima, como el impedir la transformación orgánica y material de la naturaleza.

El socialismo es irrefutable ante los hechos cuando nos presenta ese cuadro tristísimo de la humanidad. En efecto, hermanos, ¿cuál es nuestro actual estado social sobre el que se basa el mundo? Naciones fundadas sobre el antiguo derecho de conquista, la explotación de muchos por pocos, el absolutismo más o menos ilimitado, trabajo excesivo para ganar muy poco, indigencia, carestía de alimentos relativamente a la miseria, incertidumbre sobre el porvenir de las familias y mala inteligencia general en todos los negocios de la sociedad; la guerra civil, ese tremendo azote de las naciones, diezmando por millares a nuestros hermanos, y la flor y nata del bello sexo entregada a la prostitución, y, como consecuencia necesaria, esas dolencias secretas y vergonzosas de la sífilis, ese terrible veneno que, transmitiéndose de una generación a otra, emponzoña el manantial mismo de la vida.

Tales son, pues, los males que el socialismo se propone extirpar radicalmente de la sociedad, porque es el único que, a decir verdad, puede y tiene derecho de hacerlo, como doctrina humanitaria y filantrópica que se ha consagrado a la transfiguración social.

Hoy hace siglos que nació el redentor del mundo, el Cristo del cielo y regenerador universal del linaje humano, no en alcázares ni en suntuosos palacios, sino en un establo abandonado, para demostrarnos que la grandeza y la opulencia son incompatibles con la misión de un verdadero socialista, y que jamás podrá surgir una reforma, ni levantar una protesta para los vicios y aberraciones de una sociedad corrompida, si no es de entre las mismas masas del pueblo, escogiendo siempre la providencia al más humilde ciudadano para venir a ser el libertador de las naciones y el iniciador heroico de las grandes ideas y de los más elevados principios que se desarrollan para regenerar al mundo y salvar a la humanidad.

La bandera roja que tremola La Social es el símbolo del amor, que es un fuego activo y vivificador hacia los desheredados; también simboliza la filantropía universal que proclamamos para la restauración de la

unidad primitiva de la gran familia humana, así como más altamente la guerra a muerte y sin cuartel que hemos jurado hacer a todos los enemigos de la clase pobre y desvalida. Mirad ahí el ojo eterno de la providencia divina que vela incesantemente sobre el género humano y cómo, por medio de la igualdad absoluta y nivelamiento perfecto de la sociedad, que es lo que indica la escuadra y la plomada de albañil, se restablecerá la paz universal en el mundo, y cuyo emblema es el ramo de oliva que ahí mismo podéis observar. ¡Qué bello y sublime es el de nuestra sociedad, que viene realizando el reino de Dios y su justicia sobre la Tierra!

Nosotros no nos avergonzamos de decirlo: somos los verdaderos continuadores de los primitivos cristianos y los legítimos poseedores de la doctrina de Jesús, cuyo espíritu eminentemente práctico y positivo hemos comprendido perfectamente, porque no nos conformamos nada más con la simple predicación y propaganda teórica de los sublimes preceptos de ese heroico "Mártir del Gólgota", sin pago ni estipendio alguno, sino que asimismo ejecutamos los grandes designios que encierra ese divino plan de redención social que se llama Evangelio, porque anuncia la buena nueva a todas las naciones, y también Testamento, porque nos ha legado por herencia el mismo dios, el sacrosanto lema democrático de Libertad, Igualdad y Fraternidad, que vienen a constituir en su solidaridad de principios la triada humanitaria de La Social.

No olvidemos pues, hermanos, que nuestra doctrina societaria siempre ha existido como un germen imperecedero en los grandes filósofos y reformadores que debían regenerar al mundo, transfigurar radicalmente los destinos del género humano. Platón, que nos ha legado en la *República*, creación llena de grandeza y de sublimidad; Campanella en *Ciudad del Sol*; Tomás Moro su *Utopía*; Cabet su *Icaria*, y el inmortal y célebre Carlos Fourier, que penetrando los secretos de la naturaleza y midiendo los cielos y la Tierra dio luz a su gran descubrimiento de la teoría de los cuatro movimientos y de la organización del falansterio, todos esos bellos genios y sólidos espíritus de razón y de ciencia son los que han caminado delante de nosotros con nuestra bandera en la mano proclamando los mismos principios y consagrándose, con abnegación a iguales trabajos y sufrimientos, por la santa causa de los pueblos.

¡Naciones infortunadas: ya tocáis a la época de la gran metamorfosis social que parece anunciarse por una conmoción universal! Hoy es

cuando el presente trae ya consigo el porvenir y cuando el exceso de los padecimientos humanos debe producir la crisis de salud. Al ver la continuidad y la enormidad de las convulsiones políticas se diría que la naturaleza misma hace esfuerzos por sacudir un fardo pesado que la oprime.

Las guerras y las revoluciones se suceden una tras otra sin interrupción y abrazan incesantemente todos los pactos del globo. La paz no es todavía más que un bello sueño de algunos instantes; la industria, multiplicando sus máquinas y sus invenciones ingeniosas, pero desastrosas, ha venido a ser el suplicio de los pobres que viven de su trabajo corporal; el espíritu mercantil ha abierto nuevos caminos al crimen, llevando la odiosa conquista a pueblos antes felices y pacíficos como la China y la India Oriental en el Asia, y la Argelia en África, conduciendo así hasta el seno mismo de las regiones que se dicen salvajes, con relación a la cultura europea, los escándalos y ambición de los pueblos civilizados, para arrebatarles su tranquila felicidad natural y hacerlos partícipes de nuestras desgracias, asociándolos a nuestros vicios y furores.

Desengañémonos hermanos, la humanidad ha pasado por cinco grandes periodos: el del Edenismo, el del Salvajismo, el del Patriarcado, el de la Barbarie y el de la Civilización, en que nos hallamos actualmente; pero que ya toca a su término para entrar en el del Garantismo como nos lo demuestra el célebre Fourier, y el socialismo es el que hoy nos viene preparando ese paso de transición, derribando en su marcha solemne y majestuosa esas montruosidades o aberraciones sociales que acabamos de enumerar, y que sólo sirven de rémora a la ley eterna del progreso humano.

La Tierra, empero, hasta ahora no ofrece más que un espantoso caos político y social, y reclama las fuerzas poderosas de un Hércules para que la regenere y la transforme.

Ya el nuevo Hércules ha aparecido, aunque bajo la forma raquítica de un pigmeo; sus inmersos y laboriosos trabajos van hacer resonar su nombre del uno al otro polo, y la humanidad, acostumbrada al espectáculo de los milagros, espera de esa fuerza la emisión de un poder mágico que cambie la suerte del mundo.

Ese Hércules es el socialismo. Su forma aparentemente raquítica y endeble, La Social.

¡Pueblos! vuestros presentimientos van a realizarse: la misión más grande y sublime está reservada a un débil personaje a quien la pro-

videncia ha elegido para acometer tan colosal empresa; a él está encomendado elevar la armonía universal sobre las ruinas de la vieja sociedad, que debe ser derrumbada para dar lugar al reinado de la razón, de la moral y de la justicia, volviendo así a restablecerse la felicidad general sobre el mundo y produciéndose la creación de unos nuevos cielos y una nueva Tierra, que será la república universal tan deseada.

Y vosotros ciudadanos todos del universo, cualquiera que sea vuestro sexo, nacionalidad, color, idioma o religión, venid hacia nosotros, que somos vuestros hermanos e hijos del mismo padre, que es Dios; venid a alistaros bajo la bandera socialista para que, como hermanos, nos ayudéis en nuestros trabajos sociocráticos y humanitarios, trayendo vuestro contingente de ideas, de principios y de empresas prácticas, que tienden al mejoramiento de la clase proletaria, a la exaltación del trabajo, a la emancipación de la mujer, y, finalmente, a la solución magna del socialismo, cual es la de procurar al hombre la mayor suma de felicidad posible sobre la Tierra.

Respirad ya y olvidad vuestras pasadas desgracias y miserias, pobres y desheredados de la fortuna, porque ha llegado por fin la época de vuestra reivindicación ante las leyes solidarias de la eterna justicia y del derecho social.

¡Cuán grande, cuán sublime y satisfactoria es la misión santa y divina de La Social, que se ha impuesto el estricto deber y la obligación de consagrar sus trabajos de redención hacia los pobres, sus miradas hacia la virtud!

¡Quiera el cielo propicio hermanos míos que, para el año venidero, podamos celebrar, bajo mejores auspicios de felicidad y fortuna, este banquete fraternal, símbolo de la igualdad humana, para que unidos todos los socialistas en un solo cuerpo y animados por un solo espíritu, que es el del progreso, podamos trabajar de común acuerdo en ir elaborando progresivamente los destinos futuros de la humanidad, reasumidos en nuestro lema de Igualdad, Progreso y Revolución Social!

III

Artículos y crónicas

5. Refutación de la impugnación que el señor Roberto A. Esteva hace al "Manifiesto del Congreso General de Obreros"[1]

(SOCIALISTAS POR CONVICCIÓN)

Vitae integritatem,
et innocentians.

Horat

I

GRANDE Y MUY NATURAL debe haber sido sin duda alguna la sensación de gloria y de placer que experimentó el señor Esteva al haber visto figurar su nombre entre aquella pléyade de trabajadores de la gran idea socialista del porvenir, óptima por sus frutos de redención y de engrandecimiento para la clase obrera de la República.

Cuando así fue postulado tan dignamente por un voto espontáneo, debemos de respetar tan acertada elección, la que le conmovió tan profundamente, llenándole a la vez de la satisfacción más grata.

Modesto en sumo grado, no desdeñó llamarse "obrero de la idea", es decir, del [que] cuya doctrina santa y humanitaria, reposando sobre una igualdad perfecta, lo constituyó hermano de los obreros sus

[1] *El Hijo del Trabajo*, México, 7.V.1876.

poderdantes. Pero cuando su nombre no figuró en la lista de los diputados electos, no sabemos por qué motivo, natural era como él mismo lo manifiesta, que esa primera sensación placentera se trocase en un sentimiento profundo y en una duda extraña que asaltó su corazón.

Respetamos ese resentimiento, porque es natural al corazón humano ser sensible, pero, al mismo tiempo también, el proceder de esa honorable asamblea cuya manera de obrar no puede menos de ser justa, como es notorio en todas circunstancias, puesto que su bandera es la justicia y su lema la equidad para todos.

II

Ayer el señor Esteva era socialista, es decir, "obrero de la idea", hoy... es decir, cuando un ligero incidente ha venido a herir quizá la susceptibilidad de su amor propio, reniega de la sublime doctrina que profesara, congratulándose hasta de no haber ocupado un asiento en el Congreso Obrero.

Confiesa, además, dicho señor, que si hubiera llegado a ocuparlo, su voz se hubiera levantado contra las muy peligrosas tendencias que, según él, están envueltas entre varias de las proposiciones formuladas en el manifiesto aprobado por el Congreso Obrero en la sesión del día 17 del mes pasado y, lo que es más, llega hasta suponer, o figurarse, que la fuerza irresistible de sus argumentos hubieran introducido el cisma o división en el seno mismo del honorable cuerpo de obreros.

Respecto a este último punto, creemos que por poderosos que fuesen los raciocinios que el citado señor Esteva hubiese empleado contra la idea socialista que encierra el manifiesto a que nos referimos, y que por el solo hecho de ser antisocialistas no podían menos de haber sido caprichosos y sofísticos, todas sus teorías habrían fracasado ante la inflexible lógica de los hechos prácticos sobre que se basa nuestro sistema, embotándose a la vez sus más certeros tiros en el vínculo de la unión estrecha que forma el alma de la falange obrera en el Gran Círculo de Obreros de México.

Demócrata de corazón, se constituye el señor Esteva un guardián celoso de la idea democrática, esto es muy laudable para nosotros que también lo somos de convicción, porque vemos que la democracia es la forma de gobierno que satisface todas las necesidades políticas de una nación, porque es la más natural, la más sencilla, la única legal y

la que está en armonía con la naturaleza del hombre en el ejercicio libre de todas sus facultades. Pero cuando el mismo señor Esteva, analizando bajo la inspiración de sus infundados temores y de sus preocupaciones sociales el citado manifiesto, creyendo encontrar en su parte expositiva gravísimos peligros se atreve a calificar el espíritu de sus doctrinas [como] eminentemente antidemocráticas, entonces sí no podemos menos de deplorar su error impugnándolo con toda la energía que merece, sobre todo, cuando llega hasta suponer que sus tendencias en último resultado son la fundación de la aristocracia obrera.

Desearíamos saber ante todo ¿cómo siendo nuestro adversario "demócrata de corazón", es decir, partidario acérrimo del gobierno del pueblo, pueda rechazar y aun condenar de una manera tan terminante y absoluta el socialismo que, en último análisis, no es otra cosa que la democracia pura, completada y perfeccionada por los más altos y luminosos principios filosóficos que hoy vienen reformándola y dándole un nuevo ser en el crisol de la experiencia? Así, pues, si la democracia sólo garantiza al hombre sus derechos, el socialismo le asegura la vida, la subsistencia, elaborándole su porvenir a la sociedad en general, y nótese bien, como ya dije al principio, que una y otro no son dos sistemas diferentes: son los dos medios de un mismo sistema unitario que obra en dos sentidos, referentes ambos a las dos fases de una nación.

De consiguiente, cuando en virtud de un principio natural de acción se trata de independer a una clase de la sociedad, a la clase obrera, esto es, al pueblo mismo, porque éste es el que crea y produce, y sin el cual no habría orden social posible, y de aquí quiere deducirse, sin razón alguna, que se trata de organizar un nuevo género de aristocracia, no podemos menos de considerar ilógica la deducción, porque tiene por origen la mala inteligencia de los términos y la acepción forzada de las palabras, tomadas en sentido muy diferente al que deben tener en sí mismas con relación a las ideas que representan y por tanto, diremos al señor Esteva que no es una aristocracia la que se trata de constituir con la clase obrera, no, sino un digno cuerpo colegiado y unificado por la comunidad del infortunio, para que la verdadera aristocracia de los capitalistas aprecie [de] hoy en adelante al artesano, mirándole como un socio en sus empresas, y no como un esclavo de sus caprichos e inmoralidad.

III

Cuando el "Manifiesto" en su primera frase dice enfáticamente por lo grande y sublime de la misión que enuncia que, desde el día 5 de marzo del presente año, se ha instalado el Congreso Obrero y que, desde ese día feliz y venturoso, ha nacido en México la República del Trabajo, nuestro contrincante, el señor Esteva, cree ver la formación de una república dentro de otra, esto es, la del trabajo dentro de la nacional. ¿Pero, quién no encuentra en esa elegante frase una metáfora que personifica e idealiza al trabajo como un genio de la democracia, cuya forma es la república y de quien el alma es la libertad? Tomar aquí la palabra república por otra forma gubernamental, antagonista de la general, es dejarse engañar por una figura de retórica.

La confesión ingenua del Congreso Obrero es que sus trabajos se dirigirán siempre a la autonomía y emancipación de la gran familia obrera. Este objeto tan noble y sublime no puede menos de aplaudirlo el señor Esteva, y aún dice que tendría el mayor placer de cooperar con su óbolo, acudiendo presuroso a depositarlo en los altares del trabajo, porque nadie iguala en entusiasmo por el amor que profesa a la clase obrera.

Pero, sin embargo de esta protesta de adhesión a la causa santa de los mártires del trabajo, cuando llega la vez de poner en práctica tan bellas teorías e ilusorias promesas, retrocede espantado porque le parece ver desconocidos los derechos del capitalista por el artesano, que sólo recobra la justicia del suyo conculcado y ultrajado por la avaricia y arrogancia del rico que, por otra parte, en la reivindicación tan (...) de un derecho no se traspasa ningún límite, se acata simplemente la dignidad humana, se respeta su ser. El oprimido tiende a sobreponerse a su opresor, y vengarse extorsionándolo, no: opone su potencia de la asociación contra la fuerza bruta del despotismo que lo abruma y esquilma tan inhumanamente. El obrero, al triunfo, no hará más que reprochar al rico su defecto moral, presentándole de manera digna y generosa su pacto por medio del talento que debe unificarlos y, hecho que, por lo tanto, no se trata de formar una república dentro de otra, sino de emancipar a la clase obrera para exaltar y engrandecer a la industria nacional.

¡Y los que tal hacemos y así trabajamos aprendemos perfectamente la idea democrática!

IV

¡Qué bello y qué sublime es contemplar la influencia trascendental que las ideas francesas han ejercido sobre México! Sin ellas no se conocería la democracia; la libertad estuviera muerta; la tolerancia sería un crimen; el republicanismo una quimera; el socialismo finalmente una utopía peligrosa como muchos lo creen: testigo el señor Esteva.

¡Somos liberales a la francesa! Sí, y no nos quejamos de ello, porque su divino lema es libertad, igualdad y fraternidad. Su espíritu, difundiéndose por el orbe entero, universal, de manera que podemos muy bien decir con un célebre escritor: "que después de la Revolución Francesa, todas las revoluciones en el mundo son la Revolución Francesa".

Ninguno que haya comprendido su idea buena y regeneradora puede haber jamás alcanzado la libertad en nombre de la misma libertad, ni minado la democracia en nombre de la misma democracia; y si la Francia erigió en [17]93 la guillotina, fue como la indicación eterna de todo derecho mantenido, que era preciso purificar con la sangre de los tiranos a quienes se inmolaban como víctimas expiatorias por el pueblo en aras de la diosa razón, personificada en la persona de una prostituta, para la degradación de la razón humana, y cuya apoteosis era su rehabilitación solemne y majestuosa ante la humanidad. Grandes y sublimes son sin duda alguna los principios que la comuna francesa proclamó en 1871 y, si el petróleo con la luz poderosa y siniestra de su llama reduciéndola a cenizas los consigna, y los soberbios alcázares de los magnates insolentes, esparció el luto y la desolación en París, no fue su doctrina la que obró el fatal siniestro sino la ira popular que, después de una larga opresión y extorsionada por el hambre y la miseria en un rapto de fatal frenesí, hacía sentir toda la fuerza de su potente masa desbordándose para aniquilar y hacer desaparecer de la faz del globo hasta los más ligeros vestigios e inocentes monumentos de una sociedad nefasta y corrompida, autora de todas sus desgracias y calamidades. Nunca seríamos capaces de transportar nuestro pensamiento más allá del fin loable que nos proponemos cual es la regeneración e ilustración de las masas del pueblo en los ámbitos amplísimos de la justicia.

Vita integritatem, et innocentiam ubique esse tutam.

"Sí, nada tienen que temer jamás la inocencia y la virtud."

Y he aquí la sentencia más filosófica que la bella antigüedad clásica nos ha legado por la boca del célebre Horacio, el príncipe de los poetas líricos de la antigua Roma.

La raza latina impetuosa por el sacro fuego del entusiasmo que la anima, y a quien la naturaleza ha destinado para ser la salvadora revindicatriz de todo derecho ultrajado en la humanidad, y de vehículo universal de las libertades públicas en las sociedades modernas, es la encarnación viva del principio democrático-socialista, así como la raza sajona por su frío egoísmo, su cálculo premeditado, y su consumada moral utilitaria en todos sentidos, está llamada a ser la realidad de la idea, la práctica de la teoría y la realización material de todo sistema especulativo en el mundo.

La una es el alma, la otra el cuerpo, ¡no las separêis, porque matáis a la humanidad!

V

"Capitalistas y obreros todos son iguales ante la ley", dice el señor Esteva. Nosotros agregamos, como más explícitos y verdaderos demócratas: también son iguales ante la naturaleza, también son iguales ante la sociedad, también son iguales ante el derecho de la eterna justicia, y más tarde lo serán, no lo dudéis, ante la fortuna, cuya posición los hará frisar con los poderosos. Tal es el sagrado dogma de la igualdad, no de esa igualdad restringida y ficticia que se llama igualdad ante la ley, y que siempre ha sido proclamada por los gobiernos aristocráticos y de imposición, no, sino de la igualdad soberana y absoluta que proclamó la Revolución Fancesa de [17]93 y que, desde su declaración, tanto ha aterrorizado a los tiranos y enemigos del pueblo, que fingen creerla irrealizable y quimérica, porque su pretendida nobleza no les permitiría que se considerasen iguales a todos los hijos del pueblo.

No os hagáis ilusiones señor Esteva, ni os amedrenten vuestros falsos temores, no tratamos ni de sobreponer a la clase capitalista la clase obrera, ni mucho menos de construir con esta última una nueva aristocracia, puesto que una creación tan deforme y monstruosa, llevando en sí misma un germen destructivo, mataría la idea socialista por la que hemos jurado derramar hasta la última gota de nuestra sangre, consagrándole hasta el último hálito de nuestro corazón.

VI - VII

¿Sabéis qué cosa es el pueblo señor Esteva? Pues el pueblo es la clase productora de la sociedad, la que edifica, la que siembra, la que construye muebles útiles a los usos de la vida, la que desciende quinientas varas en el seno de la tierra para explotar ricos metales que engrandecerán al poderoso, la que surca los mares desafiando el ímpetu de los furiosos aquilones para transportar a los navegantes de un país a otro, tendiendo por doquiera de este modo los suaves vínculos de la fraternidad universal. Éste es el pueblo señor Esteva, el resto es nada, es un enjambre de zánganos o de sanguijuelas sociales que devoran inicuamente la sustancia del proletario.

No todos somos pueblo señor Esteva, así como no todos tampoco somos ciudadanos, sino solamente los que llenamos los requisitos que para serlo nos exige la ley, pues aunque legalmente todos los individuos de una nación se dicen ciudadanos de ella, y cuyo total conjunto forma o compone el pueblo, pero, en contraposición de la simple legalidad, legítima o racionalmente, no deben ser considerados como ciudadanos tales, sino los miembros sanos y útiles de la sociedad. Así, por ejemplo, cuando alguno de dichos ciudadanos delinque contra la sociedad es degradado de manera que pierde todo derecho de ciudadanía, sufriendo por su crimen lo que se llama muerte civil; o según el señor Esteva, ¿deberán ser considerados como ciudadanos los plagiarios, los asesinos y todos los demás criminales? Pues en el mismo caso se hallan los capitalistas, cuyos caudales amortizados en nada aprovechan a la nación, sumergiéndola, sí, con su monopolio escandaloso, en la más espantosa miseria por la falta de circulación.

¡No, estancadores de la propiedad nacional, vosotros no sois pueblo, porque nada producís más que la desgracia y la desolación...!

Ésta es la democracia pura, no atentéis contra su doctrina, señor Esteva, acusándonos de demagogos.

VIII

El manifiesto del Congreso Obrero no fabrica la más mínima porción de odio contra el capital. ¡Qué error! Creer que pretendemos disociar dos elementos necesarios cuales son el capital y el trabajo que, en unión de un tercero que es el talento, deben constituir la triada social

de una nación. Esto equivaldría a claudicar de nuestras doctrinas, a suicidarnos. Sí, habéis dicho muy bien señor Esteva, si pretendiésemos consumar tan torpe divorcio. Somos socialistas y no declaramos la guerra al capital, combatimos el monopolio.

IX

El Congreso General de Obreros no es cierto que tienda a atacar al capital, sus miras, por el contrario, se dirigen a celebrar ese solemne pacto de alianza entre el trabajo y el capital, a fin de obtener para el porvenir una nueva era de felicidad para la República. Tal es nuestro objeto.

Convencidos, como lo estamos, de la solidaridad que existe entre los tres elementos sociales, el trabajo, el talento y el capital, no podemos menos de anhelar ansiosos por su unión íntima y constante, cuya potencia de acción debe dar impulso a la gran máquina social, a la manera que una locomotora pone en juego el más intrincado mecanismo.

La experiencia nos muestra cada día que si bien es cierto que el trabajo sin el auxilio del capital no puede prosperar ni desarrollarse convenientemente, asimismo, cuando éste se sobrepone a aquél, no sólo sofoca sus más nobles aspiraciones, sino que también acumula materiales disolventes que, tarde o temprano, tienen que producir una general conflagración.

El capital sin el trabajo es una fuerza en potencia que yace en estado latente. El capitalista sin obrero no vale nada, porque es un carro sin ruedas, una materia sin vida, un cuerpo sin acción ni movimiento.

Estudiar el sistema dinámico de las fuerzas sociales, tal debe ser el objeto de la sociología, para resolver los grandes problemas humanitarios que nos ocupan ahora.

X

La democracia es la justicia y la justicia es el alma del socialismo:

"A cada uno según sus necesidades."

"De cada uno según sus fuerzas."

He aquí la fórmula que sirve de base a nuestro sistema societario; claro como la luz, riguroso como las matemáticas, exacto como la equidad misma.

Todo lo que es injusto es antidemocrático y por eso nosotros, demócratas por excelencia, porque somos socialistas, queremos la justicia para la clase obrera, manumitiéndola de su infortunio y procurándole la mayor suma de felicidad para el futuro.

Respetamos profundamente el derecho ajeno, siempre que ese derecho sea justo y legítimo. Pero, cuando bajo la salvaguardia de ese nombre se oculta un abuso o un crimen, somos también los primeros en delatarlo y combatirlo enérgicamente. Así, por ejemplo, en la cuestión presente, no atacamos al capital en sí mismo, sino al capitalista.

Socialistas por convicción, siempre que se ataca a la familia desheredada, nuestra voz se levanta contra los verdugos de lesa humanidad pese a las preocupaciones y pese a las ideas.

Desde que hemos presenciado las villanas maquinaciones del poderoso contra el proletariado, no cesamos de clamar justicia, nada más que justicia.

Yo he sido el fundador de La Social, en cuya asociación filantrópica y humanitaria hace veinte años que trabajo por el socialismo en México,[2] a fin de atemperar algún tanto los sufrimientos de los desvalidos, de enjugar el llanto de la viuda y del huérfano, y combatir radicalmente la miseria por los medios justos y equitativos que he podido poner en práctica.

Apóstol y propagador de las santas doctrinas que profeso, no cesaré de batanar el vicio hasta aniquilarlo, porque suspiro continuamente por la exaltación de la virtud.

XI

La democracia es la justicia y la justicia es el socialismo. No lo olvidéis nunca señor Esteva, no reneguéis jamás de sus sacrosantos principios, porque en ellos está imbíbita la felicidad del género humano. Alejad de vuestra mente la falsa idea de que tratamos de formar una aristocracia obrera y de que atacamos al capital; no, señor Esteva, todo lo contrario, somos demócratas puros, celosos de la idea, y también centinelas avanzados de la propiedad bien adquirida y benéficamente empleada en provecho de la sociedad, cuyas leyes respetamos conforme a justicia y derecho de equidad. A sentimientos tan nobles, tan generosos, tan humanitarios ¿podrá oponerse otra bandera que sea la

[2] En realidad, para ese momento, tenía quince años en México.

de la perfidia y de la malevolencia? ¿Quién será aquel que pueda objetarnos que no cumplimos con nuestro deber al llevar a cabo nuestra misión regeneradora sobre la Tierra?

Nadie ciertamente. Pero si alguno osara calumniarnos le contestaremos con Horacio: "Que la inocencia y la virtud jamás temen a nadie".

6. Reinstalación de La Social[3]

Jam redit et Virgo redeunt Saturnia regna.
Jam nova progenies coelo dimilitur alto.
Ya vuelve la edad de oro y la justicia.
Y una nueva progenie el cielo manda.

Virgilio

¡Pueblo soberano!

Hoy es el día de la inauguración y reinstalación de La Social, es decir, de esa asociación santa y regeneradora que hace veinte años trabaja bajo diversas formas por la felicidad universal del género humano. El sol radiante y vivificador del socialismo fulgura ya su divina luz iluminando la República y haciendo sentir su benefactora influencia sobre las masas del pueblo, cuya alma yacía adormecida por el letargo y atonía en que la sumergieran sus tiranos y dominadores para explotar al hombre por el hombre mismo, como a la mujer se le ha explotado también en las sociedades modernas, constituyéndola no compañera del hombre, sino una esclava disimulada del hogar doméstico.

Esclavizada de este modo la humanidad en sus sexos ha sido constantemente mantenida en el error y la ignorancia respecto a sus verdaderas obligaciones y al conocimiento de sus legítimos e inalienables derechos. Entonces, olvidada de su origen primitivo en su simple estado de naturaleza, cuando esparcida por los bosques y selvas vagaba por toda la faz de la tierra cuya posesión le era común porque es la herencia innata de los habitantes todos de nuestro planeta fue cuando el hombre desviándose totalmente de su misión providencial rompió los sagrados vínculos de la unidad de la gran familia humana, desconoció la igualdad que la unía y se constituyó

[3] *El Hijo del Trabajo*, México, 9 V 1876.

explotador de su mismo linaje, consumando tan nefando y trascendental crimen por medio de la fuerza bruta a la que asoció el abuso de la inteligencia para dar un colorido de legalidad a su empresa temeraria e impía.

Sí, la humanidad es solamente desgraciada porque se ha olvidado de su igualdad primitiva, sustituyendo a un dogma tan sublime y consolador [por] la teoría absurda de la propiedad, mal distribuida siempre entre los miembros de la nación; pero hoy que crueles desgracias y un malestar continuo la agobian por todas partes, hoy que un desequilibrio social se hace sentir como resultado inevitable de tan grave mal, hoy el hombre volviendo sobre sí mismo, tiene que protestar enérgicamente contra tan monstruoso orden de cosas y busca los medios de subsanar radicalmente tan alarmante situación.

Ciego el hombre por el instinto feroz de sus pasiones, desnaturalizadas y mal dirigidas, se le ve separarse de la gran masa del género humano para improvisar en su loco orgullo individualidades absurdas y distinciones necias; y así le vemos osado separar con mano atrevida lo que la naturaleza no quiso dividir: naciones y comarcas, pueblos y aldeas ¿preexistían por ventura en el prototipo plástico de la formación cósmica del mundo?, y entre los hombres esas ridículas denominaciones titulares de "duque, marqués, conde, sultán y rey, príncipe o soldán" ¿son acaso, decidme, distinciones también naturales?: no y mil veces no, pues que el sagrado nombre de "hermano", unido a los de "padre y madre", son los únicos en el orden perfecto y racional de la naturaleza. ¿Luego entonces por qué pues existen otros sobre la Tierra? ¡Ah!, ¡porque el hombre ha trocado su papel de hermano por el de explotador de sus semejantes, porque de igual modo ha querido convertirse en señor, y he aquí el origen de todos los males que hoy gravitan sobre la sociedad llenando al mundo de desolación y de ruina!

Si se contasen todas las penas y sufrimientos que ha padecido el pueblo en la prolongada serie de siglos en la superficie del globo, no a consecuencia de las leyes de la naturaleza, las cuales son eminentemente sabias y perfectas, sino a causa de los vicios de la sociedad, veríamos con asombro y terror que han sido tan innumerables como las arenas del mar.

¿Y esto sucederá siempre de la misma manera? ¿Está condenado el hombre a recorrer perpetuamente ese círculo inmerso de miserias y de padecimientos inauditos, sin tener la más mínima esperanza de hallar un remedio pronto y eficaz?

¿Hay por ventura alguna necesidad fatal que lo ate con cadenas de hierro a permanecer para siempre en ésa situación tan precaria y miserable? ¡Oh!, ¡no lo creamos ni aún lo imaginemos por un solo instante!, pues eso sería blasfemar del orden perfecto de la naturaleza y renegar de la ley eterna del progreso en la humanidad.

Las vías providenciales son vías de amor, todo lo que dimana del universo no son los males que afligen a sus pobres criaturas, no, sino por el contrario, los bienes que esa fuerza eterna esparce con profusión en la vida general de los seres.

Una larga y dolorosa experiencia nos viene manifestando ya desde hace muchos siglos, que todos los medios que se han puesto en práctica hasta la fecha para mejorar los destinos de la humanidad han sido insuficientes para obtener el fin a que se dirigían. Mas esta impotencia radical debe atribuirse a que siempre se ha combatido el mal de una manera lenta y parcial en circunstancias tales como las presentes, en que su incremento y desarrollo reclaman imperiosamente la necesidad de atacarlo en su masa total para destruirlo y desenraizarlo desde su origen.

Hoy el socialismo es el único capaz de obrar en un sentido tan favorable y benéfico para obtener la regeneración del pueblo asegurándole su porvenir al través de las inmensas vicisitudes que hoy agitan a la sociedad.

El objetivo grandioso y sublime de su divina doctrina es reconstruir la unidad absoluta de la gran familia humana. Su fin inmediato es la transfiguración de la humanidad por medio de la ciencia, la belleza y la virtud. Su fin inmediato es la extinción de la pobreza, la difusión y aumento de la riqueza pública entre todo el pueblo, la abolición de la prostitución y la conservación de todas nuestras facultades así intelectuales como también físicas y morales.

"Todos para cada uno. Cada uno para todos." He aquí su divisa fraternal, el símbolo de su unión y de su fuerza.

El primer derecho de cada hombre es vivir, siendo además el instinto de nuestra propia conservación. Pero para vivir es preciso trabajar, y por esto es que el trabajo es nuestro primer deber, el único patrimonio de todo ser sensible para su conservación.

El principio de la justicia que debe regir toda sociedad bien organizada está vinculado en esta fórmula de Saint-Simon: "A cada uno según su capacidad. a cada capacidad según sus obras". Y de aquí tiene que desprenderse lógicamente esta otra fórmula complementaria

de todo derecho: "A cada uno según sus necesidades, de cada uno según sus fuerzas".

La organización del trabajo es uno de los puntos que más ocupa la atención de esta sociedad, y desde luego todas sus tendencias se dirigen a procurar al trabajador un salario equitativo para proporcionarle una fortuna para el porvenir, y por este principio se colige que su objeto no es despojar al que posee, sino por el contrario, crear una propiedad al que nada tiene. Más tarde, dará un proyecto completo, justo y razonado acerca de la formación de bancos territoriales, que será uno de los medios adyacentes de sus trabajos agrícolas, para subdividir la tierra, y aquí tendrá lugar igualmente la expedición de "la ley agraria" que tan favorable será a los indígenas y familias rústicas de México.

La emancipación rehabilitaria de la mujer, ese problema sociológico de la más alta y trascendental importancia para la civilización del género humano y que ya en los Estados Unidos de América comienza a ser un hecho práctico, será otro de los puntos sobre el que se ocupará nuestra sociedad. ¡Mujeres! bendecid a vuestra libertadora, ella va a trabajar por vuestra libertad y vuestros derechos; ya no seréis de hoy en adelante unas esclavas pasivas de vuestro hogar, no, y mil veces no; vuestra misión célica y angelical os llama a grandes destinos en el mundo; que la "costura" y la "cocina" sean en buena hora de vuestro resorte, pero no permitáis jamás que nadie os avasalle dedicándoos a tan serviles ocupaciones y ahogando en ellas vuestra dignidad, para abusar así de vuestra ignorancia. La ilustración, el estudio de las ciencias exactas, el ejercicio de las profesiones y de las artes, y aún vuestro voto público en las asambleas legislativas, son vuestro apanage y os pertenecen en derecho, puesto que la filosofía racional os concede iguales facultades intelectuales, morales y físicas que al hombre, que es vuestro compañero, no vuestro amo ni señor, y estad seguras, conquistadoras del mundo, que quien os diga lo contrario es vuestro enemigo, que quiere teneros en la ignorancia para explotar vuestra debilidad que es el efecto de la carencia de ilustración.

Cosmopolitas de corazón, somos ciudadanos de todos los países, nuestra patria es el mundo entero y todos los hombres son nuestros hermanos; la tierra toda es el patrimonio común de los mortales y el género humano será feliz cuando no existan ya ni fronteras ni murallas, y ya por fortuna como dice Eugenio Pelletan, comienza el siglo a anteponer la idea de humanidad a la idea de patria, la cual a la ver-

dad es demasiado mezquina y limitada ante las nobles y sublimes aspiraciones del socialismo.

La preferencia del interés general al personal en la única definición digna de la virtud. Al contrario, el sacrificio mercenario del bien público al interés propio o individual, es el sello eterno del vicio. El virtuoso Montesquieu ha dicho:

> Si supiera que alguna cosa me fue útil y perjudicial a mi familia, la rechazaría de mi espíritu; si supiera que era útil a mi familia y no a mi patria, procuraría olvidarla, y si alguna fuera útil a mi patria y perjudicial a la humanidad, la consideraría como un crimen.

¡Pueblos y hombres todos de la tierra, cuando así se estime la virtud, sólo entonces el mundo será feliz!

La religión es la complexión de los deberes del hombre hacia la dignidad. Las diversas formas exteriores del culto, todas convergen al mismo fin, que es el amor hacia el ser divino y hacia la humanidad; ¿qué importan pues los nombres si la cosa es la misma? La "moral universal", he aquí la base de todo sistema religioso, la caridad y la filantropía, he aquí sus dos polos. La política, por su parte, es la ciencia de dirigir las pasiones de los hombres al bien general de la sociedad. Sus diversas formas son otros tantos ensayos de llegar a dicho fin, pero la experiencia nos viene manifestando desde hace muchos siglos, que sólo la democracia es el sistema legal por excelencia por ser el único que va acorde en todos sus principios con las necesidades físicas y morales de la especie humana.

Así pues, a todo ser humano de uno u otro sexo, de cualquiera creencia religiosa o política, La Social lo admite en su seno, exigiéndole tan sólo el ejercicio de la virtud.

Humanitaria por excelencia, tiende también su compasiva mirada sobre los animales, que vulgarmente se dicen irracionales, pues que también encuentra en ellos la sensibilidad y de consiguiente no quiere en manera alguna que sufran porque sus padecimientos implican un grande crimen, cual es el de "lesa-animalidad", si nos es permitido así nombrarlo. En Londres y los Estados Unidos también existen sociedades especiales que vigilan sobre la conversación y felicidad de los animales, impidiendo que se les maltrate, y aunque todas estas minuciosidades en apariencia forman, sin embargo, el carácter de un pueblo marcando los grados de su civilización cual termómetro social, por esto nosotros nos ocuparemos sobre ello, como partidarios decididos del progreso y la ilustración.

Formando, en fin, una recopilación sincrética de las brillantes teorías de los más sabios socialistas, tanto antiguos como modernos, y asentando ese cúmulo luminoso de consoladores principios sobre las bases sólidas de la eterna justicia nos proponemos como último resultado de nuestros primeros trabajos, la formación de una colonia modelo donde se pongan en práctica nuestras doctrinas santas y humanitarias, para dar un solemne mentís a nuestros adversarios, los pesimistas, de la realización de lo que ellos llaman utopías.

Y entonces ¿qué placer más grato y satisfactorio habrá para la conciencia, que el proporcionar, un asilo a la orfandad y un páramo consolador a la viuda y a las familias pobres en general?

¡Venid, trabajadores todos de la idea socialista, a ayudarme con vuestras luces a formular el especimen de nuestra colonia inmortal! Ea, regeneramos la sociedad ensayándonos en una pequeña miniatura, porque la bancarrota nacional es grande y terrible, pero he aquí los síntomas y sus remedios sociales:

El trabajo está informe, es preciso organizarlo.
El crédito muerto, es preciso resucitarlo.
La circulación paralizada, es preciso restablecerla.
La inmigración no realizada, es preciso efectuarla.
Las contribuciones no bastan es preciso suprimirlas.
El dinero se oculta, es preciso abolirlo.

En una palabra, el pensamiento general de la revolución social debe tenderse incesantemente en último resultado a procurar el aumento de la riqueza general por la reducción de todo salario y según la fórmula proudhoniana: "Hacer trabajar a todo el mundo por nada, a fin de que cada uno goce de todo por nada".

He aquí verificada la gran revolución del crédito mediante la supresión monetaria, esto es inevitable pero no podemos prever la época de su advenimiento.

Todas las narraciones que llevo referidas en este informe y desaliñado discurso inaugural son todas verdaderas, porque ellas nos revelan los destinos del mundo.

La revolución política tiene que terminar en las sociedades, porque hoy los personales de un gobierno nada implican a la vida social de una nación.

El dogma de la igualdad y de la fraternidad universal va enraizándose más cada día en el corazón de los pueblos. El objeto egoísta de las guerras dinásticas del pasado, están hoy a descubierto y pronto será

imposible armar a unos hombres para combatir contra sus propios hermanos; y día llegará en que dos ejércitos beligerantes al hallarse en presencia uno de otro arrojen las armas dándose un abrazo fraternal nulificando la batalla. La fraternidad se extiende a los pueblos todos de la Tierra.

El socialismo es la filosofía del porvenir, es la religión universal del género humano.

La Francia ha tenido su Comuna en 1871 y hoy sigue ahí trabajando clandestinamente.

La Inglaterra cuenta con 1400 asociaciones de la misma idea.

La Irlanda gime y se agita por romper sus cadenas con furor y enarbola su bandera feniana.

La Bélgica entra en la vía de iguales reformas.

La Alemania se agita y se transforma restaurando el Imperio de Occidente, de donde surgirá la idea social.

La Prusia prepara ya también su [17]93.[4] La Polonia, esa Francia del Norte, no espera más que la actitud de la Austria para dar el grito de regeneración social.

La Bohemia y la Hungría no tardarán en sentir la corriente eléctrica que las conmueve por todas partes.

La Italia hace una terrible huelga de molineros de harinas, a consecuencia de crecidos impuestos, y se prepara con la Sicilia a dar un golpe maestro en el sentido socialista.

La Grecia, esa tierra clásica e inmortal de los filósofos y de los héroes, se declara solemnemente socialista por órgano del club ateniense denominado "Byron" en unión de otros muchos círculos sociales que tiene formados, y lanza a la luz pública un periódico socialista titulado el *Ergátis*,[5] o trabajador, para dar impulso a la guerra de los herzegovinos y, hasta él, los principados danudianos, como son la Servia, la Moldavia, la Valaquia y la Croacia, en unión de la misma Turquía enervada y corrompida por el servilismo, se notan ya grandes preparativos para su emancipación social.

De la Rusia diremos en fin que, a pesar del despotismo que ahí reina, se agita en su seno sordamente una terrible reacción entre las clases proletarias que estallará en una conflagración social de las más fuertes y terribles.

[4] Se refiere a la etapa de la Revolución Francesa en la que se suprimió la monarquía, se proclamó la república y fue ejecutado Luis XVI.

[5] Hay que recordar que Lord Byron murió en la guerra de independencia griega luchando contra los turcos.

Y tú, México querido, en quien el sol de la libertad fulgura, aunque eclipsado en tus sabias instituciones políticas, que hoy rigen tus destinos, no seas la última, ni tampoco la más negligente, en trabajar por tu regeneración social.

¡Pueblo soberano! tú, en quien reside la potencia y la fuerza, la razón y la justicia, marcha sin temor, impertérrita y valerosamente por la vía social del progreso. Un nuevo sol ilumina ya tu porvenir, un paraíso de felicidad y de placeres te espera como término final de tus males en la tierra transfigurada y con boca profética podemos decir con Virgilio: "Ya vuelve la edad de oro y la justicia, y una nueva progenie al cielo manda".

7. Una visita al orfanatorio de la señora María Josefina Hooker, situado en el ex convento de San Antonio Abad[6]

¡Qué noble, qué sublime es la vocación de aquellas personas a quienes Dios ha impuesto la misión sobre la tierra de formar almas y de cultivar los corazones de la juventud!, porque en sus manos está el germen del porvenir y las esperanzas de la sociedad.

Bendita sea la casa que sirve de asilo a la inocencia desvalida y donde los padres al morir pueden sin temor dejar a las hijas que Dios les ha dado, donde la ciencia y la piedad marchan en armonía, iluminadas ambas por la antorcha evangélica que lleva siempre encendida una sabia y respetable directora, que sacrifica su bienestar y la permanencia en su nativa patria, por lanzarse a regiones desconocidas y sembrar en ellas las santas y fructíferas máximas de la moral cristiana.

El orfanatorio de San Antonio Abad creado a expensas de la respetable y digna señora M. J. Hooker, bajo los auspicios del reverendo misionero evangélico Enrique C. Riley, fundador de la Iglesia de Jesús en México, puede servir de un bello ejemplo de virtud cristiana, único en su género hasta ahora en esta capital. En ese asilo [para] la orfandad, dirigido por la señora Hooker, se encuentran guarecidas del infortunio, de la miseria y de la ignorancia unas cuarenta niñas de diferentes edades, y cuyas familias han pertenecido a distintas categorías sociales, como es fácil de observar que les son peculiares, pero a quienes la igualdad cristiana ha sabido nivelar bajo la fraternal disciplina de tan santa institución escolástica.

[6] *El Combate*. México, 26.VI.1877.

A la vigilante y severa dirección moral y evangélica de esa heroína de la piedad y del deber religioso, se ve unida la coadyuvación y esfuerzos filantrópicos de la no menos digna y estimable joven Rosa Betancourt, esposa fiel y cariñosa de ese intrépido y denodado propagador del Evangelio en México, Ramón Betancourt, el mismo que en la ciudad de Cuautla, Morelos, fue acribillado por los sicarios del fanatismo en una de sus predicaciones públicas, y cuya vida fue salvada merced al heroísmo de la joven Florencia Tamayo, que tuvo la cristiana abnegación de tenderse sobre el valeroso ministro en los momentos críticos y supremos, en que arrojado en la tierra por sus verdugos, y casi exánime, iban a descargar con furor sobre su cabeza una tremenda piedra que se le habría aplastado, si no hubiera sido por la interposición de su libertadora, que como nativa de aquella población interponía su influencia, pero en vano, hasta que con un acto de virtud desconocida les dio a comprender lo que vale el deber en ciertos actos de la vida. Tenemos, por lo tanto, que hacer una honorífica mención de esa heroína de la caridad, tanto por el valor que desplegó en aquellas circunstancias, cuanto por su aplicación y adelantos en el estudio que sigue con fe y entusiasmo en ese plantel.

Nos congratulamos igualmente de haber encontrado allí a la inteligente y digna profesora señorita Guadalupe Solares, catedrática que fue del conservatorio, dirigiendo activamente la didáctica de aquel establecimiento con muy satisfactorios resultados en los diversos ramos de enseñanza que allí se cursan bajo su dirección.

Respecto a las alumnas, tenemos que colocar en primer lugar, tanto por ser la más adelantada, como la más humilde y estricta observadora de sus obligaciones, a la simpática y bella joven de origen francés, señorita Victoriana Beker y que, a no dudarlo, es el ornato y el ejemplo de sus condiscípulas, cuyo porvenir es brillante y espléndido en la carrera del profesorato a que se dedica con perseverancia absoluta. Su mirada revela una profunda inteligencia, y su corazón aterido por el infortunio y la desgracia de su orfandad, respira una modestia, que la transforma en un ser ideal semejante a los ángeles.

Nada podemos aún decir respecto a las demás educandas porque no las conocemos ni por sus nombres, ni por sus acciones, pero lo haremos en lo sucesivo, y sólo diremos que todas ellas nos parecieron juiciosas y aprovechadas de sus estudios.

También tuvimos la oportunidad de asistir al culto privado de las mismas niñas, que tan dignamente desempeña el estudioso ministro y

nuestro caro discípulo Jacinto Hernández, quien, con natural y sencillo lenguaje, adaptado al alcance de aquellas tiernas capacidades, las va instruyendo en el espíritu evangélico y la moral cristiana, en unión de nuestro querido y fiel hermano Higinio Lozada, conserje de aquel respetable edificio.

Igualmente concurrimos el jueves en la noche a la sociedad de las mismas niñas con gran júbilo y poseídos de una santa emoción, que sólo pueden producir el genio y la voz de la caridad identificados en una infantil reunión de seres huérfanos y desamparados del mundo, pero protegidos por Dios y su paternal providencia.

En dicha sesión, presidida por una pequeña niña de edad de ocho a diez años llamada Beatriz Tapia, y a quien sus compañeras respetan y estiman por su virtud y aplicación, se cantaron himnos cristianos que elevan el alma hasta el cielo y subliman el corazón hasta arrobar el espíritu en un alto grado de contemplación, vecina del éxtasis divino.

Las niñas Beatriz Carrillo, Dolores Sequeiro, Margarita Sequeiro y Beatriz Tapia pronunciaron lacónicos pero conmovedores discursos que nos hicieron verter lágrimas, porque eran la plegaria de los huérfanos que piden justicia para su desgracia e impetran la conmiseración del cielo para que alivie su situación sobre la Tierra. Nada nos pareció tan conmovedor ni tan patético como una sentida poesía que una de las niñas Sequeiro recitó en una actitud tan suplicante y tan llena de ternura, elevando a lo alto su expresiva mirada, modulando su voz condolida cual canora buílota, que no pudimos menos de conmovernos profundamente y ser arrebatados en las alas del ángel de la caridad a las excelsas cumbres del Empírico.

Tenemos que hacer especialmente un encomio justo y honorífico de la graciosa niña Cruz García, secretaria de esa infantil sociedad, porque sus maneras finas y corteses, la amabilidad de solicitar el permiso de sus superioras para bajar a acompañarnos hasta el pórtico del edificio, como una muestra de afección y cariño, y, por lo tanto, le auguramos mucha felicidad en la carrera de la vida.

Tendríamos todavía mucho más que decir en justa alabanza de aquella institución santa y respetable por mil títulos, pero nos proponemos hacerlo en otra ocasión con más tiempo y mejores datos que nos suministrarán su progreso y adelantos.

Por tanto, queridas niñas, hermanas mías por la fe, el infortunio y la desgracia, yo reclamo de vosotras una pura y sincera amistad. Que vuestros corazones vírgenes no sean jamás presa de la corrupción y

del egoísmo del siglo. Que vuestras cabezas no se dejen nunca turbar por los vapores del vino en una orgía, ni por el vértigo prostituido de los bailes que tanto corrompen y degradan a vuestro sexo. Amad la virtud, sed castas y obedientes hacia vuestras profesoras, cumplid con vuestros sagrados deberes que la religión os impone, pidiendo al ser supremo las fuerzas divinas de la gracia para practicar vuestras obligaciones y ser la esperanza regeneradora de las generaciones futuras en bien de vuestra patria.

Y vosotras, dignas y respetables directoras y maestras de la juventud del bello sexo desterrado por la orfandad, acostumbrad a las niñas a familiarizarse con el espectáculo de la miseria, enseñadles la caridad cristiana prácticamente, que odien el lujo para que no se avergüencen de entrar al desaliñado aposento del menesteroso y que su misión sea el aliviar los males del necesitado sobre la Tierra, compadeciendo la humana miseria, curando al enfermo, enseñando al ignorante, sacrificándose por sus hermanos en todas las acciones, y destinándolas en fin a ser por medio del amor y de cristianos matrimonios el núcleo del porvenir social de México y el germen de su futuro bienestar y dicha sempiterna.

Hacedlo así, y creed que si habéis ganado esas almas por Dios y por el Evangelio, y habéis creado esos corazones para el amor, y esas inteligencias para la fe, merecéis el bien de la patria y de todo el género humano sobre la Tierra, asegurando también vuestro apanage en el cielo donde Dios os guarda para premiaros en la eternidad.

8. La comuna americana[7]

(Apreciación contemporánea)

¡Los pueblos se levantan!
¡Los pueblos se unen!

Aquello que hubieren sembrado los gobiernos entre sus pueblos, eso mismo cosecharán.

En el año de 1871 la Francia republicana vio fulgurar y desaparecer con la intensa vivacidad de un meteoro ígneo la aurora esplendente de su transfiguración social. El invicto Enrique Rochefort enarbolaba

[7] *El Combate*. México, 14/VIII/1877.

intrépidamente la bandera roja de la Comuna, cuyo popular pabellón, símbolo de la fraternidad universal y solidaria de todos los pueblos de la Tierra, hizo flamear sobre las barricadas de París; y el pueblo, ebrio de entusiasmo, le saludó con la "Marsellesa", ese himno cívico de la libertad, que la revolución magna de [17]93 ha legado no sólo a la Francia sino al mundo entero como la fórmula cadenciosa y musical de sus sacrosantos derechos.

Ante la fuerza soberana del pueblo-rey, esa divinidad panteística de la antigua Grecia y Roma libre, cuya voluntad es poderosa y terrífica cual el juramento de Júpiter Olímpico sobre las venerables aras del augusto Capitolio; la columna erigida en la plaza Vendôme, para oprobio del pueblo francés, con 1,200 cañones rusos y alemanes que Napoleón I había mandado fundir para perpetuar su memoria y la fuerza bruta de su falsa gloria, como una afirmación del militarismo, una negación del derecho internacional, un insulto permanente de los vencedores a los vencidos y un atentado continuo a uno de los tres grandes principios de la República, la Fraternidad; la columna Vendôme fue destruida, fue justamente derribada por la lógica inflexible de la Revolución al son de las bandas de música que daban el último adiós al exmonumento de la tiranía haciendo resonar entre las armas populares de la multitud el "Chant du Départ" y la "Marsellesa", con que el pueblo victoreaba la república-comunal.

Después de esas gloriosas jornadas de la Francia roja, que deliraba por el bello ideal de nuestras divinas utopías, como llaman los pesimistas a nuestras doctrinas humanitarias de redención universal, La Internacional, esa respetable liga de obreros de todo el mundo, donde tiene su vida, fundada por Kart Márniz en Londres en 1852,[8] en un *meeting* popular celebrado en San Martin's Hall, declaró solemnemente hacerse solidaria de todos los actos de la Comuna en Francia, porque ella había visto realizados y puestos en práctica (aunque desgraciadamente sin éxito por la anomalía de las circunstancias en que estalló), los luminosos principios doctrinales formulados por los genios inmortales que forman la ilustre pléyade de los socialistas, cuyos corazones sensibles, por las grandes almas que los animan y que se hallan radiantes de justicia, han consagrado toda su vida a la defensa de los pueblos, que es la santa causa de la humanidad.

El socialismo es eminentemente solidario en el mundo, porque todas sus aspiraciones son la traducción fácil y constante de las necesi-

[8] La Asociación Internacional de Trabajadores la fundó Karl Marx en Londres en 1864.

dades del hombre, y de los derechos de la gran familia humana. Aseguramiento de la vida, de la subsistencia, de la salud y del trabajo, desarrollo de sus facultades físicas o intelectuales, garantismo para su felicidad común, que hasta ahora no ha podido todavía conquistarse por la rémora de los gobiernos y la tiranía de los opresores de los pueblos, tal es la razón suprema, lógica, de que la revolución social surja por todas partes, porque donde quiera la opresión y miseria conducen a las clases pobres y proletarios de la sociedad a combatir por su propia conservación y existencia de su ser, haciéndose justicia contra los abusos de una sociedad infame que nos desprecia y se burla de nuestras desgracias, contra los poderosos que nos insultan con su lujo y que nos matan de hambre...

Una prueba palpitante y de actualidad viene corroborando todos nuestros aciertos, y con la intuición de verdaderos profetas sociales podemos augurar con precisión matemática lo que tiene que suceder aquí en México respecto a la cuestión social, tal como hace un año lo indicamos también acerca de lo que sucedería en los Estados Unidos, lo cual se ha verificado exactamente, porque nuestro criterio reposa sobre la base sólida e infalible de la analogía de los hechos.

La Comuna ha estallado en América...

Una simple huelga de operarios de ferrocarril ha sido el germen que ha desarrollado la Comuna en el Erie. Siempre los grandes incendios tienen por principio una chispa que, por acaso al parecer, cae sobre un combustible o penetra dentro de un almacén de pólvora cuya explosión hace horribles estragos.

Nada sucede al acaso. Todo es providencial y necesario a la vez, porque Dios y la naturaleza se identifican en el universo para el filósofo, aunque nuestra imaginación flaca y enfermiza hace abstracción de las cualidades del ser único y se finge quimeras.

El pasado está en el presente, como éste se halla todo en el porvenir. Mirar con atención y deducir lógicamente los acontecimientos de nuestra época, es ver lo futuro con anticipación.

El hambre, la miseria, la prostitución, la falta de trabajo, la carencia de porvenir para los individuos como para la sociedad, son las causas determinantes de todas las revoluciones. Y los gobiernos pésimos e indolentes son en último resultado el germen de la Comuna, que tarde o temprano tiene que estallar entre nosotros; porque México, por más que se diga y se trabaje en el sentido de su progreso y de su ilustración, nunca podrá regenerarse entre tanto no se redima de la esclavitud feudal en que yacen seis millones de infelices indígenas que, cual verdaderos parias, son víctimas de los gobiernos y de la sórdida avaricia de los hacendados, que tanto se oponen a su civilización impidiendo, entre ellos, la formación de escuelas y de todo elemento intelectual, que es la base más sólida y positiva de la moralidad y del orden.

Así pues, creemos, según la ley infalible de la analogía, que la Comuna, extinguida aunque aparentemente en París, germinando en toda Europa y transmigrando a los Estados Unidos de América, no dejará de visitarnos dentro de poco tiempo, cual ave viajera y peregrina que se cierne sobre los pueblos corrompidos, para purificarlos y devorar a los tiranos que los infestan, cual el fatídico bao se coloca sobre la choza del enfermo, atraído por la putrefacción, cantando el himno de la muerte.

Nosotros saludamos con regocijo y entusiasmo a la bella aurora de nuestro porvenir, deseando a sus adeptos: salud y solidaridad.

9. El Estado es el padrastro del pueblo[9]

El poder gubernamental y la libertad democrática no pueden ser compatibles porque toda forma de gobierno positivo tiene que matar necesariamente la idea de la igualdad perfecta.

Los que se dicen liberales y admiten un gobierno, carecen de sentido racional y pertenecen a la raza maldecida de los falsos apóstoles de la democracia.

A esa raza despreciable de los "políticos", que engañan al pueblo por medio de planes embusteros, que no tienen la dignidad de cumplir cuando encumbran al poder, sino que antes bien se congratulan con la ignorancia y el sufrimiento de las masas, eludiendo las esperanzas de la conciencia pública.

La República no necesita de ese simulacro de tiranía, que se llama gobierno, para desarrollar sus instituciones democráticas, bástale sí, y con ello es suficiente para su organización económica, la administración del municipio libre, soberano y único para el arreglo de su mecanismo social.

Sólo la justicia tiene el poder santo y sobrehumano de cautivar la voluntad de la opinión popular, pero nunca esas aparentes mejoras,

[9] *La Internacional*, México, 1.VIII.1878.

que se dicen materiales, y que sólo son para los ricos y opulentos magnates de la aristocracia; pero mientras se tienden lujosos pavimentos de mármol para acariciar los pies pulidos y bien calzados de las aristócratas que concurren a los paseos, se olvidan totalmente del necesitado, y nadie se acuerda de los pobres que pululan hambrientos y desnudos por las calles sucias y tortuosas de los barrios de la ciudad.

Los grandes hombres del poder que ponen exquisitos mármoles en el Zócalo, no son capaces de poner a los necesitados un asilo donde calmar el hambre que les devora, y que más tarde los devorará también a ellos, porque cada día se va acercando ya más y más esa terrible crisis que debe estallar, y que es el aborto funesto de la apatía e indiferentismo de los gobiernos.

El pueblo no necesita de ellos, ni de sus leyes arbitrarias para ser feliz; necesita sí de que se organice el trabajo, de que se reparta equitativamente la propiedad, hoy acumulada monstruosamente entre algunos explotadores de la clase proletaria; necesita de que al industrial y al jornalero se le remuneren debidamente sus obras para tener con qué hacer consumo al comercio; de que a éste se le ponga una balanza de equidad en sus artículos, y de que la agricultura, que es el ramo más esencial para la subsistencia del hombre, se eleve al rango que le corresponde, quitándole las trabas que impiden su desarrollo, y que tiene por base principal la "Ley agraria", para dividir la propiedad territorial y sacar del mayor número de cultivadores, la mayor suma posible de productos agrícolas.

Mas para todas estas medidas económicas no necesita el pueblo de otro gobierno que el de la administración municipal, único y legítimo poder que tiene el derecho y la obligación de avocarse esas saludables atribuciones.

Los gobiernos, por más que se jacten de ser liberales y demócratas en sus instituciones y principios políticos, no pueden menos de ser absolutos, arbitrarios y déspotas, so pena de ser inconsecuentes a su misma naturaleza que los constituye; jamás se les ha visto hacer nada a favor de las clases pobres, nunca se les agradecerá tampoco el que impartan una protección, al menos indirecta, a ciertas personas excepcionales, que desean consagrarse con abnegación y desinterés a trabajar por el mejoramiento o alivio de sus semejantes.

La historia y la experiencia vienen confirmando esta triste verdad, lo cual depende, a no dudarlo, de que estos modernos legisladores, a

diferencia de los de la antigüedad clásica, son demasiado torpes e inmorales, pues no tienen el talento necesario para captarse la simpatía de sus gobernados, siquiera sea por medio de algunos pequeños beneficios sensibles que les concedan ni, mucho menos, la suficiente moralidad para legislar conforme a su conciencia y al derecho, anteponiendo a todo esto, la voraz rapacidad por acumular un vergonzoso tesoro a costa de las lágrimas y sacrificios de las clases trabajadoras.

Los gobiernos, esos tiranos disfrazados de los pueblos que, so pretexto del orden y la estabilidad de la sociedad, se han arrogado la facultad de dirigir a las masas por medio de la ley, no son sino unos cuerpos oligárquicos y ambiciosos de su propio bienestar, que se denominan a sí mismos democráticos, para tener algunos visos de legalidad y poder explotar a mansalva a los infelices pueblos sobre los cuales hacen gravitar su execrable poder y autoridad.

La historia, con su severo juicio, manifiesta en sus tradiciones que, a pesar de su protesta de ser emanados directamente de la voluntad soberana del pueblo no se han conformado con ser simples guardianes de la ley sino que, en su loco frenesí, se han sobrepuesto a la misma ley, que es la natural, y han creado otras que son las que se dicen positivas, pero nosotros llamamos arbitrarias, porque desnaturalizan y atacan la esencia de la sociedad y los derechos más sagrados e inalienables del hombre. Díganlo si no esa ley del pretendido derecho de propiedad individual, atacando la justicia de la comunidad social; esa ley de testamentación, perpetuando la monstruosa desigualdad de condiciones de fortuna; la del mutuo usurario, legalizando la explotación del usurero sobre el infeliz proletario, y tantas otras que, aunque dichos de reforma, merecen a la verdad ser eliminadas totalmente del código público de una nación verdaderamente civilizada.

¡Oh justicia! anima a esas clases proletarias designadas por la esclavitud y el despotismo de sus gobiernos, que son los verdaderos tiranos de las naciones, para que comprendiendo el pueblo su situación y pulsando sus fuerzas naturales, pueda recobrar con energía todo lo que le pertenece, clamando denodadamente ante la faz del mundo con el inmortal Espartaco: "Mi libertad y mi derecho".

10. El juego de ajedrez (parábola filosófico-social)[10]

Un día se vieron todos los peones, torres, alfiles y caballos de un tablero de ajedrez enorgullecidos de todo lo que podían contra sus amigos.

Los peones se jactaban de su ligereza, y ponderaban sus certeros golpes: "Pequeños como somos, decían, a veces ponemos en conflicto al mismo rey de nuestros contrarios; hacemos lo que queremos y siempre contribuimos a la victoria".

Los caballos exclamaban: "¡Pobres peones!, creen que mucho valen y nosotros saltamos sobre ellos, cuando nos conviene podemos atacar a varios a un tiempo y casi somos los que decidimos el combate".

Los alfiles decían: "Mucho sabrán estos orgullosos, pero no saben tanto como nosotros. ¿De qué sirven sus continuos brincos? De nada, pues nunca sus golpes alcanzarán tanto como los nuestros".

Las torres con tono grave decían: "Ni peones ni caballos ni alfiles, valen gran cosa; los alfiles atacan, pero nunca en dirección recta, y así de poco sirven. Nosotros sí valemos mucho, somos fuertes, y cuando el rey nos llama en su auxilio, se salva con nuestra presencia".

La reina sonreía con desdén al oír todo esto, y decía. "Sin mí, ¿qué sería toda esta necia multitud tan vanidosa? Nadie es tan fuerte como yo, nadie tan astuto, y si en nuestros combates hay gloria, toda es mía. Ataco como alfil, y no hay soldado que en valor me iguale".

El rey que estaba dormido, despertó con todo este murmullo, y comenzaba a irritarse contra todos cuando, al saber de qué se trataba, dijo con calma: "¡A la verdad son necias estas gentes que tanto se ponderan y se exponen, sólo por salvarme a mí que nada hago por ellas. Pero en fin, ése es mi destino, servirme y obedecer mi voluntad...!"

Aquí llegaba el real razonamiento cuando la mano de Elisa tomó a peones, caballos, alfiles, torres y reyes, guardándolos en una caja donde se quedaron todos callados y en paz. ¿Qué se hizo tanto orgullo? Nada, todos sucumbieron sin comprender su destino.

He aquí el mundo. He aquí a la humanidad. Todos se alaban, todos se creen poderosos, y árbitros del destino; todos creen obrar por sí mismos creyendo, estúpidos, en la realidad de su personalidad humana, la que a la verdad no es más que una sombra, una apariencia y un

[10] *La Internacional*, México, 1.IX.1878.

mero fenómeno de la sustancia única y absoluta del universo, que así se manifiesta necesariamente, desarrollándose en una variedad infinita de formas, que en sí son nada, pero que en su conjunto forman el "uno-todo de la divinidad".

Así es como todos nosotros, pobres piezas de ajedrez obramos sin saber por qué, y nos dejamos conducir de una fuerza que sentimos, pero que no vemos.

Esa fuerza es la providencia.

Nada de lo que somos, ni de lo que tenemos, lo debemos a nosotros mismos. Nuestro orgullo es tan necio como el del caballo que se jactaba de saltar, sin conocer que sus saltos no los da porque quiere, sino porque lo conduce la mano del jugador.

En todos los sucesos del mundo busquemos siempre las leyes del gran jugador, para valorizar los sucesos, y poder dirigir los acontecimientos identificándonos con el dinamismo universal. No mostremos tanto orgullo individual, ni alabemos tanto nuestras cualidades personales, que llamamos virtudes, ni nos envanezcamos tanto, ni formemos grandes proyectos, si no van conformes al plan providencial de la inteligencia en la naturaleza; porque todo puede ser destruido por una simple evolución de Dios sobre la humanidad la cual, para regenerarse solidariamente, necesita de una gran palanca divina que se llama socialismo, y que es el áncora salvadora de todos los pueblos de la tierra.

11. Impugnación del informe dado por el director de la Escuela [Nacional] Preparatoria, contra la creación de una nueva cátedra que integra el curso de filosofía[11]

Siendo de vital importancia para el orden y progreso de la sociedad, en general, y para el adelanto de la juventud estudiosa, en particular, el dilucidar la materia de que voy a ocuparme en este artículo, me he resuelto, no sin gran pena, a tocar este punto, porque puede herir quizá la susceptibilidad de una persona bastante respetable por su saber como naturalista, pero que, en atención a la alta y trascendental importancia que su objeto envuelve, espero ser dispensado por su notoria y genial benevolencia.

Habiéndose pues dignado el ilustrado señor [Ignacio] Mariscal, ministro de Relaciones [Exteriores], recomendarme con don Ezequiel

[11] *El Socialista*, México, 7.II.1881.

Montes, actual ministro de Justicia e Instrucción Pública, con el fin de que este señor tuviera la bondad de conferirme algún empleo o protegerme de cualquier otra manera, como una inmerecida compensación a mis pequeños pero laboriosos trabajos filosóficos que todo el mundo conoce ya, o más bien dicho aún, con el verdadero objeto de fomentar así, de una manera indirecta, mi "Escuela de Filosofía Trascendental", cuya institución tiende a la ilustración y moralización racional de las clases sociales; dicho señor ministro de Justicia me indicó la necesidad de elevar un curso para formular la demanda que deseara yo obtener, siempre que fuese relativa al ramo de su digno cargo. Así lo ejecuté.

Animado por tan leal y generosa oferta, no vacilé un momento en solicitar la creación y servicio profesional de una nueva cátedra en la Escuela Nacional Preparatoria, que viniese integrando el estudio de la filosofía con la adjudicación del estudio de la psicología o ciencia del alma, según el sabio autor Tiberghien, al de la lógica del mismo autor, que acaba de ser sustituida a la de Bain como texto de asignatura, pues como quiera que en el sistema racionalista, que acaba de remplazar al positivista, el conocimiento de la metafísica debe preceder al de la lógica, de ahí es que creí que mi petición era consecuente y que debía, por lo mismo ser obsequiada sin la más mínima oposición, en virtud de la variación o cambio de sistema.

Pero muy lejos de eso, habiendo remitido el señor Montes mi mencionado curso al señor director de la Escuela [Nacional] Preparatoria, don Alfonso Herrera, para que emitiese su parecer sobre el particular y diese el informe respectivo a la Secretaría de Justicia, he visto, con bastante sorpresa, la resistencia hostil y sistemática con que dicho señor director, se ha opuesto abiertamente a tan importante reforma.

Los puntos en que se apoyó para su negativa, según el informe que se me comunicó por ese ministerio, son los siguientes:

1. Cree en primer lugar el señor Herrera que, la creación de una cátedra especial de psicología en esa escuela de su digno cargo, implica una reforma a la Ley Orgánica de Instrucción Pública, que sólo exige el estudio de la ideología, gramática general, lógica y moral.

2. En segundo lugar cree que es inconveniente la formación de dicha cátedra, porque recargaría demasiado las materias de estudio a los alumnos.

3. Y supone, en fin, dicho señor que, aun dado el caso de que el gobierno aceptase la idea propuesta y decretase el estudio de la psi-

cología, como ésta forma parte del curso de filosofía, el mismo profesor de lógica podría enseñar a como antiguamente se acostumbraba, sin necesidad de establecer otra clase que además de oponer dificultades a los jóvenes que se dedican a diversas carreras, gravaría inútilmente el erario.

Tales son las objeciones que el señor Herrera ha opuesto a la creación de la nueva cátedra, mas no teniendo razón de ser dichas objeciones, en mi humilde concepto, me voy a tomar la libertad de refutarlas.

En cuanto a la primera objeción, de que el establecimiento de una cátedra de psicología entraña una reforma a la ley orgánica, que sólo exige el estudio de la ideología, gramática general, lógica y moral, no me parece exacto, puesto que esa ley no previó el caso de la adopción textual de un tratado en que como el de Tiberghien fuese preciso, por exigirlo así su sistema, el estudio preliminar de la psicología como precedente necesario a las demás materias, y solamente tuvo por tipo, a no dudarlo, el *Curso de filosofía* de [Jaime] Balmes, que es el que incluye ahí especialmente un tratado de gramática general y, por lo mismo, creo que está en el orden económico de la Escuela [Nacional Preparatoria] el aumentar, disminuir o modificar esas materias, sin necesidad de reformar en nada la ley orgánica, ni contravenir por eso su prescripción y, tanto más, cuanto que el autor que ha sido adoptado por texto, y cuyo sistema es eminentemente armónico y solidario en todas sus partes, exige el estudio de la psicología, como la base fundamental y absoluta de toda su doctrina, que como se ve es el racionalismo puro.

De consiguiente, la creación de la cátedra de psicología en la Escuela [Nacional] Preparatoria en nada afecta a la Ley Orgánica de Instrucción Pública, ni tampoco impide, ni nulifica, el estudio de las otras partes de la filosofía, exigidas por la ley pues, antes bien, la viene asentando sobre una base más sólida, según el nuevo sistema adoptado ya, y sólo el espíritu de rutina podría ser capaz de truncar el sistema del autor y quererlo amalgamar con el escolástico reformado de la escuela de Balmes, adaptándolo en la práctica de su enseñanza.

Respecto a la segunda objeción, que se refiere al recargo de materias para los alumnos de la Escuela [Nacional] Preparatoria, puede decirse que es la más fútil e insustancial, puesto que siendo la psicología la base fundamental y necesaria de la filosofía racionalista, cuyo sistema ha sido adoptado por el gobierno, al asignar por texto la

lógica de Tiberghien, que es la lógica del racionalismo moderno, es evidente que su estudio debe considerarse como indispensable y de primera necesidad, en cuyo caso, no puede considerarse como superflua dicha clase, ni su curso como un recargo de materias, por ser la ciencia psicológica una parte integrante y preliminar del mismo curso y, sin la cual, no es posible comprender la lógica adoptada, cuyo autor hace frecuentes citas y referencias a su psicología que supone ya conocida o estudiada.

En cuanto a la última objeción, de que dado el caso de que el gobierno aceptase la idea del estudio de la psicología y de que ésta, como parte que es del curso de filosofía, podía ser enseñada por el mismo profesor de lógica, como se acostumbraba antiguamente, sin necesidad de crear otra clase, ni de gravar el erario, parece ser el efecto de la poca reflexión y de la impericia que sobre esta materia tiene el señor director de la Escuela [Nacional] Preparatoria, porque debía reflexionar que no es lo mismo estudiar la filosofía en un pequeño volumen en que están concretadas la lógica, la estética, la ideología pura, la gramática general, la psicología, la teodicea, la ética moral, y aun la historia de la filosofía, tal como se encuentran tratadas en las obras elementales de Balmes o Bouvier, que es a las que parece referirse de una manera tácita la ley, y las cuales solamente tratan de un modo sucinto y compendiado todas esas ciencias consideradas por dichos autores como simples secciones componentes de la filosofía, a un tratado serio y científico, como el que se ha adoptado de Tiberghien, cuya sola lógica que consta de dos grandes volúmenes apenas requiere todo un año para su curso, y eso, mediante la extracción de casi todos sus capítulos como me lo ha asegurado su inteligente y juicioso profesor el señor Vigil, quien también aprueba la formación de una cátedra especial de psicología.

Prescindiendo además del estilo sublime y magistral que reina en toda la obra de ese sabio autor, hay que atender también a que no es lo mismo estudiar [la] lógica escolástica, que sólo se ocupa de clasificar someramente las formas más comunes del pensamiento [a lo] que es la lógica real que, basándose en la verdadera metafísica, parte de ahí para dar a la ciencia filosófica toda la certidumbre de la verdad pura y absoluta, y por cuya razón requiere necesariamente este sistema armónico y de una exactitud matemática, el conocimiento profundo de la psicología, como su base y sólido fundamento.

Así es que, si un año no basta tal vez para cursar solamente la lógica, ¿qué sería si se incluyese además, en ese mismo año el estudio de la psicología, que por sí sola forma un grueso volumen, casi tan extenso como los de la lógica del mismo referido autor, y cuya intercalación propone el señor Herrera, en caso de que el gobierno insistiese en el estudio de la psicología?

Resulta pues, de todo lo expuesto, que el señor Herrera, por su oposición hostil y sistemática a la formación de la cátedra de psicología que es de suma importancia para la posesión de la lógica de Tiberghien, que ha sido asignada como texto para su enseñanza, viene manifestando claramente una antipatía poco disimulada al sistema racionalista, y esto no es extraño, en atención a que ha concentrado todas las fuerzas de su gran inteligencia al estudio y prácticas continuas de la historia natural y demás ciencias físicas, que le han hecho adquirir esa antipatía natural, pero quizá inconsciente, por todo aquello que escapa al análisis de los sentidos, y que no puede ser comprobado por la experiencia sensible, sometido al cálculo fatal y riguroso de la matemática.

Esta confesión, tácita pero elocuente, de su mal disimulado positivismo, traicionándolo por su odio a la metafísica, no puede menos sino de haber nulificado su aparente mentalidad, por ser muy manifiestas sus tendencias positivas y, semejante error en el terreno de los hechos, no puede menos que ser bastante nocivo para la juventud estudiosa de esa Escuela Nacional [Preparatoria], que con la eliminación de la materia que hoy ahí se cursa, no puede menos sino dejar un gran vacío o *lacune*, mutilando el sistema, y produciendo una lamentable deficiencia en el entendimiento de los alumnos que cursen la lógica, de un modo tan extraño como irregular, en atención a la profunda solidaridad de tan magnífico sistema como el del insigne Tiberghien.

Si todavía se estudiase la lógica de [John] Stuart Mill, o la de Bain, ciertamente que sería hasta un contraprincipio y una aberración imperdonable el proponer el estudio de la psicología, cuya ciencia considera el positivismo al igual de la magia y de la astrología; pero, cuando el sistema que se ha ya admitido oficialmente es el racionalismo, que tiene por base fundamental el espiritualismo, nada nos parece más lógico y natural que la formación de una cátedra *ad hoc* para el complemento e iniciación del sistema, sin que esto pudiera ser considerado como un gravamen para el erario que, con frecuencia, gasta

con profusión grandes sumas de dinero en cosas de menor importancia.

Podemos concluir de todo lo referido que menos mal sería para la juventud estudiosa, por más que parezca una paradoja, el que se le volviese a poner por texto a Balmes o Bouvier, que el que estudie un sistema trunco de lógica, como es la de Tiberghien, si no va precedida del estudio previo de la psicología, cuya materia exige necesariamente todo un año de estudio en una cátedra especial, y en la formación de la cual insistimos, porque lo creemos necesario y justo, no obstante que estamos persuadidos de que siempre el espíritu de partido, de falsa autoridad y de rutina, tienen que prevalecer y triunfar [sobre el] de la razón y del buen sentido, en una sociedad tan injusta y mal organizada como la nuestra, que tanto parece oponerse a la marcha de la ilustración y del progreso.

IV

Poemas

12. ¡Ida!... qué bellos son tus ojos![1]

I

Los ojos son la expresión del alma. La mirada de una mujer es el termómetro de su inteligencia. Por eso cuando me miras ¡divina Ida!, veo resplandecer en ellos todas las virtudes que abriga tu sencillo e inocente corazón. Los sentimientos nobles y generosos que te adornan, también se retratan en tu encantadora mirada y de tus rasgados y expresivos ojos se desprenden fascinadores destellos de amor y de ternura, que conmueven y elevan mi imaginación hasta el mundo ideal de los espíritus, donde te contemplo extasiado bajo la mágica influencia de los astros, esos mundos misteriosos de la creación, regidos por la inteligencia de los siete genios celestiales del empíreo.

Cuando te vi por primera vez sentí un no sé qué, que no tiene nombre, porque fue la confidencia muda pero elocuente de dos almas hermanas.

II

Tú me visitaste, encantadora Ida, y una hermosa dalia fue la primera prenda de tu amistad. La guardo con cariño y la conservaré toda mi vida, porque ella me recuerda tu seductora imagen, que es el emblema de la felicidad suprema en el dulce hogar.

[1] *El Combate*, México, 26.VIII.1877.

Sí, tu presencia me embelesa y me hace olvidar mientras estoy a tu lado, el levantado género de empresas a que me impulsa el destino y cuando te hallas cerca de mí, me siento dichoso y fuera de peligro, porque tú eres el ángel tutelar de mi dicha, tú el tesoro de mi felicidad.

Antes que el mundo engañoso empañe el brillo de tu alma cándida e inocente, corrompiéndola y haciéndola accesible a la lisonja y la perfidia, antes que tu corazón palpite de codicia por la posesión de ciertos bienes falaces y perecederos de la vida, y hoy que la virtud ¡oh Ida pura! hace agradables ante el ser eterno tus plegarias a fin de que piadoso el cielo, me conceda victoria.

III

Cuando tus bellos ojos lanzaron sobre los míos esa mirada fascinadora, en ella me comunicaste toda la fuerza de tu inteligencia, todos los encantos de tu amor. Era el éxtasis de la felicidad suprema revelada en el magnetismo. Era la simpatía con que cautivaste mi alma envolviéndola en tu mismo ser... ¡Ay! es tan benéfica la influencia de tu mirada, es tan grato su encanto, que con su luz iluminaste mi mente, dejándome entrever un mundo de futura felicidad... Sí:

Algunas veces me pregunto ansioso:
¿Por qué te vería yo?
Y nadie me contesta; pero siento
Que así lo quiso Dios.

*

Mírame más, encantadora Ida,
Mira el fuego en la luz de tu mirar;
Mírame aún... que mi alma adormecida
Se siente ya de dicha palpitar.
En tu mirada angélica que brilla,
Tienes tú la infinita claridad;
En tu pupila azul... cuando me mira,
Veo la felicidad...

Agosto 19 de 1877

V

Ensayos sociales

13. *Cartilla Socialista*[1]

SEA CATECISMO elemental de la escuela socialista de Carlos Fourier, por Plotino C. Rhodakanaty, fundador de La Social, quien la dedica al uso, instrucción y prática de la clase obrera y agrícola de la República.

LECCIÓN I

Del problema social

Pregunta. ¿Cuál es el objeto más elevado y razonable a que pueda consagrarse la inteligencia humana?

Respuesta. La realización de la asociación universal, de individuos y de pueblos, para el cumplimiento de los destinos terrestres de la humanidad.

P. ¿De qué manera puede alcanzarse la realización de la asociación universal de individuos y de pueblos?

R. Por medio de un sistema que enseñe el conocimiento del objeto, los medios adecuados a su realización y principios en que se funde el objeto y los medios.

P. ¿Y para qué se requieren todas esas circunstancias?

R. Porque donde no hay objeto determinado no puede haber política, en el sentido racional de la palabra.

[1] Rhodakanaty (1976: 13-58). Tomada, a su vez, de la 2a. edición, publicada en 1879 por la Imprenta de *El Socialista*.

LECCIÓN II

Estado de cosas y problemas que debe resolver toda doctrina de sistema social

P. ¿Cuál es el estado actual de la humanidad?

R. Los hombres están aún divididos en toda la Tierra por intereses de industria, de clases, de partidos, de nacionalidades, etcétera, que engendran entre ellos, con gran detrimento de todos y cada uno, hostilidad y odios más o menos violentos, en lugar de la buena armonía que debería unirlos para su felicidad. De tal suerte que, a pesar de los maravillosos progresos realizados en los últimos tres siglos por las naciones de Europa, la humanidad está aún universalmente sometida al reinado del mal.

P. ¿En qué razones se apoya usted para creer que los hábitos y costumbres de hoy sean susceptibles de mejoramiento?

R. Porque creo firmemente que está al alcance del hombre y, en la ley de su destino terrestre, remplazar con el reinado de la riqueza, de la verdad, de la justicia, de la paz, del trabajo, en una palabra, del bien, el reinado de la miseria, del engaño, de la opresión, de la guerra, de la devastación, en una palabra, del mal, a que hasta ahora se ve sometido. Creo que la maldad no tiene por causa absoluta e inmutable la naturaleza del hombre, sino la imperfección de las instituciones sociales, que son esencialmente modificables, y, por consiguiente, susceptibles de mejora, de perfección y transformación por la inteligencia y voluntad del hombre.

P. ¡Sírvase usted presentar un ejemplo!

R. El estado social que presenta ya tantos aspectos característicamente distintos desde el salvaje hasta las civilizaciones más avanzadas de nuestros días, civilizaciones que sería absurdo considerar como las últimas formas sociales posibles; el estado social, repito, es comparable a un mecanismo, del cual los hombres, considerados bajo el punto de vista de sus facultades activas, con las fuerzas motrices, si se quiere libres, y más o menos inteligentes.

Ahora bien: estas fuerzas libres, vivas o motrices, producen, para el bien o para el mal, efectos diferentes según desplieguen su libertad y su actividad en uno u otro mecanismo social. Por ejemplo: supongamos que uno o más de los niños que se llaman lípanes (indios bárbaros) fueran transportados a México y que, a la vez, igual número de recién nacidos en la capital se transportaran a aquellos desiertos, en cuyo mecanismo social, del todo diverso, se educaran respectivamente, es claro que los lípanes educados en México llegarían a modelarse con nuestra forma, usos y costumbres, mientras que los mexicanos llegarían a ser tan feroces e ignorantes, como hoy lo son los moradores de aquellos desiertos.

P. ¿Según esto, la conducta del hombre la determina la organización social en que vive?

R. Sí señor: recibir diferente educación, encontrarse rodeado de circunstancias favorables al armónico movimiento de sus facultades nativas, que le hubieren impulsado a buscar la satisfacción de sus pasiones por la vía del bien, como medio más fácil de alcanzarla, que por la del mal, son causas que determinan la diferencia de conducta en el hombre, y que prueban hasta qué punto la organización social ejerce sobre él su acción moral y materialmente.

P. Ha dicho usted que el mal, o sea la guerra, la devastación, la opresión, el engaño y la miseria, no tienen por causa absoluta e inmutable la naturaleza del hombre, sino también la imperfección de las instituciones sociales, cuando es evidente que la organización particular del individuo, según sus dotes, así se inclina y desarrolla unas veces al bien y otras al mal.

R. Señor: En general debe admitirse como cierto, y fuera de casos excepcionales, que el hombre no está absoluta y fatalmente condenado al mal por el mero hecho de su naturaleza y nacimiento; por consiguiente, los desórdenes, vicios y crímenes individuales, en su inmensa mayoría, y todos los males del orden social que ellos resultan, podrían desaparecer progresivamente, a medida que se mejoren las instituciones sociales.

P. ¿Y qué prueba usted con lo que acaba de exponer?

R. Que es incontestable; que puede concebirse al hombre colocado en un mecanismo social tan felizmente combinado por su inteligencia, y tan favorable al desarrollo de la actividad y de las pasiones humanas, que el individuo ame particularmente a sus semejantes, y trabaje libre y apasionadamente en el bien general, perfectamente identificado con su propio bien.

P. ¿No cree usted que el régimen ideal que usted se explica, siendo la naturaleza del hombre esencialmente variable, llegaría a ser tan difícil su realización como difícil ha sido la práctica de los derechos del hombre?

R. Con este régimen superior que yo explico, en cuyo seno realizará la humanidad sus destinos, desarrollando progresivamente sus altas facultades el individuo gozará de la plenitud de su libertad y practicará necesariamente todas las virtudes sociales; porque en tal régimen de verdad y justicia, la virtud será tan provechosa para los intereses del individuo, como atractiva para su corazón y su inteligencia, mientras que el vicio será tan desfavorable a sus intereses, como es odioso y repugnante por su naturaleza.

P. Bien. Sírvase usted decirme cuál es el estado social más perfecto.

R. Será aquel cuya hipótesis pueda concebirse como un orden en el cual individuos, familias y pueblos asociarán libremente su actividad, para producir el bien de todos y cada uno, por oposición al estado actual en que individuos, familias, pueblos y clases, atrincherados en la estrecha ciudadela de sus intereses egoístas, se oprimen y luchan miserablemente unos contra otros, con grave detrimento de todos y cada uno, de la sociedad y del individuo.

P. ¿Cómo podrá realizarse esta hipótesis, cuando la experiencia demuestra que las prescripciones de la moral fueron, desde el origen de la sociedad, hasta ahora, insuficientes para realizar las miras efectivas?

R. Preciso es que para realizar socialmente la moral o, lo que es lo mismo, la producción regular y universal del bien, se reconozca la insuficiencia de los procedimientos empleados hasta ahora, y se busquen las condiciones prácticas de la unión definitiva de los hombres, para la producción del bien, lo que equivale a descubrir, entre todas las formas sociales posibles, una, cuyo mecanismo sea el más a propósito para poner en perfecto acuerdo los intereses individuales y colectivos o, en otros términos, el más propio para realizar sin choques ni comprensión alguna la asociación libre y voluntaria de todos los miembros de la gran familia humana.

LECCIÓN III

Comprobación de toda doctrina de forma social

P. ¿Qué entiende usted por doctrina societaria, o sea de organización social?

R. Toda doctrina de organización social, o de progreso en la constitución de la sociedad, supone un cambio en el estado de ésta o, de otra manera, toda doctrina de progreso supone la realización de un

estado social no realizado anteriormente, y superior a los sistemas conocidos, para mejorar la suerte de las sociedades humanas.

P. ¿Y una doctrina de progreso social puede ser aceptada en todas las naciones del globo?

R. Sí señor, a condición de serlo antes en las aldeas y en los pueblos llamados centros de población, en cada estado, en toda una nación y en todo un continente.

Resulta de esta observación analítica que el hecho elemental y capital de la solución del problema social, tomada en su más grande generalidad, no es otra cosa que la determinación de las condiciones de la asociación de individuos, familias y clases, entre el vecindario de la localidad, elemento alveolar del Estado y de la sociedad.

P. Pero este nuevo modo de pensar importa una revolución completa en el dominio de las ideas sociales y políticas, puesto que declara los derechos de la verdad contra los errores, de la realidad contra las quimeras.

R. Sí señor, importa una nueva revolución, y sin entrar aquí en los desarrollos a que se presta ese círculo nuevo y fundamental del problema de la reforma social, se comprende, ante todo, que el sistema de organización que realice en los vecindarios o municipios la armonía de los intereses de individuos, familias y clases, la realizará en el Estado y en la sociedad en general, que no son más que una agregación de vecindarios o municipios. Y se comprenderá también fácilmente que toda supuesta teoría o reforma social, que no sea propia para realizar esa armonía entre el vecindario de una localidad será, por ese mero hecho, incapaz de realizarse en el Estado y en la sociedad en general.

P. ¿Qué medios deben emplearse para que en un Estado este plan de reforma social pueda ser comprobado por la experiencia práctica?

R. Para perfeccionar la organización de un Estado en su constitución política y administrativa es menester empezar por la reforma del vecindario y de su municipio en su organización interior.

P. ¿En tal supuesto, cuál deberá ser el primer carácter exterior de la racionalidad y de realizabilidad de una teoría de reforma o de progreso social?

R. El poder ser sometida a la prueba local comprobada por la experiencia, sin comprometer al Estado ni a la sociedad existente.

P. ¿Y cuál es el primer carácter de superioridad social de un sistema nuevo sobre el existente?

R. El de hacer adoptar libre y voluntariamente por todos y cada uno de los miembros de la sociedad.

LECCIÓN IV

Derechos y deberes de la doctrina social

P. Toda teoría reformadora de la sociedad que acepte las condiciones expuestas en la lección anterior es que se somete a un ensayo local, y que no aspira a generalizarse más por la limitación espontánea, sin ser impuesta por el Estado, ¿tiene algunos deberes qué reclamar a los poderes públicos encargados de su conservación y defensa?

R. Sí señor, tiene dos deberes y dos derechos.

P. ¿Cuáles son esos dos deberes y esos dos derechos?

R. Tiene el deber de darse a conocer a la sociedad, produciéndose en el dominio intelectual por todos los medios de propagación posibles.

Tiene el derecho de darse a conocer y de producirse en el dominio intelectual con entera libertad, aunque conformándose respecto de la manera de hacerlo a las leyes establecidas.

Tiene el deber de someterse a la experiencia produciéndose en el dominio de los hechos, con los medios de realización que le son propios, es decir, por la creación de una asociación en que se realicen las mejoras que propone sobre la actual organización de éstas.

Tiene el derecho de realizar con entera libertad ante la sociedad esta experiencia decisiva, a condición de que la nueva teoría puesta en práctica no infrinja las leyes políticas ni civiles del Estado.

Estas deducciones inatacables establecen científicamente las condiciones exteriores de legitimidad de una doctrina cualquiera de progreso social y fijan radicalmente la acción de sus deberes, y los límites de sus derechos.

P. Sírvase usted fijar las posiciones de la doctrina societaria en presencia de todas las doctrinas contemporáneas, políticas o sociales.

R. Del lado de la estabilidad daré a conocer estas sencillas verdades:

Primera: Que toda mejora material para ser realizable debe poderse experimentar con un vecindario o pueblo.

Segunda: Que para ser buena debe ser tal que sea imitada espontáneamente por la nación y por toda la humanidad.

Por parte del progreso, aunque la doctrina societaria se contentara con fijar la cuestión del progreso social en sus términos verdaderos, precisando el objeto, desenvolviendo el punto de ataque del problema, y determinando con absoluta libertad las condiciones lógicas de la comprobación y de la realización práctica de toda reforma útil en la cuestión interna de la sociedad, daría a la causa del progreso garantías infinitamente más sólidas que las que jamás le ofrecieron, ni que siquiera sospecharon sus más ardientes partidarios.

P. Y de todo esto ¿qué se deduce?

R. Que la doctrina societaria está colocada en la esfera de los intereses y de la ciencia de la estadística, sobre todos los partidarios llamados conservadores y aun de los mismos gobiernos; y, en la esfera de los intereses y de la ciencia del progreso, muy por encima de los partidos llamados liberales y republicanos, más o menos democráticos.

P. Entonces, ¿de quién depende la escuela que profesa tal doctrina, esto es, la societaria?

R. De ninguna, lejos de depender de la opinión y de la autoridad de ningún gobierno, de ningún partido conservador, ni liberal, abunda al contrario en autoridad superior a todo gobierno y partido político. Hay más, y es que, al menos en lo que concierne a los principios de la estabilidad, a cuya obediencia nadie puede sustraerse, esta escuela tiene el derecho de decir que impone con autoridad absoluta su doctrina a partidos y gobiernos.

P. Fuera de la escuela societaria, ¿la opinión pública en cuántas partes se divide?

R. En tres categorías bien distintas, a saber:

Primera: El partido conservador, que representa simplemente la necesidad o el entendimiento del progreso, pero cuyas condiciones ignora.

Segunda: El partido del movimiento, que representa simplemente la necesidad o el sentimiento del progreso, pero cuyas condiciones ignora.

Tercero: Un tercer partido que está en vías de formación, y que aumenta cada día bajo la influencia general de los principios de la escuela societaria. Este partido, que ha recibido de la escuela societaria el nombre de partido socialista, y que se recluta de entre los hombres más razonables y de las inteligencias mejor cultivadas de los dos partidos anteriores ya mencionados, representa en modo compuesto la necesidad de la estabilidad y la necesidad del progreso; pero ignora, generalmente aún, las vías y los medios científicos de la satisfacción de ambas necesidades y, por eso, es que limita a un vago e infructuoso empirismo revolucionario.

P. ¿Cuál es el puesto que ocupa entre los tres partidos existentes la escuela societaria?

R. Una posición muy determinada: su tarea consiste en desarrollar el sentimiento del progreso entre los conservadores y el de la estabilidad entre los liberales, y en dar a conocer a los hombres de ambas categorías, lo mismo que a los del partido que se dice socialista, las condiciones positivas de la estabilidad y del progreso.

P. Según lo expuesto, ¿a la ignorancia de estas doctrinas puede decirse que debemos, en gran parte, nuestros males sociales?

R. Sí señor. Es indudable que los conservadores, de miras más estrechas, no pueden ser enemigos del progreso real, es decir, de las mejoras sociales favorables a los intereses de todas las clases, y que aseguren los intereses de la sociedad. De la misma manera, puede asegurarse que los revolucionarios, que atacan con tanta furia el orden de cosas existente, no lo hacen porque sean enemigos del principio de la estabilidad, sino porque esperan con su sistema fundar este principio sobre más sólidas bases.

P. Bien. ¿Y qué resulta de esta observación?

R. Que los conservadores no son, por lo tanto, enemigos absolutos del progreso, ni los revolucionarios enemigos absolutos de la estabilidad, y desde el momento en que los primeros vean que la estabilidad nada tiene que temer del progreso, y los segundos que éste no es incompatible con la estabilidad, se refundirán en una sola opinión, porque todos serán a un mismo tiempo conservadores y progresistas.

P. ¿Qué diferencia nota usted entre la escuela societaria y los otros partidos de que se ha hecho referencia?

R. Que al proclamar dicha escuela radicalmente vicioso el estado de cosas actual, se diferencia de los otros partidos en que no quiere destruirlo, sino transformarlo por la acción libre de los individuos, por la aplicación espontánea en la organización del principio de asociación a los elementos libres que caen bajo el dominio de la acción individual.

Así pues, proclama radicalmente vicioso el estado de cosas actual, radicalmente insensato su derrumbamiento y destrucción, pero indispensable su transformación en un estado de cosas mejor por las vías y los medios que la razón apruebe, que la experiencia pueda confirmar y aceptar todos los intereses, porque tales son las condiciones que determinan el criterio del progreso real y positivo en el orden humano.

LECCIÓN V

Condiciones del orden y de la libertad. Carácter intrínseco de la doctrina societaria

P. Una vez establecidos los principios y reglas a que deben someterse las teorías de reforma social, desearía se sirviera usted de ocuparse en la presente lección de la hipótesis social acerca del plan especial, propuesto por Fourier y su escuela, para mejorar la sociedad actual.

R. Queda establecido que la escuela societaria, que intenta imponer su sistema a la sociedad actual por otra fuerza que la espontánea voluntad y libre aceptación del público convencido de su bondad; que sólo aspira a darlo a conocer por medio de la propaganda escrita y oral, y a hacerlo juzgar por la vía de la que atacan con tanta furia el orden de cosas existente, no lo realiza por sí mismo y libremente después que haya podido conocerlo y juzgarlo por experiencias locales convenientemente realizadas.

El sistema societario descubierto por Fourier y propuesto por la escuela societaria, sea bueno o malo, justo o falso, esto no impide que nos ocupemos relativamente a la propagación que hacemos en la sociedad actual, la posición más legítima posible, puesto que no aspiramos a imponerla, ni tampoco a una aplicación general, sino a un ensayo local, a una experiencia práctica, para que la sociedad pueda juzgar, dejando la generalización de nuestro sistema a la espontánea y voluntaria acción de la humanidad, que si lo encuentra superior al sistema actual, no dejará de apresurarse a apropiárselo tan luego como vea sus beneficios y consoladores resultados.

Fourier y su escuela proceden a la manera de los sabios e ingenieros, que hacen un descubrimiento y piden que se pruebe su bondad ensayándolo, y no a manera de los reformadores políticos, que han obrado o pretendido obrar sobre la sociedad, formulando leyes, creencias y obligaciones, derechos y deberes nuevos, e imponiendo reformas por una legislación apasionada y espuria las más de las veces.

Si el sistema societario se generaliza a consecuencia de las experiencias que den a conocer definitivamente su valor real es incontestable que, una tranformación tan profunda, haciendo triunfar la verdad y la unidad, llevará consigo costumbres, ideas, reglas, hábitos civiles y morales, y creencias que hoy imperan en unos o en otros

pueblos. Pero, procediendo a la inversa de todos los otros reformadores políticos o sociales, Fourier y sus discípulos no pedimos a la sociedad actual que remplace hoy sus creencias, leyes y costumbres, por la que según su hipótesis científica llegarán un día a generalizarse sobre la Tierra, y aún hay más, y es que cualesquiera que sean, en cuanto a estos diferentes objetos, las opiniones fundadas o no de la escuela societaria, esta escuela solamente quiere hacer la experiencia local de las costumbres y reglas que prevé deberán realizarse un día, planteándolas experimentalmente en una colonia.

Estos puntos demasiado importantes exigen una dilucidación concreta, para la cual reclamo toda la atención del lector.

LECCIÓN VI

De las leyes y de la reforma social

P. Sírvase usted decirme qué entiende por procedimiento seriario.

R. El procedimiento seriario no es otra cosa que el procedimiento general de la clasificación, que consiste en dividir los órdenes en géneros, los géneros en especies, las especies en variedades, etcétera. Fourier ha descubierto las formas generales y las admirables propiedades generales de este procedimiento, empleando únicamente hasta ahora en ciertas ciencias y abstracciones, pero que goza además la propiedad de producir el orden en los hechos industriales de actividad, y de relaciones individuales y colectivas, en todos los actos de la vida a que se sepa aplicar. No es este punto el a propósito para dar a conocer estas propiedades del principio serial, que están expuestas en las obras principales de la escuela y de su fundador. Basta a nuestro objeto dar a conocer la existencia de un principio generador de todo sistema societario.

P. Sírvase usted explicar algunos hechos generales.

R. Como concepción teórica, el sistema de Fourier abraza todas las relaciones sociales de los hombres entre sí, y de los hombres con las cosas; su sistema abraza virtual y teóricamente todas las leyes de las relaciones individuales, civiles, políticas y morales que pueden concebirse en la humanidad. Como teórico-científico, el sistema de Fourier presenta por regla de todas las relaciones individuales y sociales un solo principio orgánico, el principio de la ordenanza serial.

La aplicación de la ley serial a la combinación y ordenamiento de todas las relaciones sociales, tal es integralmente la concepción orgánica de Fourier.

P. ¿Qué más puede usted decirnos respecto a la bondad de la hipótesis de Fourier y de su escuela?

R. Que ésta consiste en la aplicación de la ley serial a la combinación de todas las relaciones sociales, la cual establece la armonía en todas estas relaciones, es decir, que esta aplicación produce en la sociedad humana el orden absoluto, por la libertad absoluta.

P. Y si la hipótesis de Fourier llegara a ser sancionada por la experiencia, ¿qué fin tendrían las prescripciones morales, civiles y políticas, que tienen hoy un carácter imperativo de prevención y de represión?

R. Serían inútiles y dejarán de ser un medio práctico de orden en la sociedad.

P. ¡Cómo inútiles! ¿Inútiles las leyes morales, civiles y políticas?

R. Sí señor, inútiles porque esas leyes que imponen moral o físicamente a los hombres obligaciones restrictivas a la libertad, con objeto de mantener el orden en condiciones sociales, en que la libertad es generalmente incompatible con el orden, perderán su razón de ser en condiciones sociales que produzcan el orden, por la armónica manifestación de la misma libertad.

P. Sírvase usted ampliar sus razonamientos.

R. Los principios obligatorios de la moral, y el derecho que tiene la sociedad de imponer a la libertad restricciones necesarias a la defensa o a la garantía del orden social, no pueden nunca desaparecer virtualmente, sólo que, a medida que la sociedad es menos imperfecta, es menor la necesidad que hay de recurrir a ellos.

Así por ejemplo, cuando todos los hombres se horroricen ante la idea de hacer mal a sus hermanos, y se sientan apasionados por hacerles bien, ya no será necesario invocar como regla de conducta el principio moral imperativo: no hagas a otro lo que no quieras que te hagan a ti. Sin que por eso deje de existir el principio, y de ser imperativo en caso necesario, aunque dejado muy atrás por las costumbres.

P. ¿En cuántos géneros se dividen las prescripciones o leyes de que se ha hecho referencia?

R. En dos.

P. Sírvase usted demostrarlas.

R. El primero comprende las leyes fundadas en principios absolutos y eternamente obligatorios. Tales son las prescripciones revestidas de

formas jurídicas, morales o religiosas que prohíben, reprimen y castigan lo que es innato en sí, o que ordenan lo que es bueno en sí. Estas leyes, como hemos dicho, pueden llegar a ser inactivas en buen sistema social, pero nunca podrán ser proscritas. Estas leyes son imperecederas en cuanto al fondo. Será excelente hacer enteramente superflua su intervención, pero sería inmoral y absurdo condenar los principios en que se fundan.

El segundo género comprende las leyes disciplinarias, cuya obediencia es relativa o condicional, y esencialmente variables. Estas leyes son las que prescriben las disposiciones de las reglas políticas civiles o morales que el legislador ha creado más a propósito, en un estado social determinado, para establecer o conservar el orden, tal como él le concibe, o que es concebido en el estado social a que se aplican.

P. ¿Cómo puede considerarse este género de leyes?

R. Como procedimientos de orden, más o menos imperfectos, formas que cambian generalmente según los lugares y los tiempos. Estas costumbres, estas disposiciones, estas formas disciplinarias, juzgadas favorables al orden, en un estado social particular y sancionadas por la autoridad de la ley y de la moral, no tienen nada de absolutas en sí mismas, dependen exclusivamente de la autoridad que las ha creado, que las impone y que las modifica, y no son obligatorias, sino en tanto que subsisten como reglas de orden, y que no son abrogadas y remplazadas por otras instituciones, por otras costumbres y por otras formas reconocidas como más favorables al fin social.

Así, pues, toda ley es imperativa y obligatoria en tanto que existe como regla general de orden, pero hay leyes fundadas sobre principios absolutos y eternos, y otras que dependen de las condiciones variables del medio social, y que cambian al gusto de los poderes legislativos, políticos y religiosos.

LECCIÓN VII

Continuación de la anterior

P. ¿Cuáles son las necesidades que deben satisfacer para la perfección de una sociedad?

R. Una sociedad perfecta sería aquella en la cual las prescripciones de las leyes del primer género, las prescripciones de las leyes absolutas, increadas y eternas, fueran realizadas y aun sobrepujadas por efecto de la atracción, del amor, de la plena libertad, y en la cual, al mismo tiempo, las instituciones, costumbres y formas empleadas para regularizar las relaciones humanas y coordinarlas con el fin social estuviesen tan en armonía con la naturaleza, en lugar de contrariarla; y, el carácter de tales leyes o formas reglamentarias, sería el de subsistir y practicarse, sin recurrir a ninguna coacción moral o religiosa, sin el apoyo de ninguna ley general imperativa.

P. ¿Luego, es incuestionable que a la imperfección de las instituciones sociales debe la humanidad los males que deplora?

R. Es una averiguada que las instituciones, costumbres y formas disciplinarias tan diversas, y con frecuencia contradictorias, que rigen hoy en las naciones las relaciones de los hombres, no pueden generalmente sostenerse más que por el socorro de las prescripciones religiosas y la coacción legal. Estas formas están pues, todavía, lejos de haber alcanzado el carácter de perfección, o de realizar el orden por medios tan favorables a la libertad, que no tengan necesidad de apoyarse sobre ninguna clase de comprensión para sostenerse.

P. ¿Qué circunstancias debe tener un sistema social para que sea considerado superior al existente?

R. Si hay algo incontestable en el mundo es que un sistema social, en el cual la realización absoluta del bien general resultase de la libertad absoluta del individuo, sería el sistema social más perfecto que pudiera conocerse.

P. ¿De qué manera determina usted las condiciones de ese sistema?

R. Para determinar teóricamente sus condiciones, es absolutamente necesario estudiar las condiciones naturales de la libertad absoluta del hombre y calcular las combinaciones sociales capaces de producir el orden fundándolo sobre esta libertad absoluta. Así es, justamente, como ha procedido Fourier para calcular y determinar las combina-

ciones sociales, cuyo ensayo y comprobación experimental no ha dejado de proponer a la sociedad hasta el último día de su existencia.

P. ¿Qué medios se ha puesto en planta para contener la producción del mal y alcanzar la realización regular del bien posible?

R. Hasta Fourier se ha tratado solamente de reducir la suma del mal y obtener una garantía relativa de orden contra los ataques de la libertad, comprimiendo al efecto el ser humano o, lo que es lo mismo, encerrando pura y simplemente la libertad pasional de cada individuo en un círculo de acciones y de prescripciones del que la ley, la moral y la religión lo prohíben, con razón, salir, porque, fuera de ese círculo, el desarrollo de su libertad será o podrá ser funesto. Siguiendo esta vía de reacción contra la libertad, a nombre del orden, es un hecho incontestable que sólo se ha llegado a contener la producción del mal en ciertos límites, sin alcanzar la realización regular y general del bien.

P. ¿De qué manera ha resuelto Fourier este problema?

R. Fourier, para resolver el problema de la extinción del mal, de la producción regular del bien y de la garantía absoluta del orden, ha especulado sobre la libertad misma, dándose por tarea el determinar una combinación de relaciones sociales tal que la libertad esté siempre interesada en la conservación del orden y la pasión individual siempre tendiendo al bien. Siguiendo esta vía, Fourier ha llegado a una combinación que en nuestro concepto resuelve este inmenso problema.

P. Explique usted la divergencia del ideal de Fourier con las doctrinas sociales que actualmente rigen la humanidad.

R. Filósofos, moralistas, legisladores y reformadores, se han preocupado sobre todo de obrar sobre el individuo imperativamente por el deber, por la ley, por la comprensión moral, o por la represión física, para encadenar las pasiones y los intereses individuales dentro del límite en que han creído poder ser causa del mal.

Fourier no ha querido negar el carácter imperativo del deber y de la ley; por el contrario, ha ido mucho más allá de las regiones del deber y de la ley, proponiéndose determinar las combinaciones sociales en que las pasiones y los intereses individuales se dirigieran siempre y espontáneamente hacia el fin social que legitima el deber y la ley.

Legisladores, filósofos, moralistas y reformadores han querido obrar sobre el hombre, para encadenarle moral y físicamente, para sujetarle el mecanismo social existente, cualquiera que éste fuese.

Fourier pretende obrar sobre la forma social, para transformar su mecanismo, acomodándose a las exigencias de la naturaleza humana.

Fourier no viene, por tanto, a atacar el fin social de la moral, de la religión, ni de la ley, sino que ofrece el medio de hacer cumplir ese fin, por la libertad y por la atracción pasional.

En una palabra, lo que Fourier y sus discípulos encontramos completamente falso y absurdo [en] moralistas, filósofos y legisladores, no es el haberse servido de la comprensión contra los actos subversivos de la libertad y de las pasiones humanas para disminuir el mal, sino el no haber buscado los medios de realizar completamente el bien, interesando en él a la libertad y a las pasiones mismas. Lo que Fourier y sus discípulos condenamos altamente no es que hayan procedido contra los extravíos y desórdenes de las pasiones humanas, sino el que se hayan contentado con el sistema de reprimir sus extravíos, cuando era necesario buscar las condiciones sociales que abriesen a las pasiones un campo inmenso de manifestaciones útiles, convergentes siempre al bien individual y común, sin que por eso se desarmase a la sociedad de su derecho de represión, como legítima defensa contra la acción subversiva de las pasiones, si esa acción subversiva se producía, siquiera fuese excepcionalmente.

LECCIÓN VIII

Correlación y unión absoluta del orden de la libertad

P. Sírvase explicarme la concepción de Fourier y de su escuela sobre la forma social, y sobre el gran problema del orden y de la libertad.

R. La forma social puede ser falsa o justa, conveniente o inconveniente a la naturaleza humana y a las condiciones de su desarrollo normal.

La forma social más falsa, más imperfecta, es la que establece la más grande incompatibilidad entre el orden y la libertad.

La forma social más justa, más perfecta, es la que establece la más grande compatibilidad entre el orden y la libertad.

La forma social más imperfecta tiene fatalmente por carácter esencial que el orden exhibe en ella el arsenal más completo de leyes represivas, civiles, políticas, morales y religiosas, para enfrenar la libertad, lo más enérgicamente posible.

La forma social más perfecta tiene forzosamente por carácter esencial que, para conservar el orden no necesita hacer uso contra la libertad de leyes de represión o de compresión civiles, políticas, morales o religiosas.

P. Manifieste usted sus consecuencias.

R. La primera, obliga a reconocer por principio la legitimidad teórica de las leyes disciplinarias, preventivas o represivas, establecidas por la sociedad para mantener el orden en su seno, y ésta impone a cada uno el deber de conformar prácticamente su conducta a las leyes, en tanto que la sociedad las juzgue necesarias para conservar el orden relativo e imperfecto que dichas leyes le procuran.

La segunda, obliga a reconocer la necesidad de buscar teóricamente las combinaciones sociales, gracias a las cuales la represión y la compresión dejen de ser medios de obtener un orden imperfecto y relativo o, lo que es lo mismo, a buscar la combinación natural en que el orden resulte de pleno desenvolvimiento de la libertad misma y a comprobar prácticamente las combinaciones que pudieran proponerse para resolver este problema supremo.

P. ¿Cuál es la tendencia principal de la escuela societaria?

R. La escuela societaria tiende a la más completa satisfacción de la libertad humana pero, en situaciones sociales prácticamente experimentadas, en las cuales el desenvolvimiento de la libertad individual se concibe y combine perfectamente con el orden general.

P. ¿Qué sacrificios reclama la doctrina societaria para que se realice la solución de este problema?

R. De acuerdo con el buen sentido práctico proclama, más altamente que ninguna otra doctrina, la necesidad del sacrificio más o menos completo de las pasiones y de las libertades individuales; la necesidad de la compresión y de la represión dentro de ciertos límites, como barreras indispensables contra el desorden, como condiciones obligadas y obligatorias del bien, en tanto que la forma social no sea bastante perfecta para armonizar plenamente la libertad individual con las exigencias del orden colectivo.

P. ¿Pues qué el estado social que existe no garantiza el orden ni la libertad?

R. Si hay un principio evidente es que el orden social está tanto menos garantizado en la sociedad cuanto está más expuesto a los ataques violentos por parte de la libertad o, de otra manera, cuanto mayor es la compresión que la forma social exige y está forzada a ejercer contra la libertad.

P. Según lo expuesto, ¿el orden no puede ser realizado absolutamente en la sociedad sino a condición de que haya tal combinación de relaciones sociales que por ella se utilicen prácticamente para el orden, y para el bien general, todas las tendencias de las pasiones individuales, todas las aspiraciones naturales de la libertad humana?

R. Sí señor, concibiendo la escuela societaria las condiciones absolutas del orden y las de la libertad, y demostrando la identidad de estas condiciones, puede estimarse que es la única que defiende con lógica verdaderamente rigurosa, y con certidumbre científica, el orden práctico contra los ataques de la libertad en la forma social actual, en la que el desenvolvimiento de esta libertad tiende al desorden. Y, por la misma razón, es por lo que esta escuela defiende la causa del desarrollo de libertad humana, salvo el descubrimiento y prueba de la forma social, hasta ahora nunca realizada, en que la libertad del individuo coincide en todas sus partes con las exigencias del orden.

Por eso, al anunciar que la concepción absoluta del orden es inseparable de la concepción también absoluta de la libertad, que estos dos hechos son correlativos y, por consecuencia, que la libertad no podrá realizarse ampliamente más que cuando se realicen combinaciones sociales que tiendan directamente a producir el orden. Enunciando este principio completamente nuevo, aunque vagamente presentido, la escuela societaria defiende lo mismo las necesidades prácticas de las represiones morales, religiosas y jurídicas contra toda libertad desordenada, como también los derechos absolutos de la libertad.

LECCIÓN IX

Transformación social

P. Sírvase usted explicar los principales fundamentos del sistema societario.

R. Toda ciencia se funda en una fórmula o en una hipótesis demostrada *a priori* o *a posteriori*.

En una ciencia de teoría o explicación, como por ejemplo la astronomía, la física, etcétera, la prueba *a posteriori* de una hipótesis presentada consiste en la explicación, por hipótesis, de todos los hechos que son del dominio de la ciencia a que se refiere.

En las ciencias de aplicación, como en la mecánica industrial, por ejemplo, toda nueva hipótesis presentada o, lo que es lo mismo, todo

proyecto de mecanismo nuevo, se prueba *a posteriori* por la realización práctica de la hipótesis o proyecto, y por la experiencia del mecanismo realizado.

P. Explíqueme usted el método de prueba propio de las ciencias de aplicación.

R. Si se trata de motores de fuego, por ejemplo, es evidente que la hipótesis más perfecta será la que, por medio del aparato más económico, utilizara toda la fuerza motriz del fuego, sin que parte alguna de esa fuerza se gaste en esfuerzos inútiles, y mucho menos perjudiciales o peligrosos.

En el caso que una máquina tan perfecta se descubriera, en la cual los planos fuesen trazados por los ingenieros que los hubiesen estudiado, y que éstos estuviesen seguros *a priori* de que este mecanismo era llamado, por su perfección, a sustituir rápidamente los motores más imperfectos inventados anteriormente, ¿no sería el colmo de la extravagancia, por parte de estos ingenieros, excitar a la supresión, a la abolición, a la destrucción de todas las máquinas existentes, pedir una ley que decretase la adopción inmediata y universal de nueva máquina?

Lo lógico, lo prudente, sería dejar trabajar las máquinas viejas hasta que ensayada la nueva y conocidas prácticamente sus ventajas, pudiera aplicarse sucesivamente por cada uno, según el interés que ella tuviera.

P. Según esto, Fourier y sus discípulos, al proponer a la sociedad un nuevo mecanismo para combinar las relaciones humanas, ocupamos el puesto del ingeniero que inventa una máquina.

R. Exactamente, somos los ingenieros sociales. Fourier y sus discípulos hemos presentado a nuestros contemporáneos el plan de un nuevo mecanismo social propio, según nosotros, para utilizar toda la energía de la fuerza motriz que reside en la naturaleza humana, sin que ninguna parte de esta energía pueda querer en este nuevo sistema desenvolverse con esfuerzos perjudiciales o peligrosos. Y así como los ingenieros sensatos hacen con las máquinas viejas, mientras las nuevas no estén probadas, así también nosotros nos guardamos bien de pedir la destrucción violenta de los malos mecanismos sociales que existen actualmente sobre la tierra, reservándonos el derecho de criticar sus imperfecciones y poner de manifiesto las disposiciones superiores del nuevo mecanismo que nos hemos propuesto ensayar, y cuyo experimento deseamos dar a conocer prácticamente a la sociedad para que

pueda juzgarlo con conocimiento de causa, y aceptarlo o rechazarlo, según le convenga.

P. ¿Y de qué manera deben preverse los trastornos que pudiera originar a la sociedad el ensayo que hacemos del nuevo mecanismo?

R. Aunque estamos convencidos de que la nueva máquina no presenta el menor peligro no por eso pediremos que en el ensayo de este mecanismo, lo mismo que en las aplicaciones ulteriores que de él pueden hacerse, se supriman las precauciones que la sociedad tomó hoy contra los peligros del mecanismo social actual, precauciones que tiene y tendrá el derecho de tomar mientras lo crea necesario.

P. ¿Cree usted que el nuevo mecanismo de que venimos hablando sustituya algún día a las diferentes reglas que hoy sirven de norma al existente?

R. Sí señor, el mecanismo propuesto por Fourier, que es el procedimiento serial que él ha descubierto, goza de la propiedad de establecer la armonía plena y entera entre el orden y la libertad en todos los ramos sociales a que se aplica. Este procedimiento de orden y de libertad, esta nueva regla se sustituirá un día a todas las diferentes reglas, a todas las leyes disciplinarias, imperfectísimas, contradictorias, pero que son, hasta ahora, los únicos medios de sostener un orden vacilante y una libertad restringida en las sociedades humanas.

14. Programa social[2]

Organización del trabajo

La experiencia ha probado ya suficientemente a México que todos los diversos gobiernos que se han sucedido, sin interrupción alguna, en la administración de la República, han sido impotentes para hacer la felicidad del pueblo y que, aun el mismo que actualmente rige sus destinos, está muy lejos de haber llegado a la solución del problema, puesto que después de haber tomado posesión de su cargo, y durante todo el período de la presidencia del señor Lerdo, hoy lo agobia y aterroriza por todas partes la pesadilla eterna de sus antecesores, que es la revolución.

Que ésta triunfe o no, poco importa a la tesis que estamos sosteniendo, pues ya sea que en virtud de la exacerbación misma de los ánimos llegare a un sumo grado de apogeo y obtuviese una efímera

[2] *El Socialista*, México, 27.II.1876.

victoria de algunos días, o que, desvirtuada también por la ninguna vitalidad que encierra en sí misma, careciendo de principios admisibles en las actuales circunstancias, fracasase como es lo más probable. Lo cierto es que, en uno u otro caso, el resultado sería el mismo, esto es, que el actual gobierno en nada habrá podido aliviar los infortunios de la clase pobre y menesterosa de la sociedad.

De esto podemos deducir lógicamente que si ninguno de los poderes constituidos legal o ilegalmente (esto no viene al caso), durante la existencia política de México, ha podido hasta ahora remediar en nada los males que agobian al pueblo, preciso es que en su organización falte algún principio esencialmente necesario a producir dicho resultado, pues no podemos convenir en que todos los gobernantes hayan obrado de mala fe, como pretenden los pesimistas en este sentido, tratando de probar con hechos particulares lo que nosotros inculpamos al orden general, es decir, al principio mismo de la institución. Por otra parte, constándonos la pureza y la legalidad administrativa de varios de los funcionarios públicos, aunque con muy honrosas excepciones, siempre tenemos que asignar otra causa al mal y, desde luego, al dirigir nuestra observación sobre la democracia, para estudiarla en su base y después verla funcionar sobre las masas, ahí mismo nuestro análisis severo encuentra el vacío inmenso que deja su doctrina al faltarle como consecuencia necesaria que la una sin la otra, o mejor diremos, como un suplemento indispensable, otra parte tan importante como la primera, o quizá tan necesaria que la una sin la otra jamás podrá consolidarse ni aun sufrir la prueba de lo verdadero, mediante la crítica de la sana razón.

Y, en efecto, la democracia por sí sola, como sistema trunco, es impotente para hacer la felicidad de los pueblos, según su actual organización y manera de ser, si no va fecundada por el socialismo. esa doctrina santa y consoladora emanada de los más altos y luminosos principios de la filosofía que, asegurando su porvenir al individuo humano, le garantiza también la subsistencia por medio de la ley eterna del trabajo, a cuya condición están sujetos todos los seres de la naturaleza, desde el más pequeño insecto, como la laboriosa hormiga y el diligente gusano de seda, hasta el hombre cuyo poder e inteligencia parecen sobreponerse a la materia, domando las fuerzas inconscientes de los elementos y constituyéndose casi árbitro de nuestro planeta.

Así, pues, si la democracia establece los derechos del hombre, el socialismo le asegura su subsistencia y porvenir, proporcionándole

pan y trabajo. Su doctrina, que es toda de emancipación y libertad, procura al ser humano la mayor suma de felicidad sobre la Tierra, destruye todo privilegio de cuna o de fortuna y, no basando la nobleza del hombre más que sobre la ciencia y la virtud, aniquila toda especie de monopolio, porque ve en todas esas monstruosidades de la época del feudalismo, que aún subsisten bajo formas y nombres diferentes, otras tantas rémoras para la marcha majestuosa del progreso y, para que los pueblos toquen a su emancipación definitiva de toda tutela y opresión, con que se les tiene oprimidos física, moral e intelectualmente, siendo así explotados a merced de los caprichos de un tirano o de un déspota, cuya gloria se cifra únicamente para él en la vejación de todo derecho humano.

Una vez planteado el sistema democrático en casi todas las naciones del globo civilizado, por ser el más natural, el más sencillo, y también el único que se halla en perfecta armonía con los derechos ilegislables del hombre, hoy los pueblos todos sienten ya la vital necesidad de su organización social y, por esto, trabajan a porfía organizando círculos industriales y talleres mecánicos, que son como los pródromos de esa gran revolución social que debe regenerar las sociedades modernas, emancipadas políticamente por el espíritu democrático y cuyo influjo poderoso ha derribado los tronos de las testas coronadas, proclamando la soberanía del pueblo, al promulgar los derechos del hombre, entre los aplausos cívicos de la reforma y de la libertad.

La base del orden social, como ya lo iniciamos, es la organización del trabajo, porque éste es el primero de los deberes del ciudadano, así como su primer derecho es la subsistencia, porque sin vida no hay acción.

El principio fundamental de dicha organización industrial debe consistir en el libre ejercicio, y en la remuneración equitativa de las facultades que concurren a la fortuna pública: el trabajo, el talento y el capital. Pero, debe advertirse, que la ley que rige las relaciones de estos agentes es la asociación, sin la cual no puede haber desarrollo posible de ninguna especie, sobre todo en México, cuya desunión anormal la reclaman con la mayor exigencia.

Es preciso, indispensable, que el artesano, el literato y el capitalista se unan, por un interés serio en un objeto común, para sacar un beneficio neto de la misma empresa y, entonces, la cuestión quedará reducida simplemente a determinar en qué grado de proporción cada uno de los interesados podrá participar de ese beneficio.

Si el socialismo estuviera unificado al régimen democrático del actual orden de cosas, es evidente que la solución general de este importante problema debería preocupar vivamente al gobierno. Las soluciones parciales serán resueltas por los diversos cuerpos industriales, con tal que el gobierno se constituyese centro y regulador de las discusiones de sus funciones, pero es la más importante en el estado actual de la sociedad. A falta de solución pronta, eficaz, una lucha destructiva de la riqueza, del bienestar, de la libertad y del orden no tardará en hacerse sentir, y cuya pelea encarnizada y terrible entre las clases pobres y acomodadas será todavía más formidable que la revolución política que hoy vuelve a asolar los estados de la federación. Y, entonces, ¿cuántos males de horrible trascendencia no tendremos que lamentar sin poder remediar ya nada? Así, pues, la palabra de orden y salvación para México es: organización del trabajo.

15. Programa Social[3]

Peligros para el porvenir

Prescindiendo del inminente peligro de desorganización política, que como consecuencia forzosa de un cambio radical traería consigo la revolución actual en su triunfo, si no se circunscribiese a la práctica real y positiva del código fundamental de [18]57 y de las leyes de Reforma, y cuya amenaza seguirá siendo constante al gobierno mientras no procure equilibrar convenientemente sus funciones de manera de satisfacer los derechos del individuo y las necesidades de la sociedad; hay otro peligro no menos temible, y tanto más formidable, cuanto que es interno, es decir, que reside en el seno mismo de la sociedad, y el cual, no es otro, que esa sorda oposición reaccionaria de las clases pobres contra las ricas; de esa multitud desheredada contra una minoría provista no sólo de lo necesario, sino aún más diremos, rebosando en lo superfluo, a expensas del trabajo y sufrimientos del pueblo, que es la clave activa y laboriosa de la sociedad.

En semejante estado de cosas, en un desequilibrio social de tal naturaleza, y en una posición tan falsa e irregular como la presente en que hoy se halla la República, ¿no es de temerse al comunismo?

[3] *El Socialista*. México, 12.III.1876.

Sin duda alguna que sí, y estallará inevitablemente si la parte rica y la parte inteligente de la nación no se unen para dirigir el movimiento que pronto debe hacerse sentir, y abandonan las riendas, por temor o por ignorancia.

El comunismo no es peligroso como doctrina o ciencia puramente especulativa, y por lo mismo nunca creímos que se hubiese realizado su bello ideal bajo la inspiración de La Comuna, cuyo ilustrado periódico se publicó días pasados en esta capital. Sabemos, por experiencia, que el pueblo mexicano, a diferencia del francés, es más tardío en sus determinaciones y además siente la necesidad de conservar el orden por su propia conveniencia, de no derrocar el sistema democrático que ha colocado en su gobierno, porque lo ha conquistado a costa de tantos sacrificios, derramando su sangre por la libertad. Dicho régimen le otorga, como siendo el más natural, el más sencillo y el que se halla en completa armonía con su índole y sus necesidades. Pero ¡ay!, en su cólera, en su furor, cuando vea a sus hijos, a sus hermanos, agobiados por el hambre y la miseria a pesar de ser honrados y laboriosos artesanos, y a sus mujeres y sus hijas proporcionarse la subsistencia con el oprobio y la ignominia de la prostitución; ¡ay...!, entonces a ese mismo pueblo modelo de paciencia y sufrimientos, no le quedará otro recurso que agitarse fatalmente en vertiginoso frenesí y lanzarse despiadadamente contra los ricos, contra los explotadores y usurpadores de su trabajo derribándolo todo, no lo dudéis...

Que los depositarios de la inteligencia social y de la riqueza comprenden, pues, que no poseen esos depósitos sagrados si no han salvado un abismo, y hoy pone el pie sobre el dintel de un brillante porvenir. Si el ojo que la dirige fija audazmente el astro precursor salvará con un paso firme la frontera de la tierra de promisión; pero, si herida fatalmente por un vértigo astral, mirase atrás, todo su cuerpo volvería a caer en el abismo de dolores y miserias. El pueblo, a no dudarlo, tarde o temprano pedirá cuenta a sus jefes incapaces, del depósito que les ha confiado, y su furor y cólera aniquilará, bajo pretexto de partírsela, esa riqueza tan laboriosamente acumulada.

El comunismo, tal cual ha sido practicado y organizado hasta ahora en Europa, no es más que el embrión de la ciencia social que nos proponemos formular y redactar bajo un cuerpo de doctrina eminentemente filosófica y humanitaria, basada en los principios más estrictos y puros de la naturaleza humana, y en relación con las mismas fuerzas que ella determina para su desarrollo y constante solidaridad, a fin de

eliminar de su práctica esa insuficiencia radical que más bien nos la ha manifestado como un instinto que como una doctrina razonada.

Por tanto, el comunismo no es de temer sino cuando la inteligencia haga completa abnegación de su alta misión y, cuando el pensamiento social turbado, oscurecido e impulsado por las circunstancias tales como el hambre, la miseria, la falta de trabajo y la destitución de todo porvenir, lance al pueblo a proporcionarse el pan entre el pillaje y el incendio. Entonces, rotos los lazos de la sociedad, derrocada toda jerarquía, desconocido el orden y pulverizada la organización, la sociedad no presentará otro aspecto que el de un cadáver movido, sí, pero, por los gusanos que la devoran.

Tal es la obra de la naturaleza en vía de una transformación material y así debe serlo igualmente en una transformación social.

¡A la obra pues, obreros de la inteligencia! Marchad, marchad por delante como soldados del porvenir; que vuestros ojos no se deslumbren por los primeros rayos de astro que apunta en el horizonte. Aligeraos, buscad cómo reconocer el punto donde va a salir y lanzad el carro de la humanidad por la dirección iluminada.

Y vosotros también, privilegiados de la fortuna, comprended vuestra misión y deberes; sabed que todo lo que poseéis lo debéis al pueblo; y que si os empeñáis en una lucha terca todo lo perderéis, y nada absolutamente el pueblo; que vosotros sois débiles como una caña quebradiza ante los aquilones de la ira del pueblo, que es fuerte como el cedro; y, finalmente, que por amor de vuestros hijos y mujeres, y aun por conveniencia propia, asentéis la ciencia social sobre su legítima base, la riqueza, a fin que estos dos elementos bien combinados, como la luz y la materia cósmica del universo en su formación, os sirvan de un talismán contra la pesadilla del comunismo y la disolución social, que son los peligros que tenemos para el porvenir.

16. Programa social[3]

La Asociación. Su potencia. Aplicaciones inmediatas. Su ley formulada en el Congreso Obrero

La unión de la fuerza: éste es un principio de tal manera evidente, que no necesita otra demostración racional, que apelar inmediatamente a

[3] *El Socialista*, México, 26.III.1876.

la experiencia, para convencerse de la certidumbre que le es propia como axioma mecánico. Para mover y levantar los cuerpos graves con igual o mayor potencia que su peso no se necesita de algún arte: sin ella derriba el viento cualquier fábrica, cuando la vehemencia de su soplo supera la resistencia de los muros, pero la fuerza menor jamás podrá vencer pesos excesivos sin el socorro del arte. Ármase este favor suyo con las poderosas máquinas que fabrica y logra tan felizmente su desempeño que, privando a las fuerzas de la naturaleza del título glorioso de insuperables, lleva por timbre la resolución del problema: "dadme la más mínima potencia, y yo moveré el peso más grave". Esto inspiró al ingenioso Arquímedes la osadía de afirmar al rey Herón que movería el gran peso de la Tierra si pudiera afirmar fuera de ella sus plantas: *da ubi consistampedes, terramque movebo*. Y así como la vista más cansada, o la de los miopes también, se iguala con la más perspicaz asistida de proporcionados anteojos y, la que apenas podía ver con distinción los objetos cercanos, llega a descubrir con claridad los celestes, aplicada a los telescopios o largomiras. Así, la más débil potencia asociada con otras alcanza robustez superior a la resistencia de crecidísimas fuerzas.

El arte, pues, o mejor diremos la ciencia que enseña a disponer el maravilloso artificio y equilibrio de las fuerzas sociales se denomina socialismo, y lo admirable de su mecanismo consiste en que con débiles potencias como son las masas del pueblo, destituidas de elementos vitales e intelectuales que son la riqueza y la instrucción, pueda derribar a esa masa formidable de la aristocracia, que por su dinero, asociada a la clase sacerdotal, que munida de su saber y su ciencia mal empleada, han agobiado las fuerzas agotadas de la humanidad.

Mas no, la fuerza incalculable de la asociación armada con esa palanca de Arquímedes va a remover esa pesada mole, derribando a su poderoso impulso a los ricos egoístas; esas montañas del pueblo que, desafiando su débil impotencia, abusan de sus dolores y de sus sufrimientos, condenándolos a un trabajo servil, precario hasta lo sumo para el presente, completamente nulo para la creación de un porvenir, y cuya risueña perspectiva es un hospital para el obrero, y una reclusa, orfanatorio u hospicio para la familia de los mártires del trabajo y víctimas del egoísmo social. Recordemos algunas de las palabras del Evangelio, que tan frecuentemente hacen alusión al egoísmo de los poderosos, y al castigo temporal que les amenaza por su ceguedad o indolencia. Juan el precursor les decía a sus oyentes en un lenguaje todo alegórico:

Segados quedarán los valles; desmontadas las colinas, y los cerros; igualados los caminos desiguales; aplanados los que están llenos de asperezas, y verá todo ser animado plantado el reino de Dios y su justicia sobre la Tierra.

Y dirigiéndose enseguida a los fariseos, esto es, a los hipócritas, que bajo una apariencia de amor y de filantropía, son los que más extorsionan al pueblo, les decía en un lenguaje exaltado:

Raza de víboras: ¿quién, pues, os ha movido a huir de la cólera que va a caer sobre vosotros? Ya la segura está a la raíz del árbol.

Espantados entonces, y aterrorizados los ricos por la ira popular que les amenazaba, esto es, por el hacha del comunismo, que ya blandía sobre sus bienes y aun sobre su propia vida, preguntaban a Juan ¿qué debían hacer para salvarse de esa catástrofe que les amenazaba?, y Juan les respondía con energía:

El que tenga dos vestidos dé uno al que ninguno tiene, y el que tenga qué comer haga lo mismo con el que esté hambriento.

De esta manera es como Juan los exhortaba a que prescindieran de ese egoísmo tan fatal que ha sido la causa de tantos males, en las sociedades antiguas como en las modernas, y el origen de esa amenaza constante que las clases acomodadas tienen que sufrir continuamente, a semejanza de la espada de Damocles, que, pendiente sobre sus propiedades y sobre sus vidas, está pronta a caer con gran ímpetu, produciendo un estrago formidable y de difícil reparación en sus consecuencias.

Mas a este mal, que a primera vista parece irreparable e imposible de evitar, el socialismo viene dándole una solución satisfactoria, oponiendo al egoísmo del rico, la generosidad del proletario en el arca santa de la asociación, que es la fórmula de la potencia y de la fuerza, así como el desarrollo de este principio que engendra la materia y la acción en la vía del progreso.

El talento, por su parte, considerado aisladamente, es una facultad neutra, que encontrará su condición de existencia tan sólo en la asociación a otros dos elementos de que ya hemos hablado en nuestros anteriores artículos: el trabajo y el capital.

Asociar estos tres elementos e identificarlos en una triada unitaria, he aquí el problema que hay que resolver en nuestra ciencia social.

Asociación: éste es el punto de partida. "El hombre individual nada vale, el hombre colectivo es todo", hemos ya repetido muchas veces en nuestros escritos, y siendo ésta una verdad axiomática, resulta que para obtener el fin que nos prometemos sentimos la imperiosa necesidad de asociarnos, y cuya potencia nos muestra la naturaleza en bellos paradigmas. El castor solitario, por ejemplo, vive con gran afán en el primer agujero que encuentra en la ribera de un río pero, asociado después con otros castores, construye contra la corriente vastas y cómodas habitaciones donde todos ellos viven con abundancia y comodidad. ¡Hombres todos de la tierra! Vosotros estáis dispersos en el mundo: juntaos, entendeos, y realizaréis vuestro ideal; seréis felices, porque vuestra felicidad está imbíbita en la asociación.

¿Mas por qué esta palabra asociación espanta tanto a los capitalistas? Cuando se traduce por actos y se asienta sobre bases simples y leales ¿no produce los más felices resultados? ¿No es acaso interesando a los agentes superiores como las grandes empresas prosperasen, se realizan y tienen su verificativo?

¿No es también dando una parte de los beneficios a los empleados subalternos como se multiplica su actividad, interesándolos en la conservación, en la defensa y en la prosperidad y buen éxito del establecimiento?

Si apelamos a los testimonios siempre fehacientes de la historia ésta nos dice respecto a la civilización italiana que, en la Edad Media, se estableció el *casteldatto* en las repúblicas italianas, y cuya forma de asociación se consideró como única para poder sacar del suelo un beneficio neto y cierto en las malas condiciones en que vegeta la agricultura.

Otros varios ejemplos podríamos citar y que militan en favor del principio de la asociación, pero es preciso comprender sobre todo que existe un instinto secreto en las masas, que es como uno de los pródromos de su filosofía popular de deber adoptar más tarde, y que les dice: ¡Asociación o comunismo! ¡Progreso o retrogradación!

En efecto, la civilización moderna ha aniquilado ya la servidumbre, como la era griega el ilotismo y la romana la esclavitud.

El bautismo de la libertad purifica a la humanidad, alcanzando esta agua santa y regeneradora a la Rusia, a la Turquía europea y hasta en los Estados Unidos de América, en las comarcas surianas, donde los "unionistas" acabaron de borrar esas manchas de letra que tanto empañaban el lustre de la República modelo.

Hoy, en la época actual, ya no pueden existir amos y, por consiguiente, tampoco subordinados pasivos: todo contrato que se verifique entre capitalistas y trabajadores debe ser un acto de asociación, pactado libremente entre ambos.

Mas como quiera que hemos llegado a una época tal de miseria y de desequilibrio social, a merced de cuyo desorden anormal los capitalistas o personas acomodadas pagaban a como querían el trabajo del industrial y el artesano, además venía a hacer presa de la nefanda usura del agiotista su verdugo, se hacía sentir ya la necesidad de un cuerpo especial que abogase por la justa retribución del obrero, que represente los derechos ultrajados del artesano, que le removiese los obstáculos que se le oponían al libre curso de su trabajo y, en fin, que le elaborase su porvenir a! través de los cataclismos políticos y de la confusión caótica de la lucha de los intereses de la nación, guardando a la vez la dignidad de su misión en no tener injerencia alguna en la política, cuyas encarnizadas contiendas agitan de tal modo el país que se necesitaba la energía de sus ilustres organizadores: ese digno cuerpo regulador de la clase trabajadora, es el Congreso Obrero.

Toda vana preocupación debe caer ante la autoridad del hecho. Sería insensato tratar de impedir la corriente del siglo, oponerse al curso de las ideas y de las costumbres; es preciso pues seguirlos inteligentemente y dirigirlos con utilidad. Toda tentativa de detención quebraría las ruedas del carro en el dintel de una nueva vía que recorre en una precipitada carrera.

Ricos, sofocad un falso sentimiento de amor propio en el esfuerzo evangélico de fraternidad y de caridad social que anima a las masas a vuestro pesar; reconoced en ellas la fuerza y la moderación, la potencia y la generosidad; pagad vuestra deuda, el pueblo no os pide más que la asociación.

Un ilimitado y frío egoísmo ha cesado de ser la medida del interés privado, el cual no podría menos de conducir a la ruina, a la destrucción del orden y de todas las riquezas particulares, mientras que el sentimiento superior y extenso de la solidaridad, de la unión de los intereses, da a la prosperidad de todas las clases sociales las más positivas garantías.

El capitalista, torpe e inteligente, al acometer una gran empresa sin interesar en ella a los trabajadores corre precipitadamente a su ruina al través de miles de aventuras, disgustos y contratiempos necesarios que deben de acontecerle. Mas aquel al contrario que, comprendiendo sus verdaderos intereses, asocie a todos sus agentes, hará reposar

de este modo sobre el interés directo de cada uno, la prosperidad del establecimiento en general.

Así, pues, en beneficio de todos es como se organizará el trabajo por medio de la asociación, equilibrándose por su potencia, teniendo sus aplicaciones inmediatas en las actuales circunstancias, y cuya ley ha sido ya formulada satisfactoriamente en la creación de ese faro de brillante porvenir de la clase productora: el Congreso Obrero.

17. Garantismo humanitario[5]

I

¡Pueblos no más gobiernos!
¡Abajo los tiranos de la humanidad!
¡Paso al garantismo social!

En estos momentos supremos, acaso los más solemnes y decisivos para el porvenir de la República, en que las continuas decepciones que ha sufrido el pueblo de parte de los gobiernos han nulificado y hecho terminar el tiempo o sea la época de la revolución política, viene iniciándose ya para México como una consecuencia lógica el periodo crítico y apremiante de la revolución social. Decimos que la cuestión política está ya transada, y decimos mal. Más acertado sería si dijéramos que hoy el instinto popular, fruto de la experiencia, tiende a resolver la revolución política en la revolución social o, lo que es lo mismo, el espíritu de la época trata de sustituir a la jerarquía inerme e impotente de los poderes políticos por la organización activa y poderosa de las fuerzas económicas.

¡El gobierno ha muerto ya para la República! Un simple "contrato social" tiene que sustituir a ese fantasma de libertad que se llama poder público, pero que viene encubriendo con su antifaz democrático la horripilante y tenebrosa figura del odioso feudalismo.

Tremendas parecerán estas aserciones a los que todavía tienen el candor pueril de creer compatible la democracia con una forma de gobierno positivo; pero dicen la verdad, porque aún no se ha comprendido en el mundo cómo pueda existir un pueblo sin gobierno, es decir, sin ese espantajo de las libertades públicas de los ciudadanos, sin ese simulacro de esclavitud disfrazada y tan deforme por la igualdad social y civil como lo es por la razón humana la figura caprichosa

[5] *El Socialista*, México, 18.XI.1876 y 9.XII.1877.

y fantástica de la esfinge de Tebas o del minotauro del laberinto de Creta.

Las justas y razonadas aseveraciones de la filosofía nada han podido hacer a pesar de sus rudos y continuos ataques. Sus más autorizados defensores no han podido encontrar el medio de destruir ese mal tan trascendental en sus efectos para los pueblos, y hasta los nobles y heroicos esfuerzos de los comunistas de París en 1871, así como también los de los comunistas americanos en este año han fracasado, víctimas de la fuerza bruta de los gobiernos de imposición, ante la rutina y su pretendida autoridad que tanto defienden su secular genealogía. Todos los recursos se han agotado ya, lo mismo los recursos intelectuales y morales, que los físicos y materiales llevados hasta la temeridad heroica de las barricadas personificadas en las ideas entusiastas y febriles de la Francia republicana.

En estos momentos en que el pueblo se muere de hambre, en que el industrialismo nacional yace postergado por el elemento extranjero, y en que la clase proletaria es víctima de los furores de los partidos políticos que han desquiciado la vitalidad social de México y del mundo todo, la autoridad gubernativa flota cual negra y fatídica sombra de opresión sobre los países democráticos haciendo surgir de sí el hambre, la miseria, la prostitución, la guerra fraticida y otras mil calamidades sin cuento, y cuyo desenlace debe ser la absorción de las nacionalidades autonómicas por potencias mayores que, a su vez, deben desaparecer de la escena, transformándose para revestir nuevas formas en la vida social de nuestro globo transfigurado por las leyes de la eterna justicia.

El socialismo llega y he aquí disipada y desvanecida por los aires esa pesadilla eterna de los pueblos.

Sí, el gobierno no existe ya para la democracia socialista porque, ningún pueblo, ningún ciudadano que comprenda su sistema podrá admitir en lo sucesivo ese fantasma de humo, pero cuyo elemento contiene en sí un letal veneno que asfixia por doquier la vida social de todos los pueblos de la Tierra, enervando su acción de desarrollo y progreso, que constituyen la existencia esencial de la humanidad.

Mas no debemos ahora concretarnos a meditar únicamente los saludables resultados que traerá consigo este hecho de tan grande magnitud y brillante trascendencia para el porvenir, sino que debemos trabajar asiduamente por difundir entre las masas del pueblo nuestros filosóficos principios, haciéndoles palpar la utilidad práctica que reportará con la adopción del socialismo.

Así, pues, nuestro deber como sociócratas consiste en buscar los gérmenes de nuevas instituciones y los elementos de una nueva vida para la organización definitiva de la República universal.

En la sociedad como en la naturaleza, en el espíritu como en la materia, ninguna institución, ningún ser, ninguna idea, se aniquila, todo se transforma.

Cuando a la caída de los grandes y poderosos imperios de Oriente y Occidente, para cuya realización nacieron Grecia y Roma, la unidad del mundo y su civilización parecían rotos, la filosofía con sus brillantes teorías y el cristianismo con sus consoladoras doctrinas de redención humanitaria y moral práctica volvieron a reanudar los dulces vínculos de la fraternidad universal. Todo se transforma, sí, para cumplir esa ley eterna del progreso. Fuera del polo inmóvil y magnético de la vida universal de Dios, todo es transformación y metamorfosis en la existencia misteriosa de los seres, por consecuencia, creed que de la abolición de todo gobierno en las naciones, cuya sola idea os asusta, y que la creéis impracticable y absurda porque no la habéis ensayado, ha de surgir todo un nuevo mundo de instituciones bellas como la luz, consoladoras como la caridad y eternas como las cualidades ocultas del ser absoluto, y bajo cuya saludable sombra vivirán felices y contentos todos los pueblos de la Tierra.

II

La sociedad ha pasado ya por cinco grandes periodos o fases de transformación humanitaria: el edenismo, el salvajismo, el patriarcado, el barbarismo y la civilización, en que hoy nos encontramos, y que es el ídolo de los sistemas financieros y políticos los cuales, basados en los absurdos y desoladores principios del empirismo filosófico, creen ver en este periodo el término de la perfección humana y social.

En efecto, ¿qué cosa puede haber de más imperfecto que esta civilización tan decantada y que arrostra en su curso todos los males y desgracias que afligen a los míseros mortales? ¿Y qué cosa hay por lo mismo más dudosa que su definitiva permanencia? ¿Al admitir su inalterable y aparente inmovilidad no es blasfemar del futuro y negar arbitraria y torpemente la ley eterna del progreso, a cuya condición están sujetos todos los seres que forman el vasto plan del universo, "desde la menuda yerba hasta la arena, y desde la estrella, hasta el hombre" como dice elocuentemente Eugenio Pelletan? ¿Y, por los mismos, no

sería más racional y más lógico suponer que este periodo de la civilización, no es más que un escalón en la carrera social de la humanidad? Porque si ella ha sido precedida, como ya dijimos, de otras cuatro formas de sociedades humanas cuales son: el edenismo, el salvajismo, el patriarcado y la barbarie, no vemos razón alguna para creer que la civilización, atendidas sus imperfecciones y monstruosas aberraciones de que se halla plagada, sea el *non plus ultra* del progreso en la escala social de nuestro globo, y que deba ser la última faz, porque es la quinta evolución social. ¿No es pues más factible que, por esa ley constante e infalible de analogía, tendrán todavía que nacer o aparecer un sexto y un séptimo orden social, que sean quizá menos desastrosos que la civilización en que hoy nos hallamos, y que nos son desconocidos, porque jamás nos hemos ocupado en su investigación por medio del estudio de la ciencia social?

Pensar que la civilización, es decir nuestro estado social actual, sea el último periodo, el término del progreso, el estado del verdadero destino, sería un insulto a la razón y a la propia conciencia humana, pues equivaldría a engañarnos a nosotros mismos y a forjarnos una felicidad quimérica, que dista mucho de la positiva realidad. Más felices seríamos entonces relativamente, si nos halláramos en el periodo del salvajismo o del patriarcado, pues en dichos estados transitorios, teniendo menos necesidades que en el presente, nuestra manera de cubrirlas sería sin duda más fácil que lo que es hoy el satisfacer la suma inmensa de necesidades ficticias y caprichosas que nos hemos creado a la sombra de la moda o de la opinión, que tanto se aparta de la verdadera ciencia.

Preciso es, pues, admitir por la inflexible lógica de la analogía y de la inducción que la civilización será seguida de otro sexto periodo, que será el garantismo, y a cuyo estado podemos desde luego aspirar, por ser el precursor inmediato de la armonía universal, y que debemos justamente considerar como una verdadera reversión hacia el edenismo, a ese nuevo paraíso terrenal tan decantado por los antiguos poetas clásicos bajo la alegoría de la edad de oro, y que tan gran papel hace en el reinado mesiánico de los milenarios en sus interpretaciones simpáticas del apocalipsis: *Jam redit et virgo redeunt Saturnia regna, Jam nova progenies coelo dimilitur alto* ("Ya vuelve la edad de oro y la justicia y una nueva progenie el cielo manda"), dice Virgilio en un tono verdaderamente profético, como vate inspirado del porvenir, y el texto milenario nos dice: por boca del profeta Isaías, capítulo 11 versículo 6, que en ese tiempo "habitará el lobo con el cordero, y el tigre se echará con el cabrito, y la vaca y el león y el cebón también; y una niña los conducirá".

He aquí el espíritu de la fraternidad universal, que es la palingenesia social de humanidad.

A excepción del edenismo, los otros cuatro periodos ya citados del salvajismo, del patriarcado, de la barbarie y éste de la civilización, en que hoy nos hallamos, tienen de común entre sí una cosa, y es que no procuran felicidad de los hombres, porque dejando opuestos todos los intereses tanto individuales, como generales, y exacerbando las pasiones humanas, que se combaten sin cesar, no pueden atenuar el mal y entonces sus jefes, o gobiernos torpes e inexpertos por naturaleza, se ceban brutalmente contra ellos, formulando leyes opresivas, injustas y contraproducentes cuya base es la violencia y la fuerza bruta, organizada y modificada bajo distintas y numerosas formas.

Todos estos tipos de sociedad podemos llamarlos inferiores, desgraciados, incoherentes y subversivos porque reposan sobre la ignorancia, la esclavitud, la anarquía y el desorden y, por tanto, es imposible suponer que constituyen el verdadero destino social del género humano, pues no son sino escalones o grados, sobre los cuales la humanidad se eleva progresivamente para alcanzar los periodos superiores, felices, ordenados y armónicos, que son las sociedades supremas y definitivas de nuestro globo.

Se nos preguntará sin duda: ¿Cuál será el carácter distintivo de las sociedades armónicas? A lo cual contestamos con el célebre Fourier que en ellas:

> el interés general concordará siempre con el interés individual, es decir: que todos los intereses serán asociados. El individuo, por consiguiente, no podrá obtener allí bienestar con el detrimento del bienestar de los demás, y todas las facultades humanas, ligadas y coordinadas en el gran taller social, funcionarán espontáneamente de la manera más favorable a todos y cada uno.

Las sociedades subversivas tienen por principio la desmembración y por la ley la violencia. La asociación es el principio de las sociedades armónicas; la atracción su ley.

La forma del garantismo a que ya casi tocamos sería tanto más próxima de la armonía en cuanto a que realice más bien que la de la

civilización, mayor justicia, difunda más la salud y la riqueza, sepa combinar mejor el orden con la libertad.[6]

18. Cuadro de la humanidad y misión del socialismo en el mundo[7]

Si abrimos un solo instante el gran libro de la humanidad, y echamos sobre él una rápida ojeada, veremos con indignación las odiosas maquinaciones con que los tiranos han sumergido a las naciones más bellas y más florecientes en la mendicidad y el infortunio. Cuando recorre uno la historia de los pueblos más célebres de la antigüedad, y que fueron el asombro del mundo entero, el corazón se contrista al ver colocados en paralelo sus profundas leyes y sabias constituciones al lado de la desigualdad más monstruosa y de la más execrable esclavitud: reyes y vasallos, arcontes y pueblos, patricios y plebeyos, nobles y esclavos, siempre y en todas partes esa odiosa y absurda bifurcación social, cuyo origen se pierde allá en los arbitrios y nebulosos dogmas de una delirante teología, que hace derivar a las nobles del celeste linaje de los dioses, relegando al hombre del pueblo a la genealogía natural de simples mortales, a una masa de materia inerte sin voluntad y sin conciencia.

Tal ha sido el destino del pueblo, de ese pobre paria de la humanidad, víctima de la tiránica férula de la pagana teología, que, no tomando para nada en cuenta las nociones de la moralidad y de la justicia, ha querido amoldar la condición de los mortales a sus caprichosos principios de la desigualdad celeste entre elegidos y réprobos mediante su doctrina impía y blasfema de la predestinación gratuita de la divina gracia.

La conciencia humana, la razón universal y el derecho de justicia protestan contra semejantes aberraciones, y hoy los pueblos emancipados por la reforma religiosa y por el espíritu del siglo eminentemente racional, comienzan a organizarse bajo los saludables principios del socialismo cristiano en despecho de ese paganismo teológico, que ve desmenuzada su pretendida autoridad por los repetidos golpes de la filosofía, que todo lo ilumina, de la lógica inflexible de la razón, que todo lo analiza y demuestra, pese a las preocupaciones, pese a la rutina social.

6 Como se indicó en el prólogo, sólo se cuenta con las dos primeras partes del escrito.
7 *El Hijo del Trabajo*, México, 17.III.1878.

Sí, esa fuerza indomable de la filosofía, porque es la fuerza inteligente de dios, es la que en nuestro siglo de luz y progreso debe hacer descender sobre las instituciones sociales y civiles la justicia eterna como una geometría sagrada. Esa potencia luminosa, cuyos brillantes fulgores alumbran ya los cuatro ángulos de la Tierra, será la que eclipsará a los falsos ministros de la impostura, derribando a los reyes y haciendo trizas sus testas coronadas. Una sociedad nueva y regenerada por la razón y el derecho, y cuyos cimientos están ya edificados por el socialismo, tiene que erigirse en tribunal supremo y justiciero de la humanidad para condenar a los hombres de la fuerza y arrojarlos en los gofres insondables del abismo.

¡Abajo tiranos odiosos, monstruos execrables, baldón eterno de vuestra raza de sangre azul, de vuestra pretendida nobleza! Una suerte fatal y vergonzosa tiene que encadenaros al mismo nivel de todos los criminales para que seáis juzgados por la matemática del derecho, que os persigue de reino en reino hasta aniquilar vuestra infame estirpe. ¡Reyes y sacerdotes, nobles y señores de aristocracia, vosotros sóis los hombres de la materia y de la fuerza, impulsada por el oro, sea dios tan adorado y honrado en nuestra sociedad necia y raquítica, porque es la hija de vuestra educación venal y corrompida! Mas no importa, porque la providencia, esa alma del progreso eterno de la humanidad, ha asentado ya la alianza de los pueblos sobre la unión espiritual y sobre la mutua simpatía cosmopolita de todos los hombres del mundo que son nuestros hermanos. Hoy el socialismo que tanto os aterroriza, porque es vuestro único juez inapelable que tiene el derecho y la suficiente sanción para condenaros, es el mismo que nos viene enseñando a respetarnos entre sí por dignidad de la personalidad humana, a amarnos y ayudarnos mutuamente, para oponernos todos unidos a vuestros insensatos esfuerzos, y realizar por medio de la unión la felicidad y contento que tan impíamente nos habéis arrebatado.

Y calculad un poco, pesad nuestras razones no os obcequéis tan ciegamente y decidnos con entera franqueza, siquiera una vez en vuestra precaria existencia, si es que sinceridad alguna cabe en los enemigos jurados del pueblo: ¿Creéis que dentro de poco tiempo no todo el mundo profesará una doctrina tan consoladora cual es la del socialismo, y que no la pondrán en práctica, que no la devorarán ansiosas las naciones, siendo como es el pan de vida del mundo moderno, que necesita aire, que necesita oxígeno que respirar, el oxígeno

de la ciencia, el oxígeno de la ilustración envuelta en las auras puras y límpidas de la libertad? ¿Qué otro sistema, qué otra doctrina que nuestra panteosófica filosofía humanitaria puede resolver prácticamente el gran problema de la tolerancia universal? ¿Quién enseñará al católico la fraternidad con el protestante? ¿Será el Papa que desde el odioso Vaticano fulmina execrables anatemas de maldición contra la Reforma y sus adictos? No ciertamente. ¿Quién hará que el fanático musulmán estreche su seno con amor fraternal al judío? ¿Será acaso Mahoma? Tampoco. ¿Y quién hará, en fin, que el obcecado israelita tienda su mano compasiva para socorrer al pagano en su aflicción e ilustrarlo? ¿Será la sinagoga? Menos. Y, sin embargo, tiempo llegará en que esos disidentes sectarios religiosos, cuya única fe es execrarse y maldecirse mutuamente, se reúnan en una sola familia, porque ésa es la alta misión del cristianismo filosófico.

¿Y quién si no la filosofía puede únicamente realizar el verdadero milagro de unir en una fe, en una sola comunión, a esos enemigos encarnizados e irreconciliables? Evidentemente sólo el principio superior y universal del socialismo puede practicarlo, porque es la piedra de toque donde la humanidad ensaya sus fuerzas y acrisola su potencia para elevarse hasta Dios, que es el infinito, el amor imperecedero y la justicia eterna del universo.

19. Lo que queremos[8]

Hemos ya manifestado en diversos artículos que, atendida la nulidad de la legislación actual respecto al mejoramiento real y positivo de las clases pobres de la sociedad, debe haber quedado terminada para México la revolución política y que, de consiguiente, hoy lo que se necesita para el país es que el pueblo mismo, haciendo uso de su soberanía, efectúe la revolución social.

Por revolución social entendemos aquella crisis providencial, y necesaria a la vez, que tienen que producir las clases pobres y desheredadas de todo patrimonio para el presente, y de fortuna para el porvenir, y aún las mismas clases medianamente acomodadas, pero que carecen de garantías y estabilidad en su precaria posición en que se encuentran colocadas, cuando unas y otras se sienten víctimas del desequilibrio social que se manifiesta por la anómala e irregular manera de ser de la propiedad, pues, mientras un número muy reducido de personas, hablando relativamente, poseen mucho, muy pocas tienen algo, y las demás, que forman la mayoría, nada tienen absolutamente.

[8] *El Hijo del Trabajo*, México, 28.IV.1878

Una aberración antisocial semejante, que se halla entronizada secularmente y sostenida por la rutina y la costumbre, pero que cada día se va haciendo más gravosa para el pobre pueblo, necesita por condición precisa para su abolición el que todos los ciudadanos que forman la clase proletaria se unan de común acuerdo para derribar tan grave mal, cual es el de la miseria, que hoy nos devora por todas partes, oponiéndose, si necesario fuere, contra la misma autoridad política, que en todas las leyes y decretos que expide no lleva otro objeto que favorecer a los ricos y capitalistas empresarios, con notorio detrimento del obrero y del maestro [artesano].

Un ejemplo muy sencillo hará patente nuestro aserto. Es bien sabida la disposición de policía que exige, a todo pobre que vive en accesoria o puerta de calle, la irrigación de agua que tiene que hacer por mañana y tarde; que el vecino falte una vez a ella, e inmediatamente se le impone una multa por la comisaría a que corresponde. En contraposición tenemos multitud de esas mismas accesorias, sin llave ni cerradura de ninguna especie, o cuyas puertas se encuentran ya totalmente apolilladas y carcomidas, y, en ese caso, el infeliz arrendatario se halla a merced de los malhechores para lo cual no hay ninguna ley, ni ningún bando de policía, seguridad o buen gobierno, que exija al propietario de la finca tener las puertas exteriores de sus edificios en buen estado, siquiera por el ornato público de la ciudad.

Los mendigos pululan esparcidos por la capital muriéndose de hambre, sin que haya para ellos un asilo donde puedan asegurar su vida pero, en cambio, el gobierno forma jardines, erige costosas estatuas y monumentos, que sólo sirven para agradar la vista y recrear a la elegante aristocracia.

Esta misma clase insolente atropella diariamente con sus dorados carruajes y fogosos caballos a los transeúntes de a pie, que es la clase proletaria de la sociedad, y no hay ni un solo bando vigente que les prohíba correr ni galopar por las calles.

Un solo urinal o meadero público no se encuentra en la ciudad, ni se exige ya su construcción en los zaguanes de las casas y, no obstante, la policía pública del resguardo diurno o nocturno apre-

hende como culpable o criminal al ciudadano que urgido por la necesidad orgánica lo ejecuta en la calle y, después de conducido a la comisaría o diputación, se le imponen doce reales de multa.

Hoy un simple particular, un hacendado, dispone de la agua de media ciudad, con grave perjuicio de todo el vecindario de México; pero el ayuntamiento calla y otorga, porque profesa un sumo respeto a la ley del monopolio.

Sería en fin una tarea demasiadamente fastidiosa el enumerar una por una todas las aberraciones del actual régimen económico-político, y que es la causa verdadera de los males interiores y públicos que hoy lamentan las familias en México.

Destruir por completo la desigualdad social; destruir el feudalismo que aún subsiste bajo formas más o menos disfrazadas y modificadas; destruir por completo ese Estado bárbaro e insaciable que todo lo monopoliza, que todo lo empobrece, que todo lo mata. Hay que destacar las industrias, organizar el trabajo, reglamentar bien el comercio, establecer bancos nacionales, asilos, orfanatorios públicos, formar penitenciarías, talleres postales, en una palabra, es preciso abrir las fuentes de la riqueza pública, las fuentes de la vida.

También es necesario, muy necesario sobre todo, el que se expida la "ley agraria", y que se disuelvan esas haciendas, verdaderas instituciones feudales y focos de esclavitud e ignorancia para la raza indígena del país, porque estancar la tierra y hacerla una propiedad, nos parece tan absurdo y ridículo como estancar el aire o el sol.

Fuera esa plaga, fuera esa epidemia de las teorías economistas, que son las que matan al pobre pueblo en nombre de la ley.

Sí, el socialismo tiene que destruir a la economía política, porque no puede consentir que el proletariado siga siendo la víctima de sus absurdas doctrinas, cuya práctica en último resultado sacrifica la idea pura y sublime de la eterna justicia a un cálculo torpe de utilidad, que sólo lo es para los ricos empresarios y capitalistas, pero sinónimo de calamidad para el pueblo, para la clase proletaria de la sociedad.

Así, pues, solución del Estado en contrato económico, reorganización de la propiedad, nulificación de la política, destrucción radical del feudalismo, expedición de la "ley agraria", esto es lo que pretende el socialismo, y es lo que nosotros queremos.

20. Aberraciones económico-políticas[9]

El Consejo de Salubridad Médica de esta capital acaba de publicar hace algunos días un reglamento sobre boticas y droguerías, que es el primer síntoma de muerte para la libertad del comercio.

El espíritu de ese reglamento, aunque a primera vista parece eminentemente humanitario, puesto que se ocupa de un ramo tan importante cual es el expendio de las medicinas, de cuya acción depende la salud y aun la vida de los enfermos, sin embargo, como su mente entraña en el fondo de una manera astuta y solapada un ataque directo a la libertad, y se opone abiertamente a la constitución que nos rige. Conteniendo a la vez una diferencia radical de principios, caracterizada por la más notoria inconsecuencia, hemos creído conveniente refutarlo enérgicamente, por ser contrario a la razón y la justicia bajo la salvaguardia de la legalidad.

En dicho reglamento se prohíbe expresamente a toda persona no titulada como profesor de farmacia el ser empleado o dependiente para el despacho de sustancias medicinales en las droguerías. También prohíbe a estos establecimientos la venta de los simples o compuestos que sean venenosos.

Resulta, pues, de ambas prohibiciones, que sólo los boticarios pueden y tienen el derecho de vender únicamente en sus boticas toda o casi toda clase de sustancias químicas, que en su mayoría son tóxicas, aun las más comunes y usuales para la industria.

He aquí ya restaurada la casta y sancionado el monopolio, con grave detrimento del comercio y de sus empleados.

Enseguida de los considerandos y de las prohibiciones viene en el reglamento una difusa lista o catálogo de las sustancias cuya venta se prohibe, y aun a pesar de ello, todavía el señor J. de los Ríos, boletinista del *Monitor [Republicano]*, echa de menos los ácidos más usuales como, por ejemplo, el azótico, el clorhídrico, etcétera, cuya venta debe ser reservada a los peritos; pero, sin duda alguna, tanto el sabio Consejo como el señor Ríos, se han olvidado de las tlapalerías, donde sin receta de médico, ni despachadas por profesores, también se expenden diariamente el mercurio, el albayalde, las fuchinas, el cardenillo, el vitriolo y otros muchos venenos, aunque disfrazados bajo nombres vulgares.

[9] *El Hijo del Trabajo*, México, 19 V 1878.

Lógico será, pues también, que se exija a los dueños de las tlapalerías el ser profesores en química y farmacia, o que se pongan al frente de su negociación a un profesor titulado para el despacho de las sustancias venenosas que ahí se expenden necesariamente, ¿*Risum teneatis*?

Mas no es eso todo, sino que el señor Ríos aun se atreve a proponer, o más bien dicho, instiga a la Junta de Salubridad para que prohíba también la venta de los específicos o medicinas de patente que vienen del extranjero, suponiéndolos sospechosos de contener sustancias nocivas a la salud, cual si no estuviesen confeccionadas por profesores de la ciencia médica, como es público y notorio, atreviéndose hasta sostener que dichas panaceas son un medio de explotación que emplean la charlatanería y el empirismo, con detrimento de la ciencia y en perjuicio de los mismos enfermos.

Aseveraciones tan terminantes nos parecen demasiado atrevidas, pues que dejan suponer que se ha traficado hasta ahora abusándose de la confianza pública e inculpándose así a los dueños de esos establecimientos de droguerías, y aun a las mismas boticas, de haber sido los agentes venales de unas composiciones perjudiciales a la salud y vida de los consumidores.

Creemos pues que, respecto a la venta de dichas panaceas, el único derecho de la Junta de Salubridad sería en tal caso cerciorarse de su legitimidad, a fin de evitar falsificaciones, mas nunca prohibir su venta por ignorarse su composición, lo cual no sería posible averiguar exactamente, ni aún por el análisis químico, pues son secretos medicinales descubiertos por el estudio y ciencia experimental de sus inventores.

Enseguida el señor Ríos, deseoso de que la profesión de farmacéutico vuelva a elevarse a su prístino esplendor de los tiempos pasados, pregunta: ¿Quiénes deben considerarse profesores legalmente autorizados para el ejercicio de la farmacia?, a cuya cuestión grave y trascendental por todas sus consecuencias contesta ligeramente, diciendo que cree "que sólo los profesores de la Escuela de Medicina de México deben considerarse legalmente autorizados, puesto que sólo ellos tienen los estudios y los requisitos que la ley exige".

Que el señor Ríos, cuya bondad y honradez son notorias para todos los que lo conocen, nos permita decirle que no estamos de acuerdo con su opinión sobre este punto, y que si no conociéramos su carácter, aun habría lugar a sospechar interés determinado en sostener ese monopolio escolar de la inteligencia y de la ciencia de una manera tan

absoluta. No señor Ríos, la actividad humana no puede estar sujeta a ordenanzas, ni tampoco el saber puede reglamentarse bajo la tutela de una escuela. Físicos, químicos y farmacéuticos eminentes hemos conocido que nunca han frecuentado las aulas de ningún colegio, y puesto que hoy la enseñanza es libre, como también lo es por el mismo derecho que la constitución otorga el ejercicio de profesiones en toda la República, debía persuadirse el señor Ríos que no sólo son farmacéuticos los titulados en la Escuela de Medicina, sino también muchos otros, que ya en lo particular, o en las mismas boticas, han aprendido un arte que a la verdad no es tan difícil, ni requiere vastos ni profundos estudios. De consiguiente, cuando algún joven ha pasado gran parte de su vida, estudiando y practicando en cualquiera botica de algún estado y, después al trasladarse a otra ciudad o población recabe de las autoridades locales algún certificado para constancia de su profesión libre y de su aptitud en el ejercicio de ella, ¿no es justo y racional el que pueda, su vista de ese documento justificativo, ponerse al frente de una botica, cuyo mecanismo conoce ya perfectamente por su estudio particular y la experiencia de su larga práctica? Así, pues, esperemos no tan sólo que dicho reglamento se reforme, sino hasta que quede más tarde totalmente abolido, porque ataca de una manera directa la libertad del comercio, que es la que constituye la vida social de las naciones.

21. Reflexiones filosófico-sociales a favor del divorcio[10]

Hace algunos años que consignamos atrevidamente en nuestro programa socialista que el amor libre, siendo una manifestación espontánea y necesaria de la naturaleza humana, era el único medio posible de extirpar radicalmente la prostitución y de hacer cesar para siempre la esclavitud de la mujer y la explotación que en todos tiempos y [que], bajo distintas formas, ha ejercido el hombre sobre ella, a la fascinadora sombra de esa institución monstruosa del matrimonio, revestido del absurdo carácter de indisolubilidad perpetua, hasta la muerte de uno de los dos cónyuges.

Cuando así exponíamos de una manera tan explícita, y al parecer inconveniente, nuestras doctrinas sociales, se nos acusaba de utopistas, de soñadores y se nos reprochaba de continuo que dichos

[10] *El Socialista*, México, 8 XI 1883.

principios que profesábamos eran sumamente prematuros, pues que sólo su simple discusión vendrá a tener lugar para el siglo venidero. Mas he aquí que ahora vemos con bastante placer lo erróneo de semejantes predicaciones. Ya los ensueños se disipan y la utopía va tomando forma de la realidad. Aún nos encontramos todavía en la centuria del siglo XIX y ya en México se está debatiendo de una manera formal en las cámaras legislativas la delicada y trascendental cuestión del divorcio, espanto de tantos tiranuelos del hogar doméstico, y verdadero oasis de consuelo y amparo para tantos otros seres desgraciados que yacen uncidos, en contra de su voluntad, al ominoso yugo de una institución odiosa y criminal que tanto envilece a la raza humana, arrebatándole su libertad, y condenando a los dos sexos de nuestra pobre especie a gemir siempre en una horrible y desesperante esclavitud, sin más esperanza que el término fatal de la muerte.

Abordando, pues, esta cuestión de actualidad, comenzaremos por definir el divorcio según el derecho romano, diciendo que es: "la legítima disolución de las nupcias viviendo ambos cónyuges, después de la cual pueden nuevamente contraer otras". A la disolución de las nupcias se daba también el nombre de "repudio", que se diferenciaba del divorcio propiamente dicho en que éste sólo se verificaba entre marido y mujer, mientras que el repudio podía ser de la mujer o de la desposada. Mas no obstante esta clara y explícita definición del derecho romano, los canonistas eclesiásticos, que todo lo han desnaturalizado y embrollado maliciosamente con su desacertada teología, entienden además por divorcio, no sólo la disolución del vínculo nupcial, sino también: "la separación del lecho y habitación, o por algún [tiempo] o para siempre, quedando íntegro el vínculo del matrimonio".

Todos los antiguos pueblos, especialmente los griegos y los romanos, que han sido los maestros y modelos de la civilización moderna en todas las materias, y los más peritos jurisconsultos del mundo, admitían fácilmente el divorcio acatando en esto el sano criterio de la razón que lo reclama a grandes voces, y conformando así su legislación positiva a las sabias e inmutables leyes de la naturaleza.

También los judíos, a pesar de la crueldad y barbarie de sus leyes mosaicas, emanadas directamente de las falsas y absurdas nociones monoteístas que profesaban acerca de la divinidad, no pudieron menos de consignar el divorcio como uno de los principales derechos del hombre, practicándolo muy a menudo por las más leves causas, y aún por gusto, según nos lo refiere no sólo la Biblia sino también la historia, que nos ha transmitido fiel, veraz e imparcialmente todos los caprichos usos y extrañas costumbres de aquel bendito pueblo, escogido y mimado por "el dios de Moisés".

El mismo Cristo admite también el divorcio, según consta expresamente en el Evangelio, cuando dice: "cualquiera que despidiere a su mujer, déle carta de divorcio", y enseguida agrega, a fin de especificar la causa o motivo verdaderamente justa del divorcio:

> que el que despidiese a su mujer, a no ser *por causa de fornicación*, hace que ella adultere, y el que se casare con la despedida [se sobreentiende sin dicha causa, es que la única justa para verificar el acto del repudio][11] comete adulterio.

Aquí conviene, sin embargo, acerca de la palabra terminante de Cristo, cuando dice "fornicación", advertir que esta palabra, según su genuina acepción, y muy particularmente entre los antiguos, no sólo significa la cópula a ayuntamiento carnal entre el hombre y la mujer o, lo que es lo mismo, en este caso del matrimonio, el adulterio, sino, igualmente, la idolatría, en sentir de los antiguos israelitas, y, en general, cualquiera otro crimen que se oponga directa o indirectamente al fin del matrimonio, y cuyo objeto, como debe inferirse racionalmente, no es sólo la simple procreación de la especie humana, sino también su cultura intelectual y progreso.

Los padres de la iglesia latina, a pesar del sentido tan explícito de la frase evangélica, y del sentido nato y terminante de la voz fornicación, quisieron, sin embargo, limitarla única y exclusivamente a sólo el adulterio, con la mira bastarda de que la iglesia estableciese más tarde como un punto decisivo de doctrina la indisolubilidad del matrimonio.

Otros canonistas, menos exclusivos que aquellos santos padres de la cristiandad, han vacilado mucho sobre el mismo asunto, porque según ellos dicen no consta claramente si la facultad de separarse que Cristo concedió a los maridos por causa de fornicación fue total, de modo que les permita contraer nuevas nupcias, o bien parcial, esto es, que sin disolver el vínculo matrimonial, interrumpe la cohabitación tan solamente.

Entre los padres de la[s] iglesia[s] griega [y] oriental[es], también hubo divergencia de opiniones sobre el particular, pues unos sostienen

[11] Anotación del autor.

que, por el adulterio, sólo se cortaba la cohabitación entre los esposos, pero sin disolverse el vínculo matrimonial, y, otros, que se dirimía el mismo vínculo, y que podía el varón o la mujer, o sólo el primero, desechar al cónyuge que hubiese delinquido y contraer nuevas nupcias.

Finalmente, los príncipes cristianos concedían el divorcio por crímenes muy graves, castigando unas veces, y dejando otras impunes, los vicios que nacían de la depravación de costumbres, o se fundaban en causas leves, aunque fuese de común consentimiento.

Hoy las sociedades modernas, que por más que pregonen de ilustración y progreso, yacen todavía en muchas cosas bajo la influencia tradicional del feudalismo de la Edad Media, y que, en materia de fe y decisiones de conciencia, no se guían nunca por la razón y el buen sentido, sino por la autoridad eclesiástica de sus pastores o ministros, que se dicen los conductores de las almas, no pueden menos que atenerse en este punto a la decisión del Concilio de Trento, que anatematiza a los que afirman ser un error de la iglesia el haber enseñado, y enseñar aún, que según la doctrina evangélica y apostólica, no se disuelve el vínculo matrimonial por el adulterio.

Basadas así las naciones modernas sobre tan absurdo principio de disciplina actual de la iglesia latina, no pueden menos de haber desnaturalizado completamente todo el orden social en los países en que impera la tiránica indisolubilidad de matrimonio. La iglesia griega, y las demás iglesias orientales, como son la armenia, la copta, la menonita, la nestoriana, etcétera, no sólo por el adulterio, sino también por otras causas justas, conceden el divorcio, con facultad de contraer nuevo matrimonio, y los resultados de tan benéfica institución de libertad son notoriamente provechosos, porque en los pueblos en los cuales dominan estos diversos ritos religiosos que admiten el divorcio no se ven los escándalos, la inmoralidad y corrupción que en las naciones occidentales, donde impera el yugo ominoso y despiadado del matrimonio vitalicio, impuesto por la iglesia romana.

Debemos, pues, reunir hoy todos nuestros esfuerzos para vengar a la naturaleza, y a sus derechos ultrajados, aniquilando el despotismo matrimonial y devolviendo sus víctimas a las buenas costumbres de una sociedad regenerada, concediéndoles el divorcio, que es una de las bases principales de nuestra doctrina sociocrática.

Instituido el divorcio desde tiempo inmemorial, siempre ha estado en uso entre los egipcios, griegos y romanos, más sabios y entendidos en esta materia que las naciones modernas, cuyos gobiernos no obran en todo sino a tientas, atenidos puramente a un absurdo empirismo, porque ignoran todavía la verdadera ciencia de gobernar a pueblos libres, cuyo fundamento es la virtud. El Evangelio no se opone tampoco al divorcio, sino que lo permite y lo sanciona. La facultad de divorciarse que se conceda al ciudadano, lejos de corromperlo como lo creen los ultramontanos y los sectarios religiosos, estrechará más fuertemente los dulces lazos del himeneo, en vez de romperlos. ¡Feliz el niño que reciba la vida de dos esposos unidos por la ternura: los mirtos del amor dan sombra a su inocente cuna!...

Después de consolidados los principios liberales en México, que han roto sus cadenas políticas, ya no falta más que emancipar a la mujer de la esclavitud matrimonial, y manumitir al obrero del pesado yugo del capitalista, para redimir por completo al proletariado mexicano. ¿Por qué arrastran todavía, preguntamos tanto la mujer como el obrero, y también al indígena, ese paria desgraciado de la sociedad mexicana, sus bárbaras e impolíticas cadenas en medio de una República que se dice liberal y democrática? ¡Ahí que nuestros legisladores se apresuren a hacer felices a los únicos desgraciados cuyas lágrimas no ha enjugado aún!... ¡Que el espíritu de [18]57 extirpe radicalmente todos los abusos civiles y las preocupaciones religiosas, que son la doble rémora para el progreso de México! Hoy la parte sensata de pueblo que tiene la nación no se conforma solamente con tener ferrocarriles, alumbrado eléctrico y teléfonos, quiere también el derecho al trabajo, la protección mutua o cooperativa, y el aseguramiento definitivo de su felicidad; también aspira a su progreso moral. ¿Bastará además haber hecho a los ciudadanos mexicanos libres en la vida pública, si son esclavos en la privada? Interroguemos sobre este punto a Grecia y Roma, esas dos repúblicas modelos de la antigüedad clásica, que han reconocido el divorcio juntamente con la libertad, y la historia nos responderá imparcialmente dándonos noticia de los benéficos resultados que produjo ahí tan sabia institución en el orden social. Tiempo es ya de reconocer que la mujer no debe ser esclava del hombre. El himeneo no admite la servidumbre de una sola de las partes. ¿Veremos por más tiempo a las mujeres víctimas de despotismo de sus padres y de la perfidia de los maridos? No. Nosotros queremos que todas las uniones descansen sobre la felicidad y llegaremos a este fin declarando que el divorcio es permitido. Lejos, pues, de romper con esto los lazos del himeneo, los estrechará más, porque desde el momen-

to que sea lícito el divorcio, vendrá a verificarse muy rara vez. Estuvo en vigor en Roma por cuatrocientos años antes de que él se usase.

Así es que Roma, que ha proporcionado el ejemplo de la ley, nos dará también el modo de ejecución.

Veamos de qué manera.

Los romanos admitían como causas de divorcio:

1. La simple voluntad de las dos partes, lo que llamaban la "difareación". *(Diffareatio genus sacrificci quo inter virum et mulierem fiebat dissolutio: Fest. V. Diffar.)*

2. La petición colectiva del divorcio, en presencia de siete testigos.

3. La petición de uno de los esposos concebida de este modo: *Res tuas tibi habeto et abito*, "toma tus cosas y márchate". (Caius ad leg. Jul. c. 1. de Divort.)

4. La ausencia de la mujer en el domicilio conyugal tres noches: *trinoctium*.

5. Los pretextos más frívolos, como el haber concurrido a los juegos públicos sin permiso, haber conversado muy familiarmente con una liberta, tener una mancha o señal en la cara, y otros motivos de la misma gravedad. Sobre este particular bien conocidos son ya los ejemplos de Cicerón, de César, de Pablo Emilio, y de otros muchos, advirtiendo que entre los romanos los esposos divorciados podían volver a casarse otra vez, como lo muestra la conducta de Catón y Mecenas.

Así es que, si bien es cierto que el matrimonio libre es la ley primitiva de la naturaleza, también lo es que el celibato es un vicio que debe perseguir el legislador. ¿Mas de qué modo, me diréis, puede prevenirse este mal en la sociedad? La experiencia nos lo dice terminantemente por la historia: es el divorcio, pero el divorcio bien reglamentado, pues que, de lo contrario, sería tan nocivo como contraproducente en sus efectos.

Nos parece, pues, por lo mismo, que el Estado debe de reconocer por causas justas de divorcio:

1. El consentimiento mutuo de los esposos.

2. La petición colectiva del divorcio, hecha por los esposos, en presencia de testigos y del jefe municipal.

3. La petición de uno solo de los esposos bajo simple alegato de incompatibilidad de humor o de carácter.

4. La ausencia de uno de los esposos sin que se sepa de él durante un año.

5. La emigración.

Además, los esposos divorciados deberán dividirse los hijos entre sí, en tanto que el Estado no establezca un instituto nacional para el asilo y educación de los hijos que quedaren como huérfanos, en virtud de la inconveniencia que hubiere de que algunos de dichos hijos permanezcan en poder de sus padres, ya sea por estado de insolvencia, por notoria inmoralidad, o por cualquier otro motivo grave, o bien, porque al contraer nuevas nupcias, hubiera incompatibilidad en llevarlos al lado de los nuevos consortes.

No olvidemos, pues, por tanto, en este delicado asunto, que la libertad personal es la primera en el orden de la naturaleza y, por lo mismo, debe ser la más respetada. Lo que la voluntad hace, la voluntad puede revocarlo o alterarlo. La voluntad de los esposos hace la sustancia del matrimonio, el cambio de esta voluntad, obra su disolución. De aquí proviene el principio y la razón del divorcio.

El divorcio es el custodio y el moderador del matrimonio... El divorcio está fundado en la naturaleza, en la razón y en la justicia que se forman las costumbres por la difusión del conocimiento de la moral natural entre las clases sociales y, estad seguros, que los casos de divorcio serán bastante raros en México. Bajo las costumbres sencillas de la República, el romano ignoraba el divorcio... No siendo, pues, la indisolubilidad una ley de la naturaleza, mal puede ser una ley de la sociedad conyugal, y en esto precisamente el contrato social de la ley del Registro Civil es absurdo y anticonstitucional, porque, en primer lugar, ataca la libertad personal del individuo, al hacerlo contraer un vínculo indisoluble, casi siempre contra su voluntad, y solamente por coacción de la misma ley; y, en segundo lugar, infringe también el precepto constitucional, al hacer que los cónyuges celebren un contrato vitalicio, cuando la constitución dice terminantemente que "ningún ciudadano puede pactar un contrato irrevocable, de cualquiera naturaleza que sea".

En cuanto a otra cuestión, bien secundaria por cierto, de cuál deberá de ser el lapso de tiempo que ha de transcurrir para que la mujer pueda pasar a segundas nupcias, después de consumado el divorcio, creemos que la ley debe señalar el de nueve meses, para las mujeres sanas y robustas, y un año, para todos los demás casos extraordinarios.

Respecto a la causa de divorcio por incompatibilidad de humor o de naturaleza, fuera de desearse que no se alegasen las pruebas, tal como lo practicaban los romanos, y en lo cual Montesquieu [illegible]-

tra sus leyes sobre este punto, majestuosas, porque no permitían jamás a los esposos enunciar semejantes motivos. ¿Y nosotros por qué queríamos exigirlos, cuando basta el decretar que el divorcio puede efectuarse simplemente por la voluntad de un solo desposado?

Sería también de desear, puesto que el divorcio no es una ley nueva sino una simple reversión a la ley de la naturaleza, que se estableciera un "jurado de igualdad", para decidir los casos de repudio. Este jurado, nos parece, que debería componerse de mujeres, si el marido es quien provoca el divorcio, y de hombres, si la mujer es la que quiere el repudio.

Sí, tiempo es ya de plantear en México el trascendental y civilizador principio sociocrático de la emancipación rehabilitaria de la mujer porque, de este regenerador principio, surgirá necesariamente la civilización universal del linaje humano pues, como dice sabiamente Juan Jacobo Rousseau, "los hombres serán siempre lo que quieran las mujeres; el que desee a aquellos grandes virtuosos, eduque a éstas en la grandeza y la virtud".

Mas ahora, ¿qué podemos decir de la mujer actual, sino lamentar su ignorancia y esclavitud, efectos necesarios de la imperfecta y criminal legislación que nos rige?

¡La mujer aún esclava por la ley en pleno siglo diecinueve! ¡Qué vergüenza, qué desolación!

¡Pobres mujeres, flores marchitas antes de abrirse, mártires de una civilización fementida y de una sociedad impía, lamentaos, como las hijas de Sión, porque nunca se verterán demasiadas lágrimas para lavar los agravios que habéis sufrido! Pedid, pues, y combatid formalmente por vuestra emancipación, para que seáis grandes y virtuosas en el seno de una sociedad ya moralizada y regenerada por el espíritu filosófico que todo lo cambia y lo transforma, a pesar de los tiranos y de los explotadores de la vida y de la conciencia humana.

Entre tanto, ciudadanos y ciudadanas mexicanos regocijaos, porque ya empieza la transformación social y pacífica de México. Al divorcio estaba reservado rejuvenecer antiguas alianzas y remplazar, con encantos desconocidos hasta hoy, los disgustos y el cansancio inseparables de un lazo indisoluble. La facilidad de un rompimiento tranquiliza a las almas timoratas. Hallándose libres para separarse, los esposos se encuentran más unidos que nunca. El divorcio es el padre de las consideraciones mutuas, de las tiernas complacencias, alimento perpetuo de los castos amores y la ley regeneradora de la sociedad; el divorcio es, en fin, según la poética expresión de un célebre filósofo racionalista, "el dios tutelar del himeneo".

Estamos bien persuadidos que en la presente ocasión México dará un paso gigante en la vía de la civilización, aprobando la cámara de representantes la sabia iniciativa que, sobre disolución del vínculo matrimonial por causa de adulterio, ha sido presentada al congreso nacional por el ciudadano diputado licenciado Rafael Herrera. Mas ya comenzamos a escuchar el clamor y los gritos infundados de alarma que los ultramontanos, y los pseudo-liberales arrojan al viento clamando por doquier: ¡Corrupción, inmoralidad y disolución de la familia! Pero bien pronto la experiencia les demostrará por medio de la práctica, la alta moralidad y justicia que entraña en sí mismo el divorcio, por ser una ley equitativa de la naturaleza, así como lo es también la de la libre testamentación, de que nos ocuparemos después en otro folleto, para reasumir y exponer enseguida nuestra doctrina íntegra acerca de la sociedad doméstica y formular netamente nuestro gran *desideratum* social.

22. La cuestión del divorcio[12]

Refutación de El Correo de las Señoras *en contra del divorcio. La familia. No sólo la madre debe ni puede educar a los hijos. Transformación del carácter de la mujer mexicana operada por el espíritu de la educación moderna. La infidelidad conyugal reconoce por causa principal la indisolubilidad del matrimonio. El divorcio es una ley fundada en la naturaleza humana y emanada del mismo matrimonio*

En el número 6 del semanario intitulado *El Correo de las Señoras* ha aparecido un pequeño artículo, tan sentimental como ultramontano, por las consecuencias que encierra en el fondo de su contenido, pues se propone nada menos que defender la indisolubilidad del matrimonio, o lo que viene a ser lo mismo, sostener indirecta y tácitamente la esclavitud de la mujer, puesto que no opta por el divorcio, que es el único medio posible de moralizar esa viciosa e imperfecta institución del matrimonio, tal cual hoy se haya establecida, con grave detrimento de la libertad personal de los ciudadanos de un país libre y progresista cual es México.

[12] *El Socialista*, México, 25.VI.1883.

Comienza nuestro adversario por admitir hipotéticamente el divorcio, y la utilidad que producirá en el orden social su adopción, como un principio regenerador y moralizador del matrimonio, etcétera; pero lo detiene una grave consideración, cual es la de la familia, y pregunta enseguida: "¿Si acaso sabemos todo lo que esta sola palabra encierra, y que si ignoramos todo lo que es, todo lo que vale en nuestra sociedad y nuestras costumbres la madre para la primera educación del hijo?"

Contestaremos a nuestro sentimental adversario, diciéndole que nosotros consideramos a la familia como la primera forma alveolar de una sociedad primitiva y natural y que, por lo mismo, dicha institución enteramente humana no es más que una forma social particular, buena para los siglos en que fue establecida, pues que en el orden de la humanidad, hoy día, por más que digan y declamen los partidarios del *statu quo* y de la inmovilidad conservadora, dicha institución tiene que ser modificada profundamente en su manera de ser, no para destruirse sino para perfeccionarse y ensancharse, por la ley universal del progreso. El socialismo, entiéndalo bien nuestro apreciable contrincante, reclama y aspira no al trastorno y a la disolución de la familia, sino a la participación de todos en la familia; quiere abolir no el matrimonio, sino el monopolio del matrimonio, y, por eso, proclama el divorcio como el gran agente libertador y emancipador de la mujer.

En cuanto a la deificación del niño, es culto filial de la madre; y el tierno diálogo infantil del niño hacia la generatriz de su ser, con que el espiritual [Jules] Michelet ha sabido idealizar tan primorosamente el amor recíproco y natural entre la madre y el hijo, todo eso nos parece muy bello, muy tierno y sentimental para la creación de un poema sobre el amor puro y sublime de dos ángeles encarnados sobre la Tierra bajo la forma humana, pero de ningún valor científico y sociológico para la cuestión que se debate, y que debe ser resuelta, no por el sentimiento que traiciona el corazón, sino por la razón que ilustra y consolida los hechos de la vida real.

La mujer mexicana de hoy, obsérvelo bien el escritor antidivorcista, no es ya la mujer de la época pasada, que yacía dominada por el misticismo de la iglesia católica, y bajo la influencia fatal de antiguas tradiciones históricas y de raza; la mujer mexicana de hoy es una mujer libre e instruida relativamente, despreocupada, amorosa y tierna, pero con los límites de la razón y de la conveniencia social y doméstica, y si bien es cierto que no tiene la glacial indiferencia de la

mujer de raza sajona, también lo es que ya instintivamente tiene conciencia de verdadero carácter de madre, y que sólo espera con impaciencia la implantación de una reforma social en este sentido para devolver al Estado, si necesario fuera, al hijo querido de su corazón, para que haga de él un ciudadano útil y virtuoso, a semejanza de la antigua Esparta.

Por otra parte, no podrá menos de reconocer nuestro contrincante, que la esencia del matrimonio lo constituye el amor, traducido psicológicamente por la voluntad, y que, cuando ésta falta por completo, no existe ya vínculo alguno que retenga su unión. ¡Retened unidos, si podéis, el acero con la piedra imán, cuando ya desapareció de ésta atracción que los tenía unidos misteriosamente por esa propiedad física pero ignorada todavía en su esencia íntima!, puede otro tanto pasar en el matrimonio, esto es que, cuando falta el imán misterioso del amor, todo está roto, todo está concluido, y por esta razón creemos que la ley social no puede ni debe en justicia crear inquisitorialmente un destino de fierro para los cónyuges, sobre todo en una República cuya enseña sublime y salvadora es la libertad.

Finalmente, por lo que respecta a los hijos, suponemos que el divorcio tiene que transferir hasta cierto punto al Estado la potencia paterna pues, es mejor arrebatarlos de la inmoralidad y corrupción egoísta de unos padres adúlteros, que dejarlos pacíficamente y a la sombra de la nefanda indisolubilidad matrimonial en el seno de una familia que reproduce, todos los días y a todas horas, las escenas más tristes y repugnantes de la discordia y del aborrecimiento de dos víctimas que viven unidas para estarse destrozando a cada momento sus lacerados corazones, y de aquí es que el divorcio, por más que se diga, es una ley justa y perfecta de la naturaleza.

VI

Ensayos filosóficos

23. Escuela de filosofía trascendental[1]

ESTAMOS EN PLENO SIGLO XIX y, sin embargo, triste es decirlo, las doctrinas que hoy se profesan oficialmente en los colegios en materia de filosofía no son sino una modificación sistemática del sensualismo exclusivista de la escuela enciclopédica del siglo pasado, y cuyo sistema, en último análisis, se resuelve necesariamente en el materialismo puro.

Esta misma doctrina materialista, mitigada algún tanto en sus consecuencias exclusivas, y simulando apoyarse únicamente en las ciencias exactas, ha recibido la denominación de positivismo, cuyo nombre reductor no ha dejado de ejercer una poderosa influencia sobre los espíritus ligeros y superficiales, que tanto gustan por naturaleza de la enseñanza enciclopédica.

Así, pues, este sistema deficiente y absurdo de filosofía no puede menos de ser una verdadera rémora para los progresos del entendimiento humano.

En contraposición, nos encontramos a la vez con otro sistema no menos exclusivo que absurdo de un espiritualismo exagerado, producto de imaginaciones exaltadas por un delicado sentimentalismo que, proscribiendo la razón y desechando los datos de la experiencia y del análisis, ha venido a arrojar a ciertas almas cándidas, y en particular a la mujer, a los mayores extravíos y a las más extrañas aberraciones de que es susceptible el espíritu humano, cuando carece de criterio y método.

[1] *El Socialista*, México, 22. IV. 1880.

De consiguiente, siendo el hombre por su naturaleza sensación, sentimiento y conocimiento indivisiblemente unidos, su vida consiste en ejercer y desarrollar toda su esencia en estas tres frases de su ser, y su vida normal depende de no separarlos jamás en ninguno de sus actos. Por estas tres frases de su naturaleza, el hombre está en relación con los otros hombres y con el mundo, los cuales, uniéndose con él, son los que lo determinan y lo revelan o lo hacen revelarse. Y he aquí su vida objetiva, sin la cual su vida subjetiva queda latente y sin manifestación.

Además, siendo la humanidad perfectible por esencia, y el hombre susceptible de mejoramiento sobre nuestro globo y de porvenir en la vida futura, todo sistema de filosofía que deseche estos datos, sobre todo en su aplicación al orden social, y no tome en consideración la elaboración de sus destinos inmortales desde esta evolución de la vida universal, es un sistema trunco y pernicioso que debe proscribirse por renegar así tácitamente de la ley eterna del progreso, que es el único y verdadero correctivo natural de todos los males que hoy gravitan sobre la humanidad.

La vida futura es una gran verdad de historia natural, y por más que los espiritualistas se esfuercen en darle una explicación mística, y los materialistas en negarla contrariando a la ciencia, la filosofía trascendental viene demostrando racional, y hasta experimentalmente, que ella no es más que el desarrollo y la continuación necesaria de la vida presente, la cual es el germen de la vida futura, pues que tal es el orden lógico de la naturaleza.

Luego, si la vida futura del hombre es el perfeccionamiento intelectual y físico de su mismo ser, trabajemos en perfeccionarlo, y así elaboraremos los destinos futuros de la humanidad.

Estas graves consideraciones me determinaron, pues, a abrir públicamente un curso completo de filosofía trascendental, cuya ciencia sublime llevo muchos años de profesar, y hoy trato de popularizar su enseñanza, en estos momentos supremos para la sociedad en que el empirismo de la escuela positivista, reemplazando el caduco escolasticismo de los colegios, ha venido a eliminar el elemento intelectual de la razón humana, dando un desarrollo exclusivo a los estudios físicos, reduciendo la ciencia por medio de sus teorías sensualistas a un catálogo de fenómenos aislados y sin más conexión que la que apenas puede suministrarlo la tardía experiencia.

El espiritualismo, por su parte, viene también reduciendo la ciencia a la especulación pura y desecha toda observación experimental so pretexto de que el ideal es la verdadera realidad.

Violentando así ambos sistemas exclusivos el orden real e inmutable de la naturaleza conducen rectamente al escepticismo, aunque por vías diferentes, y hoy la sociedad, por lo mismo, reclama urgentemente la rehabilitación de la verdad íntegra y pide una reforma radical en la filosofía.

El eclecticismo, también, aunque se le tomase como término medio, nunca podría satisfacer esta demanda, porque carece de unidad de sistema, y la ciencia no es una simple colección de hechos o fenómenos como quiere el positivismo, sino de principios absolutos y axiomas.

Y, por tanto, en vista de esta necesidad lógica de la época, he creído un deber el establecer públicamente mi escuela de filosofía trascendental para la difusión de sus altos principios, que son los que constituyen la verdadera ciencia para la organización real de la vida intelectual, moral y social. Y, estableciendo así la solidaridad universal sobre el globo, dar un impulso supremo al progreso indefinido de la humanidad.

24. Estudios trascendentales de filosofía natural aplicada a la sociología[2]

I. El libertinaje y sus efectos relativamente a las facultades intelectuales y físicas de la especie humana

Entre todos los seres vivientes de la naturaleza no hay ningún otro más que el hombre, que ignorando las leyes de su organización, corrompe y arruina tan prematuramente su vida por medio de la crápula y el libertinaje. ¡Qué funesta prerrogativa le ha concedido la naturaleza, colmándolo de deseos que sobrepasan los límites de su potencia, y lo impulsan a anotar sus desenfrenados apetitos en infames investigaciones inauditas al resto de las otras especies de animales que pueblan nuestro globo! ¿Y no es esto una prueba bien clara y terminante de la necesidad de todas las acciones humanas que se suponen ser el resultado del ejercicio espontáneo de una pretendida libertad? ¿No es este

[2] *El Socialista*, México, 4.IV, 28.V, 4.VII, 15.VIII y 20.IX.1880.

mismo libertinaje exagerado de nuestra especie un testigo fiel de que nuestro organismo individual no obra sino movido de un impulso fatal, que lo lanza en pos de nuevas y desconocidas sensaciones, y que, a semejanza de Sardanápalo, ofrece un holocausto, liberalmente hablando, toda su vida, por la adquisición de un nuevo placer? Así, pues, la licencia, siempre creciente y desenfrenada de nuestras costumbres en la marcha eterna de la fatalidad, y en tanto que el hombre no ilustre y fortifique su razón, concibiendo ideas claras y precisas acerca de su ser, la carne tiene que sofocar a la razón, que matar su independencia, y que arrastrar al hombre fatalmente hasta encenegarlo en el lodazal inmundo, pero voluptuoso y agradable, de la prostitución.

Los demás animales, a los cuales llamamos injustamente irracionales, aunque impulsados por la misma fatalidad de acción que nosotros, son más limitados en sus placeres, a causa del mecanismo menos complicado de su organización, y sus intereses amorosos se agotan y quedan plenamente saciados, al menos en la apariencia, durante un tiempo determinado de brama, causado sin duda por un instinto circunscrito, por gustos simples y uniformes que se restringen a su propia especie en su mayor parte y, además también, por una conformación de órganos sexuales que previenen e impiden a la vez todos los desvíos y artificios del coito, no así en la especie humana. Su apetito generador es solicitado frecuentemente por una alimentación cálida y abundante, por una imaginación impetuosa, por el contacto continuo de los sexos, por las relaciones del lenguaje y la comunicación de los sentimientos, por el cuidado solícito de agradarse el uno al otro, y de entre excitarse y provocarse las más dulces y agradables afecciones. Bien pronto la facilidad de los goces, causando la saciedad y el hastío, llama a su socorro a la novedad y a la variedad, para reanimar y despertar los deseos agotados. ¿Dónde podrá ya entonces detenerse en esa carrera de desbordamiento que rompe los lazos de la vida? ¡Cuántos esqueletos ambulantes no salen de esos vivares inmundos o guaridas de la disolución que se denominan burdeles, para arrastrar sobre la Tierra los inútiles restos de sus cuerpos! ¿Qué pueden, sino languidecer en el mundo, cuando están ya enervados, y por decirlo así, exprimidos en seco hasta la médula de los huesos? No les queda más en lo sucesivo sino encerrar en la tumba esas ruinas o jirones de órganos, que también serán devorados por crueles enfermedades, sin contar los estragos de la infección venérea.

Sí, sin duda, si el hombre no alcanza la plenitud de sus destinos físicos y morales por el desarrollo normal y graduado de toda la esencia de su ser, tocando hasta la alta elevación de fuerza, de inteligencia y de poder que le constituyen, es a consecuencia de que la longevidad, naturalmente concedida a su especie, no puede llegar a poseerla por ser el ludibrio de la fatalidad. Se estima desde la flor de la edad en abusar irracionalmente de todo género de voluptuosidades; quiere coger todo a la vez por su codicia desenfrenada; arrebata y gasta de antemano todos los goces reservados a edades más tranquilas. Desgastado antes de treinta años, no le queda, pues, más que el amargo disgusto de una vida destruida, y demasiado cobarde, sin embargo, para no arrastrarla vergonzosamente a vista de sus semejantes.

Así es como se suceden esas generaciones innobles y flácidas entre las ciudades de lujo, esos individuos raquíticos, enclenques, sin energía, ni sexo, vegetando en la malicia, incapaces de resistir a los males, capaces de todos los vicios, dignos solamente de la esclavitud. Como los eunucos, los seres afeminados, imploran la protección de un amo, pero es vano, porque no hay reposo ni felicidad sin valor, ni salud y libertad sin buenas costumbres, esto es, que vayan calcadas sobre el orden mismo de la naturaleza.

No es, pues, una materia de tan poca importancia para la sociología, que trata de mejorar la condición social de las masas del pueblo y hacer la felicidad de la vida humana, el considerar y hacer un estudio especial sobre los peligros resultados del libertinaje, y los medios de preservarse de ellos, sin necesidad de los sermones de iglesia, ni de las vanas e ineficaces declamaciones de los moralistas.

La medicina filosófica es la única panacea que puede curar radicalmente este mal social porque, una vez ya rotas las barreras frágiles de la religión por el impulso poderoso de las pasiones humanas que se desbordan por doquier, sin respetar dique alguno que puede oponérseles, sobre todo en una época como la presente, en que el espíritu público ha sacudido ya el yugo místico de la fe religiosa. Ni la moral, ni el culto, ni la legislación empírica, que hasta hoy se ha practicado, ni las frecuentes enfermedades que aquejan a la gente, ni la terrible sífilis, con su formidable poder corroyendo a todos los libertinos, y que al menos podía suministrar una saludable experiencia, nada de esto es bastante, decimos, para poner un freno a la carne que se rebela, y que se pudre, entre los efímeros pero deliciosos goces de la prostitución. ¡Cuántos colegiales hay, en efecto, y ésos son casi todos, que ni temen al diablo ni a la sífilis o, lo que es lo mismo, tanto se

burlan de la creencia como de la ciencia, porque para ellos el futuro no existe! Y esto ¿por qué? Porque el ser humano, repetimos, cuando carece del conocimiento intrínseco de su naturaleza constitutiva, no es otra cosa sino el juguete de la fatalidad.

Algunos filósofos y, entre ellos [Michel Eyquem de] Montaigne y Juan Jacobo Rousseau, han sido de parecer que un preceptor condujese a un mal lugar a sus discípulos, para instruirlos e inspirarles ahí prácticamente horror al vicio, descubriéndoles con sabiduría y oportunidad las profanaciones asquerosas del sentimiento más delicioso que la naturaleza ha inspirado a los hombres.

Creemos, pues, prestar un gran servicio a la sociedad tratando de dilucidar filosóficamente un punto tan importante y de tan grave trascendencia para la futura generación. Así es que, no hablaremos nada acerca de los libros de Aristóteles sobre las antiguas delicias, ni sobre las fábulas lascivas de Júpiter y Juno, por Crisipo, ni de las cartas libertinas de varios epicúreos, pues se sabe que Theofrasto escribió sobre el amor, así como Heráclito del Ponto, Antístenes, Oleanto, Aristón, Spheras y Stratón; el sabio Platón hizo pinturas muy vivas de los goces aún ilícitos de su tiempo; Sócrates, a pesar de su austera moral, ¿no dio preceptos a las cortesanas, y Zenón, el del Pórtico, no reglamentó también, entre las leyes rígidas de su moral estricta, los deberes conyugales? "Al tratar de los secretos reservados entre los amantes, supo también agradar a los amores" (*Nec non libelli stoici inter serico Jacere pulv llos amant.* Catul., Eleg. IV).

Se nos excusará, pues, en su favor de la utilidad, y por interés mismo de la verdadera moral, que no es otra más que la natural, teniendo por objeto la salud y la conservación del hombre, si abordamos cuestiones de este género, en las cuales podría fácilmente tomarse al vicio por guía, si se trataran con un corazón ya corrompido. Mas, a decir verdad, sería preciso que la medicina filosófica renunciase a tratar del libertinaje y de la prostitución si no le fuere permitido descender a los secretos de las infamias vergonzosas a las cuales el hombre pervertido se abandone; y, sin embargo, esas mismas infamias no son en realidad más que verdaderas en enfermedades, degradaciones mórbidas de la sensibilidad, no menos que los apetitos absurdos, los gastos depravados que excitan la pica y la malicia. ¿Un enfermo debe ocultar sus males, por deshonrosos que puedan ser, a la medicina, y el culpable economizar la confesión de sus faltas, si desea sinceramente su enmienda y corrección? ¿Los casuistas no se han ocupado de las cuestiones más licenciosas y delicadas? Los padres de la

Iglesia así como los moralistas más severos, tales como Séneca, San Pablo, San Gerónimo, Tertuliano y San Agustín, ¿han temido acaso reprochar a las naciones corrompidas de su siglo todas las torpezas en que se revolcaban? Y así debe ser, en efecto, porque el vicio no puede sonrojarse de su propia fealdad si no es exponiéndolo al odio y al menosprecio de sus propios adoradores, pudiendo en verdad lamentarnos amargamente con el poeta latino "de lo desgraciados que son los hombres entre todos los seres, al tener que mezclar el crimen a todos sus placeres" (*Oh miseri quorum gandia crimen habent corn*, Sallus., Eleg. I).

II. De la lubricidad o de la lascivia; de sus causas entre los animales, comparadas al hombre

Aunque los antiguos hayan hecho nacer a Venus del seno de las ondas, y le hayan consagrado conchas marinas que poseen los dos sexos, tales como los caracoles, las trompas de Tritón o bivalvos, y los univalvos, igualmente andróginos, estos emblemas de la voluptuosidad no prueban que los placeres sean más vivos entre estos moluscos hermafroditas que entre los animales de sexos separados, solamente que todas las especies acuáticas muestran una fecundidad inagotable, de la misma manera que los pescados. Así, la nutrición que el hombre sacó de ellos, las "salazones" que de ellos prepara parecen aumentar su "salicidad", o su inclinación a la lascivia, y de ahí viene, sin duda, que tantos templos hubiesen sido consagrados a la madre de los amores en las islas del archipiélago griego, en medio de sus mares abundantes de pescados, así como en Corinto, y sobre las fértiles riberas del Asia Menor. De este modo es como se han multiplicado prodigiosamente los lugares de disipación en Venecia, y los músicos o lupanares en Holanda, porque, todas las naciones que usan abundantemente de la nutrición de pescado y "salazón", se encuentran expuestas a las enfermedades epidérmicas, que excitan el prurito sobre la piel, estimulando igualmente el prurito voluptuoso de los órganos sexuales de la generación.

En otro artículo especial trataremos detalladamente de los diversos modos de ayuntamiento o cópula de los animales de sexos ya separados o reunidos. Entre los primeros, el amor se manifiesta tanto más impetuoso cuanta más separación hay y [más] obstáculos para los goces. La pubertad viene ahí a ser para ellos más fuerte, ella debe

serlo sobre todo entre esas razones flácidas que, no teniendo más que una sola cópula en su vida, consumen en algunos instantes toda la potencia que los anima. Tales son los insectos de metamorfosis: ellos se precipitan con tal furor que se han visto a las hembras de la manta (*mantis religiosa*), y observado también en las langostas que roen enteramente la cabeza de sus machos, sin que éstos dejen de cumplir con estas hermosuras demasiado crueles el voto próvido de la naturaleza.

Se encuentra a muchas hembras de otros insectos perseguidas y agobiadas por un gran número de machos que caen muertos por el exceso de sus goces; los abejarrones [abejorros] y zánganos abandonan también sus partes genitales, que se desprenden en la reina-abeja, y aún parece que ella goza con todos ellos formando un verdadero serrallo de machos en cada colmena. Las arácnides, enemigas entre sí hasta el grado de devorarse mutuamente, dan tregua a su ferocidad en sus singulares uniones. Los crustáceos tienen un doble órgano genitivo; sus hembras presentan también vulvas u orificios de ovarios en la base del corselete, de manera que sus ayuntamientos no pueden operarse más que por delante.

Los moluscos andróginos, de los cuales cada órgano sexual está desviado, no pueden cumplir la fecundación sobre el mismo individuo. Al buscar otro, y, en vista de esto, los limnéos (*lymnoens stagonalis, limosa,* etcétera), teniendo el órgano femenino alejado de la parte masculina, no pueden ser fecundados por el individuo que fecundan, como lo hacen los otros hermafroditas, sino que les es preciso un tercero, de suerte que estos animales se unen formando largas cadenas, cada uno de los cuales acepta y transmite el amor a su vecino. Los bíforos (solpa) se ligan, según parece, de la misma manera, en bandas tan considerables que Forskahi ha visto algunas de más de cuarenta leguas de extensión en el Mar Mediterráneo.

Si la voluptuosidad es doble, como los órganos entre las razas hermafroditas, se convendrá en que las asociaciones de moluscos en vía de generación presentan un espectáculo digno de la cuna en que se meciera voluptuosamente Venus, *anadioménes*.

Aunque los pescados sean muy fecundos, su manera de hacer el amor, sin unión sexual (excepto los falsos vivíparos, los *blennius*, la liza, los tallos o gatos marinos), nos recuerda en los machos el pescado de Onán, cuando fecunda los huevos ya covados, exprimiendo su leche sobre ellos.

Por otra parte, los machos de los condropterigianos (tallos y rayas), teniendo una especie de patas, *retinácula*, para subyugar a sus hembras, cuando se ayuntan. Éstas, a lo que parece, no deben ser muy ardientes, como entre todas las especies en que los machos tienen necesidad de usar de violencia para someterlas. Quién sabe, sin embargo, si la naturaleza no ha establecido esa repulsa, y esas picantes gazmoñerías de la coquetería, hasta entre los animales más fríos, para mejor excitar sus voluptuosidades: "Porque en los movimientos de sus tiernos ardores, los animales no son tan bestias como sus detractores". Los naturalistas describen frecuentemente los amores de los sapos y de las ranas, cuyos lujuriosos enlaces duran muchos días; los machos parecen de tal modo absortos en sus goces, que se les ha cortado y quemado los muslos sin hacer soltar su presa, sin embargo, no tienen órgano genitivo ni hay intromisión; las hembras se deleitan más, ellas huyen, como otras hembras, llevándose consigo también a sus machos exánimes, como se observa entre los insectos.

Parece, pues, que la naturaleza ha dado al macho una voluptuosidad más atrevida e impetuosa que al otro sexo, el cual, en todas las clases de animales, con muy pocas excepciones, se hace forzar. Así es que todos los machos gastan más fuertemente su vida, y perecen generalmente más pronto, que las depositarias y las guardianas de la especie, que quizá no tienen menos ardor real, y no hacen más que salvar las apariencias.

Las culebras, las víboras y las lagartijas tienen doble miembro generativo, a manera de horquilla, para penetrar en cada ovario y, sus abrazos, parecen bastante lascivos, porque enlazan mutuamente. Los de la tortuga, que no tiene más que un miembro simple, son muy lánguidos y prolongados.

Pero, es principalmente entre los animales que respiran más abundantemente, que tienen una circulación más activa, una sangre más oxigenada y más caliente, un sistema nervioso infinitamente más desarrollado y más sensible, donde el amor ejerce su imperio. Mas, entre esta dicha clase de animales, hay que advertir que el coito no es solamente una función maquinal del organismo, como entre la mayor parte de las razas precedentes, pues ahí concurren además el afecto moral y el sentimiento, porque los dos sexos, o las hembras por lo menos, llevan más allá de los goces un interés de amor materno hacia su progenitura, mientras que los animales de sangre fría abandonan la suya. Hay, pues, más afectabilidad, más adhesividad sexual, las voluptuosidades están mejor preparadas, y reanimadas por caricias más tiernas y delicadas, por gazmoñerías más picantes, etcétera. En una multitud de especies las asociaciones de familias se notan ahí frecuen-

temente; van acompañadas, en fin, en sus sensaciones de titilaciones y cosquilleos más numerosos, de manera que el hombre, colocado a la cabeza de las criaturas, nos parece haber sido formado el más sensible, el más amoroso y bien considerado, el más favorecido de todos los demás animales hermanos. ¡Feliz mil veces si él no hubiera corrompido la fuente natural de sus placeres, forjándose en el vuelo sin límites de su libertina y precoz imaginación, una multitud de goces vedados a su frágil organización, cuyas funciones fisiológicas vienen a confundirse en último análisis con las facultades psicológicas del espíritu, manifestando, cada vez más de un modo terminante y explícito, la necesidad de todas las acciones humanas de nuestro individuo, cuya personalidad se absorbe y se confunde en el gran piélago de la sustancia universal.

Las aves, entre las cuales el inmenso desarrollo del aparato respiratorio excitando calor vital, impetuosidad y energía en todas sus funciones; las aves, repetimos, parecen a primera vista mejor acondicionadas que el hombre para el amor. Sin hablar de las gallináceas, tales como los gallos, los pavos, las perdices machos, que pueden satisfacer cada día a un numeroso serrallo de hembras; se ha celebrado en todos los tiempos los dulces curruqueos de las palomas habaneras, y la fidelidad conyugal de las tortolitas; mucho se ha ponderado acerca de la increíble petulancia del gorrión, que pisa a su hembra más de veinte veces en una hora. Sin embargo, toda esta lascivia no ofrece quizá placeres proporcionados al gran número de actos. En efecto, [como] el órgano generador de los machos, no [es] más que un pequeño tubérculo, no hay intromisión, excepto en los patos, ocas, garzas y cisnes, y también los avestruces, que tienen un órgano generador de mayor extensión. Además, estas cópulas frecuentes no procuran más que imperceptibles emisiones de esperma, de manera que ellas fatigan menos al macho que entre los mamíferos, pero no dan sin duda más que un pequeño destello de voluptuosidad. Las aves parecen, pues, gozar más en pequeño y con menor intensidad; lo cual parecerá a primera vista al partidario de la teleología, es decir, de las causas finales, ser una verdadera combinación de la naturaleza, que se propone por objeto fijar más constantemente los sexos uno después del otro, entre estas razas tan veleidosas e inconstantes. Mas, fijando un poco la atención, y reflexionando con un juicio sano, desde luego nos convenceremos fácilmente que no puede haber fin u objeto de ninguna especie en la manifestación plástica y fenomenal de una naturaleza

en que todo es necesario, porque siempre se ha regido por sus propias leyes que son matemáticas y eternas.

Finalmente, los mamíferos parecen, pues, sentir con mayor plenitud las delicias del amor, porque siempre se encuentra entre sus hembras un clítoris, y en sus machos un pene más o menos largo, a veces conteniendo un hueso como en muchos carniceros [carnívoros], o también ahorquillado, [como] en la mayor parte de los marsupiales, que llenan una bolsa membranosa y elástica para portar a sus cachorrillos, como los tlacuaches (los didelfos y falangeros). El coito es así acompañado de una verdadera intromisión y, por consiguiente, de una voluptuosidad que parece a lo menos igual en cada sexo. La cópula es a veces prolongada, como se observa en la raza de los perros, lobos y zorras, por medio de una congestión del glande. Este órgano está también armado en algunas especies de animales, como en los gatos domésticos y monteses, etcétera, de papilas escamosas bastante duras, para causar un frotamiento más vivo e impresiones más picantes pues, no es menos cierto que, en circunstancias dadas, el dolor y la comezón nerviosa contribuyen poderosamente a refinar los goces y a producir, en una parte ignota del individuo, un nuevo género de voluptuosidad indefinible, y que podemos llamar, quizá, la estética del placer y la psicología de la sensación. En fin, nadie ignora que la naturaleza inspira a los monos, y a otros mamíferos que tienen su órgano generador no ligado por un forro o cubierta al abdomen, una lasciva furiosa, que no pueden siempre contener, apelando hasta a la masturbación a falta de pareja. Muchas especies, sobre todo los roedores, liebres, conejos y ratas, etcétera, están sujetas a la superfetación. Todo anuncia, en fin, en la clase de los mamíferos, una disposición libidinosa mayor que la de los demás animales.

Vemos, pues, que al parecer la naturaleza acrecienta esta inclinación, y aumenta los medios de gozar, a medida que se aproxima a la especie humana, siguiendo la escala de la composición gradual de los animales. Mas no perdamos nunca de vista que la existencia de todas las cosas siempre es consecuente consigo misma, condición sin la cual nada existirá en el universo, sin que por ésta debamos de creer que hay un fin determinado en la ejecución o realización de los seres existentes, pues que tal es su esencia sustancial y modal que los constituye.

Mas, a decir verdad, el hombre no puede, atendida su naturaleza constitutiva, ser el más casto de entre los demás animales, sus hermanos, si consideramos fisiológicamente su sensibilidad, y las innumerables modificaciones de su organismo. Antes, por el contrario, es

de creerse que este rey de la creación, como se le llama vulgarmente, fue constituido, si es que la naturaleza tiene fines determinados, como pretenden los partidarios de las causas finales, para las más ardientes voluptuosidades, o que la misma naturaleza les prodigó para él a manos llenas, tal como una corte las siembra de ordinario alrededor del trono de los reyes.

Lo cierto es que el hombre posee en el más alto grado el atributo, igualmente precioso y pernicioso, de una exquisita sensibilidad, tanto en lo físico como en lo moral. Nace desnudo, y su tacto universal lo hace por todas partes susceptible, ya de dolor o de voluptuosidad, y también de vivos cosquilleos, lo que no tiene lugar de la misma manera entre los animales velludos y revestidos de una gruesa piel, o vestidos acorazados, como los crustáceos.

La imaginación fogosa del hombre le presenta mil imágenes, bien sean de delicias o tormentos, que multiplican para él, de antemano la prueba, los suplicios y los goces, mientras que los otros animales no resienten más que la impresión actual del momento, y eso en menor grado. Así es que ven siempre a sus hembras sin aparato extraño en todos tiempos, nada fomenta ni excita su pasión, mientras que esos velos transparentes, esas cinturas encorseladas, esos pechos túrgidos, maliciosamente reprimidos, esos pies pequeños y calzados con arte y elegancia, esas caderas prominentes y ondulantes, que se destacan atrevidamente con unas piernas confortables y torneadas que un vestido ajustado a la inglesa, nos hacen adivinar sus encantos positivos. Todo ese artificio, a no dudarlo, centuplica y retina prodigiosamente los deseos desmesurados del hombre porque "se imagina más, exacto se apercibe menos". Las mujeres saben bien esta regla, y por eso siempre procuran ocultar hasta la punta de su pie seductor, pues, de lo contrario, el desencanto sería seguro y, aunque los moralistas nos dicen que el pudor es una virtud inherente a su sexo, la experiencia y la observación juiciosa y sagaz de la filosofía nos demuestra, hasta la evidencia, que el pudor no es propiamente en la mujer una virtud sino, más bien, un subterfugio del amor, para asegurarse de su presa por medio de su fascinación y el encanto.

Además, estando nuestra especie destinada necesariamente por su propia naturaleza a constituir la sociedad, debía encontrarse ligada a ella por lazos multiplicados, como son sobre todo los placeres conyugales, que la naturaleza renueva incesantemente. En efecto, la alimentación nutritiva y abundante, que nuestra especie sabe procurarse por la agricultura, y por su previsión superior en todo a la de los animales, en su estado social, favorecen mucho su vigor genital. Por el contrario, esos pobres bárbaros que ayunan frecuentemente, los salvajes de la frontera, no tienen más que momento de plenitud sensual, como las bestias salvajes que no entran en brama sino en la canícula. Pero nuestros animales, estando mejor alimentados, engendran más frecuentemente por la misma causa y, por otra parte, la aproximación y contacto continuo de los sexos en la vida social vienen a ser para nosotros un manantial inagotable de solicitaciones amorosas y las más veces involuntariamente. En fin, la naturaleza añadió para nosotros solos una causa menos perpetua de disposición genital, concediéndonos una posición recta, que tanto contribuye al refinamiento de las más gratas y exquisitas voluptuosidades.

He aquí, pues, al hombre dotado de mayor lascivia, de un libertinaje amoroso más permanente y más extenso que todas las demás criaturas. De ahí proviene, también, que nuestra especie sea la única susceptible de corromperse, pues los brutos no se entregan a ejecutar actos contranatura, sino es cuando el arte humano los obliga a ello en el delirio de la pasión sensual. El cruzamiento de las razas nunca tiene lugar espontáneamente en el estado salvaje, excepto quizá por algún concurso extraordinario de necesidad, pues que vemos a estas especies perpetuarse siempre puras, y detestar las uniones con otras, cuando gozan de toda su libertad, en tanto que el hombre, comunista por naturaleza, tiene que cruzar todas las razas de su especie, cambiando a menudo de mujer, a fin de operar una fusión favorable en la prole humana para su mejoramiento y perfección.

III. Ejemplos históricos del libertinaje y de sus efectos entre las antiguas naciones de Asia y África

Nada nos manifiesta mejor las funestas consecuencias del libertinaje que esos ejemplos vergonzosos que nos ha conservado la historia para instrucción de la posteridad. Sin embargo, ésta no ha sabido aprovecharse de ella y, ni aun el diluvio, ha podido lavar con sus muchas aguas las manchas que dejaran tras sí los gigantes de la Tierra.

En efecto, ¿qué es lo que vemos desde los tiempos más remotos de la antigüedad en esos libros consagrados por la veneración religiosa de todas las épocas y naciones del mundo, y que forman el código que se denomina la Biblia? Continuas y reiteradas pruebas de la in-

famia humana. Sodoma, Gomorra, Adoma, Seboim y Segar, que son las únicas ciudades malditas que formaban la Pentápolis en la Palestina, fueron infectadas del vicio asqueroso y repugnante de la sodomía (Genes., c. XIX). Un padre, después de haber ofrecido a la prostitución a sus hijas vírgenes al público, es solicitado por ellas, en su embriaguez, al incesto. Y dos pueblos sacan de esta fuente impura su origen. Rubén comete un incesto con Bala (Genes., c. XXXV, v. 22); José se escapa con trabajo de los brazos injuriosos con que le enlazara la mujer de Putifar, y experimenta los terribles efectos de su venganza, que tomará por despecho de su intento frustrado. Judá, el patriarca, hace desposar a Thamar sucesivamente con sus hijos pero, Onán, uno de ellos, elude las leyes de la naturaleza, masturbándose a sí mismo en la soledad, y esa misma Thamar se prostituye enseguida con su propio suegro. Fue preciso que se hubieran impuesto al pueblo hebreo graves penas contra la bestialidad, a la cual era muy inclinado ese pueblo, que se decía escogido de Dios (Exod., c. XXII, v. 19), y contra las demás infamias a que se entregaba frecuentemente ante el ídolo o estatua del dios Moloch (Levit., c. XVIII, v. 21), incluso la pederastia. En esas mismas leyes judaicas vemos que se prohíbe fuertemente a las mujeres israelitas prostituirse a los animales y, sobre todo, a los machos cabríos, por los cuales parece que esas damas judías tuvieron siempre una pasión favorita (Levit., c. XVIII, v. 28), así como también en el capítulo XX de ese mismo libro, y en otros varios lugares del Antiguo Testamento, se reprueban también las uniones incestuosas tan comunes en aquel tiempo. Ahí se ve, además, cómo los israelitas fornicaron escandalosamente con las muchachas moabitas y madianitas, las cuales los iniciaron con torpes halagos en los misterios impúdicos de Belfégor; cómo la esposa del levita de Efraim murió del exceso de las violencias brutales de los gabaonistas; a los filisteos plagados de mariscos y heridos de tumores hemorroidales; los escandalosos desenfrenos del profeta David, que era "el hombre según el corazón de Dios", como dice la Biblia, con la bella Bethsabé, a cuyo marido mandaron asesinar para quedarse con ella libremente; los excesos de Amnón con Thamar; Absalón, gozando de las concubinas de su padre, que se reanima en su vejez, entre los brazos torneados de la joven sunamita Absag; y, finalmente, al sapientísimo Salomón, formando en el apogeo de su sabiduría divina y de su ciencia infusa, que el mismo Dios le comunicara un selecto y numeroso serrallo de setecientas mujeres y trescientas concubinas, las más bellas y her-

mosas, entresacadas de todas las naciones del mundo entonces conocido. Sería, en fin, demasiado difuso citar aquí todos los ejemplos de depravación y libertinaje que nos ofrece la historia sagrada del pueblo hebreo y, para juzgar con más acierto acerca de su índole libertino y carácter peculiar en materia de prostitución y abominaciones de todos los géneros, no dejamos de fijar la atención sobre el *Cántico de los cánticos*, obra maestra atribuida a Salomón, sino, más bien, y con mejor acierto sobre la descripción o pintura tan enérgica que traza a grandes rasgos el profeta Ezequiel, bajo los famosos emblemas de Oolla y Oolliba (Ezeq., c. XXXIII).

Las costumbres de los árabes beduinos, desde los tiempos más remotos, son igualmente conocidas por sus poesías llenas de fuego y sus cuentos eróticos. Si ellos no se han atrevido a contar libremente sus amores con las ovejas y las cabras de sus rebaños, no por eso dejan de practicar la pederastia públicamente, y sus mujeres, a pesar de la tiránica reclusión en que yacen, no dejan de entregarse entre ellas mismas a vicios vergonzosos, contranatura, y que hoy son tan comunes entre nuestras reclusas y prostitutas en México, y que podemos considerar muy bien como verdaderas enfermedades endémicas de las cárceles, hospicios, hospitales, colegios y conventos en todos los tiempos y países del mundo, sin que de ello se hayan preocupado nunca los gobiernos, que son casi siempre los factores conscientes pero, al parecer, latentes e indeterminados de todos los crímenes que se cometen en la sociedad. A propósito de esto, y desviándonos por un momento de la hilación de nuestras ideas, haremos referencia, por ejemplo aquí en México, sobre todo en la capital, al cuadro normal de su estadística criminal. Pues bien, la mayor parte de los crímenes que se perpetúan diariamente entre la clase pobre de la sociedad, depende, a no dudarlo, de tres causas principales, que son la ignorancia, la miseria y la embriaguez, y, contra los cuales, habría más que oponer sus correspondientes correctivos: la instrucción obligatoria, la protección directa y la temperancia metódica. Medidas enérgicas pero suficientes, sin duda, para combatir victoriosamente todos los males que hoy gravitan sobre el país haciendo horrorosos estragos entre lo más granado y florido de la juventud mexicana de ambos sexos y también, necesariamente, entre las personas ya adultas y de maduros años, para quienes la experiencia ha sido completamente inútil, por su falta de criterio y de sentido común. Pero bien lejos de ocuparse los gobiernos en reprimir el vicio, e impedir su

espantoso desarrollo, casi parecen fomentarlo cuando se les ve tan negligentes en la difusión de la propaganda científica y moral; tan indolentes para con los pobres; tan condescendientes en permitir la apertura de nuevas pulquerías, de [las] que ya está atestada la capital; y tan solícitos en reglamentar la prostitución de la mujer, y facilitarle su ingreso al burdel, sólo por el miserable e indigno lucro de la contribución con que vienen sancionando oficialmente el vicio más nocivo y perjudicial al aumento y salubridad de la población. Jóvenes se encuentran muy frecuentemente en los lupanares, que apenas tendrán diez u once años de edad, y que estarían perfectamente recibiendo educación en algún hospicio, pero, como quiera que de su entrada al burdel le resulta un lucro al fisco municipal, de ahí es que ni por la imaginación le pasa al ocuparse de su porvenir, y se le expide su libreta, para que, con la autorización gubernamental, pueda ejercer pública y libremente su oficio de meretriz bajo el amparo de la ley. Y, ¿por qué no reglamentar también en ese caso a los ladrones y a los asesinos, que tanto pululan en México, y que la miseria y la falta de moralidad hacen de ellos igualmente una necesidad social, y que pueden asimismo aumentar los ingresos de la tesorería municipal? Esto es ciertamente una notoria inconsecuencia del sistema empírico, de la legislación que nos rige, pero no hay la menor duda que, sancionado un solo vicio por la reglamentación y la protección de la ley, todos los demás vicios, cualesquiera que sea su naturaleza, tienen derecho a la misma sanción y amparo de la ley, pues que lo contrario implica tan poca lógica, como equidad en la manera de proceder.

Éstas son las horribles pero necesarias consecuencias que tenemos que deducir de la política empírica que nos rige desde tiempo inmemorial y que viene conculcando continuamente, con sus hechos torpes y desacertados, los principios más puros y luminosos del derecho y de la justicia, pues que la razón nos indica terminantemente que, en materia de criminalidad, las leyes en vez de ser correctivas deben ser preventivas, a fin de no castigar simplemente los crímenes, y dejar otra vez libre la posibilidad de su perpetración, sino nulificar de una vez para siempre todos los medios y ocasiones de su ejecución. Así es que si aquí en la capital se procurara, por ejemplo, la organización de un falansterio nacional, donde tanto los hombres, como las mujeres, encontraran cierto género de trabajo adecuado a sus gustos e inclinaciones, que les procurara la subsistencia, unido a esto, la distracción y amenidad que trae consigo la vida de comunidad social, en medio de

la cual, además de un sistema de moral, racional e independiente con que se les instruyera, encontrarían también allí toda especie de diversiones y placeres, como son el teatro, la tertulia, el baile, la gimnasia, la música y el canto, dirigidos en un sentido tal que inspiren la heroicidad y el civismo en todos sus actos. Estamos bien seguros que dicha institución, por sí sola, bastaría para extirpar de la sociedad la ignorancia, la embriaguez y la prostitución, que son los resultados inevitables de ese individualismo estúpido, que se ha desarrollado tanto en nuestra época a la sombra del absurdo sistema antifilosófico y antisocial del positivismo reinante.

Mas no insistimos en proponer proyectos de tal magnitud y trascendencia, aunque facilísimo en su ejecución, a nuestros actuales gobiernos, cuya ignorancia, inmoralidad y rutinarismo son necesarios en ellos, pues que, no porque los hombres que los forman se hallen en el poder, dejan por eso de pertenecer a esa sociedad ignorante y corrompida, que tratamos de regenerar por medio de la ciencia y de la moral natural, por ser todo gobierno el reflejo directo de la sociedad que gobierna. Así es que, continuando nuestro análisis filosófico, moral e histórico, acerca de la prostitución universal, y después de haber visto al pueblo hebreo engolfado en un sinnúmero de desórdenes carnales, y a los árabes beduinos, bestiales y sodomitas, nos encontramos con el Egipto. esa tierra clásica de la magia negra, del cinismo y de la impudicia, tan denigrada por los poetas. Por un solo rasgo puede juzgarse con exactitud su índole y costumbres: en ese país no se podía entregar a los embalsamadores egipcios los cadáveres de las mujeres sino después de tres días de muertas, o cuando ya comenzaba la putrefacción, porque, de lo contrario, era seguro que se cebaban en ellas, y aun muchas veces a pesar de estar ya infectas, como se dice de Periandro, tirano de Corinto, que quiso gozar de una esposa que tanto adoraba, aún después de su muerte.

Y no sin motivo se practicaba en Egipto, con las mujeres muertas, la resección del clítoris y de las ninfas, lo cual hasta hoy día se practica, pues, es más fácil quitar los órganos del vicio, que extirpar las malas costumbres. Es extraño ver ahí la pirámide de Cheops, construida, según Heródoto, por todos los amantes de la hija de ese rey, la cual no levantó ese monumento sino a fuerza de multiplicar sus prostituciones. Como nada igualó enseguida el lujo de los Tolomeos que reinaron en Alejandría, nada también sobrepasó en libertinaje. Bástanos citar a la famosa reina Cleopatra, que vio rendidos a sus plantas a dos grandes soberanos del mundo, César y Antonio, e intentó

subyugar a un tercero, pero fue desdeñada por Augusto. Ella llevó tan lejos su desmesurada lujuria que, se asegura, que se disfrazó en cierta ocasión vistiéndose de cortesana, para ir de noche a un mal lugar, y saciarse ahí con los asaltos de 106 hombres. (Véase la supuesta carta de Antonio al médico Soranus, de Efeso, sobre este acceso de furor erotomaniático.) ¿Para quién fue casta?, decía Photino, y ¿cuántos hombres no compraron con su propia vida un favor de esta reina de las coquetas, cuyo talento y hermosura apenas igualaban su excesiva disolución?, según Aurelius Victor.

Los vicios no han salido siempre de un mismo país. Bien sabido es que, a precio los jóvenes georgianos, mingrelianos y circasianos entran a la milicia de los mamelucos, actualmente en el Egipto, elevándose hasta la suprema dignidad de Pacás. Las alemas y las gawhasies, esas cantoras públicas del Egipto, por efecto de la depravación general, ofrecen más bien a sus adoradores cierta clase de placeres ilícitos, que goces usuales conforme a la naturaleza.

No solamente el *phallus*, o la representación del órgano generador, era llevado antiguamente en triunfo en las procesiones y fiestas egipcias por las mujeres, como nos lo refieren Heródoto y otros varios historiadores, sino que, también ellas, se lo agitaban públicamente a los hombres, y le tributaban un culto particular, como siendo el emblema del placer y de la fecundidad. Plutarco nos refiere que las mujeres egipcias se sometían por devoción a los caprichos libidinosos del chivo sagrado de Mendes y, hasta hoy día, según el testimonio de Denón en su viaje a Egipto, todavía las alemas cometen las mismas lascivias y bestialidades.

Todo el Oriente, la Siria, la Media, la Fenicia, la Caldea, Tiro y Sidón fueron presa de las impudicias más repugnantes. La naturaleza, tan fértil en esos felices climas, incita necesariamente a la voluptuosidad y al amor. Bajo el emblema del dios de la luz, los pueblos de esas naciones adoraban el principio de la vida y los órganos consagrados a su reproducción. Ya era un toro, o un chivo, cuyo ardor genital representaba la voluptuosidad, así como las imágenes del dios Pan o, más bien, Priapo y el phallus. Nadie ignora que las divinidades campestres, los sátiros, los faunos, y los silvanos, poseían atributos del chivo y de la lubricidad; símbolos de generación y de abundancia. Encontraremos las mismas ideas perpetuándose entre otros pueblos y edades posteriores, hasta llegar a los demonólatras de la Edad Media, cuyos hechiceros o brujos, al celebrar sus sabbaths nocturnos, se prostituían

a chivos misteriosos en medio del desenfreno infernal de la danza macábrica.

El placer fue personificado bajo el nombre de Adonis, entre los fenicios, y el cual no era más que el sol, como Venus, o Astarté, su amante, era la tierra abriendo su seno en la primavera, para hacer brotar todos los gérmenes que ese astro multiplica. Así es que el Edén, o paraíso terrestre, era un lugar de voluptuosidades, tal como hasta el día lo son los bellos jardines de los ricos magnates de la Persia, llamados edenes, esto es jardines en el idioma de los persas y, los cuales, lo tomaron sin duda alguna del griego *edoné*, que significa placer o voluptuosidad.

Lo mismo era respecto al dios sol, consagrado en Frigia bajo el nombre de Atys, y de los *ilyphallus*, sus emblemas, que subsistieron hasta la época del cristianismo. Venus, fue también adorada bajo el nombre de Milytta en la Babilonia, etcétera.

Tal fue el imperio de la voluptuosidad, que por más que diga Voltaire, las babilonias estaban obligadas por las leyes, una vez en la vida, de entregarse a los deseos lascivos de un extranjero en el templo de esa diosa, sin que les fuese permitido rechazar a ninguno de ellos. Sería fácil proseguir estas investigaciones sobre la prostitución de las jóvenes hasta entre los libios y otros pueblos del África que, estimaban tanto más sus bellezas, cuanto mayor número de adoradores habían sacrificado a su impudicia.

Se creerá quizá que en los países cálidos, en que la tierra brilla con una perpetua riqueza de producciones, y en las cuales la abundancia, [y] la desnudez habitual de los sexos, despiertan sin cesar ideas lúbricas. Sobre todo entre las naciones semicivilizadas ha podido ser así, por esto, se nos dirá también, es porque los serrallos y la clausura de las mujeres han venido ahí a ser indispensables, así como la práctica del eunuquismo, que es resultado necesario. Sin embargo, el Asia Oriental ofrece siempre un clima digno de Sardanápalo, de ese rey de la malicie, que proclamaba premios por la invención de nuevas voluptuosidades, después de haber agotado todas las de la naturaleza. Busquemos, pues, regiones más templadas y naciones tiempo ha ilustradas por todas las artes de la civilización y, no por eso, encontraremos en ellas costumbres más puras, lo cual nos demuestra, hasta la evidencia, que todas las acciones del hombre son necesarias, y que las pasiones humanas, si son unas mismas en todos los hombres, es porque ellas son los resortes o móviles ocultos de la manifestación y desarrollo eterno de Dios en la humanidad.

IV. De las diversas formas de libertinaje, entre los griegos y romanos

Siendo todas las acciones del hombre necesarias, y estando circunscrito dentro de ciertos límites que le tiene marcada su manera de ser, como una simple modificación o fenómeno que es el gran dinamismo de la sustancia universal, el hombre es libre, como el pájaro dentro de su jaula, porque ignora todos los móviles o resortes ocultos que determinan su voluntad en la realización de todos sus actos y, de consiguiente, no hay libre albedrío, ni acto voluntario, que no dependa de las influencias internas o externas que obran constantemente sobre el hombre, sin que él se aperciba de ello, y lo cual le ha hecho creer que es libre, pero cuya pretendida libertad no es más que una quimera, pues, como dice mi célebre y sapientísimo maestro Spinoza: "La libertad humana de que tanto se jactan y envanecen los hombres, no es más que la conciencia de su voluntad, y la ignorancia de las causas que la determinan".

Así es que, tomando en consideración este determinismo del ser humano, y que es común a los demás animales y a todos los seres o modificaciones del universo, vemos que fue imposible a los legisladores de Grecia y Roma, a pesar de su severidad draconiana, ponerlas a cubierto de la corrupción asiática y africana, cuyo inmundo contacto, influyó de una manera tan poderosa en pervertir la naturaleza casta y laboriosa de los primitivos habitantes de Grecia y Roma. Pero, como quiera que las pasiones humanas son unas mismas en todos los hombres, por diversos que sean sus temperamentos, climas y costumbres, de ahí es que, lejos de limitarse a sus dos modelos asiáticos, esos dos ilustres pueblos clásicos de Grecia y Roma nos parecen haberlos excedido en todo género de abominaciones, así como también fueron los más excelentes en virtudes sociales.

Según Ovidio, la pederastia, o amor masculino de los antiguos griegos, del cual es un paradigma el virtuoso Sócrates con el bello Alcibiades; se remonta hasta Orfeo, y a los rústicos tracios. Otros autores atribuyen a su origen a Thamyro, y al cretense Thalon, cuyo uso o costumbre fue muy bien aceptada en toda la Grecia, y aún autorizada por una ley, según dice Aristóteles, en la isla de Creta, a fin de prevenir un exceso de población que hubiera traído la miseria. Atheneo atribuye la pederastia no solamente a esos insulares cretenses, a quienes san Pablo llamaba vientres perezosos, sino también a

los calcidianos, en la Eubéa; igualmente se le atribuye a Laius, que hospedó en la casa de Pelops, sedujo y cometió un rapto con su hijo; Licontrón acusa asimismo al valiente Aquiles de haber asesinado, sobre el altar de Apolo, al joven Troilus, por haberse rehusado a sus torpes halagos. En fin, todas esas vergonzosas voluptuosidades, tan familiares a los tebanos y eleanos, según Plutarco, parecen justificadas por el ejemplo de las mismas divinidades paganas, como Júpiter y Ganímides, Apolo y Jacinto, Hércules e Hilas, no obstante ser estos dos últimos, según lo indica la etimología griega de su nombre, una bella alegoría filosófica de la unión íntima e inherencia sustancial de la fuerza con la materia, o sea del pensamiento y la extensión, que son dos de los atributos únicos comprendidos hasta ahora por la mente del hombre que constituyen o, más bien dicho, nos revelan toda la esencia eterna e inmutable de la divinidad, que es la sustancia constitutiva del universo, pero que, a pesar de su unicidad intrínseca, se presenta a nuestros sentidos limitados bajo la forma deceptiva e ilusoria de la diversidad múltiple, contingente finito y variable de todos los que llamamos seres, pero que no son sino modificaciones fugitivas y determinadas o, mejor dicho, las formas y eternas manifestaciones del absoluto e infinito, en el inmenso abismo de la sustancia universal.

Mas, continuando nuestra narración, diremos que Sófocles y Esquilo se atrevieron a hablar de este uso impúdico en sus tragedias representadas en el teatro de Atenas y, el viejo Anacreón, cantó también, en melodiosos versos, sus amores deliquios con el joven Bathilo. Las otras naciones, como los persas, dice Heródoto, recibieron este vicio de los griegos (véase a Ocello Rodriguinio, *Lecturas antiguas,* lib. XV, cap. IX). Otros atribuyen también el amor socrático como siendo extensivo a todos los demás filósofos y hombres ilustres de toda la Grecia y, el abate Winkelmann, en su *Historia de las antigüedades artísticas*, aún duda si ese amor griego de los antiguos no contribuyó a sublimar idealmente a los estatuarios en el arte de la escultura, y no nos parece carecer de razón, por más paradójica que parezca semejante opinión, cuando vemos en nuestros días a los italianos sobresalir en el mismo arte y que quizá sea por idéntico motivo.

Los misterios de Baco y las ceremonias sagradas de las *phallophorias*, o procesiones del *phallus*, fueron introducidas entre los griegos, dice Heródoto, cerca de ciento setenta años antes de la guerra de Troya, por Melampus, hijo de Amythaon. Las jóvenes *ityphallas*, o conductoras del *phallus*, o sea la efigie del miembro generador, ebrias de vino, y vestidas deshonestamente, recorrían todas las calles de la ciu-

dad cantando himnos obscenos. Grupos de *bacantes*, coronadas de pámpanos y yedra, semidesnudas, y con la cabellera flotando en desorden, ejecutaban danzas lascivas agitando sus *tyrsos* en compañía de hombres ebrios y disolutos, disfrazados de sátiros y, *arrecto pene*, daban al público las más inmundas de las bacanales y de las orgías en estas fiestas dionisiacas.

> El hombre más libertino, decía Teodoreto, no se atrevería nunca en lo secreto de sus habitaciones a prostituirse a las impudicias que ejerce desvergonzadamente ante el público en esas procesiones el coro de los sátiros.

Todos los padres de la iglesia han predicado con vehemencia contra semejante desmoralización.

Nadie ignora que el *phallus*, siendo el atributo general de las divinidades orientales, emblemas del Sol (Osiris, Baco, Adonis, Atys, Mercurio, como el *limgan* de los indos), o de la fecundidad de la naturaleza. Los habitantes de Lampsaco erigieron en culto al Priapo mismo y le sacrificaban el asno, como la especie de animal que le es más afeccionada. La isla de Colofan, Cyllene y una multitud de ciudades griegas recibieron el culto público de Priapo, bajo la forma de un término o Mercurio, hasta tal punto que se encontraban sus simulacros en todos los cantones de la Grecia, y a los cuales adornaban con guirnaldas de flores las doncellas griegas, como un homenaje de gratitud a la próvida y fecunda naturaleza.

Una nación tan viva y sensible como la Grecia, ¿podía no adoptar también con entusiasmo el culto de Venus, e iniciarse toda en ella en sus dulces y encantadores misterios? ¿Quién no conoce los lugares que había elegido la madre de los amores para sus diversas mansiones? Pafos, Cytheres, Guido, Chipre, Amatunte, Mileto, Corinto e Idalia y otros mil templos le fueron consagrados por todas partes. Desgraciadas de aquellas jóvenes vírgenes, cuyo menosprecio, altivez, o carácter esquivo, ultrajaba a esa diosa, porque eran cruelmente castigadas, haciéndolas sentir inmediatamente y circular por todas sus venas las llamas voraces de la impudicia, tales fueron las *propaetidas*, las primeras mujeres, dice Ovidio, a quienes la justa venganza de Venus obligó a prostituirse a todos los transeúntes (véase Ovidio, *Metamorphos*, lib. X, v. 238). Las hijas de Preatus, además de las milesianas, fueron castigadas también de su odio a Venus, y corrieron enteramente desnudas como locas ninformiacas por todas las ciudades del Peloponeso (véase a Eliano, Histor., lib. XII, c. XLII).

Según Eurípides, la misma causa hizo que Fedra viniera a ser la víctima infortunada de la terrible venganza de esa diosa porque, entre los antiguos, la *ninfomanía*, o furor uterino, pasaba por un castigo del olvido del culto de Venus, y tenía razón de ser una alegoría, pues es indudable que la suma abstención del coito en la mujer produce ese furor, o locura erotomaniaca, a consecuencia de la irritación cerebro-uterina que da lugar a esa manía erótica, provocada muchas veces también por la formación de ciertos animáculos microscópicos que, irritando esas partes tan delicadas de la mujer, originan esa excitación, febril y amorosa, que afecta por simpatía el cerebelo, y causa naturalmente el deseo insaciable de la fruición más voluptuosa, como un justo desquite de ese ultraje con que ciertas mujeres ofenden a la sabia y bondadosa naturaleza.

Safo no adquirió menos celebridad por sus errores lascivos que por sus talentos poéticos, y por el "vicio lésbico" que propagó por todas partes. La impudicia personificada bajo el nombre de Anaída y, representada bajo el emblema de una perdiz, a causa de que en esta especie de animales la hembra muchas veces es quien pica al macho, tenía un templo en Atenas. Bien sabido es que a la cortesana y bailarina Cotytlo se le erigieron altares en Atenas, y fue ahí divinizada bajo el título de Venus popular. Sus sacerdotes, nombrados *baptos*, celebraban con libertinajes nocturnos las solemnidades de esa diosa de la impudicia; dichos sacerdotes se embriagaban bebiendo tragos gordos en unos vasos que tenían la forma de *priapos*; y esos misterios eran de tal manera reverenciados en Corinto, Tracia, en la isla de Chio y en muchos otros lugares de la Grecia que, el poeta Eupolis, fue precipitado al mar por los *baptos*, solamente por haberlos criticado en una comedia.

Así es que la prostitución fue altamente honrada y cultivada por los antiguos griegos, y el oficio de cortesana nunca fue ahí considerado como deshonroso, pues que a los jóvenes de las mejores familias se les permitía, por sus mismos padres, el tener "amigas" (*etairan*), antes de contraer matrimonio. La historia ha celebrado a porfía no solamente a las más bellas mujeres, que encendieron las más funestas guerras, como a Elena, que fue el objeto de más de veinte raptos amorosos, sino, sobre todo, a Aspasia, esa espiritual querida de Pericles; a Lais, cuyos favores parecieron muy caros a Demóstenes; a Leoncia, amiga de Epicuro y Metródoro; a Glicera, modelo encantador de los pintores de Sicyone; a Friné, cuyos encantos sedujeron a todo el Areópago en pleno tribunal, pero que, sin embargo, no pudo vencer al filósofo

Xenócrates; a Thais, esa querida de Alejandro, que le hizo quemar en una orgía los palacios de Persépolis; a Rhodope que, del estado de esclava, vino a ser bastante rica para construir una pirámidie, etcétera. Las sacerdotisas de Venus en Corinto y las de Cytheres, que servían los templos, debían depositar el precio de sus primeros favores sobre el altar de la divinidad, para servir a la conservación de los sacrificios.

Los lugares de prostitución eran frecuentados por todo el mundo, pues que vemos aún al mismo Sócrates, a pesar de su austera moral, frecuentar a muchas cortesanas de su época, no solamente con el fin de conversar con ellas e instruirlas, sino también para el amor sensual.[3]

25. Otro positivista en la lid[4]

Respetando debidamente la ilustración del señor Villamar, director de *La Escuela de Jurisprudencia*, a quien no tengo el honor de conocer, no puedo menos de contestar el artículo inserto en su apreciable periódico, y que lleva por título "Otro metafísico en campaña", en razón a que dicho artículo se propone, aunque en vano, justificar el dictamen emitido por el señor don Alfonso Herrera, director de la Escuela Nacional Preparatoria, y cuyo dictamen me tomé la libertad de impugnar en el número 5 de este periódico *El Socialista*,[5] porque lo creí justo y conveniente, no obstante que se trataba de una persona tan recomendable por sus excelentes cualidades personales y por su saber como eminente naturalista. Pero, sin embargo, como quiera que éste es un asunto de interés público, puesto que se trata nada menos de la buena y sólida instrucción de la juventud estudiosa que se educa en ese colegio de su digno cargo, no sin gran pena, me vi obligado a refutar su informe que dio dicho señor director al ministerio de Justicia, y creo haber conseguido mi objetivo al demostrar: primero, que la creación de esa nueva cátedra de psicología en nada afectaba la ley orgánica de instrucción pública, ni implicaba en ella reforma alguna, por hallarse comprendida en el orden económico de la misma escuela, y la cual podía hacer esa adición por exigirlo así el nuevo texto que se cursa. Segundo, que no podía considerarse como un recargo de materias de estudio para los alumnos la enseñanza de una

[3] Al final se indica que continuará, pero ya no aparece en el periódico la parte restante del texto.

[4] *El Socialista*, México, 28.II.1881.

[5] Incluido en la tercera sección del libro.

ciencia cuyo conocimiento es un preliminar necesario para la comprensión del sistema de lógica que se ha adoptado; y, tercero, que no era posible que se incluyese el curso de la psicología en el de lógica, según propone el señor Herrera. Que el gobierno insistiese en su estudio, por no ser lo mismo el curso de todas esas materias según las trata Balmes o Bouvier, es decir, de una manera empírica y escolástica, que el del ilustre Tiberghien, que las ha formulado y desarrollado científica y racionalmente, constituyendo la autonomía propia de cada una de esas ciencias, pero relacionándolas y ligándolas entre sí en su vasto sistema, que es eminentemente armónico y solidario en todas sus partes.

Así es que, cuando el señor Villamar juzga exactas y verdaderas las objeciones opuestas por el señor Herrera, no puedo menos de suplicarle que se sirva refutar mis aserciones de una manera racional, en vez de decir desdeñosamente que mi impugnación no merece refutación alguna, pues creo haberla fundado en razón y justicia, lo cual me hace sospechar que el desdén del señor Villamar es una pura evasiva por ser mi impugnación irrefutable.

La parte más vulnerable que parece haber encontrado en ella mi contrincante es el haber dicho que el positivismo desdeñaba, o más bien eliminaba, el estudio de la psicología, por creerla una ciencia de pura imaginación, igual a la magia y a la astrología judiciaria, en la cual insisto, por más que el gran positivista Herbert Spencer haya escrito una obra intitulada *Principios de psicología*, pues, en dicho título que ese autor dio a su obra, no hay más que un equívoco de palabras, en razón a que el positivismo denomina psicología no a la ciencia del alma, cuya existencia llega, aunque tácitamente, porque todavía no la ha podido encontrar con el escalpelo del anatomista, y comprobar así su ser sustancial por medio de la experiencia material, sino a aquel conjunto o colección de datos empíricos, a que ha recogido y clasificado en el orden sensible queriendo trasladarlos, y confundirlos, con los del orden puramente intelectual, y en una especie de ideología sensualista, que ha sido fundada por el célebre [John] Locke, y perfeccionada por otros ideologistas de la misma escuela a la que el positivismo llama psicología indebidamente, puesto que la verdadera ciencia psicológica es aquella que trata del alma humana, de su origen, de los fenómenos que ella presenta en su estado actual, y de su destino futuro, y todo lo cual considera el positivismo como "puras hipótesis, concepciones a *priori* y entidades

quiméricas de la soñadora metafísica", y que carecen de todo valor real ante la ciencia positiva.

En comprobación de mi acerto, voy a citar una apreciación nada sospechosa a los positivistas cual es la que A. Bain hace acerca de la psicología o sea la manera como el positivismo considera a esta ciencia: "la psicología, dice, o la ciencia del espíritu constituye una provincia enteramente especial del estudio de los fenómenos naturales..." Es pues preciso conocer el organismo corporal que no se separa del espíritu, y este organismo debe ser estudiado en la última parte de la biología, que es la fisiología del hombre. He aquí, pues, al positivismo confundiendo, por espíritu de sistema, la psicología, que es la ciencia de la inteligencia pura, es decir, del alma, con la fisiología, que es la ciencia de los fenómenos de la vida material; y queriendo descubrir, por medio del estudio fisiológico de la estructura del cuerpo, las leyes del pensamiento, sus diversos estados y modificaciones. ¿Por qué pues, esta lamentable confusión? ¿Por qué usurpar a una ciencia el dominio de la otra? La razón nos lo dice claramente: por la falta de aplicación en el método. La verdad, aunque es una misma, sin embargo, exige diferentes medios para alcanzarla y, por esto, es que el positivismo, preocupado exclusivamente con el método analítico, instructivo y experimental de las ciencias físico-matemáticas, ha querido aplicarlo también a las ciencias intelectuales y morales, y el resultado ha sido necesariamente el error, pues que cada orden de conocimientos científicos requiere un método especial del que no es posible prescindir. La razón es el criterio único y absoluto de la psicología, así como la experiencia es el fundamento principal de la fisiología.

Por otra parte, el que Herbert Spencer haya tratado la cuestión psicológica bajo otro punto de vista menos materialista que otros positivistas, esto no sincera, absolutamente, el fondo común de la doctrina, puesto que ese célebre filósofo inglés, participando siempre del carácter peculiar de su raza, que aunque positiva es eminentemente religiosa, ha querido conciliar la metafísica con la filosofía, que como dice Littré: "Desde [Augusto] Comte han venido a ser enteramente distintas". Nadie ignora la teoría de Spencer sobre lo cognoscible y lo incognoscible, y sus vanos esfuerzos por conciliar lo inconciliable, como son la ciencia y la fe religiosa, mas esa tendencia es natural a Spencer, cuyo positivismo difiere en muchos puntos del de Augusto Comte, que es el sistema ortodoxo al cual debemos referirnos, por ser el íntegro y dominante, no obstante su desarrollo y perfeccionamiento

que le han dado sus adeptos, pero sin adulterarlo con otras doctrinas. Así es que, aún suponiendo que Spencer hubiese admitido la psicología en el mismo sentido metafísico de nuestra escuela racionalista, esto nada probaría en contra de mi acerto, y sí que era una inconsecuencia imperdonable en el fundador del neo-positivismo evolutista, si así puede denominarse su sistema. Pues que es un hecho que, cuando se le achacó ser positivista, él no solamente protestó contra semejante aserción, sino que procuró que los más eminentes sabios de entre sus compatriotas declarasen que la filosofía de Augusto Comte no había ejercido la menor influencia en la concepción de sus respectivas doctrinas. Hecho que, según parece, el señor Villamar ha olvidado, así como yo "desconozco", o ignoro, según dicho señor, la gran filosofía condecorada con el pomposo título de positivismo.

26. Racionalismo y positivismo[6]

Insistiendo el señor Villamar en su vana pretensión de justificar el procedimiento de la negativa verdaderamente inconveniente del señor Herrera respecto a la formación de la nueva cátedra de psicología, que debía haberse establecido en la Escuela Nacional Preparatoria, ha vuelto a publicar otro artículo en su periódico, *La Escuela de Jurisprudencia*, y cuyo artículo lleva el rubro "El positivismo y la psicología". Ahí comienza el señor Villamar indicando, por un rasgo de modestia que le es característica, que no trata de sentar plaza de positivista al haberse ocupado [en] días pasados en refutar la impugnación que hice del dictamen emitido por el señor Herrera sobre el punto que está en cuestión, sino que, solamente, lo hizo con el fin de colocar en su lugar a la verdad, de la cual ha sido siempre un amigo fiel.

Enseguida dice el señor Villamar que, en vista de ese ataque dirigido por él contra las razones que yo alegaba en pro de mis aserciones, volví a insistir en ellas, aunque con mejor éxito, según dice va a demostrarlo a renglón seguido. Veamos esas demostraciones.

Empieza el señor Villamar en dividir el asunto en dos cuestiones de órdenes diferentes: la una legal y la otra científica.

La primera, como debe suponerse, es la de que la formación de la cátedra de psicología en la Escuela [Nacional] Preparatoria no implica reforma alguna en la ley orgánica de instrucción pública. Y, la segun-

[6] *El Socialista*, México, 17.III.1881.

da, es que la filosofía positivista considera a la psicología como una ciencia puramente imaginaria, tal como la magia y la astrología.

Estas dos proposiciones que he sostenido, y demostrado racionalmente, parecen ilógicas y desreales, y al señor Villamar, quien pretende deducir de la primera, una vez aceptada o concedida, la mayor arbitrariedad en el terreno de las innovaciones más caprichosas y singulares pues, según dice dicho señor, bastaría, por ejemplo, que el profesor de física dijera que la acústica era incomprensible si los alumnos no conocían el solfeo, ni sabían tocar el oboe y el violín, para que el Conservatorio [Nacional] se transportase a la Escuela [Nacional] Preparatoria; así como también que el catedrático de geografía dijera igualmente que le era imposible hablar de montañas, volcanes y mares, si sus discípulos no llevaban conocimientos geológicos, para que, por una medida económica, se crease un curso especial de geología; y que bastaría, en fin, que el profesor de derecho patrio en la Escuela de Jurisprudencia dijera que no podía enseñar derecho mercantil si los alumnos no tenían conocimientos de contabilidad para que, en la misma escuela, se crease una cátedra de teneduría de libros.

¡Éstas si que son comparaciones exactas! Porque ¿qué similitud puede haber entre esos ejemplos puestos por el conocimiento y el estudio de la materia de que se trata? La acústica, en efecto, para ser estudiada no requiere ciertamente el solfeo, ni la ejecución del violín o del oboe, por ser la ejecución de estos instrumentos aplicaciones puramente particulares de las leyes generales del sonido tratadas, o adquiridas, por medio de esa ciencia que forma una parte de la física, así como también la geografía no es sino la ciencia descriptiva de la Tierra y de las naciones o países del mundo y, aún con todo eso, vemos siempre los tratados de geografía, geología, cosmografía, astronomía, etcétera, por ser indispensables para la posesión de esa ciencia. Y, por último, el derecho mercantil no siendo sino el estudio de las leyes referentes al comercio en el orden político y gubernamental, para nada necesita la teneduría de libros, que son sólo los medios prácticos para el mecanismo y regularidad del comercio. En tanto que el estudio preliminar o preparatorio de la psicología, como antecedente de la lógica, en el sistema de Tiberghein, es enteramente necesario y se halla en la misma relación en que puede encontrarse el estudio de las matemáticas, que siempre debe preceder al de la física y al de la química, a no ser que sólo trate de estudiar de un modo puramente recreativo su parte experimental.

Esta manera de razonar, poniendo ejemplos que no vienen al caso, es verdaderamente ilógica e inexacta, y, sólo el espíritu de sistema, es capaz de hacer ver los objetos de un modo enteramente distinto de como son en realidad.

Aunque el señor Villamar hace enseguida una enumeración de todas las materias de estudio que se cursan en el cuarto y quinto año de la Escuela [Nacional] Preparatoria, con el fin de probar que la adición del curso de psicología sería un recargo, sin embargo, atendida la importancia de esta ciencia para la comprensión de la lógica adoptada, que difiere totalmente de todas las demás lógicas, tanto por su método, como por el sistema que entraña, lo racional sería que se hiciese una modificación y, quizás, aún una supresión de alguna de las demás materias que son improcedentes, o quizás superfluas, en el sistema racionalista. Y, todo lo cual, no pasaría de ser una medida económica, que en nada podría afectar a la ley de instrucción, a no ser que suponga que, para cada caso excepcional que se presente, ya sea por la variación de textos, o por cualquier otro motivo, se tiene que introducir una nueva reforma, lo cual sería el colmo del absurdo.

Por otra parte, por más que a primera vista parezca inexacto, pero lo cierto es que la introducción de un nuevo sistema que se adopte tiene que modificar y remover radicalmente todo el orden de estudios y clasificación de materias en un plantel de enseñanza. Y la prueba de ello, la tenemos aquí cabalmente en el presente caso. En efecto, en el sistema positivista, cuya base es el sensualismo, claro es que el experimentalismo tiene que ser el método y el agente principal de todas sus investigaciones, y, por lo mismo, el cuadro de esos estudios es necesariamente enciclopédico, tal como lo organizó el laborioso señor Barreda, verdadero creador de la Escuela [Nacional] Preparatoria en ese sentido.

Mas debe de atenderse a que hoy la introducción de la nueva lógica ha venido necesariamente desquiciando el antiguo edificio positivista y, por lo mismo, esa variación de sistema exige una organización *ad hoc* pues, de lo contrario, resultaría un conflicto y una complicación, cuyos preludios ya comienzan a hacerse sentir con motivo de la cuestión presente. Así es que la ley no previó un caso semejante y, por lo mismo, al buen criterio y atingencia especial del ministerio correspondiente, y del director de la Escuela [Nacional Preparatoria], correspondía el dar una solución satisfactoria a este negocio, sin obstruir, ni poner trabas al desarrollo y amplificación de tan importante reforma.

Pasemos ahora a la segunda cuestión, esto es, a la cuestión científica. He dicho en mi artículo anterior que el positivismo negaba tácitamente la existencia del alma, porque no la había podido encontrar todavía con el escalpelo del anatomista, y comprobar así su ser sustancial por medio de la experiencia material pues, como se sabe, ella sola es la piedra de toque del positivismo y el único criterio que tiene para reconocer cierto número de verdades relativas.

Pues bien, esta aseveración ha parecido al señor Villamar enteramente falsa, y aún dice que

> no sabe a quién se podría engañar con esas ridículas invenciones, pareciéndole indigno que un profesor de psicología recurra en una discusión científica a falsedades tan burdas para combatir un sistema filosófico

y, enseguida, agrega que "no podría yo presentar un texto de ningún autor positivista en que esté contenida tan descabellada doctrina".

No podemos, ciertamente, negar al señor Villamar que, semejante doctrina, es bastante descabellada y absurda, y, por eso, combatimos cabalmente al positivismo, porque ese sistema es el que la profesa por principio y, aunque no la formula de una manera neta y explícita, no deja de estar contenida en los principios a que sirven de base, y ésta es la razón por la cual no podría yo, ciertamente. presentar el texto de ningún autor positivista que declarara terminantemente todos los abusos que se deducen lógicamente de su doctrina, por ser una escuela vergonzante. Mas, sin embargo, es tal la fuerza inflexible de la lógica, que no puedo menos de sacar la conclusión contenida en las premisas y, para que se convenza de ello el señor Villamar, lea la obra de Bain titulada *El cuerpo y el espíritu,* y algunas otras de Littré, y ahí verá la última y definitiva conclusión del positivismo, que es el materialismo puro. Pero, como quiera que tan absurdo sistema ha sido ya desde hace tiempo atacado y vencido victoriosamente, no por el espiritualismo, que es tan absurdo y exclusivo como aquél. sino por el racionalismo, que se apoya en la verdadera metafísica. De ahí que, el materialismo, ha tenido que disfrazarse nuevamente con el augusto ropaje de la ciencia para volverse a levantar arrogándose el pomposo y seductor nombre de positivismo y, por lo mismo. no sabemos a quién podría fascinarse hoy con la tesitura de sofismas ya refutados por la razón y el buen sentido de la parte ilustrada y pensadora de la humanidad.

Dice después el señor Villamar que "no es cierto que el positivismo no llame psicología a un conjunto de datos *empíricos* que ha escogido y clasificado en el orden sensible", según dije yo en mi artículo anterior, sino que,

> lo que dicho sistema positivista ha entendido y entiende por psicología, *es el estudio de las leyes a que están sujetos los fenómenos del espíritu,* leyes para cuya investigación no se necesita ciertamente el escalpelo del anatomista, ni la experimentación material en el sentido en que la toma nuestro impugnador. Si la psicología entendida de esta manera no se ocupa de dilucidar lo relativo *al origen del alma,* y a su *destino futuro,* y es porque cree que estas son cuestiones de fe, y no de ciencia, que deben basarse en principios perfectamente ciertos y demostrados.

¿Cómo puede negar el señor Villamar que la psicología positivista, si es que así puede llamársele a un verdadero análisis de fisiología o, más bien dicho, a una *teleología fisiológica,* no sea otra cosa que un mero catálogo de actos o fenómenos coleccionados en el orden sensible, que es el que únicamente reconoce el positivismo como cierto?

Y, cuando el positivismo, según la definición dada por el señor Villamar, entiende por psicología "el estudio de las leyes a que están sujetos los fenómenos del espíritu", ¿cree haber adelantado un solo paso y salido de la dificultad? De ninguna manera, pues, esa definición, aunque aparentemente distinta del concepto que yo le atribuyo, acerca de cómo el positivismo concibe a la psicología, en el fondo viene comprobándola, y justificando necesariamente mi aserto.

Efectivamente, cuando el racionalismo, que es la filosofía de la razón en contraposición a la de los sentidos, que es el sensualismo, trata de estudiar la naturaleza del alma humana, en sus diversos estados y manifestaciones, no se limita únicamente a crearse una psicología empírica como la del positivismo, que sólo ha formado una serie de estudios fisiológicos sobre las diversas maneras de acción del alma humana, consideradas inmediatamente, esto es, sin determinar su filiación real, y como partes de un todo, o como modos de una sustancia que desconoce y confunde con la vida orgánica, o que, por lo menos, declara modestamente inexcrutable, lo cual no es crear una filosofía, sino afirmar que la verdadera filosofía es imposible; sino que el racionalismo, por el contrario, partiendo de principios verdaderamente científicos, ha colocado a la psicología en el lugar que le corresponde. justipreciándola en su valor real y científico en el organismo universal de la ciencia.

¿Y cómo podría el positivismo poseer la verdadera psicología cuando sólo limita sus investigaciones a las leyes de los fenómenos, rechazando la investigación de todo principio absoluto que niega o que, por lo menos, juzga inaccesible al entendimiento humano?

Nuestro sistema, lejos de una limitación tan mezquina, y con la brújula matemática de la razón, ha podido al fin dar la solución a los grandes e importantes problemas del origen del alma y del destino humano, sin necesidad de apelar al *sobrenaturalismo teológico,* pues que éstas no son cuestiones de fe, como lo cree el positivismo, y lo afirma el señor Villamar, sino que son del dominio de la verdadera ciencia, que se halla apoyada sobre la razón y ayudada de la experiencia.

Conforme a los absurdos principios de su escuela, Bain ha dicho que "la psicología, o ciencia del espíritu, constituye una provincia enteramente especial del estudio de los fenómenos naturales", de la cual, solamente, no podría, en efecto, deducirse otra cosa que la autonomía de esa ciencia. Pero, como el señor Villamar no reparó probablemente en la continuación de la frase del mismo autor, que, por equívoco tipográfico, no fue puesta entre comillas en mi precitado artículo, y que dice: "es, pues, preciso conocer el organismo *corporal* que no se separa del *espíritu,* y este organismo debe ser estudiado en la última parte de la biología, que es la fisiología del hombre". De ahí es que, por eso, asegura, y con razón, que de sólo el párrafo anterior no puede concluirse que el positivismo quiera descubrir en la estructura del cuerpo las leyes del pensamiento y sus estados o modificaciones. Mas, una vez analizado el sentido de este último párrafo, la conclusión materialista es inconcusa.

Finalmente, parece haber causado una gran extrañeza en el ánimo de mi contrincante, el haber yo dicho que aún suponiendo el que Spencer admitiera la psicología en el mismo sentido que la admite la escuela racionalista, esto, en nada, sinceraría el fondo común de la doctrina, puesto que, a lo más, sería una inconsecuencia por parte del filósofo inglés, cuyo positivismo (si es que así puede llamarse su doctrina), difiere en muchos puntos de Augusto Comte, que es el sistema ortodoxo a que debemos referirnos, no obstante el desarrollo y perfeccionamiento que le han dado sus adeptos.

Así es, que, este modo de razonar, nada tiene de ilógico, pues, es evidente, que desde el momento en que un sistema filosófico se desvía de los principios fundamentales de su doctrina ya claudicó por ese

mismo hecho, pues, las modificaciones que sufre todo el sistema sólo tienden a su perfección y desarrollo, pero sin salirse jamás de los límites que le corresponden, porque, de lo contrario, dejaría de existir, o se transformaría en otro sistema diametralmente opuesto al primero.

La comparación puesta por el señor Villamar, respecto a las ciencias naturales, nada tiene de exacta, ni puede ser aplicable en el presente caso en atención a que no es lo mismo un sistema filosófico, cuyos principios fundamentales ya están constituidos definitivamente, a las ciencias naturales, que se hallan siempre en vía de experimentación, para construir, no ya sus principios básicos, inamovibles, que sirvan de punto de partida en todas sus investigaciones, sino en sus inducciones científicas, a fin de poder dar solución a todos sus problemas ulteriores.

Ya verá, pues, nuestro contrincante, la notable diferencia que hay entre el método racional, que es el instrumento de la filosofía, y el experimental, que es el de las ciencias naturales, y cuya lamentable confusión es la fuente u origen de las aberraciones del positivismo, cuya absurda doctrina, no podrá nunca resistir el severo análisis de la razón.

27. Algo más sobre el positivismo[7]

Todavía en el número 23 de *La Escuela de Jurisprudencia* hemos vuelto a encontrar otro artículo del señor Villamar, en que pretende siempre justificar al señor Herrera, y hacer prevalecer sus opiniones o juicios favorables al positivismo.

El artículo a que aludimos se intitula "Positivismo y metafísica", y sus razonamientos son tan fútiles que, difícilmente, podían convencer al más adocenado en materia de filosofía.

Tratando el señor Villamar de probar que la creación de la nueva cátedra en cuestión implica una reforma en la ley de instrucción, nos aconseja leamos el artículo 119 de la Constitución. Lo hemos leído, en efecto, pero, dicho artículo, según hemos visto, sólo se limita a decir que "Ningún pago podrá hacerse que no esté comprendido en el presupuesto o determinado por la ley posterior", de lo cual no puede inferirse, de ninguna manera, que no estuviera en las facultades mismas de la Secretaría de Justicia el ejecutar una modificación necesaria,

[7] *El Socialista*, México, 24.IV.1881

como es la de formar una cátedra especial de psicología, que ni aun podría considerarse como una nueva creación, sino, más bien, como una reforma o distribución económica de una materia que ha venido a ser indispensable, por razón de la sustitución de texto y de sistema verificada en la Escuela [Nacional] Preparatoria, en virtud de una ley o disposición posterior, dictada por el anterior ministro Mariscal, es decir, por una autoridad competente; y, en cuyo caso, la dotación de la nueva cátedra puede muy bien ser incluida en el presupuesto sin la menor infracción de la ley.

Sin embargo, encaprichado el señor Villamar en sacar avante la inconsecuente información o decisión del director de la preparatoria no vacila en violentar atrevidamente el genuino sentido de la ley y [en] sacar conclusiones peregrinas con la habilidad y destreza de un sofista.

¿Y, por lo que respecta a la cuestión científica, podrá encontrarse mayor terquedad que la de no querer reconocer que el materialismo es la conclusión lógica e inevitable del positivismo?

En efecto, para encontrar el materialismo puro en Bain o Littré no se necesita mucha penetración de espíritu, basta saber leer. Oigamos lo que nos dice este último autor que, como se sabe, es un erudito escritor positivista: "La palabra alma (dice Littré en su *Diccionario de ciencias médicas y filosóficas*) no expresa otra cosa que *el conjunto de las funciones del cerebro y de la médula espinal*, así como también el conjunto de las funciones de la sensibilidad encefálica, es decir, la percepción de los objetos exteriores, la suma de las necesidades y de las inclinaciones que sirven a la conservación del individuo y de la especie, y a las relaciones con los demás seres; las aptitudes que constituyen la imaginación; el lenguaje, la expresión, las facultades que forman el entendimiento, la voluntad, y en fin el poder de poner en juego el sistema muscular, y de obrar así sobre el mundo exterior" (véase el diccionario de Littré, artículo "Alma").

He aquí al célebre positivista francés, y que es el representante más caracterizado de la escuela de Augusto Comte en Francia, deduciendo netamente el materialismo puro de los principios de su maestro, que no son otros que los mismos de Locke y Condillac, es decir, el sensualismo combatido ya tantas veces por el racionalismo desde tiempo inmemorial, pero que siempre ha reaparecido bajo distintas formas, porque aún no había recibido el golpe de gracia con que hoy tiene que vencerlo completamente la moderna escuela racional de la verdad íntegra y del buen sentido.

Nadie dudará al leer las anteriores líneas, que la definición que da Littré del alma, o lo que es lo mismo, la manera cómo la escuela positivista la define, en nada difiere de la que ha emitido el materialismo por órgano de Cabanís, La-Métric, Holback y demás adeptos y campeones de la misma escuela y, sin embargo, de tan clara evidencia el señor Villamar viene diciendo terminantemente en su artículo "que jamás Bain ni Littré han proclamado el materialismo como consecuencia de los principios en que descansa la filosofía positivista".

Pero semejante afirmación es una solemne paradoja digna tan sólo de un sofista, cuyo papel, a lo que parece, gusta mucho de representar el señor Villamar, no obstante que ya pasaron aquellos hermosos tiempos de Grecia y Roma en que Protágoras, o un Pródicas, sostenían con intrepidez las mayores paradojas ante un público ávido y curioso de esos progimnasmas intelectuales, verdaderos factores de escepticismo y de la duda universal.

En efecto, no es posible que el señor Villamar deje de comprender que todo sistema de filosofía, cuyas doctrinas ideológicas estén basadas sobre el sensualismo, tiene que venir a parar al materialismo, siempre que sea consecuente a los principios en que se apoye, porque la fuerza de la lógica es irresistible y, por una ley fatal de la misma razón, el entendimiento humano tiene que deducir lógicamente la consecuencia necesaria que se halle contenida en sus premisas. ¿Y sería posible que sólo el positivismo pudiera eludir esta ley, y viniese a ser una excepción de la regla absoluta y eterna de la lógica?

Aunque habíamos dicho ya en uno de nuestros anteriores artículos que no era posible presentar a ningún autor positivista que negase explícitamente la existencia del alma, por ser el positivismo una escuela vergonzante, hemos tenido sin embargo la fortuna de encontrarlo en el sabio Littré, cuyo positivismo nadie puede poner en duda ciertamente. Tan fuerte así es el irresistible impulso de la lógica siempre que se es consecuente a los principios de que se parte en toda especulación filosófica.

A decir verdad, Augusto Comte, Littré, Stuart Mill, Bain, Lorves y Beneke en sí mismos no son materialistas y, sin embargo, su filosofía positiva es el materialismo puro. Éste no se ha de buscar precisamente en los principios que establece esa doctrina, sino en la consecuencia que de ellos se deduce lógicamente.

No obstante que el positivismo rechaza aparentemente las decisiones exclusivas emitidas por el materialismo adopta, sin embargo, el principio sensualista de la ciencia de Locke y Condillac de que "nada

hay en el entendimiento que antes haya estado en los sentidos" y, conforme a este principio exclusivo y absurdo, en buena ideología, su doctrina tiene que incurrir necesariamente en los dislates mayores al pasar al terreno ontológico de los hechos prácticos.

Así es que, si todas nuestras ideas vienen de los sentidos, claro está que no podemos representarnos nada sino bajo formas materiales, y como no se concibe, según ese sistema, lo que sería una idea que no representa su objeto, se sigue que todas nuestras ideas son puramente materiales, o como dice Condillac, son sensaciones transformadas.

Ahora bien, una vez adoptado ese principio de Epicuro, fácil es deducir todas las consecuencias que de ahí emanan necesariamente, siempre que se proceda con rigor lógico y [con] la consecuencia exacta que deben caracterizar al verdadero filósofo, el cual nunca debe de detenerse ni de retroceder ante los resultados que se originen de los principios que establezca.

Según la doctrina sensualista, que sirve de base al positivismo, todo ser es necesariamente material; los fenómenos inferiores no son sino resultados de la organización natural del cuerpo humano; el objeto conmueve al órgano; el movimiento se comunica por los nervios del cerebro y de aquí al corazón; el corazón, oprimido bajo la presión, hace esfuerzo para librarse de ella y envía el movimiento al exterior. Así es como explica la sensación y la reacción voluntaria. De la sensación diversamente transformada nacen la memoria, la imaginación, y todas las que se llaman facultades intelectuales. Las sensaciones acumuladas en el cerebro se combinan de mil modos diferentes, y así es como se forman las ideas de composición, de abstracción, de comparación y en una palabra todas las ideas posibles.

Tal es el principio sensualista que forma la base de la doctrina de la escuela positivista, aunque más o menos modificada por los trabajos y las observaciones científicas de Stuart Mill, de Bain y otros célebres partidarios del mismo sistema, que lo han ilustrado y enriquecido con importantes descubrimientos modernos.

Podemos añadir también que el positivismo ha reproducido las ideas de Epicuro y de Demócrito, formuladas metódicamente por Gassendi en la Edad Media, sobre la organización del universo, es decir, la teoría atomística o corpuscular, ideas que no son menos la consecuencia del mismo principio sensualista que todas las demás.

He aquí el materialismo puro, deducido no arbitrariamente, como supone el señor Villamar, sino lógicamente, de los principios fundamentales del positivismo.

Ahora, reduciendo la doctrina positivista a sus verdaderos términos, resulta que para ella el cerebro es el alma, por ser el órgano que produce el pensamiento, así como hay otros órganos tales como el hígado y los riñones, que secretan la bilis y la orina, que todas las ideas son materiales, que todo aquello que no podemos ver con nuestros ojos y palpar con nuestras manos no existe sino nominalmente y, finalmente, que la conciencia no es más que una cierta conmoción especial de los nervios producida por la memoria y la reflexión.

Si queremos ir más lejos en las inducciones rigurosas de esta doctrina, encontraremos: que para ella la moral es una parte secundaria de la higiene; que lo justo y lo injusto, no siendo sino transformaciones de la sensación son puras palabras, es decir, nada; que el sólo bien y el sólo mal son el placer y el dolor, y que, de consiguiente, el único principio que debe normar toda nuestra conducta en la vida práctica es buscar el placer y evitar el dolor, que es la moral de Epicuro.

Yendo más lejos aún, el positivismo proclama en política el principio utilitario más absoluto y el derecho de la fuerza para establecer el orden social. Es partidario de [Thomas] Hobbes.

Así pues, resulta definitivamente que, el positivismo, sensualista en ideología, ateo en religión, y absolutista en política, no es otra cosa en sustancia sino el materialismo puro, pero disfrazado y revestido con el augusto ropaje de la ciencia, por más que el señor Villamar lo niegue y sus prosélitos traten de vindicarlo, pues que la razón los condena.

28. Estudios de filosofía social[8]

CAPÍTULO I

Definición psicológica del hombre

El sistema de filosofía que vamos a exponer y desarrollar, porque esta es la misión de nuestro siglo, no es una simple teoría abstracta y nebulosa, es el sistema científico del universo, es la filosofía solidaria y natural de la humanidad.

Partiendo, pues, del hombre individual, para proceder con criterio y método, tenemos que mostrar enseguida, el lazo necesario, estrecho y solidario que liga al hombre con la humanidad.

[8] *El Socialista*, México, 22 [illegible] II, 26 II y 9 V 1883.

ies, al hombre tal cual es considerado hoy por la
ombre de los teólogos antiguos, sino al hombre de los
dernos; es decir, al hombre comprendido o conside-
lutamente distinto de todos sus semejantes; concebido
como existiendo realmente, en clase de entidad, y
iente de la humanidad total, sino de una fracción
humanidad; aislado en el tiempo, sin tradición como
lado en el espacio, sin familia, sin patria ni propiedad;
una palabra, libre de toda solidaridad y de toda
atural o divina; independiente, existente por sí mismo,
ente sólo la sustancia o, lo que es lo mismo, la divini-
uso del tecnicismo teológico, o bien usando de la pala-
para aquellos que no quieren admitir la noción teística
or de la teología, refiriendo todo al hombre y, por con-
indolo todo de él sólo: su certidumbre, su derecho, su
A este ser, pues, por individual que se le suponga, es al
convertirlo, por decirlo así, en humanidad.
un ser semejante?, me diréis. Preciso es, pues, definirlo.
rea que lo definamos, desde luego, diciendo que es "un
mado por la razón y unido a la humanidad", porque, si
os así desde el principio, nos sería muy fácil, es cierto,
mos en un círculo vicioso al hacerlo de esta manera. No
uno exclamaría que el hombre no es más que un ani-
alista); otro sostendría (el espiritualista), por el contrario,
inguna relación entre el hombre y el animal, y que, el
na inteligencia; y otros, en fin (los criticistas), se reirían
ablecidas en filosofía los universales, tales como la

nos, pues, de hacer?
pensamos que este ser así concebido, este hombre de
modernos, está todavía revestido del carácter de la natu-
a. Por abstracto que estos filósofos lo hayan imaginado.
el hombre de quien han querido hablar. Luego, en este
inación, debe encontrarse la verdad que buscamos. La
uraleza del hombre debe pintarse en este hombre, por
ado que se le suponga.
nos, por tanto, a los filósofos, pues, que habiéndose figu-
mbre, y estudiándolo bajo ese mismo punto de vista tan
eflexiones han debido tener por objeto conocerlo en ese
tracción en que lo habían colocado, para definirlo.

Es, en efecto, a lo que ha tendido y se ha aplicado constantemente toda la filosofía moderna desde Descartes o, por lo menos, toda la metafísica ha tenido por objeto estudiar la naturaleza misma del espíritu humano y, por consiguiente, formarse cierta idea y dar cierta definición de ese hombre solitario e individual de que vamos también a ocuparnos a nuestra vez.

¿Qué ha hecho, pues, Descartes, decimos, al ponerse a sí mismo por experiencia, haciéndose retraído y solitario, y aislándose de toda tradición al aislarse de todo el universo? Ha estudiado al hombre en sí mismo, al ser abstracto hombre. ¿Y qué han hecho después de Descartes los pensadores lanzados por él en el problema psicológico, en el problema del origen y de la certidumbre de nuestras ideas? Todos ellos han tomado, como él, por objeto de sus investigaciones al hombre separado de la humanidad. Locke, ¿no retrajo al hombre de la humanidad, tan completamente por lo menos como Descartes, su rival, cuando imaginó que el hombre, antes de recibir sensaciones del mundo exterior, no era en esencia sino una tabla raza, sin inneidad, ni espontaneidad alguna? [Nicolás] Malebranche, discípulo neto de Descartes, con su visión en dios llega con poca diferencia a las mismas consecuencias que su maestro. Leibniz, sectario de la misma escuela cartesiana, aunque más profundo y universal que sus demás correligionarios, estaba dotado sin duda de un sentimiento de la relación y de la coexistencia de todas las cosas, pero se le escapó la concepción de la verdadera noción de sustancia y se divagó con su infinidad de "mónadas". [George] Berkeley, deduciendo un sistema de idealismo puro, en contraposición al sensualismo de su maestro Locke, y, finalmente, [David] Hume, concluyendo de sus diversos trabajos un escepticismo universal, todos han trabajado sobre el hombre solitario cuya definición buscamos.

El insigne [Baruch] Spinoza ha sido de todos los filósofos el único que, de su concepción sobre la sustancia divina, ha deducido lógicamente la verdadera noción de la vida universal y su eterna inmanencia en esa entidad sublime y solidaria de la humanidad.

¿Y qué es lo que han hecho enseguida Kant y sus sucesores en Alemania (a excepción de Fichte, Schelling y Hegel) si no es atenerse al puro régimen de la psicología, pero sin relación al orden general del universo y por consiguiente de la humanidad?

Es siempre el yo individual, siempre el hombre solitario, al que han sometido al estudio, es decir, lo que queda del hombre y conserva en

su ser después que se ha ensayado aislarlo del mundo y de la humanidad.

Lo que esos autores han hecho es, precisamente, el estudio de que vamos a ocuparnos y que nos es necesario.

Ellos han dado, cada uno a su manera, cierta definición de ese ser solitario, de ese individuo que consideraban como constituyendo por sí solo todo el espíritu humano, dándole, en efecto, esta denominación en sus libros.

Sí, ciertamente, hace ya más de tres siglos que los metafísicos, los filósofos, moralistas, políticos y teólogos discuten sobre lo que podría llamarse el hombre sin la humanidad: *prolem sine matrem creatam*. He aquí más de tres siglos, en efecto, que la metafísica ha sido pura psicología.

Pero estas grandes labores intelectuales debían venir a parar a alguna cosa, esta lucha prolongada de las escuelas debía tener algún resultado, y lo tuvo, en efecto, como lo veremos enseguida.

¿Qué importan pues los errores a los cuales ha podido dar lugar esta abstracción del hombre arrancado violentamente de la humanidad por los filósofos? ¡Qué importa que Descartes, el primero, se haya engañado, no encontrando en este ser así abstraido de la humanidad más que al espíritu, es decir, la razón o el conocimiento! Gassendi no estaba ahí contemporáneamente en rivalidad con Descartes, para oponer la carne al espíritu, y para reclamar a favor de la sensación. Y si Locke, reproduciendo a Gassendi en más estudio, pero también con menos extensión, ha llegado a ser, en sentido contrario de Descartes, tan exclusivo como él, y a no ver en el hombre así abstraído de la humanidad más que la sensación. ¿Leibniz no estaba ahí oportunamente, al mismo tiempo que Locke, para oponer a la fórmula: *Nihil est in intellecto quod non prius fuerit in sensu* ("nada hay en el entendimiento, que primero no haya estado en los sentidos"), su célebre e invencible reserva: *Nisi ipse intellectus* ("sino el mismo entendimiento")? Así pues, he ahí dos caracteres que el aislamiento en que los filósofos han colocado al hombre, para llegar a conocerlo, no ha podido hacer perderlo enteramente.

Pero el mismo [Gottfried Wilhelm] Leibniz, a pesar de sus divagaciones filosóficas, no había percibido también un tercer carácter del hombre o del espíritu humano, inseparable de los otros dos; y su fórmula psicológica de la sensación, de la apercepción y de la noción en todo fenómeno de la vida, no es el germen que dio nacimiento a la

más brillante dilucidación de la psicología moderna y a la adaptación definitiva de la antigua fórmula de la trinidad del alma humana.

Podemos, pues, apoderarnos legítimamente, desde luego, del resultado de todos los trabajos de los psicólogos de dos siglos a esta parte, y decir a este ser solitario que se llama hoy hombre, y que se considera completo en sí mismo, lo que es psicológicamente, a fin de llegar enseguida a hacerlo comprender su ser moral, política y religiosamente.

Nos armamos, pues, de este dato importante y decimos que el hombre, por individual, por solitario, y por abstraído de la humanidad que se le imagine, es por su naturaleza y por su esencia, sensación, sentimiento, conocimiento, indivisiblemente unidos, como decía con tanta precisión la escuela de la perfectibilidad humana.

CAPÍTULO II

Utilidad de la definición psicológica del hombre

Henos aquí desde luego, desembarazados de todas las dificultades de la psicología, por medio de una sola definición que hemos dado acerca del hombre. Henos ya fuera de todos esos ensayos, por los cuales se ve uno forzado a comenzar de ordinario en toda investigación sobre la moral y sobre la política.

Nos atrevemos a decir que, gracias a los trabajos bien comprendidos de todos los pensadores que han estudiado el espíritu humano desde hace tres siglos, tenemos ahora una luz que ellos no tenían, pero que buscaban. Guiados por esta luz, podemos ya abordar el terreno de la verdadera vida del hombre: la moral, la política y la social. El hombre de los psicólogos, en efecto, no es más que una abstracción, que sólo sirve para el estudio y para la teoría, pero que es imposible realizar, como lo ha mostrado ya la secular experiencia que llevamos desde la filosofía griega hasta la Revolución Francesa y, desde este interesante y significativo episodio político, hasta los más brillantes ensayos de reforma social, implantados vanamente para poner en juego las doradas utopías de algunos potentes soñadores. Pero lo que es realmente, lo que vive, lo que existe, es el hombre en sociedad con el hombre; verdad grande y trascendental pero que, todos los filósofos, moralistas y legisladores no han tomado para nada en consideración al escribir sobre sociología o al legislar sobre los pueblos.

Sin embargo, de esta lamentable omisión tenemos que dar el verdadero conocimiento del hombre, considerado abstractivamente, y que el cual es de tal manera necesario que, sin dicho conocimiento, el resultado tendría que ser necesariamente error, y la desviación sobre cualquier punto de sociología, puesto que, esta ciencia, bien delicada por cierto, no debe ocuparse de vanas abstracciones, ni de pretender reducir a un puro mecanismo material los fenómenos de la sociedad humana, construida por seres físico-morales, sino que debe estudiar y comprender en su verdadera esencia natural al hombre viviente, que es el hombre social.

Por ese espíritu sistemático y de secta es por el que tantos grandes ingenios se han engañado y extraviado completamente en sus consideraciones sobre la moral y sobre la política al tratar sobre la ciencia sociológica, que han pretendido reducir o a una simple teoría espiritualista, o a un grosero mecanismo de autómatas, y, cuando creían presentar la solución razonada del gran problema social, sólo han revelado la impotencia radical de su absurdo empirismo, nulificándose ante los mismos hechos y arrojar mayor confusión sobre aquello mismo que pretendían aclarar y resolver satisfactoriamente.

¡Qué ingenio mayor hubo en la antigüedad que Platón, ese metafísico por excelencia, y el único de su tiempo que emitió la verdadera y legítima fórmula psicológica del hombre, cuyo conocimiento nos revelan sus escritos! Pero, si bien es cierto que conoció dicha fórmula, así como lo habían conocido antes que él los pitagóricos, sus maestros, también lo es que aún en filosofía hizo de ella un uso erróneo, dando siempre a uno de sus términos cierta predominancia exagerada, y que destruía implícitamente la fórmula misma. Bien sabido es que, para Platón, el hombre es sobre todo conocimiento. ¡Lamentablemente exceso de espiritualismo!, que ha truncado, por decirlo así, el verdadero tipo humano del hombre, subordinándole los otros dos términos de sensación y sentimiento al tercer término conocimiento, en lugar de unir a los tres indisolublemente, como lo exige la propia naturaleza humana bien comprendida.

¿Y, qué resultó de esta mutilación, o más bien dicho, de esa disociación de términos? Lo que resultó fue cabalmente el que ese gran filósofo de intuición hubiera hecho un mal uso de esa sublime fórmula antropológica, desbarrando lamentablemente en moral y en política. Así es que vemos en su *República*, por ejemplo, y que a decir verdad es la más bella concepción del espíritu humano, conclúyese de dicha

fórmula, así desnaturalizada ya por él, la desigualdad eterna y necesaria de los hombres, pues, su división radical en tres castas, de artistas, industriales y sabios, corresponden netamente a esos tres términos ya enunciados: sensación, sentimiento y conocimiento; y, sacrificando todo al conocimiento, es decir, a los sabios, entrega las castas de la sensación y del sentimiento o, lo que es lo mismo, a los industriales y a los artistas o guerreros a la casta del conocimiento, que la forman los sabios o sacerdotes. Como se ve, en dicha organización social de la república platónica no se encuentra ningún progreso real sobre las teocracias orientales, más que en un solo punto, y es el que Platón suprime el hecho del nacimiento como determinación de la casta, aniquilando así la familia natural, a fin de legitimar ante la razón la constitución misma de las castas; y, aunque esta supresión de la familia individual es ciertamente la única base posible de una verdadera sociedad, sin embargo, no basta por sí sola a remediar el mal. Por tanto, lo que resulta en definitiva de su sistema no reformado es, sin duda alguna, la teocracia y hasta el despotismo.

Entre los modernos, [Thomas] Hobbes, filósofo inglés y [Nicolás] Maquiavelo, italiano, eran seguramente grandes pensadores y muy eruditos pero, de la fórmula antropológica no conocían más que el primer término, sensación. Eran, pues, sensualistas puros.

Hobbes, particularmente, que se ha ocupado con especialidad de psicología antes de ocuparse de política, y que fue el brillante predecesor de [John] Locke y de todos los demás filósofos sensualistas, se guiaba racionalmente según este primer término, sensación, que había venido a ser para él toda la fórmula del espíritu humano. Así, pues, a los ojos de Hobbes y de Maquiavelo ¿qué cosa es la sociedad humana?, una agregación de seres puramente sensibles. He ahí un rebaño de brutos, he aquí al género humano compuesto de animales que tienen necesidades e instintos que los unen o los dividen, pero, no siendo en esencia otra cosa que materia sensible, en virtud de su organización especial. La conclusión es lógica. Maquiavelo, sobre todo que se ocupa de práctica y de acción, concluirá de la teoría sensualista el gobierno por la fuerza y por la astucia (león y zorro). Hobbes que es más bien teórico, concluirá teóricamente el despotismo, y aniquilando al hombre ante la ley encarnada en el rey, hará del género humano, para su mayor ventaja, su rebaño de esclavos. ¡Y, cuántos políticos, especulativos y prácticos, no miran las cosas humanas como Maquiavelo y como Hobbes, porque ven al hombre psicológico al través del mismo lente sensualista que aquellos dos filósofos!

He ahí a [Jean Jacques] Rousseau, a su vez, el político del sentimiento, el célebre autor de *El contrato social*. Él siente en su corazón que el hombre ha nacido libre, o debe ser libre, y lo ve por doquier entre cadenas. Quiere buscar, si no hay alguna forma de administración legítima, es decir, propia a restituir esa libertad natural del hombre. Pero ¿qué idea de psicología tiene Rousseau del hombre? El hombre para él, desgraciadamente, no es más que un sentimiento, una fuerza, una voluntad, un yo. De ahí resulta que todos los hombres le aparecen como otras tantas fuerzas o individualidades separadas, no solamente iguales, sino idénticas, que no pueden ser unidas en nada más que por contrato. Pues que ningún hombre, dice, tiene una autoridad natural sobre su semejante, y pues que la fuerza no produce ningún derecho, quedan pues las convenciones por base de toda autoridad legítima entre los hombres (véase *El contrato social*, cap. IV). ¿Cómo unir, en efecto, a todos esos hombres que son todos fuerzas iguales, idénticas, existiendo bajo el mismo título, homogéneos en una palabra, porque no son todos más que una sola cosa, una voluntad, un sentimiento? Es evidente que no hay más que el contrato, sobre el pie de la igualdad por cabeza, que puede hacer venir a parar a una resultante estas fuerzas homogéneas. Rousseau, pues, pone manos a la obra, teniendo a la vista, y tomando en consideración, los debates de las antiguas sociedades, en las cuales, mientras que el esclavo, que no era contado como hombre, ejercía las funciones industriales, los ciudadanos se reunían en la plaza pública, como otras tantas fuerzas iguales, idénticas y homogéneas, a depositar su voto en la urna de escrutinio. Rousseau generaliza esta situación de fuerzas o de individualidades homogéneas e idénticas: "Cada uno de nosotros, dice, pone en común su persona y toda su potencia bajo la suprema dirección de la voluntad general, y recibimos en cuerpo a cada miembro como parte indivisible del todo" (véase *El contrato social*, cap. VI). Pero, para que cada miembro haya abdicado su soberanía natural, para no conservar sino una parte de su soberanía, a pesar de número. Rousseau lo reconoce: "A fin pues, dice, de que el pacto social no sea un vano formulario, contiene tácitamente este compromiso, que sólo puede dar fuerza a los otros, y que cualquiera que rehusara a obedecer la voluntad general sería ahí obligado por todo el cuerpo, lo cual no significa otra cosa sino que se le forzará [a] ser libre, porque tal es la condición de dar cada ciudadano a la patria la garantía de toda dependencia personal. Condición que hace el artificio y el juego de la máquina política que, por sí sola, hace legítimos compromisos civiles, y los cuales, sin eso, serían absurdos, tiránicos y sujetos a los más enormes abusos" (*El contrato social*, cap. VII). Así es que, gracias a esta máquina política, he ahí de nuevo al hombre esclavo, y esclavo de todas maneras.

Epicteto, esclavo, conservaba al menos la libertad de su inteligencia, pero, el ciudadano de Rousseau, empeña también en *El contrato social* hasta su inteligencia. El ciudadano de Roma quedaba libre cuanto a su derecho familiar; la familia y la propiedad existían para él independientemente de la ciudad, *civitas*. El ciudadano de Rousseau empeña todo en el contrato, viene a ser parte del soberano en todo y, solamente así, es como puede ser libre. No es pues realmente libre, sino en su voz y voto. Promulgada la ley, es esclavo. Pero, habrá siempre en la confección de esta ley, una mayoría y una minoría. Pues bien, responde Rousseau: ¡La minoría será esclava! Es el único medio que tiene el hombre de ser libre, he ahí el artificio y el juego de la máquina política, por cuya manera se forzará a los hombres a ser libres. Así es que todas nuestras ideas, todos nuestros sentimientos y todos nuestros actos serán o podrán ser gobernados despóticamente por el soberano, es decir, por la mayoría. "Sí, vuelve a decir Rousseau, no hay otro medio para nosotros de ser libres, porque los hombres son cada uno una fuerza, una voluntad, una libertad, un yo independiente, y os desafío a que armonicéis a estos yo homogéneos, si no es por una convención de este género".

Así es que, de la misma manera que Platón, llegó al despotismo por el conocimiento, y Hobbes y Maquiavelo por la sensación, Rousseau llega también a la misma conclusión del despotismo por el sentimiento.

Y, en efecto, no considerando al hombre psicológicamente sino como una simple voluntad (sentimiento), o no considerándole más que como una mera pasividad (sensación), o no considerándolo, finalmente, sino como una pura inteligencia (conocimiento), es decir, sacrificando dos aspectos de su naturaleza al tercero de ellos, se tienen, no seres semejantes, sino seres homogéneos, que nada liga, y, entre los cuales, no hay otra medida común más que la abstracción que se ha conservado de ellos, sea conocimiento, sea sentimiento o sea sensación. Luego, o subordinaréis estos seres los unos a los otros, bajo la relación admitida por vosotros, y así tendréis desde luego al despotismo, o bien, los igualaréis a todos, cualquiera que sea la desigualdad natural, que entre ellos, aún bajo esta relación, y, en este último caso, tendréis necesariamente lo contrario de toda sociedad, que es el individualismo o, lo que es lo mismo, el egoísmo. Pero si queréis, no

obstante, armonizarlos y unirlos bajo esta condición, no lo podréis, ciertamente, sino en virtud de un contrato, a modo del que fue imaginado por Rousseau, y crearéis, por consiguiente, una mayoría omnipotente en todo, lo cual es todavía el despotismo y, lo que es más, el peor de todos los despotismos.

Así es que las tres mayores tentativas de una teoría política, fundada sobre la filosofía, son radicalmente falsas, a consecuencia del error del dato psicológico que las ha inspirado y que, sin embargo, han servido hasta ahora de base, bajo distintas formas y denominaciones, a los diversos sistemas de política que se han preconizado como otros tantos descubrimientos de la pretendida ciencia legislativa y de la economía política, cuya radical impotencia y miserable empirismo se hace sentir en nuestra época, de una manera tan lamentable, en la precaria situación que guardan las clases sociales, sin que se haya encontrado hasta ahora la manera de remediar su mal estado, siendo en verdad cosa sencilla y de fácil aplicación.

El hombre no es solamente un conocimiento, se puede objetar a Platón. Luego, vuestros sabios no tienen derecho. Luego, vuestra teocracia no es legítima.

El hombre no es solamente una sensación, se puede responder a Hobbes y a todos los materialistas. Luego, vuestro derecho del rey o del más fuerte no está autorizado por la naturaleza humana. Los hombres tienen necesidad de ser ilustrados, porque son inteligencia, al mismo tiempo que sensación. Tienen necesidad de consentir, porque son sentimiento al mismo tiempo que sensación e inteligencia. La moral y la paz deben salir de ellos y estar en ellos. La sociedad se ha hecho para ellos, es cierto, pero son ellos quienes la hacen. Ella no existe fuera de ellos, en cuanto que ellos mismos son esta sociedad realizada y responsable. Ellos son responsables como seres sociales y, por consiguiente, no pueden ser legítimamente esclavos.

En fin, se puede responder a Rousseau: el hombre no es solamente una voluntad. Luego, veinte voluntades no pueden nada contra diez. El hombre es inteligencia. Luego, no puede degradarse hasta el punto de abdicar su inteligencia. Es también sentimiento. Luego, cuando hubiera celebrado la absurda convención de abolir en él el sentimiento, o la voluntad, bajo la carga de la voluntad general, es decir, de la mayoría, este sentimiento renacería, a pesar de él, en su corazón y protestaría contra este inhumano sacrificio. Luego, la mayoría no podría ejercer este despotismo absoluto sobre el ciudadano, que abraza a todo el hombre y a toda la vida del hombre, en vuestro absurdo sistema.

Confiamos, pues, en nuestra fórmula, que dice que el hombre no es solamente sensación, o sentimiento, o conocimiento, sino que es una triada indivisible de esas tres facultades naturales. Estamos bien seguros que ella no nos conducirá nunca, ni a la teocracia de Platón, ni a la monarquía como Hobbes, ni a la demagogia como Rousseau, y cuyos tres tipos más o menos modificados han servido por desgracia, como era natural, de oráculos y modelos a todos los gobiernos del mundo, que sólo han obtenido de su rutinario empirismo formar generaciones enteras de fanáticos, esclavos y mendigos.

Ya nuestro sistema de filosofía social dará la clave científica para gobernar bien a los pueblos, y remediar todas esas calamidades actuales por un procedimiento lógico y sencillo, como la naturaleza misma de donde emana, y esto en un siglo de tantas luces y descubrimientos admirables en que todo se sabe menos la ciencia de ser feliz.

CAPÍTULO III

Definición filosófica

¿Pero éste es el único dato filosófico cierto de que podemos proveernos para la partida? ¿La psicología es, pues, toda la filosofía? ¿Y, aparte de la psicología, la filosofía general no tiene también algún axioma cierto e indudable que pueda suministrarnos?

Los antiguos filósofos definían al hombre [como] un animal sociable y político. He aquí lo que llamaremos precisamente una fórmula filosófica del hombre, por oposición a la fórmula puramente psicológica que acabamos de exponer precedentemente.

Los antiguos, según hemos dicho ya, conocían también, hasta cierto punto, la naturaleza psicológica de este ser, que definían, sin embargo, en filosofía general, un animal sociable y político. ¿Por qué, pues, daban acerca del hombre, esta segunda definición? Era puntualmente porque entre el hombre abstracto, objeto de la psicología, y el hombre real y viviente, objeto de la ética y de la política, como dice el sabio Spinoza, echaban un puente por medio de este axioma, que reasumía todo su conocimiento filosófico del hombre, haciendo a un lado la psicología y, reconociendo de esa manera, el lazo necesario que une al hombre individuo con la sociedad universal.

Nosotros, los modernos, después del transcurso de tantos siglos, ¿no tenemos que añadir nada a esta definición filosófica que los antiguos daban del hombre? ¿Nada tenemos ya que agregarle?

¡Oh! sí, bastante, y de suma importancia por cierto para la sociología. Podemos enunciar hoy con énfasis a la faz del mundo entero una gran verdad, que los antiguos no conocieron, a saber: que el hombre, la sociedad y el género humano son esencialmente perfectibles por naturaleza.

Y, nótese que esta enunciación del principio progresista es el resumen sustancial de todos los trabajos de los filósofos desde hace dos siglos y, respecto a esta materia, debemos glorificar a la Italia, por haber sido la cuna del Renacimiento, así como igualmente a la Francia, por haberlo cultivado con exquisito esmero, y haber sido también la primera nación, después de Italia, que tomó la iniciativa del movimiento filosófico, hijo legítimo de la restauración clásica verificada en Occidente por los refugiados de Bizancio.

Lo peculiar y característico de la Francia, en efecto, durante estos dos últimos siglos, ha sido tomar desde luego la iniciativa en psicología por órgano de Descartes, después de abandonar la carrera que había emprendido, y dejarla a otros pueblos, pero no para quedar en la inactividad y en el marasmo intelectual. Después de Descartes, y sus dos comentadores natos en Francia, Malebranche y [Antonie] Arnauld, esa nación no volvió a producir ya más metafísicos. El movimiento de este género pasó enseguida a la Inglaterra y Alemania. Locke, Berkeley, Hume y, en menor escala, los psicólogos de la escuela escocesa señalan la parte más importante que tomó la Inglaterra en las investigaciones sobre la naturaleza abstracta del espíritu humano. Leibniz, y su metódico discípulo [Christian Von] Wolff, genios incomparablemente más fuertes que los que acabamos de mencionar, sirvieron, por decirlo así, de intermediarios entre la Francia y la Alemania.

El profundo y original Spinoza, único en su género, ha sido el verdadero y solo instaurador de la filosofía racional y, cuyo autor, no perteneciendo en realidad a ningún pueblo, a causa de la antigua raza de que procedía por su origen, formula, sin embargo, y sistematiza bajo una forma rigurosamente geométrica, la doctrina que es común a todos los pueblos, y que ha sido siempre la religión universal del género humano, esto es, el panteísmo.

La herencia del insigne Spinoza pasó enseguida a la Alemania, lo cual era natural, por haber sido siempre la nación más sensata y pensadora en todas las materias, y en tanto que la Francia se contenta con hacerse traducir el sensualismo inglés de Locke, por órgano de Condillac y Helvetius, que lo perfeccionaron considerablemente, la Alemania produce a Kant, cuyas trascendentales doctrinas debían de hacer surgir a esa brillante triada filosófica de Fichte, Schelling y Hegel, verdaderos continuadores de la filosofía spinozista, no obstante que la modificaron profundamente en cuanto a la forma, pero conservando siempre incólume el fondo común de tan sublime doctrina, que, eliminando las mezquinas elucubraciones acerca del yo personal, o sea del hombre individuo y del hombre abstracto, debía ocuparse con mejor éxito de nosotros o, lo que es lo mismo, de la humanidad en general. Sí, el panteísmo del gran Spinoza, fue el legítimo y único fundador de la doctrina salvadora del mundo, que es la doctrina de la perfectibilidad.

Enseguida demostramos de una manera satisfactoria que, la doctrina evolutiva del progreso humano, tiene sus raíces y un origen en la panteosofía spinozista y en la escuela alemana, heredera de la misma doctrina panteosófica, no obstante las modificaciones que le han dado los principales discípulos de ella, según dijimos antes, que nuestra doctrina es la única que, formulando la verdadera naturaleza humana con el magistral criterio de la razón, ha dado a todos los hombres una revelación natural y completa, pero enteramente nueva de su existencia, un sentimiento nuevo de sus fuerzas, y una nueva apreciación también de su destino futuro, inaugurando así una era remarcable en que todo debate tiene que terminar y toda explotación que concluir en el mundo, ya transfigurado que sea por la práctica e implantación de tan saludable y consoladora doctrina.

Si, pues, la Francia, después de haber trazado el camino del racionalismo solitario, o sea de la psicología por Descartes, se ha retirado de esa ruta para tomar otra, eso es y ha sido una gran felicidad para la humanidad. Era preciso que las investigaciones sobre la naturaleza abstracta del espíritu humano fuesen continuando, sin duda, así como lo había sido también para los otros pueblos, pero, era necesario, además, que se hubiera intentado una carrera nueva, para que la verdadera naturaleza del hombre, no en el estado psicológico, que es el virtual y potencial, sino en el estado de naturaleza, que es el estado de vida y de existencia, fuese señalado, y ésta fue precisamente la tarea que el siglo XVIII comenzó a ejecutar con actitud y buen éxito.

El racionalismo es la pretensión de elevar el individuo a la certidumbre y a la vida, lo que es contradictorio en los términos. Si, pues,

por este camino del racionalismo se debiera llegar a una solución, a otra idea fuesen preparadas y elaboradas fuera de la psicología, a fin de que esta otra idea viniese más tarde a unirse a la solución psicológica, haciéndola fecunda y útil. Esto es lo que intentó el siglo XVIII francés al enarbolar la bandera de la perfectibilidad humana, aunque sobre la vía sensualista, es cierto, porque esa filosofía tuvo necesariamente que haber sido el sistema de aquella época, demasiado pobre en datos científicos.

Mas no se crea que la Francia sola haya fundado esta doctrina. Las demás naciones, sus hermanas, también llevaron su contingente a la obra. Bacon en el siglo XVII, Leibniz en el XVIII y, en estos tiempos posteriores, Lessing, han respondido también noblemente a los generosos esfuerzos de la Francia. Tampoco podemos olvidar a Kant en Alemania, pero, sobre todo, a Ficihte, Schelling, y Hegel (y aun también a Krause, no obstante su panteísmo cismático presentado bajo la forma denominativa de panenteísmo), esa pléyade sublime de profundos pensadores alemanes que han sido conducidos por sus concepciones metafísicas a bellas intuiciones de la vida de la humanidad. Así es que [en] Francia la transmisión de esta doctrina es cierta, evidente, e ininterrumpida de manera que, si se nos pregunta cuáles son los padres de Turgot, de Condorcet, de Saint-Simon y de Fourier, podemos nombrar, sin temor alguno a equivocación, una gran serie de iniciadores de todos los siglos y países.

El hombre, pues, no es solamente un animal sociable, como decían los antiguos, sino que el hombre es, además, un animal perfectible. El hombre vive en sociedad, y no puede vivir más que en ella, y, mientras más perfecta va siendo la sociedad, más se va perfeccionando también el hombre con ella. He aquí el gran descubrimiento de la filosofía moderna, he aquí la suprema verdad de la ciencia sociológica. Y, por tanto, de la misma manera que poseemos realmente la definición de que el hombre es sensación, sentimiento y conocimiento indivisiblemente unidos, toda la sustancia de la psicología, es decir, de esa parte de la filosofía que tiene por objeto el espíritu humano en abstracto, de la misma manera también en esta definición, el hombre es perfectible, poseemos realmente toda la sustancia de la antropología, es decir, de la misma filosofía que toma después por objeto el espíritu humano, en el estado concreto y viviente de hombre, en sus dos fases manifestativas de espíritu y materia, como se les llama vulgarmente.

Ahora bien, partamos ya de esta última definición de que el hombre es perfectible, tomando por un axioma este simple pensamiento de Leibniz: *videtur homo ad perfectionem venire posse.*

Ciertamente, aquí es el caso de decir con Saint-Simon, usando de su lenguaje profético: "La edad de oro, que una ciega tradición ha colocado hasta hoy en el pasado, está ya ante nosotros". En efecto, ¿no vemos que el porvenir más venturoso se muestra ante la vista de los pueblos, no ya como un escollo, sino como un verdadero puerto de salvación, que debe librarlo del horroroso cataclismo que tiene que preceder a su regeneración social? Hasta el día de hoy, los hombres habían siempre legado a sus descendientes el amor y la admiración del pasado. Atormentados por una necesidad de felicidad, cuya posibilidad entreveían sobre la Tierra, la buscaban vanamente tras de ellos, o en el cielo, y así se consolaban con puras quimeras.

Pero, en despecho de sus jefes, de sus legisladores, de sus moralistas, de sus artistas, y de sus poetas, el género humano se fortificaba de día en día, y se desarrollaba por una marcha lenta, pero continua. Repentinamente la humanidad manifestó a sus falsos profetas y se reveló, por decirlo así, a ella misma, que los siglos transcurridos no le habían sido inútiles y que aún tenía que esperar días más hermosos que los tiempos de su infancia. La sociedad desde que existe nunca ha retrocedido. Se ha podido, a veces, cuando más, retardar su desarrollo, pero no es posible al hombre el detener su marcha progresiva y majestuosa. Dejemos pues, en fin, reposar al pasado, al cual hemos tributado sus debidos funerales. No le desdeñemos, sepamos apreciarlo debidamente, pues que él nos ha conducido al presente, y sólo su filosofía, su literatura y su poesía son las únicas que pueden, a la manera de la época del Renacimiento, volvernos a regenerar de esta nueva especie de barbarie feudal-civilizada en que hemos caído, a semejanza de la barbarie escolástica de la Edad Media, y así abrirnos un nuevo y fácil camino hacia el más bello porvenir; pero que, este brillante porvenir, esté siempre ante nuestra vista, para no desmayar ni caer tampoco en el marasmo. Marchemos como un solo hombre, según la bella expresión de un antiguo poeta, e inscribamos sobre nuestra pacífica bandera: "el paraíso terrenal está ante nosotros".

Así es que no supondremos que nadie, antes de leer hasta el fin estos estudios o ensayos de filosofía social, pueda tener una convicción firme y absoluta acerca de la doctrina de la perfectibilidad humana ni, mucho menos, que pueda participar del entusiasmo ver-

daderamente filantrópico del inspirado Saint-Simon. Nuestro objeto, al citarlo, es únicamente el demostrar y explicar su profecía. No comenzaremos, pues, por un círculo vicioso, suponiendo que se cree en dicha profecía saintsimoniana, y que se ha adoptado la fe que queremos infundir. Pero si nos creemos por lo menos con el derecho de inferir que no se es extraño a los trabajadores del espíritu humano en los dos últimos siglos y, que, no se es tampoco refractario a la razón y la experiencia, sobre las cuales está basada esta nuestra doctrina.

La tesis de [Blaise] Pascal es que, "por una prerrogativa particular de la especie humana, no solamente cada uno de los hombres avanza de día en día las ciencias, sino que, todos los hombres juntamente, hacen en ellos un continuo progreso, a medida que el universo envejece, porque la misma cosa acontece, tanto en la sucesión de los hombres, como también en las diferentes edades de un particular. De manera que, toda la serie de los hombres, durante el curso de los siglos, debe ser considerada como un mismo hombre, que subsiste siempre, y que aprende continuamente. Por lo cual se ve con cuánta injusticia respetamos la antigüedad en los filósofos, porque, como la vejez es la edad más distante de la infancia. ¿Quién no ve que la vejez de este hombre universal no debe ser buscada en los tiempos próximos de su nacimiento, sino en los más remotos? Aquellos, a quienes llamamos antiguos, eran verdaderamente nuevos en todas las cosas, y formaban la infancia de los hombres propiamente. Mas, como hemos unido a sus conocimientos la experiencia de los siglos que los han seguido. es en nosotros donde se puede encontrar esa antigüedad que reverenciamos en los otros". (Pascal, *Pensamientos,* capítulo I.)

La tesis de Carlos Perrault, idéntica bajo ciertos respectos a la de Pascal. aunque más avanzada bajo otras relaciones, "que el género humano debe ser considerado como un solo hombre eterno, de suerte que, la vida de la humanidad, como la vida del hombre, ha sido su infancia y su juventud, que ella tiene actualmente su virilidad, pero que, no tendrá decrepitud, y que esta ley de un incesante progreso es verdadera y demostrable, no solamente por las ciencias exactas o de observación, y por la industria y la política, sino también por la moral y por el arte" ("Ley de continuidad").

La tesis de Fontelle, idéntica a la de Perrault, y cuyo vulgarizador importante fue aquel que dice: "Un buen talento, cultivado y de nuestro siglo, está, por decirlo así, compuesto de todos los talentos de los siglos precedentes, y no es sino el mismo talento que ha sido cultivado durante aquel tiempo. Así es que, este hombre que ha vivido desde el principio del mundo hasta el presente, ha tenido su infancia, en la cual no se ha ocupado más que de las necesidades más apremiantes de la vida; su juventud, en cuya época ha realizado muchas cosas de imaginación, tales como la poesía y la elocuencia, y en cuyo periodo también ha comenzado a raciocinar, pero con menos solidez que entusiasmo. Ahora se haya en la edad viril, en que ya raciocina con más fuerza y luces que anteriormente. Pues bien, este mismo hombre, propiamente hablando, no tendrá en realidad vejez, sino que será siempre, igualmente, capaz de aquellas cosas para que fue propio y apto en su juventud, y lo será siempre, cada vez más para las que convienen a la edad viril, es decir, dejando a un lado las alegorías que los hombres no degeneran nunca, y las miradas sanas de todos los buenos talentos que se suceden, se añadirán continuamente los unos a los otros". (*Discurso sobre los modernos.*)

La tesis de [Francis] Bacon, cuya principal obra lleva hasta en su solo título, *De Dignitate et augmentis scientiarum,* la idea del progreso, y que, "juzgando que los conocimientos de los que está ahora el mundo en posesión no se elevan hasta la majestad de la naturaleza, [que] concibió el proyecto de librar al hombre de sus cadenas, aumentando, por la potencia intelectual, el poder del género humano sobre la naturaleza" (*De la interpretación de la naturaleza*), ligando así, según su expresión, su propia fortuna a la fortuna del género humano, y haciéndose el jefe de esta gran expedición contra la ignorancia y el mal que reúne hoy, en la cultura de las ciencias diversas, tantos esfuerzos, tantas cabezas y tantos brazos por los cuales se entiende y se comunica ya de un cabo al otro del mundo. Coalición evidentemente formada por "el deseo de acortar los límites de la potencia humana en la realización de todo lo que es posible", como dice el mismo Bacon en su *Nueva Atlántida,* y por el sentimiento profundo que la humanidad acrecenta continuamente su fuerza, y en virtud de cuyo ensanche, acabará por escapar por medio de la inteligencia y de la virtud a su debilidad original y, si se quiere, a su caída.

La tesis de Descartes mismo, que acabó su *Discurso del método* diciendo que, "el objeto de toda su filosofía tiende a hacer en el porvenir al hombre maestro y posesor de la naturaleza; que. un día, el hombre, conociendo la fuerza y las acciones del fuego, del agua, del aire, de los astros, de los cielos y de todos los demás cuerpos que nos rodean, tan distintamente como conocemos diversos oficios de los

nuestros artistas, los empleará del mismo modo en todos los usos para los cuales son propios, y no solamente podrá librarse de una infinidad de enfermedades, sino que, también, quizá, de la debilidad de la vejez".

La tesis general de Leibniz, según la cual, la perfectibilidad del hombre se halla ligada a una ley universal de progreso continuo en todo el universo. Queremos aquí hablar acerca de la célebre "ley de continuidad" de Leibniz, de esa ley que hizo adoptar a los geómetras, a los físicos, a los naturalistas, a todos los sabios, en fin, y que ha producido tan grandes frutos, pero que no es en el fondo más que otra fórmula de su teodicea. La perfectibilidad indefinida de todos los seres, he ahí, como lo demostraremos después especialmente, la palabra suprema de la panteosofía, hija legítima del sistema filosófico del gran Spinoza, que ha sido el único que ha suministrado a la ciencia la verdadera noción de la vida universal en la concepción ontológica de la substancia, y de la innumerable serie de sus necesarias y eternas modificaciones, manifestándose eterna, pero sucesivamente, al través del tiempo y del espacio, que es lo que constituye realmente la ley eterna del progreso indefinido en el universo. Del mismo modo, en el sistema de Leibniz, todo progreso hacia dios (que según él es la gran "mónada", de la que proceden todas las cosas, y a la cual vuelven al fin) desde la pequeña "mónada", o substancia simple, verdadera emanación de dios, hasta el hombre, que en virtud de esa ley universal de progresión vuelve a refundirse en el ser infinito, fuente de todos los seres, y, en esta cadena eterna de perfectibilidad, el hombre nos revela particularmente la perfección relativa y gradual de todas las criaturas, porque el principio de su ser es altamente perfectible: *Videtur homo ad perfectionem venire posse*. He aquí formulada netamente la ley del progreso continuo por la evolución universal.

La tesis de Lessing, que el género humano pasa por todas las fases de una educación sucesiva.

La tesis, en fin, por no multiplicar los nombres, que Turgot formuló con un rigor y una precisión admirables al fin del siglo XVIII, esa tesis de la perfectibilidad indefinida del hombre y de la especie humana, que Condorcet antes de morir legó, por un esfuerzo sublime a la posteridad, como la última palabra y el testamento final de ese siglo XVIII, época clásica del sensualismo y del materialismo de la escuela de Voltaire, y que Saint-Simon recibió de sus manos, para transmitirlas más tarde al inspirado La Mennais, vino a producir enseguida a ese

vate profético del porvenir, a ese cantor sublime del progreso universal, a Eugenio Palletan, en fin, que tuvo la gloria de refutar poéticamente en el lenguaje divino de Platón al no menos grande Lamartine, clamando al siglo, cual nuevo Galileo, *Le monde marche*.

CAPÍTULO IV

Utilidad de esta definición

Platón, así como lo llevamos dicho, ha conocido la fórmula psicológica del hombre, pero, además de haber falseado, aún bajo la relación metafísica, esta fórmula, no ha conocido, o apenas ha sospechado, la fórmula filosófica del hombre. Éste ha sido para él un animal sociable, he aquí todo. La perfectibilidad de las sociedades humanas y del hombre individuo en el seno de estas sociedades no le fue revelado. Si la doctrina de la perfectibilidad le hubiese sido conocida, no hubiera caído en algunos errores que desfiguran su hermosa *República*. Hubiera comprendido, por ejemplo, que todos, como lo dijo más tarde Jesús con espíritu profético, estaban llamados y, por consiguiente, no hubiera desesperado de la suerte de los esclavos. Si hubiera elevado, pues, a su ideal de esclavitud, no hubiera considerado como cierto, e indudable, que eran precisos esclavos, o industriales embrutecidos, para alimentar y sostener a generosos guerreros, y a sacerdotes sabios y virtuosos.

Condorcet y Saint-Simon, al tratar hoy sobre el mismo punto que ocupó a Platón al escribir su célebre *República*, hubieran tomado, a no dudarlo, por fanal y guía, no el principio de que el hombre es puramente un ser racional y sociable o, como decían los antiguos, un animal político, sino el principio de que el hombre es perfectible, y de que la sociedad humana es también perfectible. He aquí la notable diferencia que veintitantos siglos han establecido entre los antiguos y nosotros los progresistas.

Lo que hemos llamado la definición filosófica del hombre tiene, pues, una inmensa utilidad en toda investigación sobre las bases de la moral y de la política. No se trata solamente, en efecto, de tener una noción psicológica del hombre, puesto que la noción más exacta de este género sería por sí misma impotente para conducirnos acertadamente.

Es preciso además, absolutamente, que seamos alumbrados por otra luz. Es necesario que la vida de la humanidad y el progreso de los siglos nos hayan revelado, vagamente si se quiere, pero, sin embargo, con bastante eficacia, cierta verdad sobre la vida de relación de este mismo ser, como dice sabiamente mister Laurent en su *Historia de la humanidad*, y que la psicología considera en sí mismo y de una manera abstracta.

Tal es, en efecto, si se nota bien, la naturaleza de nuestro espíritu y, si se quiere, su impotencia, que siempre está obligada a partir de definiciones que contienen de cierto modo las verdades mismas que se pretenden demostrar, como lo observa juiciosamente el célebre Geruzez en su *Tratado de psicología*, estamos, pues, obligados a admitir definiciones indemostrables, tanto en la geometría como en las demás ciencias, y, todos los filósofos que han reflexionado sobre estas definiciones, se han visto forzados en convenir que ellas suponen implícitamente las ciencias mismas, que han sido deducidas de las mismas definiciones. Nuestro entendimiento no puede hacer, ni hace otra cosa, en cuanto a estas ciencias, que sacar una multitud de consecuencias de ciertos principios, a los cuales da su consentimiento de un modo a la vez que espontáneo, enteramente necesario.

¿Y cómo podría ser de otra manera en las ciencias morales? Así es que queremos establecer ciertas verdades sobre la relación del hombre con sus semejantes. Es preciso, pues, de absoluta necesidad, que tengamos presente en la mente, y que se nos conceda también un punto cualquiera, un *datum* relativamente a este lazo de intrínseca solidaridad.

Los antiguos, repetimos sobre esta vida de relación del hombre con sus semejantes, no tenían otra idea que la que representa la palabra de sociedad. Ellos veían al hombre, por su naturaleza, unido a cierto número de sus semejantes, viviendo contemporáneamente con él en una ciudad, pero no percibían para nada el vínculo de las generaciones entre sí, al través del tiempo. Tampoco dudaban que esos estados, esas ciudades, y esas repúblicas, que veían existentes, o cuya historia les había transmitido el recuerdo, tuviesen un destino fatal y determinado, o providencial (como dirían los theoprosopihosistas, o personificadores de dios), que se revelaría más tarde.

En una palabra, los antiguos no tenían ningún sentimiento, ni aun vago siquiera, de la vida colectiva de la humanidad y de su futura destinación social. ¿Y qué resultó de ello? Que la imperfección de su

definición filosófica del hombre reaccionaba sobre el empleo que podían hacer de su definición psicológica y, lo cual, extravió a Platón completamente, como lo hemos manifestado ya en nuestros anteriores artículos. Así, puede afirmarse que, si las dos definiciones del hombre, la una psicológica, o del hombre abstracto, y la otra filosófica, o del hombre en el estado viviente y concreto, la primera era conocida desde la antigüedad, lo era menos conocida, sin embargo, de los antiguos, que lo es en nuestros días, es precisamente porque la segunda no fue jamás sino sospechada de los antiguos o, más bien, quizá de algunos solamente, como por una especie de relámpago rápido y fugitivo que se desvanecía en el mismo instante. [De] estas dos verdades, pues, prestándose así, como lo veremos en el curso de estos estudios, un mutuo apoyo, resultaba necesariamente que, haciendo falta una de dichas definiciones, la otra no era susceptible de adquirir, en manos de los antiguos, todo el desarrollo que envuelve, y de allí provienen puntualmente todos los errores capitales y fundamentales de que somos ahora víctimas, y que han sido torpe y tenazmente sostenidos por los gobiernos de las naciones, constituidos generalmente por hombres ignorantes, rutineros, y de mala fe, que sólo se ocupan de enriquecerse, explotando a los pueblos con detrimento del bien público, pero de cuya triste situación puede librarnos fácilmente la implantación y práctica de nuestro sistema de filosofía social, siempre que encuentre eco entre los corazones honrados y virtuosos.

Nosotros tenemos, por decirlo así, otra musa que los antiguos, otra musa de la moral y de la política; tenemos la musa de la perfectibilidad. Ella nos inspira y nos ilumina gracias a los trabajos de tantos siglos que nos han precedido y, por lo mismo, no podemos hacer, ni nadie puede impedir hoy, que su presencia ideal y su inspiración dejen de obrar. ¿Y no es cierto que, aún los más obstinados y rebeldes, sienten ya la presencia de esta musa divina? Nadie puede, pues, sustraerse hoy a su poderosa influencia. A aquellos que nos la rehusaran los enviaríamos a estudiar a la escuela la historia y a que aprendieran la filosofía. Los obligaríamos a que refutaran, si es que podían, a Pascal, Carlos Perrault, Fontenelle, Vico, Malebranche, Bacon, Descartes, Leibniz, Lessing, Kant, Turgot, Condorcet y Saint-Simon, todos los cuales han entrevisto, aunque en diversos grados, y bajo distintos puntos de vista, la vida colectiva y progresiva de la humanidad.

Pero para eso no cometeremos el sofisma que la lógica llama petición de principios o círculo vicioso. Tenemos dos fórmulas, una de

las cuales que es la psicológica, resulta de una ciencia aparte, de una ciencia diferente de la moral y de la política, y ésta será nuestro principio para raciocinar. De otra nos serviremos para inspirarnos, para guiarnos. ¿De las dos alas que Platón declara necesarias para elevarnos al conocimiento, a la vida y a dios, no es una de ellas la razón y la otra el sentimiento o el amor? Tenemos en la fórmula psicológica del hombre un principio de raciocinio y de lógica; tenemos en la fórmula filosófica del mismo hombre, tal como lo hemos ya establecido, un principio de sentimiento. La una será, por decirlo así, nuestro bastón de viaje; marcharemos hacia el otro al desteilo de esta otra también, y bajo su brillantez y esplendor, porque ella es la verdad presentida que nos guía por el sentimiento, esperando que penetre en nosotros como conocimiento, y reine sobre nosotros bajo este título.

Se comprenderá, pues, según creemos, el género de utilidad restringida que pretendemos sacar de la definición filosófica: el hombre es perfectible, el género humano es perfectible.

Ciertamente, como lo hemos dicho ya, no exigimos de nadie que tenga la misma certidumbre que nosotros respecto a la doctrina de la perfectibilidad. A nosotros toca comunicársela, pero, solamente, queremos que no se la rechace *a priori*, ni que se niegue tampoco de una manera absoluta que el género humano es perfectible. En una palabra, sólo requerimos que no se participe de la preocupación decidida de Horacio sobre esta materia, cuando dice en su oda IV, del libro III:

Damnosa quid non imminuit dies?
Atas parentum. pejor avis, turlit.
Nos nequitores. mex daturos.
Progeniem vitiosiorem.

Esto es: "Que no hay nada que no se altere con el tiempo. Nuestros padres valían ya menos que nuestros abuelos; nosotros valemos menos que nuestros padres; y nuestros hijos valdrán todavía menos que nosotros".

Concédasenos, pues, por lo menos, que hay una verdad, oscura si se quiere, pero cierta, en la aserción de tantos grandes hombres que, desde dos siglos repiten, bajo mil formas diversas, que el género humano es perfectible y, entonces, procuraremos determinar con más precisión el sentido profundo de este gran principio o, mejor dicho, de esta sublime revelación que ha venido a resplandecer en estos últimos tiempos en el seno del espíritu humano, como un brillante

corolario del panteísmo de Spinoza, no desnaturalizando en verdad su sapientísima doctrina, sino haciendo declinar su principio mismo de la inmanencia a la trascendencia, a fin de poderlo aplicar más fácilmente al orden social-humanitario.

Así es que, si se nos hace esta concesión, como lo esperamos, por ser rigurosamente lógica, si tomando al hombre individualizado de los filósofos modernos demostramos que el hombre tiene no solamente un lazo necesario con la humanidad sino, también, que es una modificación fenomenal del mismo ser universal, y cuya tercera entidad es la humanidad, como lo demuestra perfectamente el sabio Tiberghien, estamos seguros, entonces, de no ligar al hombre por una especie de suplicio de Mezencio, a un cadáver, es decir, a un género humano inmóvil y girando siempre en el círculo férreo de sus calamidades y desgracias, sino a una manifestación espontánea y necesaria de la sustancia eterna de un dios, mas no por cierto ese dios inerte, abstracto y contradictorio de la teología, sino del ser uno-todo, viviente, activo, de toda eternidad, que irradia incesantemente vida y acción al través de la inconmensurable e infinita serie de sus evoluciones divinas y, una de las cuales, es la humanidad, verdadero Empireo donde mora majestuosamente el dios eterno de progreso, que es el dios infinito de la ciencia.

FIN DEL LIBRO PRIMERO"[9]

29. Estudios filosóficos[1]

Escuela pesimista de Hartmann

Continuaré mis escritos filosóficos de los años anteriores presentando ahora una exposición analítica de las doctrinas panteísticas de esta escuela en Alemania, cuyo fundador es mi respetable y sapientísimo amigo Eduardo de Hartmann, residente actualmente en el seno de su encantadora familia, haciendo una constante aplicación práctica de nuestra doctrina panteosófica a los usos de la vida doméstica y social. Mi ilustre amigo ha escrito una obra que ha producido una verdadera revolución filosófica en Alemania, y que se extenderá, indudable-

[9] No se publicaron las otras partes del ensayo.
[1] *El Socialista*, México, 25.II, 28.II y 5.III.1885

mente, por todo el mundo, formando época en los anales de la filosofía. Esa obra monumental y verdaderamente científica es *La filosofía del inconsciente,* que ha dado muerte por completo al positivismo y materialismo, que no ha mucho predominaban en Alemania de una manera casi general, y que, desde la aparición de su obra inmortal, han quedado nulificados por completo en virtud de la reacción operada en los ánimos de los hombres pensadores, que han acogido con entusiasmo nuestra doctrina como la nueva religión filosófica y racional de la humanidad.

Entremos, pues, en el análisis y el examen de *La filosofía del inconsciente,* de la escuela pesimista, comentada eruditamente por el traductor francés de su obra el profesor M. Nolen.

El autor comienza por dar a conocer el objeto, el método y los antecedentes históricos del sistema. Enseguida pasa en revista las manifestaciones más notables del inconsciente (es decir, de dios) en la vida corporal, en las funciones espontáneas de la médula y de los ganglios, en la ejecución de los movimientos reflejos y en las curaciones naturales. Después, opone al papel del inconsciente en las funciones orgánicas, el de la voluntad y de la idea conscientes, y estudia, en fin, la actividad del inconsciente en la formación del organismo. De estas diversas consideraciones se desprende una consecuencia capital, y es que los reflejos dominan la vida entera del organismo y, que, en el seno de lo reflejo nosotros discernimos siempre asociados la actividad mecánica y la actividad psíquica, el movimiento y la percepción, en fin, un elemento subjetivo y un elemento objetivo.

Y es lo que el autor se esmera en aclarar, y evidenciar más, por un importante apéndice que añade, y que trata especialmente sobre la fisiología de los centros nerviosos. La actividad del inconsciente en la vida del espíritu, en el juego de las facultades psíquicas, es analizada enseguida sagazmente por una serie de estudios sobre los instintos humanos y, especialmente sobre el instinto capital, que es el del amor, sobre la sensibilidad, sobre el desarrollo del carácter y de la moralidad, sobre la imaginación y el gusto estético, sobre el lenguaje, sobre el pensamiento discursivo y la percepción sensible, sobre la inspiración metafísica o religiosa, y sobre el progreso en la historia. Compara finalmente el papel del inconsciente y el de la conciencia en la vida humana.

Bajo el nombre de metafísica, las formas universales de la existencia fenomenal, la individualidad, la materia, el espacio, la especie y la generación son a su vez estudiadas con una riqueza y una abundancia de erudición científica, con una potencia de análisis y de dialéctica tales, como nunca se habían encontrado hasta ahora en un grado tan eminente. El inconsciente se nos presenta ahí en seguida como el uno-todo, como el individuo supremo, o como el alma universal, cuya multiplicidad de individuos y de caracteres se produce por leyes determinadas. El uno-todo es soberanamente sabio y el mundo perfectamente bueno y, sin embargo, este optimismo no prueba sino una cosa, y es que el mundo es el mejor de los mundos posibles, pero, nada quita a esta obra [la] certidumbre [de] que la vida es soberanamente mala. El autor, para demostrarlo, no ostenta complacientemente, y destruye sin piedad la ilusión del hombre, bajo las tres formas que reviste sucesivamente: la esperanza de una felicidad presente, la de una felicidad futura y, en fin, la del progreso y de la felicidad de la especie.

La materia, según la escuela de Hartmann, no es esa masa inerte inmóvil que los sentidos, o la imaginación, creen comprender. Ella, se resuelve en espíritu, es decir, en actividad y en idea. Ella, es una función del inconsciente, donde encontramos, como en todas las demás manifestaciones del ser, la asociación de una voluntad y de un pensamiento inconscientes. La concepción que domina hoy la ciencia define a los átomos como puntos indivisibles, puros centros de fuerzas, bien sea que se distingan los átomos corporales y los átomos de éter, obrando los primeros por atracción y los segundos por la repulsión, o que se adopte cualquiera otra hipótesis, según las necesidades y las condiciones variables de la experiencia, no se podrá menos que admitir que los átomos son extensos. Los materialistas, que quieren asociar la fuerza a la extensión, olvidan que es imposible hacer átomos extensos de los centros indivisibles, de los puntos de aplicación de las fuerzas mecánicas, tales como el cálculo matemático lo exige. Si se quiere, por otra parte, explicar la figura que se presta a estos diversos elementos de la materia, es preciso ver en ellos otra cosa que la simple extensión geométrica, es decir que, una justa posición de partes divisibles y separables a lo infinito. No se comprende pues, cómo las fuerzas de atracción, o de repulsión, podrían desplegarse en átomos desprovistos de inteligencia, conforme a las leyes de la mecánica. En una palabra, en el átomo hay una acción, pero una acción regularizada. Luego, quien dice acción, dice un querer y, por consiguiente, un fin proseguido, con o sin conciencia. Los átomos son individuos (*individua*), expresión finita del individuo supremo, del [illegible]-

todo, modos inferiores de la actividad fenomenal del inconsciente, pero fundamento y sostén de la realidad sensible. Así, las piedras del monumento, y las leyes mecánicas, que arreglan inflexiblemente sus relaciones, son la condición de todas las combinaciones superiores a las cuales la industria y el arte pueden hacerlas servir.

Esta teoría puede denominarse muy bien un atomismo dinámico, en el cual la ciencia y la especulación filosófica tienen que encontrar necesariamente una igual y legítima satisfacción. La física-matemática no puede pasar con sus explicaciones mecánicas de la hipótesis de los átomos y, la metafísica, que se rehusa a concebir principios extraños al pensamiento y la voluntad, lo que rompería la unidad del ser, y, contradiciendo los grandes principios de la analogía y de la continuidad, introduciría un dualismo insoportable en el pensamiento y en la realidad.

Los átomos, hemos dicho, representan el grado inferior de la individualidad. ¿Qué es pues el individuo? Es el ser en quien se encuentran las cinco unidades siguientes: 1. La unidad en el espacio (la forma); 2. La unidad en el tiempo (la continuidad de la acción); 3. La unidad de la causa (interna); 4. La unidad del fin; 5. La unidad de la reciprocidad de acción entre las diversas partes (en tanto que hay diversas partes, de otra manera la condición se suprimiría). Bajo este respecto, el átomo es el individuo más perfecto, pues que posee la unidad indivisible en el tiempo y en el espacio, y que, su acción, es la más simple de todas. La célula vegetal o animal reúne ya una cierta diversidad de elementos materiales, y no conserva su unidad formal más que por la renovación de sus partes. Las diversas piezas del organismo, que nacen de la coordinación o de la subordinación de las células, y se presentan bajo la forma de fibras, de tejidos, de órganos, son individuos de más en más complejos, unidades colectivas, que se distinguen cada una por la materia, el lugar, la duración, la forma y la función especial que les están asignadas en el organismo total. El vegetal, el animal y el hombre expresan unidades de más complicación infinitivamente mayor, y donde la subordinación de las partes es aún mucho más estrecha. En fin, el mundo es el individuo que contiene a todos los demás individuos, y el uno-todo de quien el mundo no es más que la manifestación fenomenal, es la unidad eterna, absoluta, el individuo por excelencia.

Pero, entre los individuos, los unos están evidentemente dotados de conciencia: ¿Todos lo están? ¿Dónde expira la conciencia? ¿Qué contiene esa facultad misteriosa, que hace de cada existencia individual

una especie de mundo aparte, siendo así que, todo el mundo físico, está ligado por unidad inflexible, en virtud de qué cosa el universo se refleja en parte, y se multiplica en alguna manera, tantas veces cuantos individuos hay en él, sin que en ninguno de ellos, ni en la totalidad de las conciencias finitas, el mundo llegue nunca a una representación adecuada de sí mismo? ¿Existe fuera de los individuos finitos una conciencia suprema, en quien la correspondencia perfecta del pensamiento y del ser se encuentre realizada? Todas estas cuestiones capitales las dilucida nuestro autor admirablemente y, con una rara penetración al tratar del cerebro, del origen de la conciencia, de la sensibilidad de las plantas y de la inconsciencia del uno-todo.

La conciencia no es un estado constante, sino un acto. Ella resulta de las condiciones fisiológicas, que la actividad orgánica no llena sino de una manera discontinua y desigual en la diversidad de los individuos y en la serie de las especies vivientes. Ella deriva, pues, en último análisis, de la oposición de las funciones del inconsciente, o del conflicto de las fuerzas en la naturaleza. Así, pues, como todos los individuos, atómicos u orgánicos, son funciones de las fuerzas de este género, parece que, en todas partes, su mutua oposición debe engendrar la conciencia. ¿Podría preguntarse si los átomos tienen una conciencia? Creemos que carecemos aún de todos los datos de que necesitamos para la solución de este problema, mas no vacilamos en sostener la presencia de la conciencia en todas partes donde se encuentre la sustancia nerviosa o, solamente, el protoplasma. Las primeras huellas evidentes de la conciencia no se manifiestan más que en la célula con su contenido medio líquido (protoplasma de los protistas).

Está probado de una manera de más en más cierta que la verdadera base de la vida en cada célula es el protoplasma, y que, el protoplasma de la sustancia gris de las células que concurren al ejercicio de las funciones superiores del pensamiento no difiere en sustancia, sino en grado solamente, del protoplasma de los organismos inferiores. La extensión de la conciencia depende, a no dudarlo, del grado de comunicación de los elementos de la sustancia nerviosa entre ellos. La facilidad de las comunicaciones entre las moléculas nerviosas es la verdadera causa de la unidad de la conciencia; los dos fenómenos se producen en la misma proporción. Así es, que, si dos cerebros pudiesen ser unidos por hilos conductores, como lo están los dos hemisferios de un solo cerebro, se vería que ambos cerebros no tendrían más que una sola conciencia. Las plantas tienen una conciencia menos rica

que la nuestra, porque las células están en las plantas menos ligadas entre sí. No debemos pues, sin embargo, conceder así la conciencia a todo elemento viviente, por simple que parezca, a no ser que haya ahí algún grado en la conciencia: ella existe o no existe; solamente que tiene un contenido más o menos rico según que ella está más o menos ayudada por la memoria, por la atención, por la comparación y por la experiencia. He aquí por qué razón debemos distinguir cuidadosamente la simple conciencia de la conciencia en sí, de la conciencia de la personalidad, o de la plena conciencia de sí. Si el uno-todo no tiene parte en la conciencia es a consecuencia de que no reúne las condiciones necesarias para la aparición de esta facultad, es porque no hay para él oposición contra la cual pueda reobrar por la conciencia, y es, en fin, porque no tiene cerebro.

Hemos estudiado las dos formas esenciales de la vida: la individualidad y la conciencia. Pero, entre los seres vivientes, hay también diferencias específicas y particulares, y, por consiguiente, tenemos que estudiar la formación de la especie y del carácter individual.

Obedeciendo al principio eminentemente filosófico de la continuidad, del menor gasto de fuerzas, la escuela hartmanniana admite la teoría general de la evolución y las leyes esenciales a que [Charles] Darwin, después de [Jean Baptiste Pierre Antoine de Monet] Lamarck, ha referido: la lucha por la existencia, la adaptación, la selección natural, la herencia. Pero, reconociendo siempre que estas reglas son otros tantos mecanismos ingeniosos que el inconsciente hace servir a sus fines, la conservación y el desarrollo de las especies, nuestra escuela sostiene que ellas no explican, ni en el seno de cada clase, la aptitud mayor de las especies menos perfectas, menos desarrolladas, a dar nacimiento a una clase nueva, ni en el seno del mismo género, las diferencias morfológicas de las especies. Ellas pueden solamente favorecer el desarrollo en todas las direcciones de las variedades en el seno de la especie y contribuir a hacer salir de un mismo tipo fundamental, por efecto de causas puramente mecánicas, una rica diversidad de formas progresivas, pero secundarias.

La adaptación y la herencia dan a conocer, es cierto, ciertas leyes del desarrollo, así filogenético como también ontogenético, es decir, del desarrollo de los individuos y de las especies; pero ellas no explican su origen o punto de partida. La intervención del inconsciente es pues necesaria, ya sea para contener en los límites del tipo específico las desviaciones individuales, producidas por la acción de las circunstancias exteriores, o por las influencias oscuras que se ejercen sobre la generación, o ya también para dar la impulsión al proceso creador de cada especie nueva. Conforme al gran principio del menor gasto de fuerzas, de un huevo de la especie inferior es de donde el inconsciente hace salir la especie inmediatamente superior, depositando en él el germen de las modificaciones, y de los perfeccionamientos, que la especie nueva debe traer al tipo de la precedente. Tal es la teoría de la escuela hartmanniana acerca de la importante cuestión de la transformación de las especies.

Al lado de las diferencias específicas hemos dicho que los individuos presentan aún diferencias particulares que constituyen su carácter propio. ¿Cuál es el principio de individuación para los individuos? Si la individuación resulta para los individuos atómicos del lugar que ocupan en el tiempo y en el espacio, los individuos organizados o los seres vivientes deben la suya, en parte a los átomos que los constituyen, en parte a las leyes de la herencia, a las influencias exteriores, pero siempre, también, a la acción del inconsciente: "El alma de cada uno de los padres como la del hijo no es más que la suma de las acciones ejercidas sobre un organismo apropiado por el inconsciente". Nada impide tampoco que el genio, reclamado por los intereses superiores de la evolución histórica, venga a agregarse como una nueva facultad al alma del niño. "El inconsciente reúne tanta vida cuanta puede acumular en cada criatura", es decir, cuanta le permiten las leyes de la materia, que no puede cesar de respetar ni un solo instante. Supongamos, pues, que el germen de un nuevo organismo, que vemos nacer de ordinario, por efecto del desarrollo vital como una parte integrante en el seno del organismo materno, naciera de repente libre de toda relación o con una vida preexistente, debería, tan infaliblemente como el pescado reanimado por el deshielo, o el rotífero reanimado por la humedad, recibir del inconsciente un alma desde el primer momento de su capacidad orgánica para la vida.

La doctrina hartmanniana admite una primera aparición de la vida en el seno de la materia inorgánica, es decir, una primera generación espontánea. Los progresos de las ciencias, los trabajos de [Pierre Eugenie Marcelin] Berthelot, particularmente, han suprimido las barreras que la química del pasado habrían establecido entre las materias orgánicas y la materia inorgánica. Las experiencias de Tamintzin han venido a unir y relacionar la forma inorgánica a la forma orgánica. Una vez reunidas las condiciones materiales y formales, el inconsciente

produjo el primer organismo rudimentario, "conquistando desde ese momento una base de operación que facilitase su obra". En virtud del principio ya mencionado del menor gasto de fuerzas, debemos creer que el inconsciente, una vez realizada la primera generación espontánea, no hace ya más que sacar la vida de la vida. "La generación sexual no es más que un mecanismo destinado a reemplazar ventajosamente la generación espontánea con una prodigiosa economía de fuerzas". En efecto, los trabajos recientes de monsieur Pasteur, y de otros sabios, han probado que hoy "aún en el interior del organismo, la célula no nace más que de la célula".

Hasta aquí *La filosofía del inconsciente* ha tratado, y resuelto magistralmente, los grandes problemas acerca de la materia y de la vida. Pero. ¿qué cosa es esa actividad inconsciente en la cual hemos creído encontrar el secreto de las cosas y de los seres? "La unidad del principio espiritual inconsciente es, en el individuo, la más alta que se puede encontrar".

Queda por averiguar si ese principio, o si esa alma, como se le llama también, es única o se fracciona en tantos individuos inconscientes, o almas particulares, cuantos individuos hay, conscientes o no. Mas no se puede negar, según las investigaciones precedentes, que se tienen tantas conciencias. más o menos independientes, cuantos centros nerviosos o células vivientes se tienen también. La semejanza de los botones y de la copa, de donde han sido desprendidos, del niño y de los padres; la coordinación de los diversos elementos, las células, los tejidos, los órganos en el seno de un mismo individuo; la armonía de los actos ejecutados por individuos separados, como las abejas que construyen juntamente una colmena, o la conspiración no menos admirable de las voluntades humanas que trabajan. sin saberlo, en la realización del plan providencial; en fin, el concierto de todos los seres en la naturaleza ¿no bastan acaso para probar que los actos del inconsciente, bien que parezcan individuales, no son en el fondo más que las manifestaciones de un inconsciente idéntico en todos los seres. de una sola y misma alma universal?

A esta demostración *a posteriori*, podemos unir una argumentación *a priori*, no menos decisiva: el inconsciente es extraño y superior al tiempo y al espacio, pues que él los ha creado, es así que esas son las dos condiciones de la individualidad. "La diversidad de las existencias no corresponde, para nosotros, más que a la diversidad de las determinaciones en la extensión o el tiempo". Luego, no hay diversidad de

existencias en el seno del inconsciente. Por otra parte, ¿cómo se explicaría qué sustancias, o almas independientes las unas de las otras, tuvieran comercio entre sí? Leibniz y [Johann Friedrich] Herbart han comprendido bien; ellos que colocan a todas las sustancias finitas bajo la dependencia absoluta, el uno de su "mónada suprema" y el otro de su dios creador. Uno de los grandes méritos de Leibniz es debido, justamente, a su teoría de las "mónadas" sin ventanas, afirmando, en ella, que entre sustancias distintas no hay lugar para una acción directa y recíproca.

> El mundo no es, pues, más que una cierta suma de acciones, de actos voluntarios del inconsciente, el yo, una suma diferente de acciones, o de actos voluntarios del mismo inconsciente. En tanto que las acciones de la primera especie se oponen a las segundas, el mundo viene a ser para mí el mundo de mis sensaciones; en tanto que las últimas se oponen a las primeras, tengo el sentimiento de mi individualidad.

> Que el inconsciente cambie la combinación de las acciones, o de los actos de su voluntad que me constituyen, y yo vendré a ser otro, que él interrumpa su acción, y yo cesaré de ser. Yo soy un fenómeno semejante al arcoiris en las nubes. Como él, yo no soy más que un conjunto de relaciones; yo cambio a cada segundo, como esas mismas relaciones, y me desvaneceré con ellas... Y, en tanto que el sol continúe brillando, que ahora se ostenta majestuosamente entre las nubes, el inconsciente obrará eternamente, sí, el mismo que se ha reflejado por un momento en mi cerebro.

Es preciso, pues, reconocer la verdad del unicismo, pues es la última consecuencia donde tiene que venir a parar toda filosofía seria y, si acaso hay tantos incrédulos que nieguen la unidad del inconsciente, es debido únicamente a la identificación del alma con la conciencia.

Se objeta, además, contra la unidad del inconsciente, la oposición de los individuos, la lucha de las fuerzas naturales entre sí, pero, el conflicto de las funciones del inconsciente, no es más admirable que el de las facultades y las inclinaciones en el seno del alma individual.

Si el inconsciente es el alma universal, el uno-todo, es preciso también probar que no es solamente el inconsciente para el individuo, sino el inconsciente para sí mismo.

El inconsciente, sin duda, nada tiene de ciego. Posee la clarividencia, la sabiduría absoluta, pero de ahí no se sigue que reúna las condiciones necesarias a la conciencia, pues ya establecimos lo contrario

La conciencia, por otra parte, lejos de ser una perfección, constituiría una verdadera imperfección pues que ella reposa sobre la oposición del sujeto y del objeto. Además, con semejante conciencia, estando presente en cada individuo, pues que el uno-todo vive y obra en cada uno de ellos, ¿cómo podrían coexistir las conciencias particulares? ¿Esa luz superior no las obscurecería a todas con su brillo? ¿Se dirá que para producir la conciencia, el uno-todo debe ya contenerla en sí mismo? Pero, eso equivaldría a sostener que el efecto debe encontrarse en la causa. Basta que la causa contenga las condiciones necesarias a la producción del efecto, que ella la contenga eminentemente, como Descartes, y no formalmente. Nosotros no podemos conceder al uno-todo más que la conciencia trascendente del sufrimiento infinito y, esa conciencia, donde no aparece la distinción de un yo o de un no yo, y de donde, por consiguiente, toda noción de la personalidad es ausente, debe cesar con la vuelta del inconsciente a la nada. Si rehusamos la conciencia al uno-todo, nosotros le atribuimos, sin vacilar, una intuición infalible, y que llamaremos, si se quiere, supraconsciente. Todos los atributos de la inteligencia (la omnisciencia, la sabiduría absoluta, la omnipresencia, la ubicuidad) convienen a la intuición clarividente e inconsciente del uno-todo, pues ya sabemos que la voluntad absoluta del inconsciente es también omnipotente, de lo cual se sigue que, entre un teísmo inteligente y la filosofía del inconsciente, no puede encontrarse una diferencia seria de principios.

Después de haber dilucidado la escuela hartmanniana las grandes y trascendentales cuestiones sobre la materia, la individualidad, la conciencia, la especie, y el ser universal, pasa enseguida a tratar sobre las formas particulares de la vida, que tanto nos interesa naturalmente, sobre el organismo animal, y sobre el hombre. Veamos, pues, de qué manera se revela aquí también la acción del inconsciente y, cuyo doble estudio, es lo que constituye propiamente la fenomenología.

Tres ideas esenciales dominan la mente de esta escuela sobre el organismo: primera, el organismo es inexplicable como un simple mecanismo; segunda, el organismo animal es una colección de organismos parciales, conteniendo en su seno a un individuo de orden superior, y subordinándose [a] una multitud de otros individuos, que tiene cada uno su vida propia; y, tercera, en fin, el organismo no es más que la actividad presente, y obrando en todas sus partes, del mismo inconsciente, en el seno de un agregado de átomos.

Ni los movimientos, ya sean instintivos, reflejos o voluntarios, ni los procesos de la curación espontánea, o los de la formación orgánica,

se comprenden, tampoco, sin la intervención de una finalidad secreta, de una voluntad y de una idea inconscientes.

¿Cómo conciliar, en efecto, con la hipótesis de un mecanismo material o espiritual la segunda vista del instinto, y su aptitud a modificarse según las circunstancias? No es posible ya referir el instinto a la conformación orgánica, cuando vemos órganos idénticos servir a instintos también diferentes en la diversidad de las especies.

Al instinto se liga estrechamente lo reflejo. Los reflejos son en el organismo todos los movimientos de reacción

> cuyas leyes generales de la materia no bastan a explicar su producción... El principio interior de un reflejo no puede nunca ser más que un principio espiritual e inconsciente y, por consecuencia, una reacción del instinto.

Ver en los reflejos el efecto de un mecanismo sin vida es desconocer la rica variedad y la finalidad, la prontitud sorprendente de los actos que ellos producen según la diversidad de las circunstancias. "Es preciso considerar a los reflejos como a los actos instintivos de los centros nerviosos inferiores". "El ejemplo de una sección longitudinal de la médula espinal, o de dos secciones transversales que corten los filetes conductores, sin impedir a las reacciones reflejas el manifestarse en toda la extensión de la médula, indica claramente que debe existir un principio superior a las leyes mecánicas, a las cuales está sometida la dirección de las corrientes nerviosas: su virtud creativa es la que modifica los fenómenos y dispone los conductos nuevos que las corrientes deberán seguir. No se puede negar que todas las funciones del sistema nervioso, y con ellas todas las manifestaciones de nuestra vida, toda nuestra actividad espiritual, caen bajo la definición de lo reflejo.

Los movimientos voluntarios no se ejecutan como los del hábito, sino por una serie de reflejos de este género. La voluntad del movimiento se produce en los hemisferios cerebrales y de ahí es transmitida a los centros nerviosos inferiores que la ejecutan. Es preciso, por tanto, que esos centros conozcan la naturaleza de la orden que les es comunicada para ejecutarla tan fielmente. Ellos deben saber también qué medios pueden concurrir allí eficazmente, es decir, qué fibras nerviosas y qué fibras motrices deben ser puestas en juego. Que se medite en las articulaciones tan complicadas del lenguaje, en los movimientos de la función ambulatoria, en los del ojo, y en las actitudes del cuerpo, etcétera. Explicar todos esos movimientos por el

hábito, no sería siempre dar cuenta de la ejecución feliz de primer movimiento. Por otra parte, los animales ejecutan perfectamente bien sus movimientos desde la primera vez y eso repentinamente.

La misma finalidad inconsciente se encuentra en los procesos curadores y formadores del organismo. Así es que la curación de las fracturas, de las heridas, la cicatrización de los tejidos divididos, las funciones vicariantes, y las secreciones anormales, atestiguan una virtud curativa, que se ejerce espontáneamente. Es en vano, pues, que los materialistas pretendan reducir esos fenómenos a la acción química por el contacto y a la multiplicación espontánea de las células.

Pero se preguntará: ¿de dónde viene la enfermedad, con esa sabiduría inconsciente del organismo? Toda enfermedad es la consecuencia de un desorden producido por una acción exterior. El inconsciente no puede ser enfermo en sí mismo, ni causar la enfermedad del órgano que rige. Todos los cambios que sufre el curso regular de las funciones orgánicas no tienen otro fin que hacer cesar las alteraciones acaecidas. Sin duda, la voluntad del individuo no es omnipotente. Por ejemplo, durante la gestación, la voluntad inconsciente debe concentrarse sobre el desarrollo del embrión, del mismo modo, las fracturas de la madre no se curan durante ese tiempo, mas después del parto se curan perfectamente. En los límites de lo posible, el inconsciente intenta siempre todo lo que tiende a la curación y, la obra del médico, se reduce únicamente a reconocer y favorecer los fenómenos naturales y espontáneos de la curación.

Los procesos formadores del organismo tienen con el instinto, con los movimientos, o actos reflejos, y con la virtud medicatriz de la naturaleza, analogías incontestables. La nutrición, por ejemplo, reclama, como estos últimos, la acción directriz de un principio psíquico. Explicar la nutrición, como precedentemente la regeneración de los tejidos enfermos, por una acción química, por el contacto de los tejidos existentes, es solamente aumentar la dificultad. Es preciso siempre llegar a un momento en que la constitución de un tejido primitivo ha sido apropiado a las funciones nutritivas. Pero, pues, que ninguna explicación materialista puede dar cuenta de este cambio tan inteligente, preciso es entonces referirlo a la intervención inteligente de una voluntad inconsciente.

En resumen, se debe admitir la acción presente en todas partes en el organismo de una voluntad y de una inteligencia igualmente inconscientes, "que se hacen sentir en los menores procesos químicos o psíquicos..." Por otra parte, la vida no es posible sino porque esta intervención del alma se reduce a un mínimo en los casos ordinarios y, entonces, el resto del trabajo es ejecutado por mecanismos apropiados. Si se admite que todas esas acciones reparatrices tienen por objeto la conservación del individuo, es imposible escapar a la idea de una previsión individual: el individuo sólo puede concebir los fines múltiples en virtud de los cuales obra. Cada individuo se construye, desarrolla y defiende su organismo con espontaneidad e inteligencia. Una providencia individual vive, pues, en cada uno de nosotros y, de consiguiente, la palabra de [Arthur] Schopenhauer queda justificada cuando dice: "Cada ser se presenta de hecho ante nosotros como su obra propia; pero no se comprende el lenguaje de la naturaleza porque es demasiado simple".

Cada organismo no es solamente un individuo viviente y conservándose por sí mismo, sino una colección de individuos coordinados, ejerciendo cada uno sus funciones especiales, trabajando al mismo tiempo en el interés del conjunto, y subordinándose a las voluntades de un individuo superior. Así es que los ganglios simpáticos, la médula espinal, los ganglios cerebrales, y los hemisferios, tienen cada uno su actividad distinta. Los ganglios presiden a las funciones de la vida vegetativa; la médula espinal y la médula oblongada, a la producción de los movimientos; el cerebelo es un centro de coordinación para estos últimos. En fin, los ganglios cerebrales y los hemisferios concurren muy diversamente a la elaboración del pensamiento y de la voluntad conscientes. Las experiencias de Bidder sobre las ranas han probado que los ganglios tienen una actividad propia; las de Piluger y de Feuerbach han demostrado la independencia de la médula espinal frente a frente del cerebro. En fin, la actividad autónoma de los ganglios cerebrales respecto a los hemisferios, resulta evidentemente de las experiencias de Goltz.

"Los monstruos acéfalos, dice a su vez Mondeley, en quienes la ausencia de cerebro entraña necesariamente la falta de conciencia, ejecutan movimientos con sus piernas y, aún, están también en estado de ejecutar actos muy complicados, como mamar y gritar", y, a propósito de esto, nuestro ilustre Hartmann hace muy justamente la nota siguiente:

> las funciones de la médula espinal, dice, en los animales superiores, producen la misma impresión en alguna manera que las acciones de un hombre que ha sido mucho tiempo esclavo de un amo muy cruel, y no ha podido desarrollar libremente sus diversas facultades, sino que ha tenido

constantemente que aplicarse a trabajos enteramente especiales. La médula espinal superior de los animales está constantemente forzada a hacer una labor material para el cerebro donde ha contraído un cierto embrutecimiento... Pero ella atestigua una incontestable inteligencia en la esfera relegada de su actividad y, aún en los casos anormales, producidos por la enfermedad, ella se habitúa bien pronto a suplir el cerebro y a encargarse de las tareas que exigen mayor iniciativa.

"Cada uno de los centros nerviosos está subordinado al centro que le es inmediatamente superior".

Una célula ganglionaria del gran simpático coordina las funciones de los diversos elementos de los tejidos del órgano en que está colocada; los ganglios de la médula espinal gobiernan, a su vez, las funciones de los diversos centros orgánicos de la vida vegetativa; los centros de la médula son de la dependencia de los centros sensoriales; y éstos, en fin, están sometidos al registro de los hemisferios. En despecho de una cierta supremacía de la autoridad superior está completamente desembarazada de las pequeñas funciones y de los detalles múltiples, de la dirección y, el principio de la iniciativa gubernamental, está aplicado en las regiones del poder de una manera sorprendente.

Después de las consideraciones que preceden, ya no hay necesidad de hacer notar que, en el estado presente de la fisiología de los nervios, el antiguo problema del sitio del alma, que no podía asentarse sino a consecuencia de una falsa concepción metafísica, no podría tener ya ahora el menor fundamento fisiológico. La psicología fisiológica reconoce la percepción y la voluntad y, por consiguiente, una finalidad inconsciente, es decir, una actividad psíquica, ahí donde encuentra actos reflejos; y, los actos reflejos, son producidos por todas partes en el organismo, por la célula ganglionar, por el cilindro-eje de los filetes nerviosos, y hasta por el protoplasma de la célula viviente. El alma está presente en el fondo de todos los procesos nerviosos de la materia; ella es el principio que los produce y los dirige y, la conciencia, no es más que una manifestación fenomenal de este principio, la cual resulta de los procesos nerviosos. El alma, en general, está en todas partes, y en ninguna, según el sentido que se dé a la palabra. El alma individual (como totalidad inconsciente, y una de las funciones psíquicas del individuo orgánico) no es en sí ni por sí en ninguna parte, pues, si se la refiere al fenómeno exterior del individuo orgánico y psíquico, ella se extiende tan lejos como el organismo.

El inconsciente que encontramos por todas partes presente en el fondo de los procesos orgánicos, lo encontramos igualmente en todos los fenómenos de la vida espiritual. Mas, para analizar debidamente una materia tan importante cuanto trascendental, se necesita toda la sagacidad y penetración del sentido psicológico.

Del estudio de los instintos humanos, de la coquetería, del pudor, de la maternidad, y del amor sexual, debe concluirse que el inconsciente es quien suscita y gobierna todos estos instintos, como voluntad y pensamiento inconscientes, es decir, como el querer perseguir un objeto sin conciencia y, este objeto, es para el instinto del amor, como para los otros instintos de la mujer, por ejemplo, el perfeccionamiento de la especie por la selección sexual entre individuos.

De las inclinaciones, pasamos a la sensibilidad. Bajo el nombre de sensaciones, o sentimientos, se comprenden, habitualmente, dos elementos que importa distinguir: una afección *(affectus)* y una idea. El placer, o la pena, no son más que el eco de las satisfacciones, o de las contrariedades, de una voluntad que se ignora, pero cuya energía se mide por la de los placeres o de las penas que resiente. Esta teoría que explica la identidad del placer, o de la pena, bajo todas sus formas, permite también comprender la oscuridad misteriosa de las sensaciones agradables asociadas a la excitación, las sensaciones penosas, que siguen a las perturbaciones de la vida orgánica, y que ciertas corrientes nerviosas transmiten al cerebro, el órgano de la conciencia, traducen por esta última las satisfacciones, o las contrariedades, resentidas por las voluntades de los centros nerviosos inferiores, pero estas voluntades son inconscientes para el centro cerebral.

Nos acontece frecuentemente también experimentar placer en ejecutar ciertas acciones que condenamos de antemano y por las cuales creemos tener antipatía. ¿No indica eso claramente que nuestra voluntad proseguía en el fondo otros fines que los que nuestra conciencia le prestaba? La oscuridad de nuestras sensaciones, la dificultad de analizarlas, dependen de que estas ideas, que forman el contenido de la voluntad, son tan inconscientes como esta última o, también, de que ellas son numerosas, y que algunas de entre ellas solamente llegan a la luz de la conciencia. El placer es, entonces, un compuesto de placeres, que son determinados los unos por ideas conscientes, los otros por ideas inconscientes. Las ideas inconscientes dan a la cualidad de la emoción sensible esa oscuridad que las caracteriza, y que todos los esfuerzos de la reflexión no llegan nunca a disipar. Pero si la reflexión

y el análisis psicológico son felices cada vez más en traducir por ideas conscientes los elementos de los placeres, o de las penas, es porque estas ideas están contenidas fundamentalmente en las sensaciones, pero de una manera inconsciente, es porque hay una lógica bajo la aparente ceguedad de las emociones de la sensibilidad, y es, en fin, porque la voluntad expresada por estas últimas, está siempre asociada a la idea.

El carácter es la manera con que el alma reacciona contra cada clase de motivos, pero, nuestra conciencia no abarca directamente en cada caso particular más que el punto de partida del fenómeno total, el motivo, y el punto de llegada, la determinación voluntaria como resultado. La experiencia no nos dice de dónde parte la reacción contra el motivo. Esta reacción tiene enteramente el carácter de la acción refleja, o de los movimientos reflejos del instinto, es decir, que nosotros no aprendemos a conocer nuestra voluntad más que por la acción, o por las hipótesis y las inducciones fundadas sobre las experiencias anteriores, que hemos hecho de nosotros mismos y de los demás. Resulta, de ahí, que la moralidad no se aprende, es decir, que la reflexión consciente no puede operar directamente la transformación del principio inconsciente del carácter. Este fundamento del carácter puede, sin duda, ser modificado por el ejercicio y la costumbre, basta que, por efecto de un designio, o de un acaso, ciertos motivos se presenten exclusivamente a la conciencia.

Pero, para saber si la voluntad está dispuesta a obedecer a estos motivos, es preciso esperar a que la experiencia se haya pronunciado. El ejercicio no es propio más que para acrecentar la fuerza de esta disposición latente de la voluntad, y para contrabalancear la influencia de las disposiciones contrarias. Si la voluntad es inconsciente, no podría aplicarle nuestras calificaciones de moral o de inmoral. Estas denominaciones responden a reglas establecidas por la conciencia y que no se aplican más que al sujeto consciente. La naturaleza, en sí misma, no es buena ni mala, ella no es eternamente ninguna otra cosa más que natural. El bien y el mal no existen para ella, sino solamente para la voluntad consciente del individuo... todo eso, sin duda, no disminuye el precio de las apreciaciones morales que [da] la conciencia bajo su punto de vista. Es preciso solamente guardarse de extenderlas a los productos de la actividad inconsciente, a las obras de la naturaleza.

El placer y la producción estética no resaltan menos del inconsciente que el instinto, la sensibilidad y el carácter. El placer estético es para la conciencia un hecho tan inexplicable como la sensación del sonido,

del sabor, del color, etcétera. Si las cualidades sensibles deben su origen inconsciente a la reacción inmediata del alma contra la excitación nerviosa, la impresión estética tiene más bien su causa ignorada de la conciencia en una reacción del alma contra las impresiones sensibles ya producidas, ella es como una reacción del segundo grado.

He ahí por qué el origen de la impresión sensible nos quedará siempre oculto como un misterio impenetrable, mientras que el proceso generador de la impresión estética ha sido ya en parte reproducido bajo la forma discursiva del pensamiento consciente, y explicarlo, es decir referirlo a los conceptos.

Estudiemos la facultad activa que produce lo bello, en la diversidad de sus operaciones y en sus grados diferentes.

El genio se distingue del simple talento porque saca todas sus inspiraciones de la fuente misma del inconsciente. Así solamente se explican la vida y la unidad de la obra de arte; la acción del inconsciente no se revela solamente en la obra del genio, el simple talento mismo no puede pasarse sin él. Las asociaciones de ideas, que presiden a las combinaciones de la imaginación en el hombre, en el cual no se reconoce más que talento o espíritu, no son nunca en sí mismas más que sugestiones del inconsciente, el cual, entre una multitud de relaciones indiferentes, o contrarios al designio proseguido por la voluntad consciente, nos descubre aquel que mejor se le adapta.

No debe, pues, causarnos mayor admiración hallar esas sugestiones y esas inspiraciones estéticas del inconsciente en el hombre que cuando se las encuentra en la flor o en la planta. Debemos asentar por principio que cada ser está dominado por un instinto estético que le impulsa a ser tan bello cuando lo permiten las condiciones a las cuales su vida y su nacimiento están sometidos. El mecanismo evolucionista de Darwin demuestra bien que la herencia aumenta la intensidad y la extensión de la facultad estética, ya preexistente en los individuos, pero no que ella explique su primera aparición. En resumen, el juicio y la producción estéticos derivan de procesos inconscientes, cuyo resultado sólo se manifiesta a la conciencia por el sentimiento de lo bello. Si el análisis estético logra traducir estos procesos inconscientes en procesos conscientes, es decir, que los refiere a nociones por el pensamiento discursivo, ¿no es ésa la mejor prueba de que la actividad estética del inconsciente está enteramente penetrada de lógica, y de que, lo bello, en una palabra, no es más que una manifestación especial de la idea lógica, pero inconsciente?

Las formaciones de las lenguas, como la de los organismos, es una obra del inconsciente. ¿Cómo explicarse de otra manera la identidad de las formas esenciales que el lenguaje nos presenta entre todos los pueblos? ¿Cómo hacer honor a la reflexión de un solo individuo, o a la reflexión colectiva, de un pueblo por la lógica maravillosa que las lenguas presentan, y que es tal que los filósofos no han tenido frecuentemente más que analizar las formas del lenguaje para encontrar las leyes lógicas del pensamiento? La concordancia de las formas elementales, y de la sintaxis, tiene todos los grados del desarrollo del lenguaje, y no puede explicarse más que por la virtud de un instinto colectivo, como el que preside a la actividad de las abejas, de las termitas y de las hormigas, más que por la acción universal de un espíritu, que somete por todas partes el desarrollo del lenguaje a las mismas leyes en sus periodos de florecencia y de pérdida. Tratándose enseguida sobre el papel que desempeña el inconsciente en el pensamiento discursivo, y en la percepción, debemos establecer que, en el pensamiento discursivo, el recuerdo conveniente se presenta en el momento conveniente. Así, abstraer, es desprender el elemento común de una multitud de ideas particulares, pero ese pide una inspiración que es rehusada al espíritu mediocre, y que no ilumina más que al pensador. Si el interés que se toma en la generalización es la condición indispensable al descubrimiento de la idea general, la primera aparición de ella es debida a la acción por la cual el inconsciente responde a esta necesidad.

Los conceptos, que expresan las relaciones de las ideas diferentes, las de la semejanza, del número, de la unidad, así como también las de la relación, son productos espontáneos del espíritu y, por consiguiente, del inconsciente. Las categorías de la relación, por ejemplo, traducen las leyes de la lógica superior, que el espíritu espera encontrar en la relación de la naturaleza, pero, ¿quién podrá creer que el pensamiento vulgar tenga de estas leyes una clara conciencia y [que] esté en estado de dar cuenta de ellas? ¿No se sabe que ha sido preciso bastante tiempo a los filósofos para descubrir los principios de la deducción trascendental? Las categorías son ideas *a priori*, en tanto que son los productos de una lógica inconsciente, ellas son *a posteriori*, en tanto que la reflexión las encuentra enteramente hechas. Cuando la conciencia se remonta, por el raciocinio de este contenido, al principio que supone reconoce *a posteriori* el principio que obraba en ella como un *a priori* inconsciente, sólo en este sentido es como

las afirmaciones diversas de los sensualistas y de los idealistas pueden conciliarse.

Cuanto a las generalizaciones contingentes sobre las cuales trabaja el raciocinio, ellas son el producto de la inducción, pero, el principio de la inducción, o la creencia en la estabilidad de las leyes de la naturaleza, es una feliz inspiración del instinto práctico, y la apreciación de la verosimilidad de las leyes inducidas en cada caso particular se hace por una aplicación inconsciente del cálculo de las probabilidades, y de las leyes de la lógica inductiva. ¿Quién prestará al sentido común la conciencia de las reglas formuladas por Stuart Mill? Ellas son, por tanto, la traducción lógica para la conciencia de los procesos misteriosos de la lógica inconsciente. En fin, el método discursivo, los procedimientos lentos del raciocinio, dan frecuentemente lugar, sobre todo en el pensador de genio, o simplemente de talento, a las sugestiones rápidas de la intuición. Así, los buenos matemáticos ven la verdad aún antes de saber demostrarla. Esta prontitud infalible de la intuición adivinatoria la encontramos en el ejercitado jugador de ajedrez, en la abeja que dispone los materiales de su colmena, en el pequeño mono que toma en vuelo para alcanzar un objeto: ¿No hay en cada uno de ellos la obra de una matemática inconsciente? Por otra parte, lo que Schopenhauer llama la rumiación inconsciente, esa digestión sorda de las ideas que, en los pensadores, prepara a pesar de ellos las grandes concepciones, las ideas nuevas, ¿no revela, como la inspiración del artista, la intervención fecunda del inconsciente? Estamos persuadidos de que la acción de semejantes procesos es decisiva, aún en las cuestiones poco importantes, con tal que ellas nos interesen con alguna vivacidad, y que, por consiguiente, en todas las cuestiones que se refieren a la vida práctica el inconsciente sugiere la propia y verdadera solución. Y no es sino inmediatamente después de que las razones son buscadas por la conciencia, cuando nuestro juicio queda suspenso.

Nosotros debemos considerar la producción del espacio en la intuición de la conciencia individual (de la misma manera que en la creación del mundo real) como una función del inconsciente. Kant no ha hecho nunca esta observación. El sentido común comprendía bien que el espacio es un hecho independiente de la conciencia. La conciencia lo encuentra enteramente y, con él, las dimensiones diversas de la extensión. Solamente después de una abstracción prolongada es como la noción de espacio se saca de ahí, y no es sino enteramente hasta el fin como el espacio es afirmado en su infinidad por la negación de todo límite.

Kant tenía razón, sin embargo, en sostener que la forma del espacio no es traída de fuera en el alma con ayuda de procesos fisiológicos, sino que ella es introducida espontáneamente en el seno mismo de estos procesos. Los trabajos de los recientes fisiologistas: de Latze, *Teoría de los signos de la localización,* de [Ernst Heinrich] Weber (sobre óptica y los sonidos), de [Wilhelm Max] Wundt *Ensayo sobre las percepciones sensibles,* no permiten dudar ya de que sea de otra manera. Se ha determinado el papel de los medios ópticos, de la retina, del nervio ocular, de los tubérculos cuadrigimales, de los hemisferios, en la formación de nuestras percepciones de extensión, y se ha llegado a esta conclusión: "que no hay ningún vínculo entre la posición que ocupan realmente en el espacio las moléculas materiales que producen la sensación y los lugares que ocupan en la extensión ideal las sensaciones, que se han coordinado en la conciencia para formar una intuición de extensión". Ahora preguntamos: ¿Por qué a tal forma de vibraciones, el alma responde por tal percepción determinada? Preciso es creer que las leyes variadas presiden a las transformaciones, de la misma manera que a las relaciones de las cualidades segundas y de las vibraciones materiales. Debemos sospechar, en los procesos fisiológicos que hemos estudiado, la acción de factores diversos, que se añaden los unos a los otros. Sin embargo, hay una cosa cierta, y es que estas acciones, en tanto que son del dominio de la vida psicológica, no pueden más que pertenecer al dominio del inconsciente.

El misticismo es una manifestación espontánea del inconsciente, a la cual son debidos los sentimientos, los pensamientos, y los deseos que llenan ciertos momentos la conciencia. Los procesos más habituales de la vida psicológica, los instintos de toda especie, los datos de la imaginación estética, son, en este sentido, verdaderas producciones místicas: el sentimiento de la unidad del yo y de lo absoluto. Tal es la fuente del sentimiento religioso, y también a quien es debida la filosofía. La obra de la filosofía es traducir por la reflexión y, depurar al mismo tiempo, esas inspiraciones del misticismo religioso.

La historia nos revela un progreso que no es la obra de la voluntad refleja de los individuos, pues que la mayor parte de ellos no piensa más que en proseguir su bien propio, y que, creyendo trabajar exclusivamente en su interés particular, encuentran que no han servido eficazmente más que al progreso general. La historia, bajo todas sus formas, la historia de la civilización, y de la filosofía, sobre todo, son la confirmación brillante de esta verdad. Este mérito pertenece a Hegel por haber aclarado el papel de la lógica victoriosa que preside a la

evolución de los acontecimientos. Los medios por los cuales una forma determinada de la idea se realiza en un cierto periodo son de dos especies: ya una impulsión instintiva arrastra las musas, ya surgen genios que muestran la ruta y escombran la vía. El inconsciente hace nacer en el momento conveniente el genio predestinado: el Estado, la iglesia, la sociedad, no son más que los instrumentos del progreso general, que se hace por el desarrollo y el perfeccionamiento del cerebro. Cada progreso del pensamiento corresponde, pues, a un perfeccionamiento material en el órgano del pensamiento, cuya herencia asegura a la mitad de la humanidad su posesión durable. La selección sexual, y la concurrencia de las razas, concurren al mismo fin.

30. Médula panteística del sistema filosófico de Spinoza[10]

No puede existir ni concebirse otra sustancia más que dios.

Spinoza, *Ethica*, proposición XIV de la 1a. parte

I

Dios es por esencia el ser, el ser infinito, el ser perfecto. Es pues necesario que dios contenga en sí todas las formas de la perfección. Si la existencia es una perfección, dios encierra en sí la existencia; si el pensamiento es una perfección, dios encierra en sí el pensamiento; si la existencia es también una perfección, dios encierra en sí la extensión; y lo mismo sucede en todas las perfecciones posibles.

El pensamiento de dios, el pensamiento en sí, es perfecto e infinito, debe pues, encerrar en sí todas las formas, todas las modalidades del pensamiento. La extensión de dios, la extensión en sí debe, por igual razón, contener todas las formas, todas las modalidades de la extensión. Y, de la misma manera que repugna decir que dios sea perfecto, y no contenga la perfección del pensamiento y la perfección de la extensión, repugna decir igualmente que el pensamiento y la extensión sean perfectos, y que haya fuera de ellos alguna extensión y

[10] *El Socialista*, México, 27 III, 31 III y 10 IV 1885

algún pensamiento. ¿Qué viene a ser pensamiento perfecto, extensión perfecta, sin su relación al ser perfecto? Puras abstracciones. Un pensamiento particular, y una extensión determinada, no serían tampoco sino vanas abstracciones sin su relación a la extensión en sí y al pensamiento en sí. Pero, las determinaciones del pensamiento es lo que llamamos almas, y las determinaciones de la extensión, lo que llamamos cuerpos. Por consiguiente, el ser produce necesariamente el pensamiento, la extensión y otros infinitos atributos que no alcanza nuestra ignorancia, y la extensión y el pensamiento producen necesariamente una variedad infinita de cuerpos y almas, que supera a la imaginación, y que el entendimiento humano no puede abrazar. El pensamiento perfecto y la extensión perfecta, en su plenitud y en su unidad, no caen bajo la condición del tiempo. Dios los produce en la eternidad, son el destello siempre igual de su ser. Las almas y los cuerpos, cosas limitadas e imperfectas, no pueden existir sino de una manera sucesiva. Dios, desde el seno de la eternidad, les marca un orden en el tiempo y, como la variedad de ellos es inagotable e infinita, este desarrollo, que no ha comenzado, no debe concluir jamás.

Así todo es necesario: dado dios una vez, están igualmente dados sus atributos, las determinaciones de estos atributos, las almas y los cuerpos, el orden, la naturaleza, y los progresos del desarrollo de ellos, todo esto está igualmente dado. En este mundo geométrico no hay sitio para el acaso, no lo hay para el capricho, no lo hay para la libertad. En la cumbre, en el medio, y en los extremos, reina una necesidad inflexible e irrevocable.

No habiendo libertad ni acaso no puede existir el mal. Todo está bien, porque todo es lo que debe ser. Todo está ordenado, porque cada cosa tiene el sitio que debe tener. La perfección de cada objeto está en la necesidad relativa de su ser y, la perfección de dios. está en la absoluta necesidad que le hace producir necesariamente todas las cosas.

¡Que vengan ahora a hablarnos, dice el insigne maestro Spinoza, de un dios que crea por su gusto y por para indiferencias. que elige esto y desecha aquello, que descansa y se fatiga, que crea para gloria suya, que prosigue un cierto fin y se afana por alcanzarle! Dios, decís, ha hecho todo lo que existe, pero hubiera podido hacer lo contrario. ¿Podía, pues, hacer dios que la suma de los ángulos de un triángulo no fuese igual a dos rectos? Dios ha elegido el universo entre los posibles: ¿hay, pues, posibles que dios no realizará nunca? Porque si los realizase todos ya no podría elegir y, según vosotros, agotaría toda su omnipotencia, lo cual es más absurdo y más contrario a la omnipotencia de dios que cuanto pueda imaginarse. Decís que su creación es obra de su voluntad, pero, todo efecto, tiene una relación necesaria con su causa, y efectos diferentes piden causas diferentes. Si, pues, el mundo fuera otro, otra sería la voluntad de dios que lo hubiese creado, pero la voluntad divina no está separada de su esencia. Suponer que dios puede tener otra voluntad, es suponer que puede haber otra esencia, lo cual es un absurdo. Si la esencia de dios no puede ser sino lo que es, la voluntad de dios no puede ser tampoco sino lo que es y, por consiguiente, los productos de esta voluntad, las cosas, no pueden ser otras sino lo que son. ¿Hay algún filósofo que niegue que en dios todo es necesariamente eterno y está en acto? Luego, en la eternidad de un acto inmanente, no hay ni antes ni después ni diferencia, ni mudanza concebibles. Este acto es eternamente lo que es, e incapaz de inferir de sí, no puede ser sino lo que es. ¿Concederéis, al menos, que el entendimiento divino no está nunca en poder, sino siempre en acto? Pero, ¿puede separarse la voluntad del entendimiento y ambos de la esencia? Cual es la esencia, tal es el entendimiento y tal la voluntad. Ser, para dios, es pensar, es obrar. Lo que piensa, lo hace, sus ideas, son los seres. Si queréis variar los seres, principiad por variar las ideas de dios, su pensamiento, su esencia misma.

El gran maestro concluye de todos estos argumentos contundentes reunidos, que la idea de la creación, es decir, la de un dios que produce el mundo de la nada por un acto libre de su voluntad, es un antropomorfismo absurdo, una quimera de la imaginación, que el análisis metafísico desvanece enteramente.

La razón, en efecto, no puede admitir la creación sin caer en el mayor absurdo, pues que nuestra filosofía panteísta está fundada en la idea de una actividad necesaria, infinita, que se desarrolla necesaria e infinitamente, y atraviesa, sin concluirlos nunca, todos los grados posibles de la existencia. Esta concepción, como se ve, es eminentemente racional y sensata, pues que se apoya sobre la ciencia misma, y sobre todas las condiciones del conocimiento humano, hallándose, además, en perfecto acuerdo con los datos más inmediatos y ciertos de la certidumbre, suministrada por la ciencia experimental, que se ocupa del estudio práctico de la naturaleza.

II

Nuestro maestro Spinoza, en la exposición que hace de su sistema de filosofía, procede a la manera de los geómetras. Antes de principiar la manifestación regular de estos teoremas, establece axiomas, sienta definiciones. Éstos son los principios de su filosofía, y contienen en germen todo el desarrollo de la filosofía alemana que comienza propiamente después de Fichte, Schelling y Hegel, se modifica en Krause y vuelve a tomar su dirección legítima en Hartmann. Examinemos ahora estos principios y admiremos su inexpugnable lógica.

Spinoza no reconoce más que tres formas posibles de existencia: la sustancia, el atributo y el modo. Veamos su verdadera definición: "Entiendo por sustancia, dice, lo que es en sí, y está concebido por sí, es decir, aquello cuyo concepto puede formarse sin necesidad del concepto de ninguna otra cosa." —"Entiendo por atributo lo que la razón concibe en la sustancia como constituyendo su esencia." —"Entiendo por modo las afecciones de la sustancia, o lo que hay en otra cosa y es concebido por esta misma cosa." Busca Spinoza cuáles son las relaciones necesarias de estos tres términos y llega, por una serie exactisíma de raciocinios lógicamente encadenados, a probar que la sustancia implica necesariamente el atributo y que el atributo implica necesariamente el modo, que la sustancia es única, que produce necesariamente multitud de atributos infinitos de los cuales solamente dos, el pensamiento y la extensión, son accesibles a nuestra inteligencia, en fin, que cada atributo produce necesariamente una infinidad de modos. Todo esto se resume en este célebre teorema: "Es propio de la naturaleza de la sustancia desarrollarse necesariamente por una infinidad de atributos infinitos, infinitamente modificados".

En cuanto a la individualidad humana de que tanto alarde hace el hombre se ve, desde luego, que el pretencioso yo, de que tanto nos gloriamos jactanciosamente, no puede tener lugar en nuestro sistema panteísta. En efecto, ¿es el yo una sustancia? No; porque la sustancia es el ser en sí, el ser absolutamente infinito. El yo, ¿es un atributo de la sustancia? No, por cierto, porque todo atributo es también infinito, aunque de una infinidad relativa. El yo no es pues más que un modo, un puro fenómeno o, a lo más, una colección de modos unificados por la fuerza virtual de la idea del cuerpo humano, reflejada en su propio organismo.

Así, pues, resumiendo los argumentos anteriores, podemos formularlos de esta manera:

1. Si se supone que dios ha hecho libremente el mundo, se sigue que dios hubiera podido hacer que la suma de los ángulos de un triángulo no fuese igual a dos rectos.

2. Se dice que el sistema de un dios libre, creador del mundo, supone que dios eligió entre los posibles y, por consiguiente, que no puede realizar todos los posibles, lo cual implica contradicción.

3. Se dice que hay una relación necesaria entre la causa y el efecto. Efectos diferentes suponen causas diferentes; pero el mundo es un efecto cuya causa es dios. Si el mundo fuese otro del que es, dios sería igualmente otro del que es, lo cual es un absurdo. Luego, dado una vez el ser perfecto, está dado el modo de su actividad, por consiguiente, los productos de esta actividad están igualmente dados.

Nuestra conclusión definitiva, en cuanto al orden metafísico u ontológico, es que el panteísmo es la única doctrina digna de la razón, por ser la clave universal que da la solución definitiva a todos los problemas de la filosofía trascendental.

III

Spinoza, al haber intitulado *Ethica* a esa obra magistral de la sabiduría de su colosal ingenio filosófico, tuvo por causa final, no sólo formular la metafísica del panteísmo, sino, también, su moral, como lo indica él mismo cuando dice "que no duda elevar a todos los hombres, por medio de la razón, al conocimiento del verdadero dios y, en consecuencia, el goce de la vida real y de la verdadera felicidad".

Pero, ¿cuál es esa vida feliz por excelencia, cuya posesión nos proporciona el panteísmo, por órgano de su sabio intérprete Spinoza? Es la vida bienaventurada, real y positiva ciertamente, pero que, a diferencia de la inconcebible y fantástica de la teología, no consiste en la visión beatífica de los místicos, ni se halla tampoco colocada más allá de las nubes, ni fuera de la actual existencia, pues que ella está en la tierra misma y desde ahora reside, aunque en germen, en el corazón de todos aquellos que quieren alcanzarla. De nosotros depende, pues, elaborárnosla desde esta vida, y hacer descender el cielo a nuestra alma, porque el reino de dios está en el inferior de la conciencia humana. Pero jamás podrá alcanzarla, ni más acá ni más allá de la tumba, ninguno que la busque en los objetos particulares, en la vida

sensible y en las cualidades objetivas de la existencia. A aquellos que confunden la felicidad con el goce sensible, Spinoza no concede ni aún los honores de la discusión pues que, según él, sólo la vida adecuada de la sustancia, es decir, de dios, y de sus diversos atributos e infinitas modificaciones, una de las cuales es lo que llamamos nuestro ser individual, es la única que puede proporcionarnos tan apetecible adquisición. La verdadera felicidad pertenece solamente a aquel, que elevándose sobre el mundo de la apariencia y de la variedad, abraza con amor la unidad absoluta de la sustancia, que es el manantial perenne e inagotable de todo lo verdadero, lo bueno, y lo bello absolutos, que de ella emanan necesariamente. He aquí el pensamiento profundamente moral y religioso del panteísmo, cuyos principios y desarrollo, según el sistema filosófico de Spinoza, se encuentran consignados en su *Ethica*, y pueden resumirse de esta manera: es preciso tener idea adecuada de la sustancia para alcanzar la vida feliz por excelencia, que consiste únicamente en desprenderse uno de los contingentes, para adherirse a lo inmutable, rechazar lo accidental y la nada, para desprender la eterna y absoluta realidad que hay en nosotros, concentrarse en la unidad, es decir, en dios, en el bien absoluto y no esparcirse ni perderse en la variedad de las cosas finitas y aparentes, es decir, de los falsos bienes. En esto consiste todo el método pantheosófico para llegar a la posesión de la felicidad absoluta y perfecta.

He aquí la moral sublime del panteísmo, cuyo solo nombre espanta y aterroriza aún a las inteligencias más ilustradas y bien cultivadas de los pretendidos sabios de nuestra época. Mas, a todos los adversarios que de buena fe se atrevan a refutar nuestra doctrina, solamente les preguntaremos: ¿De dónde viene toda la realidad, sino de la realidad suprema? ¿Cómo lo que no existe por sí puede un solo instante continuar siendo, sin apoyarse sobre lo que existe por sí? ¿Cómo concebir cualquiera cosa finita que no esté en el seno de lo infinito? ¿Dónde se podrá encontrar el principio de la distinción existente, por lo infinito y dentro de lo infinito, sino sólo en la inteligencia y en las ideas de dios? Nada de esto admite contestación y, sólo con sofismas, puede sostenerse lo contrario. Pero, ¿sería posible que nuestra timidez metafísica, iniciada por Bacon, conduzca a nuestro siglo hasta negar la infinidad de dios y sus más inmediatas consecuencias o, que se las relegue al olvido, según las doctrinas del positivismo? ¿Se sostendrá que la idea de lo infinito no es otra cosa que lo indefinido, o el quimérico producto de una imaginación exaltada, y que no hay nada

de necesario y absoluto? ¿Abandonaríamos al gran Spinoza, al profundo Fichte, al erudito Schelling, y al sabio Hegel, para volver a Locke, Condillac, Hobbes y al barón de Holbach? Esto no sería racional pero, sin embargo, ésa es por desgracia la tendencia del espíritu filosófico de nuestro siglo y, si la razón no lo remedia, tiempo llegará en que pase por impío o loco el que diga, con el catecismo del padre Ripalda, que "Dios está en todo lugar por esencia, presencia y potencia", o bien, con san Pablo, que "Dios está en nosotros y que nosotros vivimos en él". ¡Tan grande así es el terror que la verdad absoluta del panteísmo ha inspirado a todos los impostores!

No os admiréis de que os hable con energía, porque la verdad es libre y enérgica.

Giordano Bruno

IV

Venís ya demasiado tarde, señores deístas y teólogos, para oponer al dios-uno-todo de Spinoza, nuestro venerable maestro, el dios antropomórfico de las antiguas teodiceas. Cuando el gran Leibniz ha fracasado al pretender derribar al panteísmo, ¿quién será aquel temerario o vanidoso que pueda ahora jactarse de refutarlo con mejor éxito que aquel extraordinario ingenio? Lo cierto del caso es que debéis de dejar ya en los abismos del pasado a ese dios personal, pesadilla monstruosa y abominable aborto de vuestra delirante imaginación, a ese dios que crea por acaso o por bondad, a ese artista solitario y caprichoso, que sale un día de su reposo y se complace en su obra sacada de la nada. Creencias piadosas, conmovedores, símbolos, no lo negamos, pero, a decir verdad, puras supersticiones, preciso es convenir en que las más cándidas son las mejores. Tenéis mucho que sutilizar para sostener vuestro sistema antropomórfico, señores deístas, pero yo os aseguro que, a pesar de todos vuestros esfuerzos, no haréis otra cosa más que despojar a las supersticiones populares de su prestigio, y de su poesía, queriendo imponerles las formas severas de la ciencia.

Abajo los ojos sobre lo que pasa en el mundo desde hace tres siglos: la ciencia pantheosófica del insigne Spinoza, que es la ciencia absoluta, ha destruido completamente para siempre la distinción de

dios y el universo, con su concepción sublime de la sustancia única. Dios es el universo referido a su principio eterno; el universo es dios viviente, es la evolución necesaria de la vida divina. He aquí, pues, lo que demuestra la ciencia, todo lo demás no es sino cuestión de imaginación y de sentimiento.

Convenid en ello de buena fe con nosotros: vuestro dios personal es un dios determinado, particular, más poderoso, es cierto, y más inteligente que los hombres, pero de la misma especie, en una palabra, un hombre idealizado. Tiene conciencia, dice yo. Pero tener conciencia y decir yo es atestiguar una existencia particular que se distingue de todo lo que no es ella, que se comenta en sí y toma posesión de su individualidad. Vuestro dios es un individuo, es un cualquiera o cosa particular, pero ése no es el ser. el ser de los seres, el que es aquel en quien todos nosotros tenemos el ser, la vida y el movimiento, porque en él estamos y nos movemos y vivimos. Vosotros os representáis un soberbio y arrogante ídolo. que habita las alturas del cielo, y por esa misma torpe concepción que tenéis de vuestro dios, por eso lo limitáis en una mansión determinada. En vano lo cargáis de dones espléndidos y de atributos magníficos, no por eso deja de ser un miserable juguete de niños ante el ser infinito que no tiene otro lugar más que la inmensidad, ni otra duración que la eternidad, que contiene en sí, lejos de ser ahí contenido al espacio y al tiempo, que no es comparable con nada, no se asemeja a nada, no se distingue de nada, que envuelve y contiene todo. He aquí al verdadero dios, el dios de la razón viril y de la ciencia libre y emancipada, el dios del panteísmo.

Discutimos ahora seriamente: se os propone como creando fuera de sí al universo, cuya hipótesis está llena de mil contradicciones, o vuestro dios crea el universo en sí y, entonces, el universo es él mismo, en su vida, y ya, entonces, estáis con nosotros.

Ved aquí además otra alternativa u otra forma del mismo raciocinio: si queréis concebir a dios como viviente en sí, y bastándose plenamente a sí mismo, os veréis obligados a decir que la obra de la creación es un accidente. un acaso, un capricho sin importancia, o bien, si reconocéis que semejante modo de concebir las cosas es pueril y absurdo, sería preciso referir la creación al creador y confesar que dios concibe y ama eternamente al mundo y, entonces, la creación es eterna y hace parte de dios, siendo una manifestación necesaria, y he aquí que ya estáis otra vez de facto con nosotros. Decidíos a escoger: porque. entre el dios de la superstición y el dios de la ciencia, no hay medio

¿Es necesario razonar en forma para establecer que esa idea del dios personal, saliendo de la esfera de su ser, para manifestarse fuera, creando por tal o cual motivo un mundo que hubiera podido no crear, es una idea anti-científica? Pero, si algo hay de claro en el mundo, es el que un ser que obra fuera de sí es un ser finito porque, si fuera verdaderamente infinito, no habría nada real, ni posible fuera de él. La acción ejercida fuera de sí, o, como dice la escuela, la acción transitiva, es el hecho de una causa que se extiende más allá del recinto de su ser propio para obrar sobre un término exterior, como un escultor que talla un trozo de mármol. ¿Haréis de vuestro dios un artista que obra sobre la materia caótica para confeccionarla a su gusto? Aparentemente no, pues sóis demasiado filósofos para no volver a enviar el caos a la mitología. Son, en horabuena, pero tened cuidado: el "nous" de Anaxágoras, imprimiendo un movimiento regular a la masa inerte de las partes símiles, el "demiurgo" de Platón, depositado en el seno de la materia, la impresión luminosa de las ideas de lo bello y del bien, la doctrina también de Aristóteles, más profunda y más científica, quiero decir, la de un mundo eterno, que se mueve en virtud de su aspiración secreta hacia un dios, solitario y feliz, que atrae a todos los seres y que los ignora. Todo eso, decimos, es tan de nuestro tiempo como puede serlo la vieja teogonía de Hesíodo.

Os es, pues, preciso decir que dios no tiene necesidad de materia para formar el mundo, eternamente concebido por su divino pensamiento. Pues bien, admitimos eso, mas notad que, de ese modo, emplazáis la dificultad, pero no la resolvéis.

Retiráis un poco el obstáculo, que vuelve a caer sobre vosotros con todo su peso. Dios, decís, piensa eternamente el mundo, pero ¿qué es el mundo? [Es] otra cosa distinta de dios. He aquí, cabalmente. el de la dificultad, he aquí la piedra de escándalo contra la que os hacéis pedazos, pues no es más posible para dios el pensar que el hacer otra cosa que él, porque fuera de él no hay nada.

Diremos, enhorabuena, que él es creador, que él es causa. pero entended causa absoluta, causa inmanente, y no causa transitiva. Él crea al mundo dentro de él y, desde entonces, es preciso no separar al creador de la criatura, porque la criatura es el creador mismo. considerado en su acción eterna y necesaria. Quitad al mundo y no queda más que una abstracción, el ser en sí, el ser en potencia.

En realidad, el ser en potencia pasa al acto; el ser universal viene a ser sucesivamente todos los seres particulares, que no son más que los momentos de su vida, las formas inagotables de su esencia. Nada está

separado: todos los seres son los actos de un solo y mismo principio, que es la sustancia única, y componen una misma tesitura, que es la vida divina. Pero vosotros, señores deístas y teólogos, ¿de qué modo, decidme, pasaréis de la vida de vuestro dios personal a la del universo? ¿Os contentaréis, acaso, con ese pensamiento infantil de que dios se propuso un día crear al mundo? Pero, si dios es completo sin el mundo, si dios vive en sí una vida perfecta, una vida feliz, si dios no necesita más que de sí, ¿por qué habría salido dios de tan pacífico y quieto ensimismamiento? Os es preciso confesar, entonces, que el acto creador es en dios alguna cosa milagrosa o fortuita. Si no decís que es un milagro, si no decís que es el acto de una libertad absoluta, si no decís que dios es indiferente a la creación, que el ser y no ser de las criaturas son idénticos a su vista, que la creación no añade nada a su felicidad, a su perfección; si no decís eso, si estrechados por las leyes de la ciencia ensayáis referir el efecto a su causa por alguna relación inteligible, os será entonces preciso decir que dios crea por amor o por deber. Pero, sin hablar de lo que hay visiblemente de humano en esas imágenes, ¿no véis que [si] dios ama no puede estar privado de lo que ama, que si crear es mejor que no crear, dios no puede dejar de obedecer a su sabiduría, que le manifiesta lo mejor a su santidad que le prohíbe el mal? Y, entonces, el mundo es necesario a dios, sea como objeto de amor, sea como deber cumplido; y, en ese caso, dios, sin el mundo, es un dios trunco, un dios incompleto, un dios a quien falta alguna cosa esencial, una potencia sin efecto, una causa sin acción, una sabiduría sin objeto, un amor sin efusión; y, entonces, el mundo es tan necesario a dios como dios es necesario al mundo. Sin dios no hay mundo, sin mundo no hay dios. Dios y el mundo se completan y se realizan recíprocamente el uno por el otro. ¡No más dios personal, señores deístas y teologistas, no más dios viviente en sí, ni dios distinto del universo! En lugar de ese fantasma antropomórfico, proclamad al verdadero dios, al dios que no es tal o cual cosa, ni ésta o aquella persona, sino el principio impersonal, inconsciente y universal de todas las personas y de todas las cosas, al dios que no habita el cielo, sino en quien la Tierra y los cielos habita: el inmenso, el eterno, el infinito, el absoluto, el ser universal de todos los seres, la sustancia única, en fin, de nuestro venerable maestro, el sapientísimo Spinoza, pudiendo en resumen decir con Lacano: "¿Tiene dios acaso otra morada que el cielo, el mar, la Tierra, y la virtud? —Dios es todo cuanto ves, donde quiera que te halles".

VII

Ensayos teológicos

31. La religión ortodoxa[1]

Para comprender lo divino, se necesita el sentido divino.

San Juan Crisóstomo

LA RELIGIÓN, que es la complexión de nuestros deberes para con la divinidad, es lo más importante, así para el hombre en particular, como para la sociedad en general. Siendo dios el creador de la naturaleza, y participando el hombre de uno y otro, por la doble esencia que la constituye, tiene lazos indisolubles que le atan al espíritu y a la materia y, por consiguiente, es responsable del buen o el mal uso que hubiese hecho de sus facultades, físicas o morales. La razón misma basta para convencernos de que siendo dios el ser absoluto y el manantial fecundo de la vida, y origen de toda existencia, debemos de someternos enteramente a sus autoridades, y reconocer sus innumerables beneficios que diariamente nos prodiga. Los sentimientos religiosos, teniendo por base el amor o reconocimiento de la criatura hacia el creador, forman la adoración o culto interno pero, estos sentimientos, no pueden ni deben quedar ocultos en el santuario de la conciencia, sino que la manifieste exteriormente por signos sensibles y, esta expresión del hecho interno, hace nacer el culto externo, porque, del mismo modo que el pensamiento sale de la inteligencia por medio de la palabra, así

[1] *La Democracia*, México, 25.IX.1872.

también, el sentimiento religioso se produce por el culto externo. Es imposible que el corazón esté conmovido sin que la emoción se manifieste espontáneamente por señales visibles. Condenar el amor de dios a que permanezca en el alma, y suprimir todo culto, como quieren los deístas, es ir contra todas las leyes de la naturaleza. Lo que existe se manifiesta necesariamente, y aquellos que, como los protestantes, elevan el culto interior a expensas del culto exterior, y que no ven sino hipocresía o vanas fórmulas en las prácticas religiosas, ignoran totalmente el poder del amor y las leyes del corazón humano, cuando sólo quieren que dios sea adorado en "espíritu y en verdad". De aquí resulta necesariamente que, las religiones sin ceremonias, con cultos fríos e ineficaces, propios cuando más para moralizar en cierta manera los pueblos glaciales del Norte, cuyo carácter meditabundo y positivista se aviene muy bien al idealismo religioso que constituye la religión reformada. He aquí el verdadero motivo de que el protestantismo se haya radicado, y hecho grandes progresos, en los países sajones, teátricos y circunspectos por naturaleza, y el ningún éxito de esta misma religión en los países latinos, cuyo genio volcánico, sentimental, exagerado y amante de lo maravilloso, jamás podrá satisfacerse con las frías abstracciones de una religión toda negativa, que sólo puede producir un fanatismo raro y aislado, aunque diferente en todo del de los romanos.

En efecto, aunque la religión cristiana sea en su esencia toda interior y espiritual, como se ha hecho para los hombres cuya organización hacen que obren según las diferentes impresiones de sus sentidos y de su imaginación, y aún se puede decir que la mayor parte de ellos ni trabajan, ni viven sino por ellas, siendo muy pocos los que se aplican a cosas puramente intelectuales; es necesario ayudarla, digo, con las cosas sensibles y materiales por más que se diga lo contrario. Si fuéramos ángeles, es decir, espíritus puros, sin cuerpo ni materia alguna, entonces ni podríamos muy bien adorar a dios en espíritu y en verdad. Pero, desgraciadamente, somos hombres compuestos de alma y cuerpo, pendiendo de dios por la razón, y de la naturaleza por los sentidos. Armonizar el racionalismo con el sensualismo, he aquí la filosofía de la religión o, si nos atrevemos a decirlo, de la religión filosófica. Por tanto, si como hemos dicho, nuestra naturaleza fuera toda espiritual, oraríamos en todos los lugares sin distinción, en medio de una plaza o calle transitada, en un cuartel, y aún en un café lleno de ruido, y hasta en medio del alboroto báquico y crapuloso de una orgía. Luego, entonces, ¿por qué huimos de todos los lugares en que nos

hallamos incómodos y distraídos, sino por ayudar a la flaqueza de nuestros sentidos, y dar más pábulo a nuestra imaginación? Dios, en efecto, no necesita de templos ni oratorios, pero nosotros sí los necesitamos, para tributarle culto constante, a excepción de aquel culto espontáneo que brota naturalmente del alma cuando contemplamos el universo y las maravillas de dios en la materia. De consiguiente, es inútil consagrarle lugares determinados y particulares a su servicio, si no se colocan o forman en disposición de inspirarnos veneración.

Supongamos, por ejemplo, un templo situado en tal paraje, que se oiga en él el bullicio de una calle principal, o de una plaza pública, y que se halle además tan desaseado, que inspire asco su fetidez; supongamos más, que está lleno de tanta gente, que los que quieren orar son a menudo empujados y pisados y, continuamente, interrumpida su atención por el llanto de los niños, como siempre acontece en los templos romanos. Añadamos a esto (por suposición), que la vista tiene delante objetos desagradables, paredes ahumadas, pinturas borradas e imágenes mal construidas o deformes y, finalmente, junto a esto, para comprender todo lo que ofende a los sentidos, mal incienso y voces desentonadas y discordes, con una música mal compuesta. En tal caso, es evidente que más fácil sería orar con atención y retraer el alma hacia la divinidad en despoblado o en una casa vacía, que en semejante templo. Por el contrario, se encuentra una iglesia bien fabricada, limpia y silenciosa, donde la gente está bien coordinada, y un clero bien reglado celebre los oficios con gran modestia y sencillez evangélica, todo esto conducirá a oír aquel oficio con atención, y a orar con el corazón y juntamente con la palabra.

Todo esto lo comprendieron y observaron perfectamente los padres y obispos de la primitiva iglesia (que es la griega ortodoxa actual), que conocían a fondo la naturaleza humana y los secretos del corazón, sabiendo dirigirla convenientemente; sabían muy bien que el orden, la belleza y la armonía, excitan naturalmente en el alma pensamientos puros y elevados y que, a los pensamientos, se siguen los afectos y acciones; pero que es difícil se aplique la mente a cosas buenas, mientras el cuerpo sufre y la imaginación padece, y así quisieran que el oficio público, y particularmente la liturgia, se celebrasen con toda la majestad posible, y que el pueblo asistiese a ellos con todo gusto y comodidad, amando los lugares de oración y guardando en ellos un profundo respeto. Sabiendo, también, para conseguirlo, desterrar de los templos el fausto secular, el lujo de las mujeres y, en general, todo

aquello que pueda afeminar el corazón y desviarlo de su objeto. Y en esto se conoce cómo la iglesia ortodoxa nunca pretende lisonjear los sentidos, sino solamente ayudarlos a secundar la razón, para que se eleve en alas de la fe.

Una vez probado cuán necesario es para el bienestar, así de los pueblos como de los individuos, el culto externo recibido bajo el nombre de sociedad, resta ahora tratar sobre la superstición y el fanatismo que, desde su separación de la iglesia griega, han sido las prerrogativas más eminentes con que se ha engalanado la iglesia de Roma, con justo castigo de su cisma.

La superstición viene de la palabra latina *superstea,* que significa sobreviviente, esto es, el signo que sobreviene a la idea, es la forma preferida a la cosa, es el rito sin razón, es la fe que se hace insensata porque se aísla. Por tanto, podemos decir que la superstición es el cadáver de la religión, es la muerte de la vida, es el entretenimiento sustituido a la inspiración.

El fanatismo es la superstición apasionada, su nombre viene de la palabra latina *famim,* que significa templo, es el templo puesto en lugar de dios, es el interés humano y temporal del sacerdote sustituido el honor del sacerdocio, es, en fin, la pasión del hombre explotando la fe del creyente.

La superstición es la religión interpretada por la ignorancia; el fanatismo es la religión sirviendo de pretexto al furor.

Inquisidores, o propagandistas de la fe, ¿qué importan los hombres? La religión de Cristo condena y ha condenado siempre a los asesinos.

La superstición, y el fanatismo, han sido los dos escollos formidables en que ha venido a encallarse la nave romana de la iglesia papal, toda temporal y, cuyo sacerdocio, no ha sido más que una función reglada por la política europea; momia curiosa de la primitiva iglesia apostólica, coloreada con el uniforme bizarro de un "zuavo pontificio" *(rism tencatis?),* dorada con el oro de los pueblos, y soñando todavía con sus leyendas místicas de antaño, cuyo espíritu de caridad ya no comprende, sombra desvanecida de una iglesia viva, de que la separó su ambición desde mediados del siglo XI, de cuya época a esta parte no ha vuelto a inspirar una sola palabra de santidad ni de elocuencia, porque su espíritu de caridad y de virtud se ha materializado con el oro, y hoy su moral sólo es de cálculo y de egoísmo.

No, la religión romana no posee ya ni la virtud, ni la santidad, ni la fe. Su virtud es fingida, su santidad está nulificada, y la fe que hoy profesa

es idolátrica e ineficaz, porque concede demasiado a la incredulidad y, como no está vivificada por la caridad que no conoce, no instruye ni amonesta, maldice y anatemiza cuando no puede ya quemar en su inquisición, afrenta de sus fastos impíos y escandalosos. De aquí resulta que la iglesia latina no tiene ya ni la llave de las profecías, ni la fuente de la inspiración, ni la baqueta de los milagros. Todos estos dones están hoy latentes en una cierta iglesia, oculta a la ilustración del siglo, pero, esta iglesia, es al presente pobre y, en virtud de las circunstancias, ignorante en humana sabiduría, despreciada, porque no tiene plata ni oro, ultrajada a menudo, porque no tiene guardia pontificia de zuavos como la romana pero, en cambio, es humilde, benefactora, tolerante, no persigue jamás a nadie, no es sediciosa, ni intrigante, porque es evangélica, cuyo espíritu es la caridad. También ha tenido sus disidentes, pero los va uniendo nuevamente a su seno con su espíritu de dulzura y suavidad que la caracteriza, haciendo siempre uso de la persuasión y el convencimiento, y no volviéndolos contumaces con la fulminación de anticristianos anatemas.

Esta pequeña, pero verdaderamente cristiana y evangélica iglesia, es la ortodoxa griega, cuyo espíritu de filantropía hizo que la potente Rusia adoptase su doctrina, convencido plenamente de ser el verdadero y puro cristianismo. En efecto, los eslavos o antiguos rusos, fueron idólatras hasta el reinado de Vladimir, que introdujo en Rusia el cristianismo. Este príncipe fue el más obstinado idólatra por mucho tiempo, sin embargo, del cuidado que su abuela Olga tuvo en educarlo, e inclinarlo a la religión cristiana que ella misma había abrazado, recibiendo el bautismo en Constantinopla en 955. Muchos príncipes, obispos y grandes prelados de la iglesia romana intentaron atraerlo a la religión pero, no tuvieron éxito sus pretensiones, como tampoco la de los mahometanos. La misión de un griego fue más dichosa, pues le hizo amar la religión griega, porque, a través de sus harapos descubría su santidad, y la verdad de su fe la patentizaba con sus obras de virtud. Y, en efecto, Vladimir se hizo bautizar en 988, recibiendo el nombre de Vasili o Basilio, y, desde entonces, se unió toda la Rusia a la iglesia griega.

De todo lo dicho puede colegirse que si la iglesia latina es insuficiente para dar lo que ya no tiene, pero cuya restauración le sería fácil si quisiese, mucho más errados andan los deístas, protestantes, y otros sectarios, que sueñan religiones racionales, sin misterios, sin ceremonias, sin mitología y sin sacrificios.

Sueñan religiones sin religión.

La religión es la creencia mágica de un mundo típico, vuelto sensible a la fe. Es la realización aparente de las verdades ultrarracionales; es la satisfacción de una necesidad maravillosa, común a las mujeres, a los niños y a los ancianos.

He aquí lo que ha hecho la Grecia moderna como fruto de su sabiduría antigua: amalgamar la filosofía con la religión y embellecerlas con su mitología. Y, ¡cosa extraña!, la religión es la más humana de las instituciones y, la filosofía, lo que hay de más divino en la vida intelectual de la humanidad. La religión es la síntesis de las pasiones; codicia infinita de un bien; ambición impulsada hasta el delirio de una aspiración deífica; desesperación de voluptuosidad gastada que se refugia en el éxtasis; orgullo supremo; orgullo inmenso que se acusa a sí mismo de haber ofendido a dios y turbado la armonía de los mundos. La filosofía, el contrario, valerosa en su duda, modesta en su organización, no cree sino a la experiencia, ni acepta sino lo que trabaja. Pero Grecia, lo ha comprendido, porque sólo ella tiene bien experimentado *ab jave* que la religión sola, o la filosofía sola, son dos errores aislados. En el fondo de la una hay en el fondo de la otra; hay la desesperación del escepticismo y el embrutecimiento del indiferentismo absoluto. La religión y la filosofía, como el Eros y el Anteros de los antiguos, se han hecho para sostenerse y equilibrarse mutuamente. Esto hace Grecia. He aquí por qué lo espiritual debe ser la negación de lo temporal y por lo que, el reino y la riqueza, serán siempre la muerte del poder sacerdotal, porque destruyen lo divino de su misión y excitan la desconfianza y el celo de los instintos materiales. Esto es lo que ha acontecido en Roma.

He aquí también por qué el poder temporal se cubre a su vez de ridículo cuando quiere injerirse en el poder espiritual, porque siempre será sospechoso de inspiración interesada. Todo el mundo se reirá siempre de un soberano que diga a su pueblo: "Dios les manda que me obedezcáis", o de una reina, ordenando sacerdotes y obispos, porque no son éstas sus atribuciones, como tampoco lo es que un pontífice comande soldados. Pero, que un hombre verdaderamente independiente diga al mundo: "Obedeced a César", a este hombre todos le creerán, sobre todo, cuando nada reciba del César.

Baste, pues, esta reseña que he dado del espíritu evangélico de la religión ortodoxa griega para que, las personas sensatas y verdaderamente cristianas, fijen su atención sobre ella, que no dudo la acep-

tarán; y, si me preguntan con qué carácter trato de propagar esta religión, contestaré que con el derecho que asiste a todo hombre libre de exponer por escrito sus opiniones sobre todas materias que crea útiles a sus semejantes. Hoy, que la opinión pública fluctúa en México entre la educación viciada de los romanos, y la incredulidad sistemática de los protestantes, conviene, según creemos, poner medio entre los extremos, poniendo de manifiesto la verdad para que los grandes pensadores imparciales, después de un análisis justo y razonado, decidan acerca del que es poseedor de la verdad respecto al cristianismo.

Nadie podrá tacharme de especulador en esta materia; cuando sepan que mi profesión me aleja totalmente de tal sospecha, y aunque mi único objeto, repito, es el de patentizar, a los que combaten por tales cuestiones, que la verdad no se halla ni en una ni en otra parte, sino en la que propongo para su adopción, declarando solemnemente que al desearlo así, no me asiste otra pretensión que el bienestar y tranquilidad de la conciencia, que sólo produce nuestra santa y consolante religión.

32. Hierogamía de la iglesia griega y agamía eclesiástica de la romana[2]

Los diáconos sean maridos de la mujer, que gobiernen bien sus hijos y una casa.
Porque el que no gobernare bien su casa ¿cómo cuidará de la iglesia de dios?

I. Timot., c. III., v. 12

La iglesia griega, que como ya hemos demostrado en otros artículos, es la única que ha conservado para la doctrina, usos y costumbres de la primitiva cristiana, instituida y predicada en todo el mundo por los apóstoles, al conferir las sagradas órdenes, exige que sus ministros cumplan sus deberes divinos y humanos, esto es que, como sacerdotes, se dediquen con esmero a desempeñar el sagrado ministerio

2 *La Democracia*, México, 3.XI.187[illegible]

que les confiere, y que, como hombres, llenen las obligaciones que la sociedad reclama para el cumplimiento de la ley.

Entre los deberes que todo hombre tiene que cumplir a la sociedad, el primero y principal de todos es el matrimonio, puesto que su objeto se dirige a la propagación y conservación de la especie humana. En vano pretenderá Roma conservar la pureza de costumbres y la moralidad del clero por medio de la *agamía* una larga y dolorosa experiencia le ha mostrado ya que, el celibato clerical, lejos de producir el efecto que desea, cual es el de consagrarlo enteramente a su estado y retirarlo de las afecciones mundanas, no hace más que atizar su concupiscencia y refinada su sensualidad producir la más escandalosa relajación de costumbres.

La *hierogamía*, esto es, el matrimonio sacerdotal, siempre ha sido considerado en el cristianismo como de una alta importancia para conservar la moralidad del sacerdocio y, por este motivo, nuestra iglesia exige a los sacerdotes seculares que sean casados, a fin de evitar la prostitución y el concubinaje, que son la consecuencia necesaria del celibato de los clérigos.

El celibato eclesiástico no es institución divina, sino un precepto absurdo y arbitrario que la iglesia latina ha impuesto a sus sacerdotes, con objeto de extinguir en ellos aún los goces más puros e inocentes de la familia y del hogar. Mas, la experiencia le ha mostrado bien claro que, no es el celibato quien contrariando los afectos naturales del corazón humano ha de mantener la moralidad en el clero, sino la observancia estricta y rigurosa de la disciplina apostólica.

No, la religión cristiana verdadera jamás ha pretendido contrariar las leyes de la naturaleza humana, que son inherentes a nuestra organización, ni, tampoco, se ha opuesto nunca al orden civil de la sociedad; pero quiere, sí, dirigir las pasiones del hombre hacia el bien general, y que los sentidos se sometan a la razón y a la conciencia, en cuya sujeción consiste la virtud.

Las sagradas letras comprueban demasiadamente, desde el Antiguo Testamento hasta la ley de gracia, la alta estimación que ha gozado el matrimonio en el cuerpo sacerdotal, que siempre lo ha conservado como un aliciente de sus obligaciones. Casi todos los apóstoles, obispos y diáconos de la primitiva iglesia, que es la que debemos tomar por modelo, fueron casados. El matrimonio de san Pedro, que fue la piedra viva y fundamental de la iglesia, está ya comprobado hasta la evidencia y, sin embargo, el llamado pontífice romano tiene

la osadía de nulificarse y proscribir este último sacramento en el sacerdote, que pone el sello final y completo del cristiano. Pero Roma prefiere al matrimonio del sacerdote, su mancebía; a su moralidad, su prostitución; y, a la ley divina, su capricho arbitrario.

Roma es cismática y sus actos deben ser aberraciones.

Bien sabido es, [para los] que conocen la historia, que la proscripción del matrimonio eclesiástico, y la suplantación del lenocinio concubinaje clerical, fue introducido en la iglesia romana por el papa Siricio en el año de 885 y, más tarde, restaurado por Inocencio I y Gregorio VII.

Baste solamente recordar que el padre de san Gregorio Naciancono, y de san Cesáreo, era obispo cuando les dio la vida; que el presbítero Sinesio, elegido obispo, se lisonjeaba de llevar consigo al episcopado una mujer virtuosa, y que, Jieremón y Fileas, fueron asistidos de sus hijos y mujeres en el martirio, para demostrar que el celibato clerical nunca estuvo admitido ni sancionado por la primitiva iglesia. Pero, ¿qué digo? No basta acaso la autoridad santa de las epístolas apostólicas, donde está consignado el matrimonio sacerdotal, desde la fundación misma de la iglesia? ¿No son suficientes, por ventura, los hechos de los apóstoles, que legaron a la posteridad como un cuerpo perfecto de disciplina eclesiástica? Dirijamos la vista, por un momento, sobre el concilio de Nicea, y ahí veremos al sabio y elocuente san Panuncio defendiendo con ardor el matrimonio clerical, hacer triunfar victoriosamente su causa, que es la de la iglesia, siendo él mismo casado, no obstante hallarse entonces en la época octogenaria de su vida.

La iglesia ortodoxa nunca puede considerar como perfectos a los sacerdotes célibes que, como hombres formados del mismo limo, desdorarían siempre la pureza de la vida clerical, por tener necesidad de aparentar la observancia de un precepto que ningún hombre puede llevar a cabo, a excepción de esas almas castas cuya virtud natural de su organización las conduce a la vida aséptica y contemplativa del claustro, así como a las vírgenes consagradas a dios.

Además, para el sacerdote célibe, el confesionario será siempre un formidable escollo, contra el que fracasará toda su pureza, porque el mal infecta por contagio así como la epidemia, y, entonces, agitado fatalmente por el vértigo impuro de una ardorosa concupiscencia, tendrá que sucumbir necesariamente a la tentación, encenegándose en la asquerosa prostitución, o en el amancebamiento, si no es que ahí mismo esgrime las armas de la seducción contra doncellas y casadas.

porque la naturaleza inexorable reclama su derecho. Todos estos crímenes se evitarían si el confesor, como hombre, tuviese una bella esposa, en cuyo casto acto se purificasen sus lascivos deseos y, entonces, nada podría sincerarlo en la perpetración de un abuso criminal. Por otra parte, ¿cómo puede el guía espiritual de las conciencias dirigirlas convenientemente, cuando ignora lo que es este estado y de consiguiente los inconvenientes de que adolece? ¿Ni cómo podrá ser sensible a unos males para él imaginarios, puesto que, nunca, los ha experimentado? De lo cual resulta que un sacerdote celibatario, ni puede ser sabio y prudente en el confesionario, ni mucho menos virtuoso en su ministerio, porque, como dice un gran hombre: "el celibato es la licencia de las costumbres".

En el Concilio de Trento se presentó una memoria de los teólogos católicos de Alemania en favor del matrimonio de los clérigos, que fue apoyada por el cardenal de Lorena, por Andrés Dudith, obispo de Cinco-Iglesias, y por los plenipotenciarios del emperador Fernandino, y del duque de Baviera. Pero, Felipe II, de acuerdo con Pío IV, hizo desgraciar el proyecto y, el Concilio, fulminó el anatema contra cualquiera que dijera que un eclesiástico puede tomar mujer.

El abate de Saint-Pierre sostiene que el celibato pone al hombre seglar y religioso en oposición con el natural y libre.

Desfarges, canónigo de Etampes, en el año de 1758 dio a luz una obra intitulada *Beneficios del matrimonio, y cuán necesario y saludable es a los eclesiásticos y obispos de este tiempo el casarse con una doncella cristiana*. En esta obra, el autor, a pesar de ser un sacerdote católico, prueba hasta la evidencia lo absurdo e inconveniente del celibato en el clero, medida arbitraria con que Roma ha desprestigiado la religión, atacando radicalmente la naturaleza individual del sacerdote. En el mismo año fue quemada la obra por derecho del parlamento.

También Hatz, cura párroco en la diócesis del Gran Varadin, hizo imprimir, en 1791, una obra en favor del matrimonio eclesiástico. El código de las leyes húngaras testifica, dice, que el matrimonio estuvo en práctica desde la primitiva iglesia hasta san Ladislao, y considera en razón la supresión del celibato, como el primer paso para la reunión de las sectas protestantes.

En Inglaterra Geddes, sacerdote católico, de superiores talentos y una vasta erudición, también impugnó vigorosamente, lo mismo que Hatz, este punto de disciplina en la iglesia latina. A veces se vieron algunos eclesiásticos católicos ingleses romper los vínculos del celi-

bato, lo cual proporcionaba prosélitos al protestantismo. Es uno de los motivos sobre los que se apoya la opinión del doctor Geddes, cuya obra salió a luz en 1800. Al siguiente año sostuvo el mismo Gregg la misma opinión.

El célebre Tamburini, catedrático católico de la Universidad de Pavía, defiende también el matrimonio clerical en sus *Lecciones de filosofía moral:*

> El celibato, restringido en la regla de los consejos evangélicos, era, dice este autor, el más bello ornamento de la iglesia, pero, por un efecto del abuso, es al presente para ella una materia de lágrimas, y para el pueblo otra de escándalo, particularmente en Roma, en que la prostitución es una permanente calamidad.

También en Alemania se han publicado infinitas obras a las que el doctor Werkmeister ha dado principio desde época anterior, y todo el clero católico promueve ya la supresión del celibato eclesiástico como anti-evangélico. Entre las diferentes obras que ahí se han publicado, la más famosa es una que se titula: *Correspondencia de dos eclesiásticos católicos sobre la cuestión: ¿Es tiempo de derogar la ley del celibato del clero católico?* El autor de esta obra es un eminente eclesiástico francés, *monsieur* Henri, a quien, si la iglesia de Roma fuera agradecida, debía de apreciar debidamente, por haber sido el restaurador del culto católico en Jena, de donde hacía ya más de dos siglos que estaba desterrado.

Inútil sería ya, después de las citas que llevo mencionadas, alegar también las diversas peticiones y solicitudes del clero francés, que, tanto en las crisis revolucionarias, como en los tiempos normales ha elevado con el mismo objeto, sin obtener nada de Roma, que se ha encaprichado a porfía en sustituir en toda su disciplina, y aún en parte de sus dogmas, su arbitrariedad humana a la ley divina, pero, esta emancipación de la religión de Cristo autoriza a la iglesia griega, que es la verdadera por su doctrina y por su tradición, a no unirse jamás con la latina para no contaminarse con su inmoralidad.

Y, conforme a su doctrina, que es la de dios, respecto al punto que se ha tratado en este artículo sobre la *hierogamía*, o matrimonio clerical, nunca dejará de profesar el principio de que un sacerdote, sujeto a las mismas funciones naturales de todos los hombres, "es más puro al dejar el lecho nupcial de una esposa, que al salir de los brazos impúdicos de una ramera".

33. El poder temporal debe ser independiente de la potestad espiritual de la iglesia[3]

> *Dad al César lo que es del César,*
> *y a dios lo que es de dios.*
>
> San Mateo, c. XXII, v. 21

Aunque la cuestión del poder temporal de la iglesia ha sido ya refutada victoriosamente por los mejores escritores de la época, particularmente por la insigne pluma del elocuente y erudito Emilio Castelar, sin embargo, como nuestro propósito se dirige a dilucidar este punto bajo la inspiración cristiana de la iglesia ortodoxa, creemos deber marcar con exactitud, y comprobar con citas auténticas e irrefutables, la diferencia que existe entre lo temporal y eterno.

No habiendo concedido Jesucristo a su iglesia más que una jurisdicción puramente espiritual, sin derecho alguno sobre los bienes temporales, y sin ningún poder sobre las de aquellos que adoptan su doctrina, o que rehusaban someterse a ella, se deduce, como consecuencia, la más natural y ciertísima, que, por la potestad concedida por él a la iglesia, en nada se ha mudado el orden de las cosas de este mundo. En vez de destruir o derogar el Evangelio, esta subordinación, de la cual pende la quietud, la felicidad y el bienestar de la sociedad civil, la confirmó e hizo más obligatoria. Al mandar Jesucristo que se dé a dios lo que es de dios, prescribe también que se dé al César lo que le pertenece y, para hacer más eficaz este su encargo, lo confirmó con el ejemplo, haciendo pagar por sí, y por san Pedro, los tributos que exigían los emperadores romanos de todos los habitantes de la Judea. Esta subordinación, debida a los príncipes y a los magistrados de la nación, formó un artículo de la predicación de los apóstoles:

> Todas las personas vivientes, decía San Pablo, están sujetas a las potestades superiores; al paso que toda potestad se deriva de dios, que es quien la ha instituido en la Tierra. El príncipe es un ministro de dios para proteger y hacer bien a la sociedad. Si obráis mal, tenéis un justo motivo para temerle porque, no sin razón, lleva la espada. Él es el ministro de dios puesto para castigar a aquellos que obran mal. Siendo pues tan necesario

[3] *La Democracia*, México, 17 y 20.XI.1872. A partir de la primera fecha Rhodakanaty se sumó a los colaboradores del periódico.

> someterse a él, no sólo por temor del castigo, sino también por un deber de conciencia, precisamente por esta razón pagáis los tributos al príncipe, porque es el ministro de dios. Dad, pues, a cada cual lo que le es debido: el tributo, a quien se debe el tributo; la alcabala, los impuestos, a quienes son debidos; el temor, a quien se debe temer; el honor, a quien se debe honrar.

La expresión del apóstol es general, y por tanto comprende a todo ciudadano (o súbdito si es una monarquía), tanto a los pastores de la iglesia como a los simples fieles; pues que todos somos miembros de la sociedad, y debemos acatar la ley. Todo sacerdote, o seglar, debe obedecer a la autoridad civil y, quien se opone a sus órdenes, resiste, aunque en vano, a la voluntad de dios: "Sed sumisos, dice el mismo san Pedro, y, por amor a dios, obedeced a toda clase de personas; al rey, a los gobernadores, como que están diputados para castigar a los que obran mal y proteger a los que obran bien". (Epist. I, c. II, v. 13.)

Estas máximas predicadas por los apóstoles, estaban tan profundamente radicadas en los corazones de los primeros cristianos, que obedecían, sin la menor resistencia, a los más fieros perseguidores de la religión cristiana, excepto, solamente, cuando exigían de ellos alguna cosa contraria a la ley de dios; si bien aún, en este caso, no creían que era permitido rebelarse contra su autoridad, pues hacían consistir toda su defensa en sufrir con paciencia hasta morir (véase a Lactancio y Tertuliano).

Y no eran sólo los simples fieles los que prestaban esta sumisión a los tiranos; los pontífices, los patriarcas, los obispos y los sacerdotes, se creían obligados a obedecer a sus mandatos y promoverlos, pues ésta es una constante tradición de doctrina enseñada por los más grandes padres de la iglesia, como puede verse en la "Apología de san Atanasio al emperador Constantino"; en la "Oración de san Gregorio Nacianceno a sus ciudadanos"; en la "Homilía de san Juan Crisóstomo sobre la epístola a los romanos"; todos los cuales no se atribuían más que una autoridad espiritual, y dejaban a la autoridad civil el gobierno de las cosas temporales. Ni siquiera imaginaban que el poder temporal estuviera subordinado a su ministerio, o que dependiese de él para el ejercicio de sus funciones; antes, por el contrario, juzgaban que así como los príncipes cristianos debían de someterse a los obispos para ser instruidos por ellos en la religión, y recibir los sacramentos, del mismo modo, estaban obligados a someterse a aquéllos en todo lo que pertenece a la administración de la cual sólo ellos son deposita-

rios. En la actualidad, sólo la Rusia, después de Grecia, es la única nación que ha sabido llevar en esta parte el régimen eclesiástico de las instituciones cristianas y, por este motivo, nunca dejaremos de admirar a esa poderosa nación que tanto ha ennoblecido a la religión de Cristo, tomándola bajo su protección y manteniendo a su pueblo en la moralidad de su fe bajo la apariencia del despotismo, si así puede llamarse a la solicitud paternal que, sobre el bienestar de cada uno de sus súbditos en particular, despliega el "gran autócrata" de todas las Rusias.

"Dos son las potestades principales, dice el papa Gelasio escribiendo al emperador Anastasio, por las cuales es gobernado este mundo: la autoridad sagrada de los obispos, y la autoridad real". El encargo de los obispos es mucho más sublime, debiendo dar cuènta a dios de los soberanos mismos, porque habéis de saber que, por mucho que os ensalce y eleve vuestra dignidad sobre el resto del género humano, tenéis que bajar la cabeza en presencia de los prelados, recibís de ellos los sacramentos, estáis a ellos sometidos en las cosas de religión, seguís su parecer, y ellos no ceden en esto a vuestra voluntad. Si los obispos obedecen vuestras leyes, en cuanto el orden político, en las cosas temporales, sabiendo que habéis recibido este don de lo alto, ¿con qué afecto no debéis someteros a aquellos que están instituidos para distribuir los sacramentos? De la ingenua confesión de este romano pontífice, al mismo tiempo que trata de ensalzar a la iglesia, se deduce que, sus ministros, sean de la clase que fueran, no pueden eximirse de la obediencia a las leyes civiles en las cosas relativas a la policía y administración temporal. Luego, entonces, ¿por qué la iglesia romana se opone, por ejemplo, en este país, y en todas partes, a la tolerancia religiosa y a las demás leyes de reforma que hoy los gobiernos de las naciones creen necesarias para el progreso y civilización de los pueblos, siendo así que estas mismas leyes en nada atacan a la religión? ¡Ah! ya lo hemos dicho: "porque los impostores tiemblan ante el augusto nombre de la verdad". La potestad política en nada está sujeta a la autoridad eclesiástica y esta independencia la reconoce aún más expresamente el citado pontífice romano en su *Tratado de las excomuniones,* en el cual habla así: "Conociendo Jesucristo la flaqueza humana, y queriendo salvar a los hombres por medio de la humildad, separó las funciones de una y otra potestad de modo que, los príncipes cristianos, necesitan de los pontífices para obtener la vida eterna y, los pontífices, obedecen los mandatos de los emperadores

en orden a las cosas temporales y, como aquel que sirve a dios no se mezcla en negocios seculares y, el que se ocupa en éstos, no debe gobernar las cosas divinas. Por esta misma razón el uno y el otro orden están circunscritos dentro de sus límites y, cada cual, aplicado a las funciones que le competen". El mismo lenguaje usan otros pontífices romanos, entre otros Symaeo, en el "Apologético contra Anastasio", y, Nicolás I, que floreció hacia la mitad del siglo IX, habla del mismo modo en su Carta 8ª a Miguel, emperador.

Esta máxima que hemos puesto, apoyada en la autoridad de un romano pontífice, sobre la distinción de las dos potestades, y la independencia del poder temporal y espiritual del pontífice, como también la sumisión y obediencia a las autoridades que deben tener todos los pastores de la iglesia, no era para los papas una doctrina puramente especulativa, sino práctica, pues, la ponían en ejecución siempre que la ocasión se presentaba, obedeciendo y cumpliendo respetuosamente los mandatos de los príncipes bajo cuyo imperio vivían. Entre el gran número de ejemplos que de esta verdad nos suministra la historia eclesiástica es, ciertamente notable, el de san Gregorio Magno. Había el emperador Mauricio promulgado una ley en que prohibía a los soldados abandonar la milicia para abrazar el estado monástico, extendiendo la misma prohibición a aquellos que habían desempeñado empleos públicos, y dirigió esta ley aquel emperador a san Gregorio, encargándole que la hiciese promulgar en aquellas provincias que se hallaban sujetas en Occidente al imperio romano. Recibió esta ley san Gregorio de un escudero del emperador, llamado Longino, en 13 de agosto del año 503 y, en su respuesta, alaba muchísimo la primera parte que excluye del clericato a los empleados públicos, añadiendo que éstos se movían a abrazarlo más bien por mudar de empleo que por huir del siglo. Y, si bien, en cuanto a la segunda parte, le pareciese al pontífice que podía perjudicar en algo a los intereses de la religión, y se hizo presente al emperador, no por eso dejó de publicarla, según se le ordenaba, conviniendo tan sólo con él, en que los soldados no fuesen admitidos a la profesión monástica, si primero no eran probados por espacio de tres años, término que ya estaba indicado en la Novela 5ª, capítulo 2o, de Justiniano. Así, dice el sumo pontífice, he cumplido con mi obligación, he prestado al emperador obediencia que le es debida más, al mismo tiempo, no he disimulado ni callado aquello que me parecía ofender a la religión. Y, escribiendo al médico del mismo Mauricio sobre este asunto, le hace la siguiente reflexión:

que le parecía harto duro que el emperador, al cual ha confiado dios todo, y le ha concedido el poder mandar no sólo a los soldados, sino a los mismos pontífices, quisiera impedir a los soldados el que se consagren al servicio de dios.

Empero, no creyó aquel santo y sabio pontífice que podía de su propia autoridad injerirse en un asunto de esta clase, por pertenecer a la policía temporal, de consiguiente al príncipe.

Pero esta virtud de la iglesia, y esta humildad verdaderamente cristiana, sólo ha podido conservarse en aquella parte del mundo que, aunque pequeña, y reducida a una nulidad social en el catálogo de las naciones, milita cubierta bajo la bandera de Cristo y, celosa por doctrina, la providencia la ha guarecido con la protección de la Rusia, firme antemural de la nacionalidad griega, y noble pedestal sobre que se asienta la cruz ortodoxa, irradiando sobre el universo el espíritu divino de la ciencia y la caridad.

34. Filosofía de la religión[4]

A mi querido amigo
Ricardo Espinosa de los Monteros

El cristianismo puro, es decir, la religión ortodoxa, tal cual se halla formulada por la iglesia griega, que es la continuadora de la primitiva iglesia de Jerusalén, al plantear su doctrina, nos hace comprender a dios como el amor más puro y absoluto en la suma plenitud de su concepción divina.

La disciplina y los dogmas religiosos, triste es decirlo, han sido profanados por la iglesia de Roma y, esta profanación misma, renovada de edad en edad, ha sido para ella una terrible y severa lección. Los católicos han hecho proscribir el cristianismo por los protestantes, a quien dio nacimiento el escándalo de sus abusos, y que podemos considerar como padres de los "libre-pensadores" y, por esto, el santuario oficial ha emigrado de Roma, instalándose en la Rusia, donde se ha encarnado, por decirlo así, en la augusta persona del zar y, cuyo santo sínodo, a pesar de su aparente autonomía, siempre tiene por brújula

[4] *La Democracia*, México, 8.XII.1872.

en sus decisiones, el supremo jerarca de Atenas, metrópoli universal de la religión pura de la humanidad.

Así, la jerarquía religiosa se había comprometido por los atentados del papado romano y por su espíritu usurpador y, aún la clase misma del dogma, abandonada y rechazada al olvido, maliciosamente, cayó en manos de imprudentes detractores que, no sabiendo la manera de usarla, han conmovido fuertemente todo el edificio religioso a los golpes reiterados de la insana filosofía. Pero la providencia ha deparado un genio dotado de valor físico y moral en el mundo, que está apuntalando el gran templo de la humanidad.

Ese hombre-genio es Alejandro.

Emperador y sumo pontífice, ha vuelto la vista hacia el Oriente y, evocando los santos recuerdos de la iglesia primitiva, los ha ya conservado fielmente en la Grecia, en quien el tiempo no ha podido destruir, a pesar de su inclemencia, el civismo, la religión, ni las costumbres de ese pueblo inmortal que, según la expresión de Horacio, es un monumento más perenne que el bronce y que, semejante a las altas pirámides de Menfis, parece desafiar a la sucesión ininterrumpida de los siglos.

El bello ideal de la Grecia se realiza en Rusia. La alianza de la fe y de la razón es el dogma radical y filosófico de la religión del porvenir. Esta función es el elemento cardinal del alto sacerdocio griego en la iglesia rusa. Su misión es el progreso por el desarrollo de la idea religiosa del género humano.

La Grecia es, por decirlo así, el foco teórico de la religión y, la Rusia, el centro práctico y realizatriz de la idea cristiana.

La verdad se ha legado, no a un hombre de instrucción, sino de genio y de intuición casi divina.

No se necesita ver la luz para pensar que existe.

La luz se revela por sí misma a la inteligencia.

La verdad exige solamente que se la encuentre y, una vez encontrada, los más humildes del pueblo pueden comprenderla sin necesidad de demostraciones.

Pero la verdad absoluta siempre es jerárquica y, por tanto, nunca puede vulgarizarse, porque la multitud sólo puede ser conmovida por las vagas y flotantes lisonjas de la anarquía.

Las masas no necesitan poseer las verdades absolutas, pues, si esto llegase a suceder, el progreso se detendría y la vida cesaría en la humanidad. El vaivén perpetuo de las ideas contrarias, el choque de las opiniones opuestas, y las pasiones de la moda, determinadas siem-

pre por las ilusiones del momento, son necesarias al acrecentamiento intelectual de los pueblos. La multitud lo ha comprendido bien y, por este motivo, la vemos frecuentar mejor la taberna que la biblioteca, y preferir las chocarrerías insulsas de un charlatán, a las lecturas públicas, o a las cátedras orales del derecho de ciudadanía.

Aun aquellos mismos que se jactan de amantes de la filosofía y de la verdad, y cuyo entendimiento torpe y limitado les impide ver el íntimo enlace que existe realmente entre la filosofía y la religión, se asemejan mucho a los muchachos que, formando un corrillo para resolver adivinanzas, segregan de su círculo a los que ya tienen la solución de ellas, por temor de que, exponiéndolas francamente, les quiten el gusto de envolverse en infinitas conjeturas.

La religión, tal cual la profesa Grecia, es decir, amalgamada y connaturalizada con la filosofía, es la clave de toda la naturaleza, y puede dar al creyente el centro real de su poder. En efecto, conformándose el hombre a las reglas de la fuerza eterna, puede asimilarse de cierta manera al agente creador y reproducir a su vez efectos sorprendentes, sin duda, pero, contenidos en el orden mismo de su dinamismo universal y que el vulgo denomina "milagros".

Todo lo que la naturaleza ha hecho inferior al hombre, lo ha sometido a su dominio, y a él le corresponde ensancharlo en vía de una escala ascendente infinita de progresión.

Así, la atmósfera y sus tempestades, la tierra y sus vetas metálicas, la luz y sus prodigios espejismos, la noche y sus ensueños, la muerte y sus fantasmas, todo obedece al báculo pastoral del patriarca filósofo de la religión ortodoxa. Él, adepto a los grandes misterios religiosos, que son los de la naturaleza transformada, se constituye rey de los elementos, árbitro de los hechos extraordinarios, director de los oráculos, en una palabra, dueño de la vida y de la muerte en el orden armónico y matemático de la naturaleza.

He aquí la magia de la religión en todo su apogeo.

¿Pero, quién será capaz en la época presente de dar crédito a semejantes paradojas?

Aquellos que quieran sinceramente estudiar y saber deben de adherirse a la religión ortodoxa para alcanzar la iniciación en los misterios de la pantheosofía, que de ella emana, y que sólo la posee el alto clero de la iglesia griega, como una tradición especial de su doctrina.

En fin, el dogma oculto de la religión ortodoxa-griega, en su parte filosófica y teológica, es más bello y sublime que los de Zoroastro y de Swendonborg. Su regla es el ascetismo y la jerarquía; su principio, la fraternidad y el amor. Continuadora de la escuela de Alejandría, depositaria de los secretos del apocalipsis, y reformadora del Zohar, la iglesia griega es la heredera legítima de todas las iniciaciones antiguas.

Tal es la doctrina secreta y la admirable síntesis que el cristianismo encierra y que ha venido a vivificar con su insuflación divina, iluminar con su esplendor, establecer por su dogma y realizar por sus sacramentos, conservándola nuestra iglesia bajo el nombre de *gnosis*.

35. De la influencia del cristianismo sobre la organización social de las naciones[5]

Sí, el cristianismo puro es la religión filosófica que debe regenerar al mundo, cuando los pueblos comprendan la vital importancia que encierra la adopción y práctica de sus principios sacrosantos: libertad, igualdad, fraternidad. Esta divisa sublime de la democracia, que no es todavía más que una utopía en el terreno de los hechos, y que sólo ha servido de lema demagógico para sancionar las depredaciones de las diversas facciones revolucionarias que han agitado sucesivamente a las naciones del globo, triste es decirlo, no es todavía sino una mentira oficial escrita, como dice un célebre escritor, sobre muros salpicados de sangre. La democracia, pues, teniendo por base necesaria al cristianismo, se dirige sobre todo al estado futuro de las sociedades y, por consiguiente, al bienestar y solidaridad del género humano.

El hombre, siendo capaz de porvenir en la escala de la vida toda legislación que no tome en cuenta los destinos futuros de los ciudadanos, es un sistema social incompleto como una rémora para la civilización y el progreso. Un gobierno verdaderamente liberal y democrático debe esforzarse en plantear los problemas relativos al perfeccionamiento intelectual y material de los habitantes de nuestro planeta y, cuya solución, queda encomendada a la alta filosofía.

Las creencias religiosas de los ciudadanos no son indiferentes a las formas de las sociedades. La religión protestante, por ejemplo, con su pretendida "predestinación", ha hecho de la vida futura una monarquía invisible pero fatal, modelada sobre las de la Tierra, figurando en el orden espiritual de dos clases, la de los elegidos y la de los réprobos, divididos por un fatalismo gratuito, así como en los estados

[5] *La Democracia*, México, 30.I.1873.

políticos, el antojo de los soberanos parte a la sociedad entre nobles y plebeyos, entre libres y esclavos. La iglesia romana, más mitigada sobre este punto de doctrina, inventó el purgatorio, que ocupa en el mundo temporal el lugar del estado llano. Desde luego se ve cómo estas dos ramas del cristianismo profesan doctrinas capaces de justificar el reinado de Nerón. La iglesia griega, por el contrario, habiendo conservado intacta la doctrina de los primeros cristianos que en su esencia es toda democrática, rechaza las sutilezas teológicas, cuyo último resultado ha sido introducir en las sociedades esa monstruosa desigualdad de rangos, de condiciones y de favores, por medio del absurdo dogma de la dispensación gratuita de la divina gracia, envolviendo así, en la confusión del caos, los principios más puros y luminosos del Evangelio de Jesús.

El pueblo mexicano, más que cualquiera otra nación, necesita en la actualidad adoptar el cristianismo puro como la base de sus instituciones sociales, rechazando con indignación todas esas otras doctrinas que se pretende infiltrar en las masas, bajo pretexto de ilustración, y que ocultan un letal veneno, cuyos malos efectos se hacen sentir ya por la desmoralización de todas las clases de la sociedad.

La ortodoxia griega dará libertad de los pueblos, porque, sólo ella, resume en su doctrina las fórmulas de la enunciación del pensamiento y las aspiraciones constantes de la humanidad.

Éste es un hecho de una evidencia tal, que no necesita demostracion, como nos lo ha manifestado ya esa sublime evolución del "espíritu helénico" en el renacimiento de las bellas letras y, sin embargo, triste es decirlo, un erudito escritor que, bajo el nombre de G. Gostkowski, publica en su curioso semanario *El Domingo* sus charlas dominicales, ha tenido la graciosa humorada de considerar como ridículo y extravagante el ocupar el tiempo en tratar de difundir en el país el "espíritu helénico", y cuya difusión debe, por las circunstancias de actualidad, comenzar su desarrollo por presentar su faz religiosa surgiendo de ella la filosofía que le sirve de base, y la amena literatura que embellece sus verdades entre los celajes mitológicos de sus reminiscencias clásicas de la antigüedad, y las metáforas atrevidas y caprichosas formas de su oratoria.

Quizá el señor Gostkowski, a quien tampoco yo tengo el gusto de conocer sino por sus elegantes escritos, aunque poco profundos, no ha comprendido bien la grande empresa que me anima y, por este motivo, ha descargado sobre mí todo el peso de su verba satírica que, aunque no es la de Voltaire, no por eso deja de tener su mérito particular, puesto que divierte, sobre todo, cuando el autor, recorriendo con su imaginación los desfiladeros del Cáucaso, las llanuras de Ucrania, las selvas de Lituana y los desiertos helados de Siberia, lamenta compasivo los horribles desastres de Mavorte fiero, sentándose a llorar amargamente sobre las tristes ruinas del Ural.

Entonces sí se efectúa una de esas metamórfosis admirable de que nos habla Ovidio. El "hombre-genio" se ha transformado ya en tirano de cincuenta pueblos (que no es poca cosa), en verdugo de millones de individuos (salvajes indómitos sin duda), y en el incendiario de la Polonia, ¡Que horror! En una palabra, Alejandro ya no es el zar de Rusia, es sí el "ogro de la humanidad", que ansía por devorarla.

Sin pretender justificar la conducta del zar como hombre político, en ciertas ocasiones, una constante experiencia y minuciosa observación de los hechos históricos me han persuadido hasta la evidencia que, cada nación, lleva el destino que se merece, en virtud de una ley constante de equilibrio, que escapa a toda la previsión humana. Por otra parte, la diplomacia no está siempre de acuerdo con la exacta justicia o, por mejor decir, en política lo que conviene a unos, desagrada a otros.

Así, por ejemplo, siendo todo relativo en la vida, también lamentamos la dureza con que el gobierno de la Rusia ha hostilizado a la heroica Polonia, digna de mejor suerte, pero, no por esto, dejamos de tener simpatía por aquella nación que ha sido y aún es la salvadora de la Grecia, y el apoyo más firme de su autonomía nacional. Un decreto expedido últimamente por el zar autoriza a la marina griega para usar su pabellón a fin de ponerla a salvo de las depredaciones turcas, siendo de lamentar que, mientras casi todas las naciones que se precian de civilizadas, ahogan y aún protegen materialmente a la Turquía, foco de la barbarie y del verdadero despotismo, depriman, y aún traten de exterminar, en su simulación e indiferentismo hacia la puerta otomana, las infamias que éste pretende cometer contra la tierra clásica e inmortal de los sabios, si no le impusiera la actitud justiciera de la Rusia; y, sin embargo, de esto ¡cuántos ultrajes y malos tratamientos no tienen que sufrir los griegos residentes en Constantinopla y en los demás puntos de la Turquía!

Cuando dije en mi artículo que "el bello ideal de la Grecia se realiza en Rusia", he dicho bien, porque me refiero a la parte religiosa de ella, y no a su política, pues que, en Alejandro, sólo vemos al pontí-

fice y no al zar, sobre cuyo comportamiento guardamos un profundo silencio, por ser otro nuestro objeto al tocar este punto.

Además, la raza griega representa hoy en la Turquía el mismo papel que, hace veintidós siglos, representaba en el Asia de los persas. La Grecia moderna es hoy la fuerza motriz de ese vasto imperio ruso, a quien ha dado su fe, su civilización, sus artes, de tal modo que, en el sentido moral, ha habido casi una transformación de raza y de costumbres, debida a la influencia de nuestra religión.

La raza griega está destinada a ser la salvadora de todas las nacionalidades del Oriente. En Servia, ella depositó los gérmenes de emancipación y de renacimiento, por órgano de Rugas, y del *hospodar* Constantino Ipsilantis. Los "moldo-valacos", a pesar de su injusta animosidad contra los griegos, y de la usurpación de los bienes de sus conventos no han conocido su dignidad, ni han sabído reclamar sus derechos, sino merced a los príncipes fanariotas, que los sacaron de su abyección y embrutecimiento por medio de una educación exclusivamente griega. En fin, los búlgaros, degradados y envilecidos por las mismas causas, también vieron surgir de las escuelas griegas denodados patriotas combatiendo por la libertad de su nación; y, en una palabra, el espíritu grande y expansivo de la Grecia, penetrado por una especie de infiltración latente en el Asia Menor, y en la Siria, en el suelo de los maronitas del Líbano y, más de una vez, aún entre los mismos jefes musulmanes, hizo que, Alí-Bey y el emir Daher, ensayasen enarbolar el pabellón de una nacionalidad árabe contra la "puerta otomana".

¿Y todavía así el señor Gostkowski puede considerar inútil la difusión del elemento helénico en este país que, más que cualquiera otro, lo necesita para obtener la solidaridad de sus instituciones? Este es un absurdo.

Que se guarde, además, dicho señor, de inculpar a *La Democracia*, cuyos ilustrados y sensatos redactores conocen perfectamente mis tendencias, y la utilidad práctica que debe resultar a México de la implantación de nuestra iglesia, pues, nosotros hacemos más bien a la sociedad seguramente dilucidando las verdades filosóficas que encierra que no pasando revista en el Zócalo para charlar insulsamente sobre *puffe* y "crinolinas"

36. México transfigurado[6]

El cristianismo es el fruto de las meditaciones de todos los sabios del Oriente que renacen en Jesucristo. La luz de los espíritus irradia ya sobre el mundo y, el Cristo de la Grecia, hace sentir el calor vivificante de su doctrina, esparciéndose presurosa sobre el continente americano.

México participa ya de ese fuego latente y desconocido, que se infiltra en los corazones vírgenes de algunos de sus habitantes, que han conservado su razón en medio de los locos, su fe en medio de la incredulidad, y su dignidad incólume entre los miembros podridos de una sociedad venal y corrompida.

Entonces veréis salir a la virgen Anáhuac de ese letargo en que se yace abatida por el materialismo grosero del siglo y, elevándose con dignidad, marchar orgullosa e indómita por el sendero de la civilización y del progreso. Veréis cómo se agita con una nueva vida, cómo se engrandece...

La Grecia de Platón y de Aristóteles, la Grecia de Perícles y de Alejandro Magno, la Grecia de Solón y de Licurgo, es la síntesis concretada de la Grecia ortodoxa del eminente Fucio y, todo cúmulo de "espíritu helénico", debe galvanizar el cadáver de las sociedades modernas, imprimiéndoles una nueva vida.

La religión de ese país inmortal del heroísmo, unida a su filosofía, su moral y su política, es lo que establecerá en el país de Moctezuma y de Netzahualcóyotl la alianza de la razón y de la fe, de la revolución y del poder, del sentimentalismo más tierno y de la dignidad nacional más orgullosa.

El pueblo mexicano, libre y democrático por naturaleza, aprenderá en la historia griega a acrisolar más su civismo y sus virtudes republicanas. Verá en la Grecia antigua y moderna a una república herida y subyugada, pero jamás abatida, entusiasta en sus triunfos, atrevida en sus empresas, y, entre risas y cantos, legar al mundo entero la pasión por la ciencia y la fe en la inmortalidad.

La Grecia no es una nación, es el genio mismo de la gloria; es la salvadora del mundo que conserva, para transfigurarlo, el talismán sagrado de la cruz.

El nuevo reino de Grecia es una área inmensa de verdades filosóficas que la providencia ha colocado entre dos mundos para ser el

[6] *La Democracia*, México, 2.II.1873.

vehículo de la civilización entre el Oriente y el Occidente, patentizándose como una estrella flamígera y luminosa de los destinos inmortales de la humanidad. ¡Levantaos, templos de Delfos y de Efeso, reapareced héroes de la antigüedad, que ya Jorge I ha reedificado el *Parthenon,* divina Hélade, sé todavía la reina del mundo y el panteón de los sabios!

Que Homero sea coronado de lauros délficos por la mano sagrada del supremo jerarca en la catedral de la nueva Atenas y que, el Olimpo y el Carmelo, unan sus divinidades, bajo las manos artísticas de Zeuxis y Parraico.

Que el Oriente adore al salvador en sus mezquitas y que, sobre los minaretes de Santa Sofía, vuelva a elevarse la cruz griega.

Que Mahoma emancipe a la mujer para dar a los verdaderos creyentes las Huríes tan deseadas y que, los bellos ángeles del Corán, mezclados con los mártires de la verdadera fe, entonen himnos melifluos al genio de la paz universal.

Ya comienza el mundo a anteponer la idea de humanidad a la idea de patria, dice un célebre escritor, y, por tanto, tú México querido, tierra feliz de los aztecas, paraíso de Cuauhtémoc, virgen Malinche,[7] se tú la primera en engalanarte con los atavíos y ricos ornamentos que te brinda tu hermana Grecia, para realizar los destinos del mundo.

Te apoya la potente Rusia. ¡Nada temas! ...

Todo lo que ha sido verdadero, todo lo que ha sido hermoso, todo lo que ha sido dulce y seductor en los siglos pasados, revivirá en ti si adoptas la ortodoxia griega, bajo todas sus formas, y te corpurificas con su divino espíritu.

Si así lo haces, habrás reconstruido el templo de la humanidad y vendrás a ser el sacerdote eterno de la divinidad.

37. Regeneración social[8]

Hace más de dieciocho siglos que Jesucristo, fiel intérprete de las religiones de Oriente, y en quien se habían encarnado, por decirlo así, todos los dogmas metafísicos de la filosofía griega de Platón y las doctrinas teúrgicas de los alejandrinos, se consagró a regenerar a la humanidad como verdadero socialista. En la santidad de su vida, en

[7] En realidad se refiere a Tonántzin.

[8] *El Combate*, México, 8.VIII.1877.

su prodigiosa inteligencia, en sus vastos y profundos conocimientos sobre la naturaleza humana, al practicar sus curaciones sobre millares de infelices enfermos, que se le acercaban esperando recibir la salud, en las explosiones de indignación contra los ricos egoístas y avarientos. El genio de la revolución social, adversario de todo individualismo, encontró uno de aquellos seres privilegiados que la providencia tiene destinados para la realización de sus designios en el vasto plan de la naturaleza, y el mundo lo deificó, elevándolo hasta la apoteosis de la gloria, porque reconoció por una especie de intuición, su misión alta y providencial.

Satanás, el tentador del mundo, esto es, el incentivo que le ofrecían los placeres y goces de una sociedad sensual y sibarita, en medio de la cual se encontraba la tentación misma de las lisonjeras y halagadoras promesas con que le brindaban los grandes y los poderosos para que desistiese de su noble empresa que tanto les hacía temer por el porvenir, pues que en su realización veían envuelta su ruina con la abolición de sus antiguas preeminencias; toda esa lucha abierta de pasiones, todo ese cúmulo de ideales se agolpaban a la mente del divino reformador, y cuando parecía ceder a la tentación, en ciertos momentos de calma o desfallecimiento aparente, sólo era una especie de éxtasis o arrobamiento celeste en que se sumergía para más acrisolar su alma en el espíritu revolucionario.

Si tú me adoras más, esto es, si tu cedes a la tentación de las riquezas, le decía Satanás, o sea el espíritu de flojedad y de molicie, te daré todos los reinos de la tierra que tienes presentes, o lo que es lo mismo, las ínfulas y prestigios que proporcionan en la sociedad el que un ciudadano pobre y de humilde nacimiento como era Jesús, hubiera sido encumbrado a pertenecer, por medio del cohecho de sus adversarios, a la alta clase de la aristocracia. Mas él, entonces, sosteniendo en su conciencia todo el peso, toda la responsabilidad y trascendencia de su misión sociocrática sobre la tierra, como regenerador del mundo y de la humanidad, exclamaba apostrofando al Satán del otro: "Sólo en Dios creo y a él sólo serviré", lo que equivalía a decir que, como filósofo, había llegado a descubrir la verdad y que, como socialista, consagraba toda su vida a la santa causa de los pueblos, que es el servicio más meritorio y eminente con que el hombre puede hacerse digno y servir a la divinidad.

Jesucristo al fin de su vida sobrehumana nos legó su testamento y nos ha dejado por herencia la igualdad perfecta.

El gran reformador fue crucificado, pero su alma inmortal como la gloria es el espíritu que hoy nos vivifica, nos anima, y que renace en germen en la revolución cristiana que debe regenerar a los pueblos...

El cristianismo siempre ha existido en el mundo porque el socialismo es eterno como la justicia, su prototipo ideal y divino; pero cristianos muy pocos se han conocido. Ellos brotan como seres misteriosos y fatídicos para ilustrar o impulsar a las masas del pueblo, cuando las grandes injusticias y padecimientos provenidos de los gobiernos agobian a los ciudadanos de una nación, entonces el valor, el heroísmo y la abnegación descuellan a la vez, sin que la tiranía y la opresión de los déspotas pueda sepultar tantas y tan grandes virtudes; la sangre circunda a la idea regeneradora, pero su espíritu persistente flota y sobreanda en ella.

¡Levántate pueblo aletargado! ¿Qué es la existencia sin la gloria?, grita en el siglo XIX el genio de la revolución social y el espíritu pálido y macilento de la aristocracia parece desvanecerse ante la actitud terrífica de la clase proletaria, y los pobres forman la liga del hombre para pedir a grandes voces pan y trabajo; y los gobiernos, aturdidos por la justicia, cuya voz sagrada se deja escuchar entre las auras populares, abdican vergonzosamente su puesto, abandonándolo cobardes a la administración del derecho, de la razón, de la moral y de la naturaleza, para regenerar la sociedad por medio de luminosos o inmutables principios que emanan de lo alto.

Cuando los pueblos, mediante su razón ilustrada, convienen que la fatalidad de su miseria proviene de los gobiernos, cuando, analizando la pretendida autoridad en que se fundan, vean que su existencia es una quimera, y, cuando atendiendo a la experiencia de tantos siglos palpen su nulidad e impotencia, y cómo ellos son la causa originaria de todas sus desgracias y males radicales, entonces, a no dudarlo, sería justificado el principio anárquico y revolucionario de Proudhon que, hasta ahora, se ha mirado como una exagerada utopía.

Nadie ha podido comprender, hasta ahora, la posibilidad de la existencia de un pueblo sin gobierno. Esta sola idea horroriza a muchas personas tímidas y pusilánimes que creen ver en su práctica el germen de todos los horrores y desórdenes que suponen en la anarquía; otras la creen impracticable porque no se ha ensayado. Pero, si atendemos a que sometidos a la férula tiránica pero solapada de los gobiernos no somos más felices de lo que podemos serlo positivamente en la anarquía bien entendida y sistematizada; si a la sombra fatídica de la autoridad gubernamental nos morimos de hambre legalmente bajo la salvaguardia de la ley ¿no es mejor apelar a un orden más natural y libre, a la manera que un enfermo ya desesperado de la impotencia de la medicina quebranta la dieta, abandona los medicamentos y se cura por la sola fuerza virtual de la naturaleza? Ensayemos, y de la fuerza surgirá nuestra felicidad común.

¡Pueblos! no más gobiernos.

¡Gobiernos! no más leyes positivas.

¡Leyes! protección, naturalidad y nada de embrollos ni de sofismas

Tal es la triple condición de la regeneración social.

38. Cúmulo de verdades[9]

"El mundo avanza", dice elocuentemente..., y la sociedad civil iluminada con la antorcha filosófica de nuevas verdades marcha por el sendero de su felicidad hacia un orden siempre de más en más perfecto. El bien va cada día superando el mal, porque lo van modificando los medios correctivos que obran providencialmente sobre él, pero, el espíritu torpe de autoridad y de rutina aún quiere prevalecer en el dominio absoluto y soberano de la razón humana, que es la guía cierta e infalible del hombre y la que esencialmente lo distingue del bruto. No obstante, hay todavía personas obcecadas que se sublevan contra el buen sentido de la razón y reniegan de su luz. ¿Y quién al contemplar tamaño extravío no se compadece de tanta congoja y miseria?

Decimos esto porque hemos visto en *La Voz de México* del 9 de este mes una refutación a nuestro artículo titulado "Regeneración social".[10] Intitúlase la tal refutación "Abismo de errores", la cual hubiera sido muy propia para aquella época de antaño, cuando la sociedad se encontraba sin más timón, brújula o gobernalle que la cogulla jesuítica de los hombres negros del retroceso y del *statu quo*.

Nuestro contrincante comienza por escandalizarse, como buen católico, de que a Jesucristo "verdadero Dios y verdadero hombre, rey del mundo y salvador de la sociedad" lo consideremos como socialista en toda forma. Por más que le pese a nuestro adversario, y a cualquier otro sectario religioso, Jesús no fue ni será nunca un personaje de igle-

[9] *El Combate*, México, 21 y 25 VIII 1877.
[10] Véase el documento anterior.

sia, ni de sacristía, sino un ciudadano de la república universal, un campeón digno y heroico de la santa causa de los pueblos. Esa secta funesta para el mundo, como llamáis al socialismo, lo es en efecto así porque viene destruyendo el lujo del siglo, la ambición, el egoísmo, la usura, la prostitución y el fanatismo, que son los elementos de la carne, cuyo reino es el mundo, para quien es tan funesto, decís muy bien, aunque sin esa inteligencia. Sí, el socialismo que viene de lo alto porque proclama la verdad, la justicia y la caridad en contraposición de los vicios y de las aberraciones de una sociedad vanal y corrompida no puede ser favorable al mundo ni a sus prácticas basadas todas en el más grosero materialismo, por "eso lo maldice todo corazón honrado" sí, pero por el mundo, mas nunca por la virtud y la conciencia, que son cualidades esenciales del espíritu de sabiduría.

Como nuestro impugnador es de aquellos que sólo refutan por espíritu de secta, sin cuidarse de la lógica ni de los datos históricos que vienen en comprobación de nuestras verídicas aseveraciones, de ahí es que le parece extraño el que Jesús hubiera sido "el fiel intérprete de las religiones del Oriente y de los principios metafísicos y teúrgicos de la filosofía platónica". Mas he aquí esa filiación de ideas y su historia.

Para nosotros los socialistas la base de toda verdad es el testimonio de los hombres, no de los hombres de todos los tiempos, sino de los que nos han precedido inmediatamente. La razón de ello es que la humanidad, progresando siempre, la mayor suma de verdades se encuentra en último término donde puede considerársele.

Todos los sistemas, todas las doctrinas han sido buenas y verdaderas para su tiempo, pues son formas pasajeras que ceden a su vez a la juvenible ley del progreso.

El progreso reposa sobre dos bases, el trabajo individual que descubre la verdad, y la autoridad de los hombres que la confirma. Fieles a la tradición universal del género humano, sabemos por la historia, que dios se ha revelado de distintos modos y bajo diversas formas a todas las naciones del mundo.

La religión, que no es en el fondo otra cosa que la misma filosofía puesta en acción aplicada a los hechos de la vida humana, es única y universal en cuanto a las diversas sectas o sistemas que han agitado, agitan y seguirán agitando a la humanidad; nosotros las consideramos a todas como ensayos de la verdad que el hombre nunca improvisa, como bosquejos de una síntesis ulterior, como rayos escapados del porvenir, como materiales más o menos ricos de oro, mas no forma-

dos aún completamente de esa materia preciosa y de la verdad, por eso es que los sacerdotes del Egipto, de la India, de la Asiria y de la Persia, tenían ya la idea pura y perfecta de la existencia del ser supremo, Dios único y universal, así como también la de la vida futura con la noción correspondiente de premios y castigos. Por tanto, eran monoteístas y espiritualistas.

Mas, sin embargo, estas ideas tan bellas y sublimes eran las que formulaban sólo la parte isotérica de su doctrina religiosa, que no comunicaban sino al corto número de sabios que se iniciaban en los altos misterios. La parte pública o exotérica de su doctrina presentaba bajo una forma material al pueblo, reposaba sobre un ingenioso simbolismo astral y mitológico donde figuraban los astros, el hombre, los animales, las plantas y los demás objetos animados o inanimados de la naturaleza, la cual más tarde vino a degenerar la pura iconología en una verdadera idolatría, dando así lugar al sabeísmo, fetichismo y chamanismo.

Aunque propagada de esta manera alegórica, pero verdadera en el fondo, la revelación única de la humanidad, la malicia de los reyes, enemigos perpetuos de los pueblos, organizó el paganismo o gentilismo propiamente dicho, cuyo culto llegó a ser execrable por los sacrificios humanos, y la hecatombe en que millares de inocentes eran inmolados para saciar el furor, el odio, la venganza y brutal sensualidad de los monstruos de la especie humana.

En ese estado yacían las naciones todas del antiguo mundo cuando apareció en la Grecia la filosofía que, cual un bálsamo cordial de vida y de consuelo, descendía de lo alto para alivio de los desgraciados mortales. Hija legítima de los misterios revelados en los templos de Isis y de Eleusis, y cuya esencia eran las grandes verdades religiosas ahí fielmente conservadas por una tradición secular entre la casta de los sacerdotes y comunicadas para la regeneración del mundo, envuelto en la más grosera idolatría, su misión era esparcir la luz sobre las inteligencias de los hombres y reivindicar los derechos de la razón humana ultrajados por la tiranía y el despotismo de los reyes, que ya habían formado desde entonces la cópula más monstruosa con los que se dicen intérpretes de las voluntades de dios, porque el trono y el altar son los eternos enemigos del pueblo.

La filosofía vino pues a la Grecia, encarnándose en Sócrates y replegándose al hombre que es su punto de partida para llegar a la solución de la vida universal, que es el problema magno por excelencia.

Sócrates lo redujo todo a la moral y procuró sustraer a ésta del dogma religioso, asentándola sobre las leyes de la naturaleza, así como antes Tales de Mileto y Pitágoras ya habían conseguido reemplazar a una cosmogonía religiosa [por] una cosmogonía científica, abriendo de este modo la entrada a los progresos del entendimiento humano.

Platón y Aristóteles dieron enseguida una nueva dirección más metódica y razonada a la marcha de la inteligencia humana en el vasto campo de la filosofía.

Según Platón todas las ideas son innatas y, cuando pensamos, no hacemos más que recordar las nociones de esos prototipos divinos que se reflejan en la mente del creador. Dios es uno en esencia y triple en persona o hipóstasis, esto es, modos de ser de la divinidad. La primera hipóstasis constituye el dios supremo; la segunda el logos o verbo, inteligencia divina engendrada por la primera; la tercera es el espíritu o el alma del mundo. He aquí el dogma de la trinidad revelándose a Platón por una intuición puramente metafísica.

En Aristóteles también se entrevé el mismo principio de la triada en sus tratados metafísicos sobre el alma, aunque su genio positivo lo alejaba mucho de ocuparse de este género de cuestiones abstractas.

El mismo dogma de la trinidad se encuentra en todas las religiones del Oriente bajo distintos nombres, pero con los mismos atributos: el espíritu productor, la madre y el hijo:

Arnon Mouth Khons	en Egipto	Anon Nouah Bell	en Caldea	Brahma Vischnou Siva	en la India
Kon Olo Sum	en China	Taaróo Ina Orol	en la Oceanía	Nara Nari Viradj	entre los kábbalistas
		Padre Hijo Espíritu Santo	según los cristianos		

Porque el número tres fue muy respetado de los antiguos, y designaba la vida, simbolizaba la triple formación del mundo según las teorías cosmogónicas.

Vemos, pues, por lo tanto, que las antiguas religiones del Oriente no eran politeístas, sino en su forma esotérica desfigurada, pero que en el fondo reposaban sobre el monoteísmo puro.

La escuela de Alejandría, en la que vinieron a resolverse los diversos sistemas filosóficos de la Grecia, sintetizó ingeniosamente las doctrinas platónicas y pitagóricas con los dogmas de la religión de Hérmes Trismegisto y de Zoroastro, apelando como consecuencia necesaria de principios mistagógicos a la magia y a las elucubraciones tenebrosas de la Kábbala.

Prolus, el jefe de esta escuela, es el tipo completo del famoso místico. Según su doctrina hay tres elementos: dios, el hombre, y el mundo; dios, que sólo es necesario, el mundo caduco, sin consistencia, y que sólo sirve para manifestar a dios; el hombre ser medio entre dios y el mundo. El hombre, por el peso de su cuerpo, se siente atraído hacia la Tierra; por el esfuerzo de su espiritualidad debe elevarse hasta la divinidad. En dios reconoce tres hipóstasis, como Platón: la unidad, la inteligencia y el alma. En una vida futura, el cuerpo será transfigurado, lo que equivale, según él, a la resurrección de los muertos.

Tal es la filiación exacta de las religiones del Oriente y de la filosofía griega, cuyas verdades dieron nacimiento al cristianismo, hijo de la revelación universal del mundo antiguo, y del último esfuerzo de la razón humana.

San Justino, filósofo platónico, fue el primero que explicó netamente el dogma de la trinidad. Su opinión era que la inteligencia divina se había revelado a los filósofos antes de su encarnación y que, en consecuencia, se puede creer que la filosofía ha salido del mismo manantial del cristianismo. En el mismo tiempo Numenio de Apaméa dice que Platón no es más que Moisés hablando griego; y, en fin, san Clemente de Alejandría concibió también con la religión cristiana el neoplatonismo que enseñaba juntamente con los dogmas del nuevo culto, pues hay relaciones demasiado íntimas entre la teología pagana, la teología judaica y la teología cristiana, que son como las tres formas que revistió en aquella época el espíritu de la religión universal.

Jesucristo, pues, fiel intérprete de la verdad, proclamó con entusiasmo la unidad de la esencia divina, con quien se identificó por medio de su naturaleza sobrehumana y celestial, y apostrofó al materialismo que corroía la sociedad, declamando contra los abusos de las altas clases, que tanto oprimían a los pobres, bajo la forma más monstruosa de una nefanda esclavitud sancionada y garantizada por las leyes.

Jesucristo, como Spartacus, dio el grito de alarma a los patricios, a los nobles, a los grandes de la aristocracia romana y judía para manumitir a los esclavos y conquistar a todos los hombres de la Tierra "su libertad y su derecho".

Sí, Jesucristo fue un perfecto socialista y, sólo a quien tiene ánimo deliberado de mantener al pueblo en la ignorancia, puede ocurrírsele presentar a nuestro gran maestro como un tipo místico de religiosa excentricidad, desfigurado de este modo con infernal malicia el sello de su misión sociocrática sobre la Tierra.

Éste es el motivo porque la secta romana, que es la continuadora de la sinagoga fariseica, nunca ha permitido a sus creyentes la lectura del Evangelio de Jesús en lengua vulgar, pues que ha comprendido que el espíritu de ese libro social destruiría completamente el pretendido origen divino de la clerecía y vendría por Tierra todo su sistema absurdo y fantástico basado sobre el error y propagado con la intolerancia por medio de su terrorismo inquisitorial, cuyo espíritu diabólico ha inundado al mundo de desolación y de ruina con sus autos de fe, sus horribles cruzadas de religión y con sus sangrientas dragonadas, para oprobio de la humanidad.

Continuando el adversario su animosa y sistemática refutación de nuestro artículo titulado "Regeneración social", se queja amargamente de que hayamos desfigurado horriblemente la verdad cuando decimos que, muerto el gran reformador, siempre nos sigue vivificando su espíritu inmortal como la gloria. Mas cosa extraña, pero lo cierto es que, una verdad tan clara, una idea tan perceptible y adecuada viene a ser para la mente de nuestro contrincante una abstracción incomprensible que, según él, cambia la sublime y consoladora realidad cristiana.

Hace más de dieciocho siglos que los hombres del progreso y del porvenir, vivificados por el espíritu regenerador del Evangelio, trabajan por fin para emancipar las conciencias y manumitir a los pueblos del odioso yugo de la tiranía y, durante ese largo periodo de una lucha encarnizada y tenaz, se ha ensayado la manera de forzar tan difícil paso: la transición del despotismo a la libertad. El espíritu de Cristo, inmortal como la gloria, eterno como la verdad, es esa fuerza misteriosa y divina que nos impulsa a mejores destinos, y que nos comunica el entusiasmo de los sublimes y consoladores principios sociocráticos de igualdad y de filantropía universal, que deben regenerar al mundo, infestado por el hálito impuro de los tiranos y déspotas. He aquí la sublime y consoladora realidad cristiana: "la perfección moral y física de la humanidad."

Cesan ya los sectarios religiosos de adulterar el espíritu evangélico. Cesan ya de interpretar a su manera, y según sus viles intereses particulares, el testamento de nuestro libertador, porque hoy el socialismo viene revelando a los hombres su genuino sentido, y proclama en alta voz las grandes verdades que contiene y que hacen estremecer a los tiranos, para reivindicar los derechos ultrajados del género humano y construir sobre la Tierra el reinado de la razón, de la verdad y de la justicia, que es el reino de dios predicado por Jesucristo y desfigurado maliciosamente por las místicas e ilógicas interpretaciones de los teólogos, esos modernos fariseos, acérrimos enemigos de la ilustración de los pueblos.

El reino de dios de que nos habla el Evangelio encierra un doble sentido: en la tierra es una sociedad organizada humanamente según los principios socialistas de equidad y justicia, en la cual, uniéndose cada hombre con todas sus fuerzas a dios, que es la unidad absoluta, ha de amar a su prójimo como a sí mismo; en el cielo, o sea en la vida futura y progresiva de la humanidad, es el desarrollo eterno e infinito de esa sociedad, basada toda en ese amor inmenso e inagotable. Ésta es la consoladora y sublime realidad del cristianismo, cuya doctrina, a no dudarlo, vino a ensayar la creación de un nuevo paraíso sobre el mundo.

Jesucristo, socialista y regenerador por excelencia, se presentó ante la sociedad pagana y corrompida de su época, como un verdadero innovador del antiguo orden de cosas, atacando abiertamente los vicios de las altas clases que, a semejanza de las de hoy, explotaban a los pobres y mantenían al pueblo sumergido en la más crasa y vergonzosa ignorancia para que no pudiesen reclamar sus derechos contra los tiranos, y los usurpadores de la herencia común de la Tierra, que el creador ha impartido tan bondadosa y paternalmente a todos los hombres, para su felicidad y sustento.

"No he venido a traer la paz y la tranquilidad a la tierra, nos dice Jesucristo, no lo creáis, sino que he venido a traer el cuchillo y la discordia."

Ni podrá ser de otra manera, pues que jamás se puede reformar una sociedad corrompida sino fundiéndose y purificándose totalmente en el crisol revolucionario, porque el despotismo, cuya ley suprema es el sable, sólo con la fuerza bruta se repele. El dictado de sedicioso y perturbador del orden público dado a Jesús por los grandes y los poderosos de la Jaden, y que es el grito de alarma con que asustan siempre a los gobiernos los que temen perder lo mal habido, indica bastante que su carácter era eminentemente revolucionario, en el sentido de una regeneración social.

Es falso enteramente que Jesucristo, el divino socialista de la humanidad, el amigo del pueblo, el salvador de la libertad del mundo, hubiese venido a cimentar las inicuas instituciones de su época, que son las mismas que hoy nos abruman, las mismas cuyas horribles consecuencias hoy lamentamos tan amargamente. ¡Qué horrible blasfemia! ¡Qué falta de sentido común! Suponer que Jesucristo no se hubiera sublevado contra tanta injusticia, contra vicios y costumbres tan deformes y monstruosas como las de aquel tiempo en que vivía, es hacerlo partícipe de las abominaciones todas del paganismo y, pretender que sancionase con su silencio o aquiescencia los grandes abusos e infamias de la sociedad judaica, es el mayor de los absurdos y de las aberraciones con que se falsean los sentimientos de la conciencia, por sólo el espíritu de secta.

Jesús, al predicar el socialismo en su Evangelio, no se presenta a la manera de los economistas políticos, proponiendo reformas parciales e impotentes, no, se presenta cual íntegro revolucionario de la idea sociocrática a destruir todo el mal de la sociedad radicalmente, arrasando todo hasta los cimientos. "El árbol que no haya sido plantado por mi padre celestial, dice, será arrancado; nada, absolutamente nada de la vieja sociedad ha de quedar tal como está constituida." En efecto ¿no sería posible que pudiera quedar algo de ella al imperar en el mundo la ley evangélica, cuando en todos sus puntos está en contradicción con la doctrina y máximas de Jesucristo?

Esto no es posible. —Nuestra sociedad dice al criminal, ¡que se le fusile! Cristo dice que se le perdone y se le moralice para que no incurra otra vez en el crimen, porque el crimen es hijo de la ignorancia. —Nuestra sociedad dice a los pobres: honor a los ricos y resignaos a vuestra miseria, porque ésa es la voluntad de dios. —Jesucristo dice: humillados serán los grandes y elevados los pequeños; uníos y salid de vuestra situación miserable, porque la voluntad de dios es que todos seáis felices como hijos del mismo padre celestial. —El mundo dice: felices los ricos. —El Evangelio: bienaventurados los pobres. —Los gobiernos dicen a los pueblos que demandan justicia por medio de la revolución: sosegaos, porque os pacificaré con la fuerza de mis bayonetas. —Jesucristo le dice: he venido a traeros el fuego de la justicia del cielo y quiero que se encienda. —Vosotros decís: ¡Desarmad al pueblo! pero Jesucristo nos dice: vended vuestras blusas y comprad espadas, porque se acerca el combate. —He aquí, pues, a Jesús el socialista, el divino genio de la revolución social. —Cuánta

razón tenéis, pues, en haber prohibido al pueblo la lectura del Evangelio!

"Bienaventurados los que tienen hambre, porque ellos serán satisfechos" nos dice mansa y consoladoramente el Evangelio, más vosotros los ricos, los orgullosos y soberbios fariseos hijos del mundo y de la sociedad corrompida nos insultáis porque tenemos hambre, porque carecemos de esos opíparos y excelentes manjares de que disfrutáis, pero que son adquiridos a costa de las lágrimas de la viuda y del huérfano a quien arrebatáis su herencia con dolo y engaño, haciéndoles ceder a la Iglesia, con refinada hipocresía, lo que sólo es para satisfacer vuestra glotonería sensual y pagana, que es el gran secreto de vuestra santa religión que aparentáis profesar.

Hambre, sí, decís muy bien, tenemos hambre pero no somos los que nos callamos ni nos estamos... con que se nos dé de comer un mendrugo de pan negro como a los ilotas, sino administrándosenos justicia es la única manera de acallar nuestro clamoreo eterno que no cesará de pedir justicia, porque ése es el verdadero pan con que se alimentan los pueblos.

No somos además, nosotros los socialistas, los que intentamos apoderarnos del dinero de los ricos ni de sus bienes, para encenegarnos como decís en inmundas orgías ni asquerosas bacanales, no, tratamos solamente de reclamar nuestros derechos y hacer que por medio de leyes verdaderamente sabias, justas y equitativas se destruya todo monopolio, ya sea de riqueza efectiva o de bienes raíces, para que, difundida entre el mayor número posible de hombres, cuyas bases deben ser la moralidad y el trabajo, como ya para siempre ese antagonismo entre las clases pobres y las clases acomodadas, que tanto nos hacen temer por el porvenir de la sociedad.

La idea de la anarquía en el sentido filosófico en que la toma el socialismo sólo supone la solución del gobierno en contrato social o, lo que es lo mismo, la sustitución de los poderes públicos con la organización de las fuerzas económicas, que sería la República del trabajo, en la cual se vería al honrado y laborioso industrial manejar la cosa pública con más acierto, y cuidar sus intereses con más esmero y atención que lo que no han podido hacer los más sabios legisladores ni la policía asalariada por los gobiernos creados por la política, ciencia tenebrosa y de execrable memoria para todos los pueblos de la tierra cuando se halle regenerada por el socialismo que tiene "el amor por principio, la justicia por base y el progreso por fin" y, cuyo programa

de redención humanitaria, es la suprema voluntad de dios transformando el mundo.

Ha sido suficientemente refutado nuestro Zoilo. Basta ya de polémicas. Está juzgado por la razón y condenado por el buen sentido. Réstanos presentarlo al pueblo y decirle: "he aquí tu enemigo..."

39. Roma y el Evangelio[11]

Si alguno habla, hable conforme a los oráculos de dios.

I. Pedro, IV, II

Los sectarios de la iglesia papal de Roma, se educan desde la infancia en la absurda creencia de que el romanismo y el cristianismo son una misma cosa; que no pueden ser cristianos sin ser romanismo y, por eso, no es extraño que los que rechazan el romanismo rechacen también el cristianismo o, que los que se adhieren más tenazmente al romanismo, nieguen que se halla el cristianismo fuera del gremio de la iglesia.*

¡Error fatal, lamentable extravío del entendimiento humano, falseado y pervertido por el fanatismo más craso e irracional!

Mas no debemos, sin embargo, de admirarnos de este hecho, si atendemos a que las influencias de la enseñanza impartida desde la juventud ha falseado la razón y desvirtuado totalmente la genuina significación de la palabra protestantismo. Los que han estudiado a fondo la cuestión, o que han viajado a los países protestantes, no tienen la misma dificultad, pero, es indudable, que la mayoría del pueblo mexicano conserva sobre este asunto ideas sumamente oscuras. Muchos creen que un protestante no es cristiano, y lo reputan como "ateo", "deísta" o "judío". Se les enseña a aborrecerle como a un enemigo, a temerle como a un monstruo de impiedad y malas costumbres. Pueblos tan estúpidos y feroces tiene México, como Zinacantepec [Estado de México], por ejemplo, donde el fanatismo clerical está tan enraizado entre las masas del pueblo contra sólo el nombre de protestantismo, que no ha muchos años asesinaron en dicha población a dos funcionarios públicos, que, como empleados del gobierno, fueron a tomar posesión de sus cargos después de haber prestado la protesta que exige la ley; y, sólo esa palabra, cuya acepción no comprendieron aquellos desgraciados indígenas, fue suficiente para haber producido un tumulto, que bien pronto se transformó en una verdadera insurrección, que fue sofocada por el general Tuñón Cañedo y el coronel Ugalde. Pues bien, estas ideas en sumo grado inexactas y mal comprendidas, o falsamente interpretadas, se engendran y nutren las más veces por los clérigos y curas de los pueblos, y entonces, sus ignorantes y engañados habitantes, sin haberse infor-mado de la verdadera naturaleza de la cosa, creen que son verdaderas, justas y hasta santas sus depredaciones, porque no conocen más derecho que el de la fuerza bruta.

[11] *La Verdad*, 23.1.1878

* En el credo del papa Pio IV se lee que fuera de la verdadera fe católica (esto es romana) nadie puede ser salvo *home veran catholicam fidem extra quan nemo salvus esse potest*. [Nota del autor.]

La ignorancia es disculpable cuando no hay medios de alcanzar la ciencia, pero, habiéndolos abundantemente, deben emplearse con imparcialidad y sin preocupación, por todas las personas que tengan positivos deseos de conocer la verdad, porque es la unión que como dijo Jesucristo puede darnos la verdadera libertad: "seguid la verdad y la verdad os hará libres".

Tal es nuestro objeto, he aquí nuestro programa religioso, y, por tanto, procuraremos en la serie de nuestros artículos, dilucidar esta tan importante materia de un modo claro, sencillo, y al alcance de todas las inteligencias de las clases del pueblo, a quien nos proponemos dedicar nuestros trabajos a fin de impulsarlo por la vía del progreso y endilgarlo a su perfección social que sólo se alcanza por la práctica razonada del Evangelio.

40. Necesidad de la investigación religiosa[12]

Escudriñar las escrituras.

San Pablo

Después de todas las razones que con tanta veracidad como justicia ha expuesto nuestro hermano Valdespino, al tratar de la importante cuestión de la necesidad de la fe, y de combatir con tanto acierto la

[12] *La Verdad*, México, 8.II.1878

indiferencia en que hoy yacen postergadas todas las clases de la sociedad, no nos queda ya sino amplificar su tema y repetir que, el conocimiento exacto de la verdad en materia de religión, es cosa de la más alta importancia, porque de ésa exactitud depende la felicidad eterna de la individualidad humana en la vida futura. Si se edificase sobre arena las esperanzas eternas del hombre, de seguro le faltarían cuando llegase la hora del ensayo. Por lo tanto, es mejor que sepa su peligro antes de ser demasiado tarde. A más de esto, dios exige de cada hombre (y por eso es deber de éste) que pueda dar razón de aquella esperanza que hay en él. De aquí es que importa mucho saber si el protestantismo es la verdadera forma de cristianismo, o no. Porque, si lo es, el romanismo tiene que ser una forma corrompida, y la profesión de él puede causar la pérdida de todo lo bueno que hay que esperar en el mundo venidero.

El protestantismo, pues, se presenta como la verdad —como el cristianismo de los siglos primitivos— como el cristianismo de la *Biblia*, libre de los errores y de las corrupciones de la iglesia romana, como un amonestador, en fin, contra estos errores y estas corrupciones. Ahora bien, para que se pueda determinar la verdad es menester la investigación, y la *Biblia* enseña que ésta es un deber de todos los hombres. Aquel que [es] perezoso en la investigación, es esclavo de la ignorancia; y el que cree fuera de la evidencia, es esclavo de la preocupación. Todo hombre, por esto, debe escuchar los razonamientos de los reformadores religiosos y estudiar las verdades bíblicas.

La autoridad de Roma se interpone, no obstante, con su espíritu de despotismo eclesiástico, prohibiendo tal investigación; y aquel, por tanto, que quiere pertenecer a la verdadera iglesia, tiene que hacer prolijo examen, o estudio de los fundamentos del cristianismo, mas no en libros escritos por hombre alguno, sino en el libro divino inspirado por el mismo dios.

El primer paso en la investigación de este estudio debe ser de inquirir ¿qué cosa es el protestantismo? Trataremos de contestar a esta pregunta con un espíritu fraternal, con humilde dependencia del todopoderoso, y sin perder de vista que las investigaciones de la verdad religiosa se deben hacer con un espíritu ingenuo, sin rencor ni animosidad de ninguna especie y acompañadas siempre de mucha oración, porque ella es la llave de oro que nos abre los grandes e inagotables tesoros de la divina inspiración.

41. Paralelo entre el protestantismo y el romanismo[13]

En estos momentos críticos y solemnes para la iglesia romana, en que según toda verosimilitud parece confirmarse el fallecimiento del papa, y en que, de consiguiente, si dicha noticia es cierta, hoy se halla acéfala, y sin una brújula personal para su dirección unitaria, el protestantismo se acerca a los miembros de la comunión romana, no para darles epítetos denigrantes, ni para reprocharles su ceguedad y miseria por ubicar en un simple obispo disidente toda la fe y toda la esperanza que sólo debe ponerse en Jesucristo, única y verdadera cabeza de la iglesia, ni tampoco se crea que venimos a reñirles como a enemigos mortales con todas las armas de un odio fanático. No, y mil veces no. Hoy el protestantismo se acerca al romanismo, y le dice con cariño y dulzura: ¡Hermano mío! el papa ha muerto, el pretendido infalible ha desaparecido de la escena de este mundo en que todo pasa desapercibido...

Mas, entre tanto, contempla tú ¡oh creyente sectario de la impostura papal, contempla, hermano mío, y considera que tu alma es preciosa, porque es inmortal, y que peligra mucho, porque es presa del error sostenido por tu misma ignorancia! No le arriesgues ya por más tiempo, pues que pronto, muy pronto tal vez, estarás [en] ultratumba. Date prisa pues en buscar la verdad, mientras que conservas la vida, pues como dice Jesucristo: "Seguid la verdad y la verdad os hará libres" o, lo que es lo mismo, seréis enteramente feliz viniendo a la luz.

Ahora bien, ¿sabéis hermano romanista, tú que proclamas la libertad civil y que tanto trabajas por conquistar las garantías sociales del pueblo, lo que desea la reforma religiosa, o sea el protestantismo, cuyo nombre te explicaré luego? Pues bien: el protestantismo proclama la libertad eclesiástica en contraposición al despotismo clerical, bajo de cuyo odioso yugo hoy existes. Proclama la educación en lugar de esa ignorancia espiritual que te ha sido impuesta por un sistema falso, como lo es el papismo. No te dirige a una autoridad humana (y por eso falible) sino a las santas escrituras, única y suficiente regla de fe y deber. Te enseña que la religión cristiana es un poder espiritual e interno, y no de ceremonias externas, pues, como dice el Evangelio: "El reino de dios está dentro del hombre". Te dice: lee la *Biblia* con ardiente deseo de instruirte; pide a dios que te instruya cuando tú

[13] *La Verdad*, México, 23.III.1878.

escudriñes las escrituras y dios te oirá y te iluminará para que conozcas tu pecado y que necesitas la salvación. Él te revelará a su amado hijo Jesús como único y suficiente medianero, intercesor y redentor. Finalmente, te suplicará, exhortará y mandará creer en aquel salvador, y serás salvo.

Nota, además, y convéncete, hermano mío, muy querido, que el protestantismo no hace la guerra a nadie, porque su misión es de paz y de fraternidad universal. Tampoco odia a ningún miembro de la iglesia romana, sea clérigo o lego; anatematiza solamente su error y barbaridad de vivir en el seno de una comunión falsa, y que ha corrompido las eternas verdades de la primitiva iglesia apostólica cristiana. Sabe también, por experiencia y convicción, que en el gremio de esa misma iglesia romana ha habido, y que aún todavía con mucha mayor razón en esta época, hay muchas almas que divisan la sencilla verdad como está en Jesús, por encima de las corrupciones que se han aglomerado en el sistema papal durante muchos siglos. El protestantismo, en fin, se opone únicamente a admitir, o sancionar, los abusos y las herejías de ese corrompido y falso sistema romano, que ensalza los mandamientos de los hombres en lugar de las doctrinas del señor nuestro dios, peligrando con esto la salvación eterna de los incautos ignorantes, que lo siguen a ciegas, sin examinar lógicamente su fundamento por el criterio verídico de la razón y el buen sentido que forman la base del protestantismo, y, cuyo genuino significado y origen, explicaré en mi próximo artículo, para gloria de dios y luz de la verdad.

42. El protestantismo[14]

Verdadera acepción de esta palabra. —Su origen e historia con su espíritu religioso que lo caracteriza y su propagación universal

Apoyados en los testimonios más fidedignos de la historia, y conforme a los datos que nos han suministrado los más eminentes escritores, podemos decir que el protestantismo tuvo origen en el siglo XVI, durante el gran movimiento religioso de aquel periodo que se llama la Reforma,* y que, puede considerarse, como procedente del Renacimiento o restauración de la filosofía y de las humanidades, cuyo estudio fue importado a la Europa bárbara en aquella época de la dominación escolástica por los griegos refugiados de la toma de Bizancio, presa de los turcos y, desde entonces, comenzándose a cultivar el estudio de la lengua griega y, confrontándose la vulgata latina con el original de los Santos Evangelios, se depuró la verdadera interpretación escrituraria y, merced a los trabajos y esfuerzos de Erasmus de Rotterdam, Zotero, Melanchton, Zwinglio, Bucero, Ecolampades, Carlostadt, y otra innumerable pléyade de sabios, todos renacientes famosos, se consiguió que una gran porción de la iglesia romana se purificase de su corrupción y su supersticiosa herejía, volviendo providencialmente a la sencillez y pureza de los siglos de oro del cristianismo.

[14] *La Verdad*, México, 1.III.1878.

* Véase la *Historia de la Reforma*, por Ambiguy [illegible] [Nota del autor.]

El 19 de abril de 1529, catorce ciudades imperiales de la Alemania, acaudilladas por los príncipes de Sajonia, Brandenburgo, Luxemburgo y Anhalt, protestaron solamente delante de dios, nuestro único creador, preservador, redentor y salvador, que algún día vendrá a juzgarnos "contra un derecho de la Dieta de Spira, que violaba sus derechos de conciencia, y declaraba ilegal todo cambio de doctrina, disciplina o rito en la iglesia romana". Los principios contenidos en esa célebre protesta constituyen la esencia misma del protestantismo, cuyo solo nombre, espanta tanto a los pobres ignorantes, pero que, no es otra cosa, que la vuelta o renacimiento a la verdadera fe de Jesucristo, tal cual se haya consignada en la *Biblia*; el derecho del hombre al libre examen por un sendero progresista, a la unidad del espíritu, a las misiones evangélicas, a la educación popular y a la libertad civil de los pueblos. El protestantismo enseña que en materia religiosa todo debe juzgarse por la razón pura, subordinada siempre a la palabra de dios, y darle su interpretación conforme a su criterio, y no por ninguna autoridad humana, porque esto es sujetar el hombre al hombre como un esclavo en aquello que cabalmente debe tener más libre de cadenas, cual es la conciencia y la fe, la cual para merecer tan santo nombre debe ser racional. Pues bien, esta protesta, como ya dijimos, se hizo en 1529 y, desde entonces, el nombre de "protestantismo" se ha aplicado al "cristianismo puro", que se ha opuesto al error, a la corrupción y superstición herética e idolátrica de la iglesia romana.

Así es que, el "protestantismo o cristianismo puro", es la religión de Cristo. La iglesia protestante declara que Cristo es su cabeza, su gobernador, su defensor; que Cristo es su único intercesor; que la ley de Cristo es la única ley de la iglesia; y, el Evangelio de Cristo, su única

autoridad. El protestantismo predica a "Cristo crucificado" como el redentor de la humanidad, como el legislador supremo y, la justicia de Cristo, como única base de justificación del hombre ante dios, y sostiene que, en todos los siglos, aún en la Edad Media, ha habido individuos tales como Wielef, Juan Huss, Campanella y Savonarolla, etcétera, que han profesado las doctrinas del cristianismo puro, o "protestantes", y han sido "protestantes" en el espíritu, si no en el nombre, profesando sustancialmente los mismos artículos que ahora profesa el mundo cristiano-protestante.

En conclusión diremos que, actualmente, hay mas de... 100.000.000 de protestantes, de los que unos 500.000 son naturales de la India, la China, la África, y de otros países paganos y mahometanos.* Además de este número, hay un aumento de protestantes en el Asia y en los países romanistas de Europa, sobre todo en Italia, Austria y Francia; y si a este número tan considerable de protestantes unimos los 100.000.000 de griegos ortodoxos y rusos enemigos acérrimos de Roma, con los coptos de Egipto, cristianos de la Syria, armenios y demás comuniones disidentes, tendréis, en fin, que el pretendido "catolicismo o universalidad" de la iglesia romana es tan ilusorio y fantástico como su "purgatorio".

43. De la divina revelación de la *Biblia*, base única de la fe y del deber[15]

He aquí un asunto alto, grande, sublime y trascendental para el hombre —la revelación de la *Biblia*. Ella enseña nada menos que la misma palabra de dios, contenida en los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, los cuales son la única e infalible regla de la fe, los cánones ortodoxos, o verdaderos del deber, puesto que, la *Biblia*, no deriva su autoridad del testimonio del hombre o iglesia alguna, sino exclusivamente de dios, autor de ella. El Concilio de Trento o, mejor dicho, conciliábulo apócrifo e ilegítimo, por haber faltado la sanción de toda la cristiandad, y que tuvo lugar en el siglo XVI, declaró que la regla del romanismo comprende, no sólo la palabra de dios escrita, sino, también, las escrituras y tradiciones propuestas y explicadas por la iglesia

* En comprobación a estos datos estadísticos, véanse las *Noches con los romanistas*, y la *historia de la Reforma*. [Nota del autor.]

[15] *La Verdad*, México, 1 IV 1878.

supuesta católica, es decir, por la romana. ¡Que impía temeridad! ¡Que absurdo error! (véanse los decretos del Concilio de Trento, sección IV).

Mas nótese que, sobre esto, hay una gran diferencia. La *Biblia*, sí, solamente la *Biblia*, porque ella es la genuina y original palabra de dios, es la religión del verdadero cristianismo puro, esto es, del protestantismo, y sus decisiones, para el verdadero creyente, son inapelables. El romanismo, por el contrario, siendo la religión sensualista por excelencia, y más bien humana que divina, reputa esto como una verdadera herejía, su regla de fe está para ella, es cierto, en la misma *Biblia*, pero interpretada y comentada según sus conveniencias particulares de especulación y engaño; admite, además, como auténticos y fidedignos, porque así le conviene a sus siniestras miras, los libros apócrifos que maliciosamente le han sido agregados; también reconoce como de derecho divino la completa sumisión a los decretos de los concilios, que forma, divide y subdivide, de la manera más arbitraria, la misma iglesia romana. Y, si por la palabra iglesia se entiende el papa o un concilio, o el papa y un concilio, los romanistas mismos no han podido determinar ni precisar todavía.

El romanismo encuentra la autoridad de muchas de sus antibíblicas doctrinas y prácticas en tradiciones que supone haber sido transmitidas desde los primeros siglos, pero, poco importa en el concepto de un protestante el tiempo en que una doctrina o práctica tuvo origen, si éstas no se encuentran o constan en la *Biblia*. ¿Pues quién es aquel cristiano, un poco instruido en la historia de la primitiva iglesia, que ignore que aún ya, desde los tiempos apostólicos, comenzaron a surgir errores crasísimos, y falsas doctrinas, que fueron combatidas y refutadas victoriosamente por los mismos apóstoles? De ahí es que, si se propone a su aceptación una doctrina, el cristiano protestante pregunta si se encuentra en la palabra revelada, y si fue enseñada por Jesucristo y sus apóstoles. Si estos inspirados hombres nada dijeron sobre tal asunto o materia, nada le importa entonces al creyente que haya sido descubierto en el mohoso pergamino de algún visionario del cuarto o quinto siglo, o que haya nacido del cerebro fértil de algún moderno visionario del siglo décimo nono, o que haya sido extraído de las antiguas catacumbas de Roma, o de alguna cripta del desierto de la Tebaida en el alto Egipto, pues, todo eso, y aún mucho más todavía, nada significa. Si ella no se encuentra en la Santa *Biblia*, si su espíritu, por lo menos, ya que no su letra, no se registra entre las sublimes páginas de las Sagradas Escrituras, o ya también en los cuatro

evangelios, o en alguna de las epístolas, ó finalmente en la revelación apostólica, entonces puede asegurarse á ciencia cierta, y sin el más mínimo temor de equivocarse, que carece del título legítimo para ser recibida como artículo de fe en nuéstro credo religioso, que es el mismo de la primitiva iglesia cristiana de Jerusalén, en aquellos tiempos felices en que, los creyentes fervorosos, vendían sus bienes, y los ponían a disposición de la iglesia, ante los pies de los apóstoles, para que éstos los distribuyesen, sosteniendo con sus emolumentos el culto divino y la propagación del Evangelio.

Éste es el único terreno de salvación que puede ocupar con seguridad el cristiano, porque es también el único que está acorde con la voluntad santa de dios y, por eso, el protestantismo dice con la *Biblia*:

> Guardaos de que nadie os arrebate como despojo por medio de sofismas y vano artificio, según las tradiciones de los hombres, según los elementos del mundo, y no según Cristo. (*Epístola a los colosenses*, 11, 8.)

VIII

Ensayos políticos

44. Necesidad de la creación organizadora del poder municipal, libre, soberano e independiente[1].

> *Locura es pensar que lo que no ha sucedido hasta ahora pueda verificarse sin medios nuevos.*
>
> Bacon

LA ÉPOCA DE LA REVOLUCIÓN política ha pasado ya para México y pronto su mera administración trae consigo necesariamente un principio de suma importancia y de vital interés para el pueblo y desarrollo de las ideas democráticas, cuanto es la independencia y desarrollo del mismo germen fecundo y saludable de la palingenesia social.

En efecto, cuando se consideran las riquezas con que la naturaleza ha colmado al género humano y la inteligencia o la razón con lo que lo ha gratificado para servirle de instrumento y de guía; es imposible admitir que el destino del hombre sea el ser desgraciado sobre la tierra; y, cuando se considera que es esencialmente sociable y, por consiguiente, simpático y afectuoso, no es posible tampoco admitir que sea naturalmente malo. Sin embargo, en todos los tiempos y países la historia no nos muestra más que trastornos y desórdenes, vicios y crímenes, guerras y disenciones desastrosas, suplicios y calamidades, catástrofes y siniestros horrorosos. Pero, si estos vicios y estas desgracias no son el efecto del orden natural de las cosas, preciso es buscar su origen en otra parte. Esta causa ¿no está acaso en

[1] *El Correo de los Estados*, México, 19.IV.1877.

ación de la sociedad? y ¿el vicio radical de esta orga-
la desigualdad que le sirve de base?
stión es tan digna de excitar el interés general porque,
lemostrado ya que los sufrimientos de la humanidad
ın inmutable decreto del destino o de la fatalidad de
e las cosas, en vano será buscar el remedio a su mal, y
› será el de la resignación y la paciencia. Pero, cuando
›, el mal no es más que la consecuencia de una mala
ocial, y su causa la desigualdad y el desequilibrio
no hay que perder el tiempo para trabajar en suprimir
ıinando la causa y sustituyendo la igualdad a la desi-
establecer pronta y eficazmente el equilibrio normal de

; estudiamos la historia más nos convencemos de que
es la causa eficiente de la miseria y de la opulencia, de
: que provienen de una y de otra, de la codicia y de la
envidia y del odio, de las discordias y de las guerras,
, de todos los innumerables males que gravitan sobre
sobre los pueblos.
·icción acerca de este punto no admite réplica cuando
›sofos y sabios de todos los tiempos proclamar la igual-
:o, autor de toda una regeneración social y religiosa,
ıternidad para salvar al género humano; cuando vemos
res de la iglesia, a los primitivos cristianos, a la Reforma
›s partidarios, a la filosofía volteriana del siglo XVIII, a
Americana, a la Revolución Francesa de 1793, cuyos
: heredado, y al progreso universal, cuya evolución
proclamar en alta voz a la faz del mundo entero el
emocrático de "libertad, igualdad y fraternidad", que no
a "mentira oficial —como dice un célebre escritor—
nuros salpicados de sangre".
e la "libertad, igualdad y fraternidad" es, a pesar de ser
simple teoría, la conquista intelectual de la humanidad
n, es el objeto de todos los esfuerzos, luchas y com-
ıocracia. Pero, cuando se interna uno seriamente en la
er cómo podría consolidarse la sociedad bajo la forma
ıra, entonces es cuando se comprende y se llega a
a democracia por sí sola es un sistema trunco e incom-
ıtegrada por el socialismo, que viene a ser su necesario

complemento, o mejor diríamos, el que constituye su vitalidad esencial que le garantiza su ser.

Y, en efecto, ¿de qué nos serviría solamente gozar de nuestros inalienables derechos políticos y naturales, cuales son la libertad de pensar y expresar nuestras ideas por la tribuna y por la prensa, adorar a dios conforme a nuestra conciencia, en virtud de la tolerancia religiosa, asociarnos libremente, viajar sin pasaportes ni salvoconductos por toda la República, portar armas para nuestra seguridad y defensa, y hacer uso, en fin, de otros varios actos de la naturaleza si, por otra parte, carecemos de una garantía que nos asegure la subsistencia, proporcionándonos pan y trabajo, que son los dos elementos necesarios de nuestra existencia física? Pues bien, sólo el socialismo es el único sistema que nos puede otorgar esa garantía mediante la organización del trabajo, la creación de bancos nacionales y, en una palabra, por la dirección que imprima a todas las fuerzas económicas de la sociedad.

Por fuerzas económicas de la sociedad debemos entender ciertos principios de acción, tales como la división y justa retribución del trabajo, la concurrencia, la fuerza colectiva, el cambio, el crédito, la propiedad, etcétera; y si estas fuerzas se mantienen en equilibrio y armonía, y funcionan con regularidad, sometidas como están a leyes propias e invariables como las de la naturaleza, entonces es cuando los pueblos son ricos, son felices y gozan de una dicha suprema, y cuya consecuencia forma el espíritu y la tendencia general del socialismo, de esa doctrina santa y regeneradora que el "amor por principio, la justicia por base y el progreso por fin" como dice el célebre Augusto Comte en su *Catecismo Universal*.

Así pues, el socialismo, abocándose al patrocinio de la clase pobre y desheredada de todo el mundo y haciendo completa abstracción de las creencias religiosas y de las opiniones políticas, sólo ve al hombre para garantizarle su porvenir, también a la mujer, para reconquistarle su emancipación, rehabilitarla de derechos sociales, y transformarla en un ser libre e inteligente cuya misión sobre la Tierra es no solamente la procreación de la especie humana sino también la civilización y la virtud.

Hoy la regla infalible de la conducta que siguen instintivamente las masas del pueblo se encarna en esta frase "tendencia al bienestar y a la virtud", y no se subleva nunca más que cuando hay tendencia a la corrupción y a la miseria. De ahí es que siempre que una revolución

aparece tiene su razón de ser, porque indica que hay algo que hacer o por cambiar, y que este algo es una cosa que daña al pueblo en su constitución física o moral.

Las revoluciones empiezan siempre con las quejas del pueblo, que son la acusación contra un estado de cosas vicioso en el cual la clase pobre es siempre la víctima. Y ¿es esto un motivo para que se les persiga y se ejerza toda clase de venganzas contra los que se constituyen órganos de las quejas populares? ¡Qué crimen! ¡Qué locura!, cuando un gobierno funda su política en no escuchar la voz del pueblo; cuando se hace sordo a sus clamores no hace más que denunciarse a sí propio y preparar su caída. No, para conjurar los peligros de una revolución no existe más que un medio: el hacer justicia, nada más que justicia. Cuando el pueblo sufre, y no está contento de su suerte, es como un enfermo que se queja o como un niño que llora. Id hacia él, atended sus quejas, enjuagar sus lágrimas, curad su enfermedad y, ya restablecido y contento, os llamará su libertador. Entonces la revolución se desenvolverá por sí misma pacíficamente, sin motines ni trastornos, como la vida universal de dios se desenvuelve en el orden sempiterno de la naturaleza. Pero, pretender atajar el curso necesario de una revolución ¡qué absurdo! Privad al sol que brille, al fuego que caliente, al agua que humedezca, a la Tierra que produzca su vegetación libre y espontánea.

Tal así es la revolución social de las fuerzas económicas que se viene iniciando para proclamar el principio más justo y regenerador, más santo y humilde, más benéfico y provechoso para el pueblo: el derecho al trabajo y la garantía de la vida o sea la subsistencia. Pero, para que el gobierno pueda asegurar el trabajo y el cambio de posición a todo el mundo, le es preciso, imprescindible, variar de la dirección puramente política y gubernamental, y modificar toda la economía social de la República, destruyendo radicalmente el monopolio y regularizando la propiedad individual, cosa grave que, a decir verdad, no está reservada a ejecutar sino al municipio libre, soberano e independiente.

He aquí el programa del día: la creación del poder federal. Según el espíritu de nuestra sabia y luminosa Constitución de 1857 la soberanía nacional reside esencialmente y originalmente en el pueblo. Todo poder público dimana del pueblo y se instituye para su beneficio. El pueblo tiene en todo tiempo el inalienable derecho de alterar o modificar la forma de gobierno, tales son las palabras textuales de dicho código en el título III, sección I, artículo 59. Por otra parte, el

título III, artículo 50 de la propia carta fundamental divide al Supremo Poder de la Federación para su ejercicio en legislativo, ejecutivo y judicial.

Mas hoy el pueblo en virtud de las circunstancias, y haciendo uso de su soberanía, pone en ejercicio el derecho de petición que la propia constitución le otorga, para pedir el cumplimiento de la independencia y soberanía de los municipios, exigiendo a la vez la nueva organización del poder municipal, que debe abocarse al patrocinio y la protección directa y eficaz de todas las clases pobres e insolventes de México, que pululan en la indigencia por las calles de la capital, sin que sobre ellas se fije, por conmiseración o caridad, ni la filantropía gubernamental, ni la mirada altanera e insolente de los ricos egoístas.

Esta gloria estaba reservada al socialismo, cuyo espíritu benefactor, esparciendo sus saludables doctrinas, ha logrado incrustar en el plan regenerador del nuevo gobierno el gran principio de la independencia del municipio que es el áncora de salvación para los pueblos. ¿Será puesta en práctica tan bella teoría? Así lo esperamos, porque tenemos fe en el porvenir y en la lealtad de los caudillos de la revolución.

45. La salvación del pueblo y la estabilidad del gobierno está en la independencia del municipio[2]

Cuando aparece un periódico tiene que explicar su programa y, desde aquel momento, el escritor público contrae la más estrecha obligación de desarrollar aquellos principios que forman o constituyen el espíritu de su publicación.

Nosotros hemos sido, a no dudarlo, los primeros que nos hemos lanzado a liza periodística defendiendo el grande y saludable principio para los pueblos de la independencia del municipio, porque en él vemos encarnado todo un sistema completo de regeneración social y política, y porque desde que se ponga en práctica su desarrollo, imprimiéndole a la vez un movimiento ascendente y progresivo, ya podemos congratularnos de que las instituciones democráticas se han consolidado para siempre y que la República ya es un hecho práctico en el mundo.

Hace más de medio siglo que México lucha contra los diversos partidos que han brotado del seno de la burguesía y, desde esa época, ha

[2] *El Correo de los Estados*, México, 21-VI-1877.

con resignación los males inevitables, y de tantas
ue siempre traen consigo las convulsiones intesti-
desorganizada por el odioso monstruo de la guerra
odo ese largo y penoso periodo, rojo por la sangre
os hermanos, ha podido estudiar prácticamente la
gita, resolviendo a la vez los trascendentales proble-
ocial y política, a fin de crearse un porvenir de bien-
consolidada por la paz, que, como dice Maquiavelo,
en de las naciones".
e no es la paz absoluta lo que deseamos, pues esto
gnarnos con una ciega posibilidad a sobrellevar con
actual desgracia y conformarnos con nuestra horro-
. Siempre preferimos mejor los disturbios y agita-
ocracia que la paz sepulcral de la monarquía, como
, puesto que todo movimiento revela acción de
quilidad estúpida de un pueblo esclavo, como la
acusa la muerte moral de una nación.
es el móvil que conduce a un pueblo libre a com-
dos derechos del ciudadano y por la conservación o
sus libertades públicas, cuyo bello ideal y felicidad
cia nacional, de la obediencia ciega y maquinal que
los desgraciados vasallos de un gobierno despótico
isos que los impele por la fuerza bruta de su capri-
nica ley, a defender sus privilegios y prerrogativas
olas cual una ecatombe sin conciencia en aras de la
os ciudadanos son conducidos por la gloria de la li-
de la virtud; pero los esclavos obedecen a la fuerza
er la dignidad de seres libres ni racionales. He aquí
monarcas son los enemigos de la ilustración: porque
gnorancia para destruir la esclavitud y, por eso, los
a leyenda bíblica apostrofados por Jehová cuando
as, para castigarlos con tan crudo azote y clamar por
iciendo: "pueblos, os daré rey en mi furor."
ue nuestro periódico ha sido la primera publicación
se ha lanzado a la palestra de la prensa nacional
tregua ni descanso alguno, ese saludable princi-
no social, de la libertad e independencia del muni-
mos convencidos que hoy sólo las doctrinas de la
a pueden salvar a la República de un conflicto entre

las clases pobres y las clases acomodadas de la sociedad, y cuya rivalidad no es ya de principios ni de ideas, sino de intereses personales y públicos, como son el hambre y la miseria que acosan al proletario, y la desconfianza y mala inteligencia que, por otra parte, postran y consumen los ricos elementos del país, preparando su ruina, y acusando ya, por momentos, la bancarrota nacional.

El largo periodo que llevamos ya transcurrido desde la época de la independencia a esta parte nos ha permitido hacer un estudio práctico y constante de las exigencias del país, patentizándonos la impotencia de los partidos políticos, cuyas exageradas teorías, pero carentes de un valor real y positivo, en nada han podido mejorar la condición del pueblo, costando en sus ensayos o tentativas de gobierno caudalosos ríos de sangre que se han derramado sin más provecho, ni utilidad alguna, para mejorar en nada la triste condición de las clases pobres de la sociedad.

No hay que hacernos ilusiones pero, la verdad, es que antes del "Grito de Reforma" la posición social de México era menos desgraciada que la del presente: teníamos, por ejemplo, entre las clases sociales y, sobre todo, en el pueblo, y aún en la misma aristocracia, personas de bastante moralidad, y de un criterio práctico y natural, para condolerse de los males ajenos porque, en aquel entonces, el egoísmo materialista del siglo no había todavía invadido los corazones de los mexicanos, pues aún recordamos con placer cuando un epiléptico, por ejemplo, u otra persona caía accidentalmente en una calle al momento acudía cualquiera de los transeúntes, sin distinción de categorías, al auxilio de aquel desgraciado, mientras que ahora se ve con la mayor indiferencia una desgracia pública y, cuando más, se limitan a vertir algunas palabras de conmiseración. Antes teníamos bellos monumentos nacionales que han desaparecido por las bastardas ambiciones de algunos especuladores de mala ley, siendo así que dichos edificios podrían haber servido para la creación de sociedades y falansterios industriales, con buen éxito para el gobierno y satisfactorias ventajas para la nación.

Respecto al comercio vemos que hoy yace postergado bajo la desconfianza pública de los ciudadanos, sin crédito ni fe en sus empresas mercantiles, transportando constantemente sus mercancías y sus caudales al extranjero, mas no por medio del cambio y del consumo internacional, lo cual sería un signo de vitalidad, sino tratando de apelar a la emigración para salvarse de la bancarrota nacional que

tan prontamente amenaza destruir los intereses generales y particulares de la República.

La agricultura, a su vez, ese riquísimo elemento de producción positiva que parece ser el patrimonio de México por la feracidad de su suelo virgen, [que] yace también abandonado y sin cultivo, porque la revolución política ha hecho que el campesino trocara el azadón por el mosquete, robando así tantos brazos vitales a la sociedad.

El ramo de la minería, exuberante en sumo grado en este país, y que [es] la base principal de la riqueza territorial, está muerto y relegado a la pequeña explotación de algunas compañías extranjeras y mixtas porque el minero, como el agricultor, ha trocado el martillo y el zapapicos por el mortífero Remington y el revólver de Lefucheux.

Y qué diremos por lo que respecta a la enseñanza de los colegios, a la instrucción de las escuelas y al teatro, que también es la escuela de las buenas costumbres. Una educación superficial y enciclopédica es la ley de los gimnasios, la que lejos de formar hombres sabios y profundos, por medio de un sistema bien organizado de estudios, no hace más que crear pedantes y una juventud superficial en todas las materias, o como suele decirse vulgarmente, "aprendices de todo y oficiales de nada". Las escuelas de primeras letras, si bien es cierto que marchan algo mejor, también lo es que, no siendo la instrucción obligatoria, muy pocos padres de familia cuidan de enviar a sus hijos, y de aquí la perpetración de la ignorancia bajo el pretexto mal entendido por la democracia pura de ser ése un ataque a la libertad individual del ciudadano. Tenemos en paralelo al teatro, ese templo de la antigua Grecia y Roma libre, que tanto contribuyó con sus espectáculos a formar a aquellos héroes por medio de sus tragedias, en que se inspiraba al pueblo el amor a la libertad y el odio a los tiranos, transformado en un foco de romanticismo y galantería feudal propio para formar coquetas gazmoñas y espadachines imitadores fieles de los caballeros feudales de toga y espada, cuyo prototipo es don Juan Tenorio, pero nunca para producir a un Catón, a un Espartaco que pueda decir a los usurpadores "mi libertad y mi derecho".

Finalmente el baile, cuyas evoluciones coreográficas debían representar al vivo las glorias nacionales y su historia, como entre los griegos y antiguos aztecas, hoy ha venido a degenerar en escamoteo de pasiones viles y solapadas, o declinar también con las arlequinadas y piruetas lúbicas del bullicioso y animado can-can.

Tal es nuestro cuadro de comparación entre la época anterior y la posterior a la Reforma. Con esto queremos pues demostrar que la democracia pura es incapaz, por sí sola, de mejorar la condición de un pueblo en su parte social y que, para ello, es preciso integrarla con los consoladores principios de la sociología que es el áncora de salvación para todo el mundo, pues que desciende hasta ocuparse de los mismos animales para mejorar su situación e impedir su maltrato con que se les atormenta públicamente por las calles y mercados. ¡Doctrina santa y regenerado que hace descender la eterna justicia del cielo a la Tierra para el bienestar de la humanidad!

Mas en contraposición preguntamos ¿qué ha hecho la política?: nada, sino declamar vanamente contra el antiguo orden que ha destruido porque no ha podido reemplazar por otro mejor. Sus gobernantes han expedido leyes, hablado y combatido mucho, pero nada han conseguido y, ¿debería ser así?, puesto que la solución del problema depende de otra ciencia: la social. ¿Qué ha hecho la política?, volvemos a preguntar y la historia imparcial de México nos contesta: cambio de leyes, cambio de contribuciones, planes y proyectos efímeros para aumentar las rentas de la nación y rebajar los gastos, todo sin resultado alguno, todo sin alivio para el pueblo.

El país necesita y pide a grandes gritos la difusión de la riqueza pública por medio de la reorganización de la propiedad; pide protección transitoria y provisional de su industria nacional; pide el aseguramiento de la venta de sus productos tropicales; pide la explotación de sus minas y la amplificación de sus empresas ferrocarrileras; pide el fomento de la agricultura como base de su riqueza, y el estudio de su exuberante flora, nuevo manantial de otro género de industria; pide la organización de la marina y la transformación del ejército permanente en milicia nacional; pide la revivificación de su crédito, muerto por la usura y el agio; y, finalmente, pide la revolución social, o sea la crisis económica que debe consolidar la verdadera paz, hija del bienestar y de la riqueza de todos los ciudadanos de la República.

Mas para que esto se verifique sin trastornos ni sacudidas, sin convulsiones ni efusión de sangre, se necesita que el gobierno cumpla tan sólo lo prometido en su programa regenerador acerca de la libertad e independencia del municipio, que debe constituir provisionalmente el cuarto poder federal de la nación, para transformarse enseguida en asamblea administrativa, liquidando los poderes para sustituirlos con la organización económica y dar nueva vida a la República.

Tenemos ciega fe en el actual presidente de la República de que estudiará con preferencia esta cuestión que, sin duda alguna, será su

o servicio en bien de la patria. No lo dudéis general
lecimiento del cuarto poder será el valladar que evite
ia las constantes perturbaciones que ocurren en nuestro
país, por lo tanto debe, cuanto antes, de impeler en con-
l Congreso la creación de ese cuarto poder federal, que
llo ideal, y la única esperanza del proletariado para
día su redención social y bendecir eternamente a su
el santo amor a la libertad os pedimos ciudadano ge-
abandonéis al pueblo trabajador y proletario de México,
das sus esperanzas en el honrado patricio que hoy rige
e nuestra patria.

Índice

V. Ensayos sociales

VI. Ensayos filosóficos

VII. Ensayos teológicos

VIII. Ensayos políticos